



DG

△

1

1

1

c.1174411

Tot. 139692

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que mar-
ca la ley.

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS

Véndese en las principales librerías al precio de
TRES pesetas.

Los pedidos por mayor se harán á nombre de **R. Ve-
lasco**, *calle del Rubio, núm. 20, imprenta, Madrid.*

COLECCION

DE

OBRAS DRAMATICAS

DE

Marcos Zapata



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1887

COLECCION

1945

OBRAS DRAMATICAS

Obra de teatro



R.105461

INDICE

A la Señora

Doña Mariana Gracia de Zapata

en testimonio de perdurable cariño

Marcos Zapata

De la Miera

Donna Elvira de Guzman y Guzman

en las montañas de Guzman y Guzman

Donna Elvira de Guzman y Guzman

ÍNDICE

DE LAS

OBRAS DE QUE SE COMPONE ESTE TOMO

	<u>Páginas</u>
<i>La Capilla de Lanuza</i>	9
<i>El Castillo de Simancas</i>	33
<i>El Solitario de Yuste</i>	97
<i>El Anillo de Hierro</i>	141
<i>El Reloj de Lucerna</i>	221

LA CAPILLA DE LANUZA

CUADRO HERÓICO, EN VERSO

La escena en Zaragoza, siglo XVI

PERSONAJES

Isabel.....
Lanuza.....
Argensola.....
Jiménez.....
Velasco.....
Artal.....

ACTORES

D.^a María Rodríguez
D. Antonio Vico
Julio Parreño
José Fidel López
Juan Reig
Ramón Medel

Un carcelero, frailes y soldados de los tercios de Felipe II

Esta obra se puso en escena por primera vez el 20 de Marzo de 1871, en Madrid, en el Teatro de la Alhambra.

La Capilla de Lanuza

~~~~~

## ACTO ÚNICO

—

Salón cerrado: una ancha y redonda reja á la izquierda del actor, segunda caja. Puerta grande al fondo y otra más pequeña á la derecha, ambas cerradas. Un escaño. Una lámpara pendiente del techo. — Comienza la acción sobre las seis y media de la mañana de un día de Diciembre.

### ESCENA PRIMERA

ARTAL y JIMENEZ, éste recostado sobre el escaño, que se colocará en el ángulo derecho; aquél, asomado á la reja.—Pausa.

ARTAL      Todo en calma, sombra todo:  
              ¡me aterra tanto silencio!  
              ¿Será posible ¡Dios mio!  
              (Separándose de la reja.)

              que rinda su ánimo el pueblo,  
              doblando á servil coyunda  
              su altivo y robusto cuello?

JIMÉNEZ    Lo rendirá, nada esperes.  
              (Levantándose y viniendo hácia Artal.)

ARTAL      Nada por desgracia espero,  
              que harto sé que medran juntos  
              la tiranía y el miedo.

JIMÉNEZ    Artal, la última refriega  
              puede servirnos de ejemplo.

ARTAL      Vergonzosa fué, Jiménez,  
              tienes razón; contra un bueno  
              esgrimian cien cobardes  
              el vil mercenario acero.

JIMÉNEZ Vano luchar; no resiste  
débil caña al rauda viento  
que troncha pinos y robles,  
montes y cuencas barriendo.  
El rey Felipe segundo  
empuña el potente cetro  
de ambas Españas, y cuenta  
con un invencible ejército,  
capaz de arrasar naciones  
y hacer cautivos sus pueblos.

ARTAL ¡Triste verdad!  
(Con solemnidad.) ¡Un cadalso  
tan fatal como sangriento  
sirvió de tumba á tres mártires!  
¡Qué infamia!

JIMÉNEZ ¡Los comuneros  
rodaron en Villalar  
y la libertad con ellos!  
¿Quién contrastaba el empuje  
de aquel monarca soberbio,  
que al estruendo de sus armas  
hizo retemblar el suelo?  
Vana resistencia, vanos  
los heróicos esfuerzos  
de las rebeldes ciudades  
que á Cárlos quinto opusieron  
contra tamaña injusticia  
la razón de su derecho.  
¿Qué es la fugaz hoja seca  
lanzada al crugiente fuego  
de un volcán abrasador?  
¿Qué es frágil caña al violento  
rápido choque del rayo?  
¿Qué es un risco al mar sin freno?  
Todo inútil. Sol brillante  
fué la libertad un tiempo,  
á cuya luz se agrupaban  
en las márgenes del Ebro  
los reyes con sus coronas,  
los vasallos con sus fueros,  
la nobleza con sus timbres,  
y todos formando un cuerpo.

ARTAL ¡Época feliz!

JIMÉNEZ ¡Lejanos  
días de gloriosos hechos,

que pasaron como sombras  
para no volver á verlos!

ARTAL  
JIMÉNEZ

¿Quién sabe, Jiménez?

Fundo

mis pronósticos adversos  
en la experiencia; mas plegue  
á Dios desmentirme.

ARTAL

El férvido

entusiasmo de Aragón,  
aun late en hidalgos pechos.

JIMÉNEZ

Si es verdad que en las entrañas  
del reino, palpita trémulo  
ese amor patrio que siempre  
fué el guardián de nuestros fueros,  
¿por qué no resurge bravo,  
cetros y solios rompiendo,  
hoy, que al árbol de Sobrarbe,  
un rey, de ambiciones lleno,  
su última rama cercena  
con infame menosprecio?

ARTAL

¡Qué ignominia!

JIMÉNEZ

Ya no existen

aquellas almas que fueron  
símbolo de las virtudes  
cívicas, límpido espejo  
de altivez, honra y nobleza,  
dignas del laurel eterno.  
Hoy solo flacos espíritus  
se agitan en torno nuestro...  
¡que los que no son cobardes  
son traidores á los fueros!

ARTAL

Jiménez, tienes razón,  
tienes razón, me convenzo.  
Somos afrentosa prole  
de tan ínclitos guerreros,  
mengua de la raza ibera,  
rebaño no más de siervos.  
¡Caiga, pues, tanta mancilla,  
lueva tanto vilipendio,  
quede esclavo el antes libre,  
y para baldón del Ebro  
y escarnio de nuestra historia,  
con el manto de Vifredo  
haga Felipe segundo  
la mortaja de este pueblo!

(Se escucha cercano rumor de gente armada.)

JIMÉNEZ ¿No escuchas?  
ARTAL (Con júbilo) Sí, ruido de armas.  
¡Santo Cristo de la Seo,  
un milagro!

(Acercándose á la reja y mirando al exterior: cambia súbitamente de actitud, quedando horrorizado en vista del caldoso, que se supone en la plaza del Mercado.)

¡Oh, Jiménez!

JIMÉNEZ (Con tono descompuesto y amargo.)  
¿Qué pasa?  
(Acercándose también y penetrado del mismo terror.)

ARTAL ¡Dios mio!  
¡Cielos,  
el patíbulo!

(Separándose de la reja y cubriéndose los ojos con las manos crispadas)

JIMÉNEZ (Asido convulsivamente de la reja y vuelto el rostro á Artal.)  
Espantosa

realidad. ¡Los Comuneros  
ayer, hoy nosotros! ¡Ah!...

¡Mañana sin privilegios! (Con solemnidad.)  
(Se oyen rechinar los cerrojos de la puerta del foro.)

ARTAL ¡Ya vienen!  
JIMÉNEZ ¡Húndase España  
si la libertad ha muerto!

(Se abre el portalón del foro y entran el carcelero y un fraile, introduciéndose éste en el cuarto de Lanuza. El carcelero sale de la escena inmediatamente, después de abrir la puerta que comunica con el aposento de Lanuza, la cual queda entornada. La puerta del fondo abierta de par en par. Entran después el Capitán y Argensola, éste de capa y embozado. Algunos soldados quedan de centinela al foro: el capitán, una vez colocada la tropa, se retira de escena. Argensola permanece silencioso y recostado en el marco del portalón. Artal y Jiménez en medio de la mayor angustia y asidos de las manos.)

## ESCENA II

### DICHOS y ARGENSOLA

ARTAL ¿Sola una víctima?  
ARGENS. ¡Sola:  
asi lo ha querido Dios!

JIMÉNEZ ¡Somos tres!

ARTAL (Con decisión.) Quedamos dos.

ARGENS. ¡Pobre don Juan! (Desembozándose.)

LOS DOS

¡Argensola!

(Con admiración, y yendo con los brazos abiertos. Se abrazan. Pausa momentánea.)

ARGENS. ¡Animo!

JIMÉNEZ ¡Qué crueldad!

ARGENS. ¡Resignación!

ARTAL ¡No hay consuelo!

ARGENS.

Artal, ¡para qué ese cielo,

si no hubiera adversidad!

El mundo tiene una historia

consagrada al heroísmo:

los mártires un bautismo

de sangre, después la gloria.

¿Qué es esto que lleva el nombre

de vida? Viento, ilusión.

Un alma y un corazón,

cuna y fosa, este es el hombre.

¡Nace y llora; pisa abrojos;

apenas viene, se va,

pues ni aun tiempo se le da

para enjugarse los ojos!

¿Hay algo que no sucumba?

¡Se abre una hoya... el cuerpo cede,

y antes de un año ya puede

servir de polvo á otra tumba!

Trás la fosa solo hay dos

verdades, y hartó me fundo:

la historia, premio del mundo,

la gloria, gracia de Dios.

JIMÉNEZ

¡Según revela tu acento,

corremos la misma suerte

que don Juan!

ARTAL

Ambos la muerte

buscamos con noble aliento.

Degollar vea el cobarde

pueblo, que así se desquicia,

por la mañana al Justicia

y á nosotros por la tarde.

JIMÉNEZ

Bien dicho, Artal.

ARGENS.

Calma, calma.

Al rey, en su indignación,

le basta una ejecución:

Lanuzá.

JIMÉNEZ

¡Lanuzá es mi alma;

sin él, renuncio á vivir!

ARTAL  
ARGENS.  
JIMÉNEZ

Yo también.

¡Vínculo santo!

¿Qué mucho? Lé quiero tanto,  
que quiero con él morir. (Pausa corta.)

De su tronco limpia rama  
se enlazó á la stirpe mía;  
nacimos el mismo día,  
y Juan como yo se llama.

¡Plácida se deslizó  
su niñez, la mía odiosa,  
pues al borde de una fosa  
vida mi madre me dió!

Mas del pesar en acecho  
la claridad siempre cruza,  
que la madre de Lanuza  
con él me acogió á su pecho.

Su tierna solicitud  
y su ferviente cariño,  
en mi corazón de niño  
fijaron esa virtud.

«Adora y sirve leal,  
como cumple á tu hidalguía,  
al que contigo partía  
el regazo maternal.»

Esto dije, y firme roca  
es la fe del juramento:  
jamás de mi pensamiento  
se aparta, ni de mi boca.

Fuimos con la edad cobrando  
más espíritu y vigor,

y envidioso nuestro amor  
también prosiguió medrando;

hasta que al fin, sin pereza,  
la férvida sangre moza,

nos despertó en Zaragoza  
corazón, brazo y cabeza.

Hombres ya, persiste el mismo  
amor en el pecho adulto,  
robusteciéndose al culto  
del más santo patriotismo;

pues siempre con terquedad,  
siendo en luchar los primeros,  
mantuvimos nuestros fueros  
y el sol de su libertad.

El mal duro, el bien mudable,

azares, dichas, dolores  
y los demás sinsabores  
de este mundo miserable,  
compartimos por igual  
sufriendo la misma carga;  
¡que se hace la suerte amarga  
mútua á la amistad leal!

Este es el íntimo lazo  
que á ambos nos estrecha y liga,  
y á ser fieles nos obliga  
desde el maternal regazo.

Esta la inmensa pasión  
que en dos almas resplandece,  
y esta la virtud que crece  
dentro de mi corazón.

Si hoy, á la preciosa vida  
del que ser mi hermano plugo,  
pone término el verdugo  
con el hacha enrojecida,  
el golpe que con violencia  
caiga segando á cercén  
su cuello, será también  
el golpe de mi existencia.

¡Y pues juntos por ventura  
vimos la primera luz,  
quiero hoy mi cruz en su cruz  
y un puesto en su sepultura!

ARGENS.

Jiménez, refrena un tanto  
la pasión exacerbada  
de tu ánimo: ¡no hay jornada  
sin espinas! Más espanto  
causa vivir siempre en guerra  
con el infortunio lento,  
apurando este tormento  
de dolor sobre la tierra,  
que en un cadalso doblar  
bajo el hacha la cerviz,  
pues solo un golpe á raíz  
corta cabeza y pesar.

JIMÉNEZ

ARGENS.

¡Qué momentos!  
No te asombres,  
los hombres perfectos tienen  
valor y fe en Dios.

JIMÉNEZ

¡Ya vienen!  
(Aparece el capitán Velasco en el foro.)

ARGENS. ¡Jiménez, seamos hombres!  
(Artal se recuesta sobre el escaño, y Jiménez se arrodilla junto á Artal; el capitán permanece un momento en el foro y Argensola mirándole tristemente.)

### ESCENA III

DICHOS y VELASCO

VELASCO ¡Argensola! (Entrando en la escena.)

ARGENS. Capitán,

claramente se revela  
en vuestra emoción profunda  
el momento de esa prueba  
terrible.

VELASCO Señor, yo sirvo  
á mi rey, mi rey lo ordena,  
y él dispone de mi espada  
libremente. Mas, ¿quién echa  
lazos al alma? ¡Quién puede  
hacer que no se estremezca  
mi corazón, presenciando  
tan patéticas escenas!

ARGENS. Sois modelo de honradez  
y lealtad.

VELASCO Soy con ciega  
idolatría, vasallo  
de mi rey y mi conciencia.  
Pero hablemos de otra cosa,  
y escuchad, que el tiempo apremia.  
Volvía yo del Mercado (Aparte á Argensola )  
hace un instante, y ya cerca  
del pórtico de esta casa,  
hallé en desigual pareja  
un anciano venerable  
y una joven hechicera.  
El viejo, triste y lloroso;  
la niña, mústia y perpleja;  
él, jadeante y rendido,  
temblorosa y debil ella.  
Parado quedéme al pronto,  
mirándoles con sorpresa,  
y aunque los miré despacio,  
solo conocí la inmensa  
pesadumbre, retratada

en dos semblantes de cera.

—Buen hombre, díjome el viejo  
azorado de impaciencia,—

¿corre don Juan de Lanuza  
algún riesgo?... ¿Se le espera  
quizá hoy mismo la muerte?...—

Y grave como una peña,  
sin terminar la palabra,  
cayó desplomado en tierra.

—¡Su muerte!... grita la joven,—  
encorvándose frenética  
de dolor.—¡Su muerte hoy mismo!...—

Y cual si punzante flecha  
su corazón taladrara  
cortándole la existencia,  
así también cayó exánime  
junto al marco de la puerta.

Pasmóse mi alma de asombro  
por tan imprevista escena,  
y tanto fué el desconcierto,  
y tal mi confusión era,  
que á no acudir la patrulla  
que rondaba la plazuela,  
en tan apurado trance  
los dos sin auxilio quedan.

Rehiceme poco á poco,  
y ya por fin, con serena  
voluntad, presto y solícito,  
mandé franquear la celda  
que sirve de portería  
á esta cárcel, y en su estrecha  
concavidad guarecidos,  
les procuré la asistencia  
de la madre del portero,  
la cual me dijo en reserva  
que eran el viejo y la niña  
personas de alta nobleza.

Esto presencié en la calle,  
y tal cual pasó, mi lengua  
os lo refiere, cumpliendo  
con un deber de conciencia.

Sé que os estima don Juan  
y que vos le amáis de veras;  
sé también que en vos se hermanan  
el saber y la prudencia,

y en tan aciagos momentos  
y en situación tan suprema,  
juzgo que vos solamente  
podeis darme una respuesta.

Decídmelo: ¿debo á don Juan?...

ARGENS.

¡Ni una sílaba siquiera!

(Cortando el concepto á Velasco.)

Baje á la tumba ignorando  
todo el suceso. ¿Quién siembra  
flores de amor en el surco  
de la muerte? Doble fuera  
su amargo infortunio, y doble  
el peso de su cadena

(Suenan siete campanadas.)

VELASCO

Las siete.

ARGENS.

¡La hora!

VELASCO

¡Infeliz!

¡Espirar debe á la media!

ARGENS.

Velasco, sois la persona  
providencial que se mezcla,  
quizás por juicios de Dios,  
en este triste poema.

VELASCO

No comprendo.

ARGENS.

¡Allí hay un hombre  
que va á morir! Su conciencia  
necesita un religioso.

VELASCO

Ya le tiene.

ARGENS.

Y su cabeza  
un buen amigo: hay secretos  
que no siempre se confiesan  
al sacerdote.

VELASCO

Es verdad.

Ya sé lo que hacer me resta.

(Entra al aposento de Lanuza, donde permanece hasta que lo indica.)

#### ESCENA IV

ARGENSOLA, ARTAL y JIMÉNEZ

ARGENS.

Código insigne, augusto monumento  
de patria libertad, templo famoso  
que fijaste triunfante y victorioso  
sobre la media luna tu cimiento.

¡Qué se hizo tu esplendor! ¿Dónde tus leyes

magníficas están? ¿Dónde aquel culto que, arrebatando el popular tumulto, temblar hacía á tus soberbios reyes? ¡Sublime institución! ¡El mundo falso tan solo aborta bárbaros desmanes; hoy rueda el tribunal de tus Cerdanes, y hoy se alza contra ti negro cadalso! ¡Mártir se rinde á su implacable suerte el último Justicia, la memoria de Lanuza será para la historia símbolo triste de tu propia muerte! ¿Qué es esto? ¡Eterno Dios! ¿Acaso marca su destrucción el globo? ¿Quién resiste la humana iniquidad? ¿Un pueblo triste, esclavo puede ser de su monarca?

(Sale Lanuza, y se para como escuchando á Argensola.)

«¡Dime, Padre común, pues eres justo, por qué ha de permitir tu Providencia, que arrostrando prisiones la inocencia, suba la fraude al tribunal agosto!»

LANUZA

(Con dulce y solemne reconvención.)

«Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?»

## ESCENA V

DICHOS y LANUZA

ARGENS.

¡Siempre grande don Juan! (Abrazándole.)

LANUZA

¡Ay, dulce amigo,

cuál tiembla el corazón, harto pequeño, al despojarse de su pobre vida!

(Vuelve los ojos, ve á Jiménez y á Artal, corre á ellos y los estrecha en sus brazos con efusión, diciendo:)

¡Artal! ¡Jiménez!... ¡Cariñosas prendas de un afecto inmortal, rama florida del tronco de los héroes!... (Dios mío; su salvación á vuestro amparo fio.)

JIMÉNEZ

¡Oh! ¡Maldición! (Con rabia y pena.)

ARTAL

¡Don Juan! (Idem.)

LANUZA

(Con solemne entereza.)

¡Valor, firmeza,

no se diga jamás, que ante el peligro doblamos ni un momento la cabeza!

Pasad á ese aposento, (Por el suyo.)

deseo hablar á solas un instante.

(Señalando á Argensola. Entran. Pausa.)

¡Argensola, pues quiso el infortunio  
que así el foral sistema se quebrante,  
rasgando de Aragón ese glorioso  
código ilustre que nació triunfante  
en la historia de un pueblo valeroso:  
pues quiso en otro tiempo  
la esquiva adversidad, que Pedro cuarto,  
con alma vil y corazón inmundo,  
hollara miserable nuestras leyes,  
honra de España y religión del mundo:  
pues quiere la desgracia,  
que hoy Zaragoza á la impiedad se rinda  
y socave su histórico recinto  
de libertad y gloria  
el vástago cruel de Carlos quinto...  
al recordar mi fúnebre memoria  
y ese cadalso con mi sangre tinto,  
plegue á Dios que renazca entre vosotros  
la indomable altivez, la bizarría  
de aquellos esforzados capitanes  
modelo de virtud, y surja un día,  
con la raza inmortal de los Cerdanes,  
la muerte de esta odiosa tiranía!

ARGENS. Don Juan, en el sendero de la *muerte*,  
no caben las miserias y pasiones  
de nuestra pobre condición humana.  
Quédense aquí las rudas convulsiones  
de este mundo falaz: su pompa vana,  
su injusticia febril, todo ensordece  
al fúnebre doblar de una campana  
y todo ante el sepulcro palidece!

LANUZA Tienes razón: inútil es que estalle  
mi profundo dolor: pues Dios lo quiso,  
húndase el hombre en su miseria y calle,  
temple su furia el corazón sumiso.  
Para igualar mi patria con Castilla,  
(Con emoción.)

solo un timbre le falta, ¡Juan Padilla  
Dichoso yo si con mi sangre puedo  
(Con rapidez y entusiasmo.)

conquistar en la noble Zaragoza  
la corona del mártir de Toledo.

ARGENS. Tu augusto sacrificio,  
eternizado en mármoles y en bronces,  
recordará la excelsitud sublime

del último Justicia.

LANUZA ¡El pueblo que en Galión la espada esgrime  
y hendiendo montes y arrasando almenas,  
logra barrer las huestes agarenas,  
hoy se acobarda y se retuerce y gime!

¡Maldito sea el siervo (Rápido.)

que arrastra sus cadenas  
sin azotar la frente del tirano!

ARGENS. Respetemos á Dios en su alto juicio.

LANUZA ¡Hermosa libertad la del suplicio!

ARGENS. ¡Más hermosa la palma del cristiano!

¡Qué son en este mundo

los pueblos y naciones

sino perpétuo escándalo en la historia!

Grecia remonta el vuelo hasta las nubes,

se cierne el Lacio en su triunfante gloria,

y en tanto el tiempo silencioso cava

dos anchas sepulturas,

y mármoles y templos y esculturas,

vanidad y poder, todo se acaba...

¡Grecia se hunde cautiva, Roma esclava!

¿Quién puede detener en su carrera

la marcha de los siglos,

cuando á su empuje y pesadumbre fiera

dobra su frente Ménfis altanera?

¡Las razas y los pueblos

se asemejan al hombre en sus edades:

juventud, robusted, pujanza, brío,

luego la ancianidad, y luego nada!

¡Un pedazo de historia condenada

(Con amargo desdén.)

á perderse también en el vacío,

pues muere el hombre y muere su epitáfio,

y muere de su tumba el mármol frío!

¡Los Jaimes, los Alfonsos,

la cueva de Galión, aquella sangre

que en férvidas corrientes encendía

el corazón de un pueblo, á cuyo nombre

la tierra con espanto enmudecía

y estremecido el piélagos gemía,

hoy corre resfriada en las artérias

de ese viejo Aragón, ¡astro glorioso,

que rodó por un cielo de esmeralda

y en Felipe segundo halló su noche!

LANUZA

¡Oprobio y maldición!

ARGENS.

Fatal sentencia.

Cuando una torre pierde su equilibrio,  
su lógica es caer. La Providencia  
dió su poniente al sol. ¡Saber profundo!  
(Transición rápida.)

Mas pensemos, Don Juan, en tu conciencia  
dejando las miserias de este mundo...

Si tiene la amistad algún derecho  
para pulsar el corazón amigo,  
ese le tengo yo; franco tu pecho  
se abra á mi lealtad: Dios es testigo  
de que sabré cumplir como se debe.  
¡Ordena, manda, dí! ¡Mas... pronto y breve!

LANUZA

¡Oh, gracias, Argensola!

Tan noble y generoso ofrecimiento  
es digno de la fama esclarecida  
que consagra el Parnaso á tu talento.  
¡Yo me refugio en tu amistad querida  
al hundirme en el túmulo sangriento  
para salvar un átomo de vida,  
un recuerdo de amor!... ¡Nave sin tino  
que al perecer bajo las turbias ondas  
deja una frágil tabla en su camino!

ARGENS.

Refrena de tu espíritu la lucha,  
pide fuerzas á Dios, y más sereno  
desahoga tu pesar.

LANUZA.

Pues bien, escucha:

(Una pausa suficiente á preparar la transición.)

Por celestial bendición,  
se fué despertando un día  
en mi pobre corazón  
una profunda pasión  
y una ciega idolatría.

¿Si el claro disco solar  
deslumbra con su fulgores,  
cómo es posible mirar  
á doña Isabel de Aznar  
sin abrasarse de amores?

Loco por ella quedé,  
y tan rendido y prendado,  
que desde entonces se ve  
desposada con mi fé  
la imágen del ser amado.  
¡En mi ardiente frenesí,  
sin paz, sosiego ni calma,

al viento mis quejas dí,  
hasta que un día sentí  
dentro de la mía su alma!  
Su alma, que en dulce latido,  
al plegar sus alas, toma  
en mi corazón su nido  
como una blanca paloma  
en un tronco carcomido.  
Mas ¿qué bien en torno gira  
si el pesar se lanza y sube  
y contra todo conspira?  
¿Ni qué cielo azul se mira  
sin el crespón de una nube?  
Por castigo á mi existencia,  
quiso la suelte cruel  
provocar con su inclemencia  
una tenaz resistencia  
en el padre de Isabel.  
¡Odio injusto, trance fiero!  
Como juez y caballero  
hube un tiempo de fallar  
contra Don Pedro de Aznar  
sobre una cuestión de fuero.  
Nada pudo en su rigor  
obligarme al sacrificio  
del deber y del honor:  
¡ante mi noble ejercicio  
mudo se postró el amor!  
Desde entonces, sin ventura,  
dió siempre á mi estrella esquivada,  
entre nubes de amargura,  
Don Pedro Aznar de Segura  
su paternal negativa.  
¡Pasó un año triste y lento,  
como esos años que dejan  
un surco en el pensamiento,  
años que al huir reflejan  
en cada instante un tormento!  
Á solas con mi pasión,  
poco á poco se extinguía  
la vida en mi corazón,  
y en tanto Isabel gemía  
desterrada en Magallón.  
Una mañana, al entrar  
en la Virgen del Pilar,

supe con dolor profundo  
que se hallaba moribundo  
el conde Don Pedro Aznar.  
Tal desgracia me aterró:  
«¡Yo tengo la culpa, yo!»  
exclamé fuera de mí.  
El deber me aconsejó  
y hácia Magallón partí.  
¡Nunca sendero de abrojos  
se hizo más largo y cruel!  
¡Aún lo recuerdan mis ojos!  
¡Don Pedro!... ¡tristes despojos!  
¡Bañada en llanto Isabel!  
Era una tarde de Mayo:  
el sol con su último rayo  
del horizonte salía  
y poco á poco se hundía  
en las crestas del Moncayo.  
Llegué con la luz poniente,  
tendí la vista mortal,  
y vi después, tristemente,  
que se agrupaba la gente  
en el quicio de un portal.  
Corro con planta insegura,  
pregunto, y en su amargura  
todo el mundo me responde:  
«¡Está agonizando el conde  
Don Pedro Aznar de Segura!»  
Subo, llamo, me abren, entro;  
brilla siniestra una luz,  
y de un salón en el centro  
un grupo de gente encuentro,  
dos antorchas y una cruz.  
Al resplandor de la llama  
el grupo inmóvil se advierte.  
«¡Por aquí, Don Juan!» exclama  
una voz... ¡Sigo aquel drama...  
y doy al fin con la muerte!  
¡Sobre un lecho, agonizando  
lívido un rostro se ve,  
un sacerdote exhortando,  
un caballero alumbrando  
y un angel divino en pié!...  
Mi presencia inesperada  
hiere los tristes despojos

de aquella materia helada.  
Se agita, vuelve los ojos,  
quiere hablar... No se oye nada.  
Sólo escucho en mi aflicción:  
«¡Pues manda Dios que sucumba,  
Don Juan... Isabel... Perdón!»  
¡Se apagó su corazón  
y se desplomó en la tumba!  
¡Corrí, besé al moribundo!...  
Era hielo: un ¡ay! profundo  
se escapó del polvo inerte;  
llegó, lo tocó la muerte  
y el alma voló del mundo.  
¿Qué poder, qué maravilla  
ante su Dios no se humilla?  
¡Hombre!... ¡Miseria, ilusión!...  
¡Un sepulcro en la capilla  
del Cristo de Magallón! (Pausa y transición.)  
Celebrado el funeral,  
dejé á Isabel con su tío  
Don Diego de Carvajal,  
retardando, á pesar mío,  
el lazo matrimonial.  
¡Ah! Quién dijera al salir  
de aquel pueblo solitario:  
(Muy sentido y creciendo hasta el final del parlamento.)  
«¡Tan cerca estás del morir  
que no podrás asistir  
ni al primer aniversario!»  
!Oh! tú, Isabel, flor naciente  
que el Éden envidiaría,  
angel, como el sol luciente,  
que hoy doblas la triste frente  
al pie de mi tumba fría.  
Amor que en tí se concibe  
sobre este mundo sin calma,  
al sepulcro sobrevive,  
¡Dios en su gloria lo escribe  
y es inmortal como el alma!  
Por consuelo á tu aflicción  
y en memoria de mi vida,  
recibe este medallón...  
¡Fervorosa despedida  
de mi pobre corazón!  
(Besa el medallón, anegándolo en lágrimas.)

(Argensola lo recibe, tomando despues á D. Juan en sus brazos.)

ARGENS. ¡Bendito sea Dios! Yo te prometo  
cumplir tu voluntad, muere tranquilo,  
pues que contigo muere tu secreto.  
¡Mas ya que alivio diste á tus pesares  
con el triste relato de esa historia,  
deja al mundo postrado en sus abrojos,  
pídele á Dios la palma de la gloria  
y eleva al cielo tus dolientes ojos!

LANUZA ¡Vida y amor á un tiempo sepultados  
por la maldad y su soberbia impía!  
(Suenan la media.)

ARGENS. ¡Dios mío! (Aterrorizado.)  
(Se oye inmediatamente un redoble de tambor, próximo y como al pié de la reja. D. Juan hace un movimiento de asombro, luego se repone y exclama con naturalidad.)

LANUZA ¡La señal! Estoy dispuesto.  
¡Pobre Isabel y pobre patria mía!  
(Salen el fraile y el Capitán del aposento de Lanuza; Jiménez y Artal poco después, manifestando el mayor abatimiento y van á colocarse silenciosamente al foro. Dos religiosos dominicos aparecen con hachas encendidas en la puerta del fondo. Momento de pausa, la necesaria para preparar esta difícil escena y desenlace. D. Juan tiende la vista en derredor y exclama fijándose en el Capitán.)

Oidme, Capitán, cuando en presencia  
de Felipe segundo  
pongáis la ejecución de mi sentencia,  
decidle estas palabras  
que le arroja á la faz la Providencia:  
—¡Timbres, derechos, libertad y gloria,  
todo lo quitarás!... ¡Quita si puedes  
el tribunal de Dios y el de la historia!...—  
¡Y vamos al suplicio,  
no crea ese tirano  
que se agotó la raza de Sobrarbe!

(Abrazando á Argensola)

¡Hasta la eternidad!

ARGENS.

¡Dios soberano!

¡Hasta luego, Don Juan, tal es la vida!

(Con solemnidad y en medio de la mayor elevación y firmeza de ánimo.)

(¡Oh, justo cielo, en tu piedad confío!

¡Patria querida, para tí mi sangre!

¡Y para tí mi espíritu, Dios mío!)

(Da algunos pasos: Artal y Jiménez le salen al encuentro abrazándole con desesperación.)

¡Artal! ¡Jiménez! ¡Fortaleza y brío!

(Se oye un pregón al pié de la reja: D. Juan escucha silencioso las palabras delregonero entre los brazos de Artal y Jiménez.)

VOZ DE PREGÓN:

«Justicia que manda hacer nuestro rey y señor  
»Don Felipe segundo en la persona del traidor  
»Don Juan Lanuza.»

(Al oír D. Juan la palabra «traider» se separa de los brazos de Artal y Jiménez, llega á la reja, se ase de los barrotes y exclama con atronadora indignación.)

LANUZA

¿Yo traidor? ¡Virgen santa!  
¡La traición es del rey, que sobre el pueblo  
puso cobarde su maldita planta!

(Al terminar el último verso se percibe un sordo rumor hacia el fondo; los frailes que han principiado á salir se detienen. Se oye la voz de Doña Isabel: D. Juan retrocede espantado.)

ISABEL

(Dentro.) ¡Atrás! Dejadme.

LANUZA

(Retrocediendo espantado.) ¡Oh!...

ARGENS.

(Aturdido.) (¡Cielo piadoso!)

LANUZA

¡Ella! ¡Isabel! ¡Dios mío, qué tormento  
le das á un alma triste y abatida!

ISABEL

¡Don Juan, Don Juan! (Más cerca.)

LANUZA

¡Desfallecer me siento!

ISABEL

¿Dónde estás? (En escena.)

LANUZA

¡Isabel! (Con un sollozo.)

ISABEL

(Pausa leve.) ¡Juan de mi vida!...

VELASCO

(¡Maldición!) (Ap.)

ARGENS.

(¡Dios clemente!)

VELASCO

(Ap.) (¡Ni un momento!...

Cortemos esta triste despedida.)

(Hace una seña á los frailes, que comienzan á desfilar. El religioso que se supone confesor de Lanuza, lo toma del brazo. Argensola intenta separar también á Doña Isabel.)

## ESCENA VI

DICHOS é ISABEL con afecto y recorriendo los tonos que marcan los versos

ISABEL

¡Juan mío, resignación!

(En los brazos de Lanuza.)

Mitiga el alma doliente.

¿Qué es amor, teniendo enfrente  
la corona de Aragón?

¿No vas acaso á escribir  
una página en la historia?

¡Corre á vivir en la gloria,  
porque esto, Juan, no es vivir!

¡En la gloria! ¡Allí los dos,  
sin los pesares del suelo,  
con las delicias del cielo,  
con la bendición de Dios:

allí en la sublime zona,  
juntaremos con delirio  
la palma de tu martirio  
y mi virginal corona!

¡Juan, en tanto tu deber;  
(Rápida la transición.)

no diga la patria amante,  
que te distrajo un instante  
el amor de una mujer!

LANUZA (Abrazándola con delirio.)

¡Oh, sombra de Pedro Aznar!

ISABEL (Con solemnidad.)

¡Cuando peligran los fueros!...

LANUZA ¡Á morir los caballeros!

(Vase como abrasado en fuego patrio.)

ARGENS. ¡Y las damas á rezar!

(Arrancándola de los brazos de D. Juan. Isabel, después de su último verso, vacila y cae de rodillas, rompiendo á llorar copiosamente.)

ISABEL ¡Se me parte el corazón! (Cayendo de rodillas.)

¡Virgen santa! ¡Madre mía! (Sollozando.)

ARGENS. Llora y rézale, hija mía,

al Cristo de Magallón.

Si el que en los astros fulgura  
tuvo en la tierra un sudario,

y siendo Dios, un calvario,  
¿qué extraña la criatura?

(Pausa breve. Jiménez se recuesta sobre el escaño y Artal cae de rodillas, ambos llorando: Isabel prosigue en la misma actitud.)

(¡Tigre castellano, goza!)

¡Oh, sostenerme no puedo!

(Se apoya en la reja.)

¡Ayer, Padilla en Toledo!

¡Hoy, Lanuza en Zaragoza!

Sácia, Felipe segundo,  
tu espantosa crueldad,  
y deja la eternidad  
à las puertas de este mundo.  
¿Pues qué, la muerte no zumba  
sobre tu imperial recinto?  
¡Más grande fué Carlos quinto  
y hoy se pudre en una tumba!  
La sublime excelsitud,  
donde es polvo el universo,  
da su castigo al perverso  
y su palma à la virtud.

(Suena un redoble. Argensola mira por la reja y exclama horrorizado.)

¡Misericordia! ¡Perdón! (Al cielo.)

Se hundió al fin tanta grandeza.

(Con pesar profundo.)

¡Llorad en esa cabeza

(Como si dirigiese la voz al pueblo à través de los barrotes.)

la libertad de Aragón!

ISABEL Dejadme. ¡Triste consuelo!

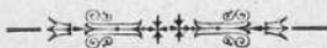
¡Mi último adios, nada más!

(Isabel se aproxima à la reja precipitadamente. Argensola la recibe en los brazos dando la espalda à la reja.)

ARGENS. ¡Oh, no, Isabel! ¿Dónde vas?

¡HIJA MÍA, ESTÁ EN EL CIELO!

(Cae Isabel à los piés de Argensola.)



John, 1870-1875

in 1870, 1871, 1872, 1873, 1874, 1875

of the year, 1870-1875

# EL CASTILLO DE SIMANCAS

DRAMA HERÓICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO

---

La acción en el castillo de Simancas. — Época  
de Carlos V

**PERSONAJES****ACTORES**

|                                                                   |                                  |
|-------------------------------------------------------------------|----------------------------------|
| <i>Doña María de Mendoza</i> . . . . .                            | D. <sup>a</sup> Teodora Lamadrid |
| <i>Isabel</i> , hija del conde de Benavente . . . . .             | Elisa Boldún                     |
| <i>Fulgencia</i> , sirvienta del conde..                          | N. Domínguez                     |
| <i>Don Pedro Maldonado Pimentel</i>                               | D. Antonio Vico                  |
| <i>El Conde de Benavente</i> . . . . .                            | Julio Parreño                    |
| <i>Fr. Manuel Maldonado Pimentel</i>                              | Leopoldo Burón                   |
| <i>Téllez</i> , capitán de armas . . . . .                        | José Alisedo                     |
| <i>Montalbán</i> , licenciado . . . . .                           | Alfredo Maza                     |
| <i>Fernan-Gómez de Herrera</i> , comisionado de Carlos V. . . . . | N. López                         |
| <i>Un paje</i> . . . . .                                          | Sr. Martínez                     |

*Soldados, comuneros, pajes, guardias, gente del pueblo*

---

Esta obra se representó por primera vez el 22 de Marzo de 1873, en Madrid, en el Teatro Español.

---

---

# El Castillo de Simancas

---

## ACTO PRIMERO

---

Salón gótico á todo foro. Balcón á la derecha, en segundo término. Puertas á la izquierda en primero y segundo término. Mesa con tapete y sillón

### ESCENA PRIMERA

TÉLLEZ y MONTALBÁN

MONTAL. ¡No es posible, amigo Téllez;  
no es posible, no hay remedio!  
La independendia española,  
la integridad de este reino,  
hasta el aire, ¡voto á cribas!  
todo se vuelve flamenco.

TÉLLEZ ¡Buena la hicimos!

MONTAL. ¡Qué diantre!  
Nuestra es la culpa, y bien hecho.  
Nerón incendiando á Roma,  
fuera no más un remedo  
de crueldad y barbarie.

TÉLLEZ A ser yo Cárlos primero...

MONTAL. ¡Montalbán, Dios nos asista!  
Dios no asiste á los perversos:  
donde se engendra un tirano  
no puede haber nada bueno.  
La traición, la cobardía,  
la doblez, el fraude, el miedo...  
vicios y crímenes solo  
se ven hoy en torno nuestro;

que así como se desploma  
el árbol más gigantesco  
cuando deja de afluir  
la savia á su tronco seco,  
así también las naciones  
se desploman con estruendo  
cuando falta el patriotismo,  
que es la savia de los pueblos.  
Tienes razón.

TÉLLEZ  
MONTAL.

¡Oh, vergüenza!

¿Y es este el clásico suelo  
del gran Gonzalo de Córdoba  
y la patria de Cisneros?

TÉLLEZ

¡Cisneros! ¡Patriarca ilustre,  
sombra de mejores tiempos!  
Si él viviese todavía...

MONTAL.

¿Vivir, y vivir en medio  
de un volcán sin abrasarse?

¿Hundirse en el ancho seno  
de las espumosas aguas  
del cántabro turbulento  
sin perecer? ¡Imposible!  
Sobran en Flandes venenos,  
sobran Jevres en Castilla,  
sobran traidores...

TÉLLEZ

Lo creo.

MONTAL.

Y si cien veces naciera,  
cien veces la hubiesen muerto.

TÉLLEZ

¡Qué ingratitud!

MONTAL.

¡Qué perfidia!

TÉLLEZ

¡Qué baldón!

MONTAL.

¡Qué sacrilegio!

TÉLLEZ

¿Qué sacan los grandes hombres  
del mundo?

MONTAL.

Cuando son buenos,  
nada, ni un trozo de mármol:  
el olvido más completo. (Transición.)  
¡Entra en la villa de Roa,  
acércate al monasterio,  
busca después en su iglesia  
el sepulcro de Cisneros,  
y allá en el fondo de un claustro  
de agrietado pavimento,  
verás al pié de un altar  
unos pobres azulejos;

no preguntes, allí yace,  
allí descansan sus restos!

TÉLLEZ El conquistador de Orán.

MONTAL. ¡La honra de España!

TÉLLEZ ¡Qué premio!

MONTAL. El premio que alcanzan siempre  
ciencia, virtud y talento,  
desde Séneca y Platón,  
al cardenal de Toledo.

En cambio al divino Jevres,  
ese ministro flamenco,  
azote de nuestro Erario  
y escándalo del gobierno,  
que cayó sobre Castilla  
como un tigre carnicero,  
de jaspe, pórfido y bronce  
se le erige un monumento  
á costa de tu soldada  
y á expensas de mi dinero.  
¿Qué tal?

TÉLLEZ ¡Parece mentira!

MONTAL. Pues es verdad, y bien hecho,  
y caiga sobre nosotros  
tanta infamia y vilipendio.  
¿Qué no merece un esclavo  
que hace ostentación de serlo,  
y en vez de azotar la frente  
del déspota con el hierro  
que lo flagela y lo encorva  
y lo arrastra por el cieno,  
dócil se inclina á sus plantas,  
se deja hollar...

TÉLLEZ ¡No hables récio!

MONTAL. ¿Y festeja y vitorea,  
retorciéndose en el suelo,  
á ese orgulloso alemán  
llamado Cárlos primero?  
¿Qué es la España de ambos mundos?  
¿Qué es la nación de otros tiempos?  
¡Hoy provincia tributaria,  
solo un cadáver!...

TÉLLEZ Es cierto.

MONTAL. ¡Uncida al carro imperial  
la que volcó cien imperios!

TÉLLEZ ¡La favorita de Marte

sierva de un aventurero!

MONTAL. ¡La matrona de Numancia!

TÉLLEZ ¡La reina de un mundo nuevo!

MONTAL. Me place que así responda (Rápido.)

tu corazón comunero;  
no refrenes sus latidos,  
deja que estalle en el pecho  
y que se rompa y reviente,  
antes que callar de miedo.

TÉLLEZ ¿Miedo? Jamás lo he tenido.

MONTAL. Ya lo sé.

TÉLLEZ Pues no lo entiendo.

MONTAL. Te ví en Medina del Campo  
dar cuchilladas.

TÉLLEZ (Mirando receloso.) ¡Silencio!

MONTAL. Después en Valladolid,  
y más tarde en Rioseco.

TÉLLEZ ¡Montalbán!...

MONTAL. ¿Qué, te arrepientes  
de haber sido de los nuestros?

TÉLLEZ ¿Arrepentir? ¡Mal me juzgas!

Mira, y dí si me arrepiento.

(Enseñando una cruz roja que lleva en el pecho, bajo el  
colete.)

MONTAL. ¡La cruz roja!

TÉLLEZ La cruz roja.

MONTAL. Pues entonces...

TÉLLEZ ¿Y qué esfuerzo,  
qué poder hay en la tierra  
cuando se abandona un pueblo?

La rota de Villalar,  
la rendición de Toledo,  
el desmayo de la Junta  
y el general desaliento,  
son un vivo testimonio  
de lo poco que valemos.

MONTAL. Es verdad.

TÉLLEZ Todo imposible.

MONTAL. No hay remedio.

TÉLLEZ No hay remedio.

Provocar nuevos disturbios,  
lanzarse al campo de nuevo  
para venir otra vez  
á morder el polvo.

MONTAL. ¡Cierto!

Una imprudencia sin fruto,  
una locura.

TÉLLEZ

Tal creo.

Entonces ¿qué es lo que intentas?  
¿Qué quieres hacer?

MONTAL.

Pues quiero

ejecutar en Simancas  
un espantoso escarmiento.  
¡Ya que el oro y la traición,  
más que las armas vencieron;  
ya que las comunidades  
engendraron en su seno  
muchos séres corrompidos,  
apóstatas encubiertos  
que hoy hacen alarde público  
de su infamia y su comercio;  
ya que no puede la sangre  
derramada por el hierro  
volver á inflamar las venas  
del caudillo de Toledo;  
ya que es Don Carlos de Gante  
señor y absoluto dueño  
de la herencia de Pelayo,  
y gime, y se arrasta el pueblo,  
y zumba sobre nosotros  
un enjambre de extranjeros,  
solo un recurso nos queda  
para vengar tanto duelo,  
una obligación sagrada,  
un alto deber!

TÉLLEZ

No acierto...

MONTAL.

¡Perseguir á los traidores!  
¡Esterminarlos!

TÉLLEZ

Convengo;

dices bien. En tal empresa  
te juro ser el primero.

Mas habla, explícate claro,  
¿conoces alguno de ellos?

MONTAL.

Como tú.

TÉLLEZ

¿Qué yo conozco?

MONTAL.

Sí, por Dios, y no está lejos.

TÉLLEZ

¡Oh!... ¡Qué sospecha!

MONTAL.

Bien vas.

TÉLLEZ

¡Maldonado!

MONTAL.

El mismo.



Aquí tienes el secreto.

MONTAL. Aunque así sea, ¿presumes  
que se disculpan con eso,  
ni la lealtad del héroe,  
ni la honra del caballero?  
¡Por encima del amor  
está la patria! ¿Qué ejemplo  
de su cívica virtud,  
de su generoso aliento,  
legar podrá á Salamanca  
su capitán predilecto?  
Antes que aceptar bajezas,  
antes que ceder al ruego  
del amor, antes que todo,  
debió morir, que no es bueno,  
ni es leal, ni honra merece,  
ni pudo ser comunero,  
quien se mostró tan cobarde,  
quien no reclamó su puesto  
en el glorioso martirio  
de sus nobles compañeros.

TÉLLEZ No te esfuerces, Montalbán,  
es inútil.

MONTAL. Pues te advierto  
que hoy amotino á Simancas,  
y... ya sabes el objeto.

TÉLLEZ Harás mal.

MONTAL. En suma, Téllez,  
¿cuento contigo ó no cuento?

TÉLLEZ De ningún modo.

MONTAL. Recuerda  
tus palabras.

TÉLLEZ Las recuerdo.

MONTAL. Para exterminar traidores...

TÉLLEZ Te juro ser el primero.

MONTAL. Entonces rinde el castillo  
y cumple tus juramentos.

TÉLLEZ Los cumpliré, cuando tenga  
de la traición de Don Pedro  
las pruebas que necesito.

¡Antes, jamás!

MONTAL. Te prometo  
que han de ser tantas y tales,  
que te dejen satisfecho,

TÉLLEZ Una sola, y me decido.

- MONTAL. Di, ¿te basta un documento  
escrito junto al cadalso  
en Villalar?
- TÉLLEZ No lo creo.
- MONTAL. ¡Por mi salvación te juro  
que es verdad y que no miento!
- TÉLLEZ ¿Y tú lo has visto?
- MONTAL. Lo he visto.
- TÉLLEZ ¿Dónde?
- MONTAL. Sin salir del pueblo.
- TÉLLEZ ¿Y cómo?
- MONTAL. Por una dama  
que conoce mucho al preso,  
y que ofrece generosa  
sus joyas y su dinero,  
para arrasar el castillo  
y esterminar á Don Pedro.
- TÉLLEZ ¡La prueba! ¡La prueba!
- MONTAL. (Señalando á la izquierda.) ¡El Conde!  
ya la verás; hasta luego. (Váse por el foro.)

## ESCENA II

TÉLLEZ y EL CONDE DE BENAVENTE,  
el Conde leyendo un pliego, silencioso y abstraído, hasta llegar á la  
mitad del proscenio; Téllez junto al foro.

- BENAV. (Dos tiros de falconete  
del castillo de San Telmo...)
- TÉLLEZ Señor...
- BENAV. ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?
- TÉLLEZ (Fuera un crimen mi silencio.)  
Sabed, señor, que en la villa  
se prepara un alzamiento  
contra nosotros.
- BENAV. ¿Qué más?
- TÉLLEZ Que sin pérdida de tiempo  
hay que tomar precauciones,  
porque va á estallar...
- BENAV. No temo;
- TÉLLEZ ¡alguna turba!  
Pudieran  
ser más graves los sucesos.  
Se dice, públicamente,  
sin rebozo y sin misterio,

que se ha fraguado el motín  
para arrancarnos el preso.

BENAV.  
TÉLLEZ

¡Imbéciles!  
Y se anuncia  
que esta tarde...

BENAV.

¿Sí? Me alegro.  
Antes que cierre la noche  
quedará el motín deshecho  
sin disparar ni una bala.

TÉLLEZ

¡Cómo, señor!

BENAV.

Por un medio  
infalible. ¿Qué se intenta?  
¿Libertar al prisionero?  
¿Quién más que yo lo ambiciona?  
¿Quién tiene mejor deseo?  
Deja que truene Simancas,  
que estalle furioso el pueblo.  
¡Cuanto más hierva en sus iras,  
mayor será mi contento!...

TÉLLEZ

Hoy firma el emperador  
la libertad de Don Pedro.  
¿Su libertad?—¡Señor Conde,  
lleva el motín otro objeto!

BENAV.

¿Qué dices?

TÉLLEZ

Que en esas turbas  
arde quizás el infierno.

BENAV.

¿Pues qué buscan? ¿Qué desean?

TÉLLEZ

¡Su muerte!

BENAV.

¿Su muerte? (¡Cielos!)

Es increíble.

TÉLLEZ

(Veamos.) (Con intención.)

Se agitan con el pretexto  
de que les fué en Villalar  
traidor á los comuneros.

BENAV.

¿Traidor él? ¡Y aun me figuro,  
¡vive Dios! que lo estoy viendo  
herido y ensangrentado  
entre aquél montón de muertos!

¿Traidor él? ¡Y parecía  
otro Cid en campo abierto!

¿Ser el último en rendirse,  
ser en la lucha el primero  
y acusarle de traición?

¡Que no lo sepa Don Pedro!

Télez, y si acaso notas

el asomo más pequeño  
de gentes amotinadas,  
no desperdices el hierro.  
¡Para curar ciertos males,  
no hay como sangrar á tiempo!  
Descuidad... que así lo haré.  
Dobla la guardia.

TÉLLEZ  
BENAV.  
TÉLLEZ

Al momento.

(Si vuelve aquí Montalbán,  
por mi ánima que le cuelgo.) (Váse foro.)

### ESCENA III

#### EL CONDE

Pero, señor, ¿es posible  
tanta injusticia? ¿Qué es esto?  
¡Traidor!... ¡Traidor Pimentel,  
porque el espantoso acero  
no ejecutó en su cabeza  
la sentencia del Consejo?...  
¡Así se juzga en el mundo!  
¡Así discurren los pueblos!  
(Junto al balcón y apostrofando á Simancas.)  
Simancas, ¿acaso puede  
tu espíritu turbulento  
penetrar en la conciencia  
de aquél que obligó al gobierno  
á otorgarle en Villalar  
el perdón de un comunero?...

PAJE  
BENAV.  
PAJE

¡Señor! (Al foro)  
¿Quién va?

Con urgencia

y á solas suplica veros  
un fraile de San Francisco.

BENAV.

Díle que pase al momento.

(Váse el paje.)

### ESCENA IV

#### EL CONDE y FRAY MANUEL MALDONADO

Este queda en el foro, cubierta la cabeza con la capucha del hábito,  
mirando fijamente al Conde, quien da señales de curiosidad y confusión.

Al descubrirse, el Conde retrocede asombrado

BENAV. ¡Fray Manuel!

- FR. MAN. Fray Manuel.  
BENAV. ¡Oh, Virgen santa!
- FR. MAN. ¿Tal sorpresa mostrais?  
BENAV. ¿Y á quién no espanta  
vuestro imprudente arrojo?
- FR. MAN. Dios me escuda...  
BENAV. Vuestra insensata aparición...  
FR. MAN. ¿Sin duda  
porque tengo el cuchillo á la garganta?  
BENAV. Olvidais el Consejo...  
FR. MAN. Frente á frente  
para aplacar su cólera terrible,  
un brazo se alzará; brazo potente  
que en Villalar triunfó. (Ironía.) ¿Cómo es posible  
que acudiendo al favor de un Benavente  
tema nadie volver de tierra extraña,  
cuando puede mofarse del gobierno  
y aun de la misma majestad de España?
- BENAV. ¡Siempre duro y mordaz!  
FR. MAN. Y siempre osado  
para llamar sin miedo y rostro á rostro  
las cosas por su nombre.
- BENAV. ¡Maldonado!  
FR. MAN. A la virtud, virtud; al crimen, crimen,  
y al traidor como vos...
- BENAV. ¡Por Cristo vivo!...  
FR. MAN. Traidor á boca llena,  
aunque después me arrojen de una almena.
- BENAV. No es posible, señor, tanta osadía,  
ni en sano juicio, ni en razón serena.  
¿Qué es esto? ¡Vive Dios! ¿La cortesía  
prescribe tan soez comportamiento?  
FR. MAN. Ceremonioso andais, por vida mía.  
BENAV. Y vos desmesurado.  
FR. MAN. Pues lo siento.  
Así he de hablar, sin arte y sin medida;  
con noble estilo y con palabra dura,  
como habla la honradez escarnecida,  
como hablan la razón y la bravura  
en presencia de un alma corrompida.
- BENAV. Los insultos de un loco  
no inspiran más que lástima.  
FR. MAN. Despacio;  
yo pruebo cuanto digo,  
y aquel que muestra la verdad patente,

ni insulta, ni está loco, Benavente.

¿Sabeis quién es el loco y quién insulta  
cobarde y criminal, al mundo entero?

¡Quien como vos, en su maldad oculta,  
osa vender su patria al extranjero  
y en su propia deshonra la sepulta!

BENAV. ¿El bando comunero  
es la patria quizás?

FR. MAN. Tanta osadía  
solo cabe en un pecho envilecido.  
¿Por qué si vuestra infame apostasia  
tan pronto dió al olvido  
los sangrientos motines de Mayorga,  
todo por vos dispuesto y dirigido  
en contra del monarca, no enrojece  
de vergüenza y horror vuestro semblante  
al ver la España de hoy, que más parece  
colonia conquistada  
que nación en dos mundos asentada?

BENAV. ¡Fray Manuel!

FR. MAN. ¡Qué ignominia!  
¡Qué baldón para el pueblo castellano!  
Su gobierno, su corte, su nobleza,  
hasta su mismo idioma,  
todo pierde su lus re y su grandeza;  
pues semejante á Roma,  
al humillar España su cabeza,  
sepulta en el abismo  
su pueblo y su corona á un tiempo mismo.  
¡Que el bando comunero no es la patria!  
¡No es la patria! Y vosotros los magnates,  
los altos dignatarios, los que siempre  
tuvisteis del gobierno el monopolio,  
vinculadas las rentas del Erario,  
y hasta en perpétua servidumbre el sòlio...  
¿por qué cuando ese príncipe altanero  
partió para Aquisgran, en su defensa  
no desnudásteis el mortal acero,  
ahogando en las entrañas de Castilla  
el naciente partido comunero?

BENAV. ¡Oprobio y maldición!

FR. MAN. ¡Cuándo del mundo  
se verá desterrado el egoismo!  
A esa turba alemana  
que os arrancó, para baldón eterno,

con la augusta tutela soberana  
las altas dignidades del gobierno;  
á ese monarca altivo y desdeñoso  
que os trató sin respeto ni clemencia,  
poniendo vuestros timbres y blasones  
bajo el peso brutal de sus legiones,  
ó á los piés de una estúpida regencia,  
no podíais sufrir sin menoscabo  
de vuestra propia suerte;  
si en España surgía otra nobleza,  
derechos caminábais á la muerte!  
Tal pensásteis, y en rápido coraje  
y en fiera enemistad, trocando luego  
vuestro apoyo servil, con odio ciego  
jurásteis quebrantar el vasallaje  
y pedir en los campos de batalla  
satisfacción cumplida á tanto ultraje.  
¡Y astutos y medrosos,  
en torres y castillos sepultados,  
solo esperábais la ocasión propicia  
para lanzar los pueblos enconados  
y las masas sedientas de justicia  
en contra del monarca y sus privados  
y en pró de vuestra sórdida avaricia!  
La espléndida corona de Alemania,  
con su brillo y su pompa deslumbrante,  
vino á caer para desgracia nuestra  
en las manos del príncipe de Gante.  
Orgullosa don Cárlos,  
apareja su séquito brillante.  
¿Quién se le opone á su ambición suprema?  
Sin escuchar los ruegos de Castilla,  
corre á ceñirse la imperial diadema.  
Entonces, reventando  
la cólera rugiente y espantosa  
que hervía en vuestros pechos, esperando  
tan feliz ocasión, lanzó furiosa  
todo el volcán de su terrible saña  
sobre ese pueblo, que al tronar en ira  
hizo temblar los ámbitos de España.  
Y villas y ciudades,  
y montes y llanuras, repitiendo  
el ronco grito de espantosa guerra,  
al militar estruendo  
responde el campesino en la alta sierra,

responde en su taller el artesano,  
y hasta el templo de Dios, que el paso cierra  
á la torpe ruindad del mundo vano,  
su púrpura le arroja al comunero  
para cegar los ojos del tirano,  
y arrollarle la planta al extranjero! (Pausa.)  
Tan fiera sacudida,  
tan ruda convulsión, rompió en pedazos  
esa masa de gente aborrecida,  
esa turba que huyó despavorida  
al verse fuera de los régios brazos.  
¿Quién contrastaba el férvido torrente  
que iba anegando el castellano suelo?  
¿Quién defendía á su monarca ausente?  
¿Dónde estábais vosotros?

BENAV.

(¡Justo cielo!)

FR. MAN.

¿Dónde estaban los nobles, Benavente?

BENAV.

¿Y qué os importa á vos ni á España entera?

FR. MAN.

El popular encono  
impusiera respeto á Cárlos quinto,  
ó lo hubiese volcado con su trono,  
si la traición cobarde,  
que para oprobio y eternal afrenta  
siempre escondida en vuestras almas arde,  
en vil mercado y miserable venta,  
á quien tanto nos odia y nos humilla,  
no entregara la suerte de Castilla.  
El rey, que os aborrece  
como el tigre á las hienas cuando buscan  
los palpitantes restos de su presa,  
pues reyes y señores,  
tigres y hienas sois del pobre pueblo,  
de ese pueblo que os presta sus fulgores,  
su brillo, su existencia, su fortuna,  
como á la opaca luna  
el claro sol, sus limpios resplandores.  
Aquél monarca desdeñoso y frío  
que os cerró con las puertas de su alcázar  
su favor, su amistad, su poderío;  
aquél que os obligó con su injusticia  
á romper con la espada el vasallaje,  
á lanzar á los campos la milicia,  
á encender en las turbas el coraje,  
á espigar de soldados las almenas  
y á quebrantar del pueblo las cadenas,

al ver que vacilaba su corona  
delante del partido comunero,  
y que era la nobleza castellana  
su adversario más fiero  
y el principal motor de la discordia,  
con aparente muestra de sincero,  
transige con vosotros,  
os llama á la regencia,  
os ofrece las llaves del Erario,  
os brinda su gobierno y su privanza...  
y entonces, ¡fementido!  
doblando el cuello y la rebelde lanza,  
sin honra y sin pudor, como bandidos,  
arrojásteis la máscara insolente  
de vuestra infamia vil, y revolviendo  
el torpe brazo y las traidoras armas  
que amenazaron, con feroz encono,  
arrebatar su cetro á Carlos quinto  
y hacer astillas su maldito trono,  
sobre la madre patria  
caísteis despiadados,  
abriendo en sus entrañas ancha herida  
y arrollando á ese pueblo moribundo,  
¡á ese pueblo infeliz!... que no comprende  
que después de sangrado, se le vende  
por todos los poderes de este mundo.  
¡No prosigais... ó juro por Dios santo!...

BENAV.

(Con furia.)

FR. MAN.

Y pues fuísteis traidores (Con desdén )  
lo mismo al rey que al pueblo,  
lo mismo en Villalar contra Padilla  
cambiando la cruz roja por la blanca,  
que en contra del monarca de Castilla  
agitando el motín de Salamanca;  
y pues fuísteis perjuros  
al romper con la espada el vasallaje,  
y alevosos, y pérfidos, y viles,  
acuchillando ciegos de coraje  
á esas pobres ciudades sublevadas  
y á vuestras mismas huestes engañadas...  
¿qué sois? ¿de qué servís? ¿quién no aborrece  
al tigre que de sangre se alimenta?  
¡Desleales al rey que os ennoblece,  
traidores con el pueblo que os sustenta,  
cáncer que pudre, mancha que envilece,

baldón de España y de Castilla afrenta!...  
Tal sois, tal os mostrais. Mas todo acaba,  
todo fina y concluye:  
el humano poder ¿qué significa?  
Sombra es no más que ante los siglos huye,  
ó fantasma que en humo se convierte  
al soplo irresistible de la muerte.  
¡Oh! Sí, también vosotros  
pasareis como la hoja que arrebatada  
furioso el huracán, y entonces fiera  
atronará vuestro sepulcro helado  
la maldición del mundo y de la historia...  
¡Supremo tribunal de lo pasado  
que reparte las palmas de la gloria  
y avienta las cenizas del malvado!  
¿Echásteis fuera ya todo el enojo  
de ese fiero carácter irascible,  
más propio del infierno que del claustro?  
¿Vos ministro de Dios? Es imposible.  
¡La amenaza, el insulto, la violencia!  
¡Proseguid, Fray Manuel!

BENAV.

¡Cuánto cinismo!

FR. MAN.

BENAV.

No temais que se apure mi paciencia.

FR. MAN.

Se apure ó no se apure, me es lo mismo.

BENAV.

En suma, ¿qué queréis?

FR. MAN.

Así me place.

La entrega de mi hermano.

BENAV.

¡Arrogancia pueril!

FR. MAN.

¡Tened presente  
que no resuena aquí la voz que implora,  
sino la voz que manda!

BENAV.

¡Dios clemente!

¿Olvidais, Fray Manuel, que estais hablando  
al jefe militar de este castillo,  
y en presencia de un hombre que si quiere  
os puede exterminar?

FR. MAN.

¡Haced la prueba...

porque á enseñaros voy cómo se muere!

BENAV.

Me basta una señal.

FR. MAN.

No se retarde.

BENAV.

¡Fray Manuel!

FR. MAN.

¡La señal, y sepa el mundo  
que además de alevoso sois cobarde!

BENAV.

¡Hola! (Llama.)

FR. MAN.

Llamad, llamad, tranquilo espero.

(Aparecen dos soldados.)

Solo arredra la muerte á los malvados,  
al traidor como vos, al pordiosero  
que arrastra por el fango su nobleza,  
mendigando el favor de un extranjero.  
¡Que salte mi cabeza,  
que despeñen mi cuerpo en hondo abismo!  
¡Ya que á mi hermano en Villalar robasteis  
la gloria de morir con heroismo  
en holocausto de la patria mía  
y en desagravio de mi ilustre raza,  
salga á torrentes mi copiosa sangre,  
siegue mi cuello la mortal cuchilla!  
¡Que no se espanta la virtud del crimen,  
ni tiembla en su cadalso Juan Padilla!  
¡No vacileis, pues por distintos fines  
ambas su aliento nos legó Castilla;  
á vos, para venderla torpemente,  
y á mí para execraros frente á frente!

BENAV. Dad gracias á Don Pedro,  
si no arranco esa lengua maldiciente.  
Una escolta, y echadle de Simancas.

(Á los soldados.)

FR. MAN. Que me arrastren difunto,  
que me lleven si os place entre cadenas,  
yo os prometo volver...

BENAV. ¡Llevalle al punto!

FR. MAN. ¡Os he de hacer ahorcar en las almenas!

(Se le llevan los soldados.)

## ESCENA V

### BENAVENTE

¡Fatalidad impía!

Parece que el infierno  
se viene conjurando en contra mía.

¡Traidor, infame, vil!... Ha dicho poco,  
tiene razón el fraile, no está loco.

Apenas el monarca,  
César y rey á un tiempo,  
del Cántabro en la orilla desembarca,  
cuando ya se difunde  
con mayor osadía y furia doble,  
por todas las esferas del Estado

ese poder exótico y malvado  
que huella aquí desde el plebeyo al noble.  
¡Funesta ingratitud! Si Cárlos quinto  
olvida las recientes tempestades  
que nublaron los cielos de Castilla,  
si rechaza la mano poderosa  
que supo derrotar á Juan Padilla,  
salvando en la pendiente desastrosa  
su vacilante sólio,  
¿qué logramos entonces? ¿De qué sirve  
nuestra torpe mudanza?  
El descrédito abajo, el ódio arriba:  
¿qué va á ser de nosotros? ¿Quién alcanza  
á medir ese piélagó espantoso  
que ruge á nuestros piés? ¡Horror profundo!  
Sin norte y sin bajel, y entre las olas  
de ese pueblo iracundo,  
si el sólio en extranjero se convierte...  
¿qué camino nos queda en este mundo?  
¡Uno solo! ¡Gran Dios!... ¡El de la muerte!

## ESCENA VI

BENAVENTE y TÉLLEZ

- TÉLLEZ (Desde el foro )  
¡Señor!
- BENAV. ¡Hola! ¿Qué hay de cierto  
en Simancas? La verdad.
- TÉLLEZ Que es grave la novedad  
para estar al descubierto.  
Con insensato cinismo  
se agita la población  
dispuesta á la rebelión,  
que puede estallar hoy mismo.
- BENAV. ¡Qué estalle! Cosa sencilla:  
si vienen á provocar,  
se hace un castigo ejemplar  
y queda en calma la villa.
- TÉLLEZ ¿Y si ese motín abarca  
más de un pueblo?
- BENAV. No es creible.  
¿Tras de la rota?... ¡Imposible!  
No se mueve la comarca.
- TÉLLEZ Pues yo sospecho que sí,  
á juzgar por la apariencia.

Se nota gran afluencia  
de extrañas gentes aquí.  
Corre el dinero á raudal,  
compran armas, hay bullicio,  
y se habla récio y sin juicio  
de la majestad real.

Y no fuera cosa extraña  
que ese maldito trastorno,  
hallando eco en el contorno,  
se extendiese por España.

BENAV.

No tal.

TÉLLEZ

Pues yo así lo espero.

BENAV.

¿Por qué?

TÉLLEZ

La razón me sobra

para creer que esto es obra  
del partido comunero.

Se cuenta como seguro  
que entran en la Aljafería,  
castillo en la cercanía

que tiene un monte por muro.

Y que las comunidades,  
para coronar su intento,  
esperan el alzamiento  
de dos clásicas ciudades.

BENAV.

Tras de Villalar no hay nada.

TÉLLEZ

Pues dicen...

BENAV.

¿De qué te admiras?

Nadie forja más mentiras  
que una turba amotinada.

TÉLLEZ

Se habla en público también  
de la aparición reciente

de una dama, que á la gente  
da qué pensar.

BENAV.

¡Bueno, bien! (Con indiferencia.)

TÉLLEZ

Y circula por la villa,  
como opinión general,

que esa dama principal  
es la viuda de Padilla.

BENAV.

¿Sí? Pues la opinión se engaña,  
asegurártelo puedo;

la rendición de Toledo  
le obligó á salir de España.

Pero aquí lo incomprensible  
y lo absurdo está en saber

¿qué tiene el motín que ver

- TÉLLEZ con Maldonado?... ¡Imposible!  
Así parece, señor;  
mas claman con ronco acento  
que si triunfa el movimiento  
lo degüellan por traidor.
- BENAV. ¡Diente por diente se cobra!  
No temas la tempestad,  
que aunque pocos...
- TÉLLEZ Es verdad,  
somos buenos.
- BENAV. Basta y sobra.  
Desde el alta galería  
con ojo avizor acechas,  
y en vez de encender las mechas  
y cargar la artillería,  
dispones á manos francas  
mucho cuerda.
- TÉLLEZ Bien está.
- BENAV. Pues hoy el cáñamo hará  
un gran papel en Simancas.  
No temas la rebelión  
ni te espante ese tropel  
mientras tengamos cordel  
y hierros en el balcón. (Váse Téllez.)

## ESCENA VII

BENAVENTE, aproximándose á la ventana

- BENAV. ¡Simancas, si hoy turbulenta  
muerdes el cetro imperial,  
hallarás tras la tormenta  
un desengaño fatal  
y una página sangrienta!

## ESCENA VIII

BENAVENTE, ISABEL y FULGENCIA

Isabel entra llorando. Benavente, al verla, corre á su encuentro. Fulgencia queda próxima á la puerta del foro

- BENAV. ¡Isabel!
- ISABEL ¡Padre del alma! (Abrazándole.)
- BENAV. ¿Qué es esto? ¿Qué lienes, di?
- ISABEL No sé.

- BENAV. ¿Lloras?  
ISABEL ¡Ay de mi!  
BENAV. ¿Tú afligida? ¿Tú sin calma?  
Desahoga sobre mi pecho  
tu dolor, que si al nacer  
partí contigo mi ser,  
¿quién hay con mejor derecho?  
La misma sangre en herencia  
y el mismo nombre llevamos.  
¡Vamos, hija mía, vamos,  
habla!... ¿Qué es esto, Fulgencia?  
FULGEN. Yo, señor...  
BENAV. En tí confío,  
tú lo sabes.  
FULGEN. Nada sé;  
solo sí que la encontré  
llorando al rayar el día.  
ISABEL ¡Fulgencia!...  
FULGEN. El balcón abrió,  
y entre mortales congojas,  
me dijo: ¡Mustias las hojas!  
¡La gitana no mintió!  
BENAV. ¿La gitana?... (Con extrañeza.)  
ISABEL (¡Desdichado!)  
BENAV. ¿Hojas mustias?...  
ISABEL ¡Padre mío!  
¡Mustias! Como si el estío  
las hubiese aniquilado.  
¡Oh, desventura maldita!  
¡Volcán que en mis sienes arde!  
Déjanos solos, más tarde (A Fulgencia.)  
bajaremos á la ermita. (Váse Fulgencia.)  
BENAV. Algún antojo pueril  
que tus sentidos embarga.  
ISABEL ¡Ojalá!  
BENAV. Vamos, descarga  
tu corazón juvenil.  
ISABEL Escucha, padre y señor,  
mi relato sin enojos,  
y dime si son antojos  
la causa de mi dolor.  
Va para un mes, al entrar  
en la ermita una mañana,  
hallé una pobre gitana  
de belleza singular.

—Dios os bendiga, murmura,  
apoyada en el cancél.  
—¿Quiere la noble Isabel  
oir su buenaventura?  
—¿La sabeis?—La sé de fijo:  
una mano, y eso es llano. —  
Calló, la tendí la mano,  
quedó absorta, y luego dijo:  
—¿Os arredra conocer  
una terrible verdad?  
—¡Alguna desgracia!... ¡Hablad!  
¡Hablad! Lo quiero saber.  
—Fijad los ojos aquí—  
y mostró mi mano abierta.  
—¿Veis esta raya cubierta  
por otra de sangre?—Si.  
—¡Esto revela á mi juicio  
que amais, y amais en mal hora;  
pues vuestro amante, señora,  
va á morir en un suplicio!—  
Lancé un ¡ay! Me desmayé,  
y tal fué mi desconsuelo,  
que aunque dí en el duro suelo,  
ni sentí, ni desperté...  
¡pues hiriéndome á traición  
aquél augurio fatal,  
como una flecha mortal  
se clavó en mi corazón!  
Al recobrar el sentido,  
hallé con pena tirana  
en brazos de la gitana  
mi cuerpo desfallecido.  
—Oid, me dijo llorosa,  
¡si quereis averiguar  
la manera de evitar  
esa desgracia horrorosa,  
todas las noches del año  
poned en este cestillo  
y en un balcón del Castillo,  
bien cubiertas con un paño,  
unas hojas de laurel;  
y si notais algún día  
que pierden su lozanía...  
rogad al cielo por él!—  
Dijo, y del suelo se alzó,

puso el cestillo en mi falda,  
¡adidos! murmuró á mi espalda,  
y del pórtico salió.  
Seguirla quise y no pude;  
¡pesaba como una roca!...  
¡Quise llamar, y á mi boca  
en vano el aliento acude!  
¿Qué más? ¡Ni aun llanto tenía,  
pues abrasado en mi frente,  
como una lluvia candente  
dentro del alma caía!  
Adivinar no es posible  
todo lo que yo sufrí,  
ni el tiempo que estuve así  
en situación tan horrible.  
Solo, padre mío, sé  
que convulsa y jadeante,  
hice un esfuerzo gigante  
y que al fin me puse en pié.  
¡Y aún la sentencia maldita  
me atronaba con sus ecos,  
resbalando por los huecos  
de la nave de la ermita!  
¡Salí con planta insegura,  
torné al castillo sin calma,  
haciendo cárcel el alma  
de tan negra desventura;  
y desde entonces, luchando  
con tan amargo interés,  
todas las tardes del mes  
voy las ojas renovando;  
¡todas las tardes!... mas hoy,  
hoy, cuando el alba su brillo  
cernía sobre el castillo,  
yo, que esperándola estoy,  
como siempre, en triste vela,  
por dar tregua á mis congojas,  
si en el color de las hojas  
un día más se revela,  
presintiendo el desengaño  
de mi pobre corazón,  
abro trémula el balcón,  
tomo el cesto, quito el paño,  
y arrojo cesto y laurel  
con espantosa agonía!...

¡Dios mío... la profecía!  
¡Rogad al cielo por él!  
BENAV. Vamos, juicio, y razonemos.  
ISABEL ¡Le van á matar!  
BENAV. ¿Quién, dí?

¿Acaso no soy yo aquí  
el jefe? ¿No le tenemos  
bajo nuestra autoridad,  
seguro en este recinto,  
hasta que dé Cárlos quinto  
su perdón? La majestad,  
¿podrá negar el indulto  
que le pide Benavente,  
sin hacer públicamente  
á la nobleza un insulto?  
¿No es esto verdad?

ISABEL ¡Quién sabe!

BENAV. ¡Dudo y tiemblo!

Porque estás  
fanatizada... ¿Qué más,  
si del porvenir la llave  
concede tu poco juicio  
á una pobre embaucadora  
que vive de lo que ignora  
y que miente por oficio?  
Si es para el sabio el mañana  
como un horizonte oscuro,  
¿qué verán en lo futuro  
los ojos de una gitana?  
Nadie, ni aun la ciencia en pos  
de lo porvenir penetra  
ese libro, cuya letra  
solo es fácil para Dios.  
Libro que arroja fatal  
lo futuro en lo presente,  
al impulso omnipotente  
del dedo providencial.  
Conque, ea, piensa y medita  
y discurre como yo,  
si hay verdad en lo que habló  
la gitana de la ermita.

ISABEL Inútil convencimiento.

BENAV. ¡Isabel!

ISABEL ¡Triste experiencia!  
¡A veces, más que la ciencia

alcanza el presentimiento!  
Antes de amarle, le ví; (Frenética.)  
antes de verle, le amé:  
¿quién me lo dijo? ¡No sé,  
el corazón que hay aquí!  
Pues este loco á quien tratan  
de enfrenar juicio y razón,  
este pobre corazón  
me está diciendo, ¡hoy le matan!  
Hoy le indultan.

BENAV.  
ISABEL

¡Desconfío

de todo!

BENAV.  
ISABEL  
BENAV.

Prueba palpable.

¿Quién lo anuncia?

El condestable

en este pliego.

ISABEL  
BENAV.

¡Dios mío! (Con alegría.)

«Hoy firma el rey en Valladolid el perdón ge-  
»neral. Dos cañonazos del castillo de San Tel-  
»mo te anunciarán la libertad de Maldonado.»  
«(Uno solo, su muerte.)» (Aparte.)

(Se oye la voz de D. Pedro que viene precipitadamente por  
la primera puerta de la izquierda. Benavente é Isabel se  
quedan petrificados de asombro.)

## ESCENA IX

DICHOS y DON PEDRO

D. PEDRO  
BENAV.

¡Atrás, déjame! (Dentro.)

¡Isabel!

D. PEDRO

¡Suspended la ejecución! (Dentro.)

¡Yo rechazo ese perdón! (Saliendo.)

¡Aquél es mi puesto, aquél!

¡Oh, ya es tarde! ¡Maldición!

(Cae en brazos de Benavente.)

ISABEL  
BENAV.

¡Justo Dios!

(¡Es singular!)

¡Eh, Don Pedro!...

D. PEDRO

¿Quién me nombra?

¿Quién eres? ¡Déjame andar;  
no me toques, soy la sombra  
maldita de Villalar!

ISABEL

¡Oh! Su razón se extravía.

¡Virgen Santa! ¡Madre mía!

D. PEDRO

¡Esa voz!

ISABEL ¡Pedro del alma!  
D. PEDRO ¿Qué ángel el cielo me envía  
que así mis pesares calma? (Levantándose.)  
¡Isabel! ¡El conde! (Reconociéndolos.)

BENAV. Sí,  
los dos.

D. PEDRO ¿Luego todo es falso?  
¿Todo quimera? ¡Ay de mí!  
¡Quimera! Y aún llevo aquí  
(Restregándose los ojos.)  
las bayetas del cadalso.

ISABEL ¡Oh, refrena tu ansiedad!

D. PEDRO ¡El rollo tras de la rota!...

BENAV. ¡Maldición! ¡Fatalidad!

D. PEDRO El cadalso... la picota...

¡Oh! Sí, escuchad... escuchad.

(Pausa conveniente.)

Desde que la luz naciente  
quebró su limpio fulgor,  
sentí agolparse á mi frente  
un rio de sangre hirviente  
y un volcán abrasador.

Dejé el lecho al despertar,  
sintiendo siempre sin calma  
ese triste malestar

con que suelen comenzar  
las tempestades del alma.

Salí con paso inseguro,  
trémulo y desfallecido;  
abrí la puerta del muro,  
y sobre un peñasco duro  
me recosté sin sentido.

No sé qué pasó por mí,  
ni qué poder me rindió...

Luego me desvanecí,  
poco á poco me dormí  
y todo, ¡todo calló!

¡Cielo azul, campiña amena,  
céfiro, ambiente, rocío,

puro sol, alba serena,  
roca, foso, muro, almena,

todo cambia en torno mío!

¡De repente el sueño airado  
me recordó el trance fiero  
y el día desventurado

que en el rollo ensangrentado  
murió el mejor caballero!

(Transición.)

Hallábame yo doliente  
entre la escolta de gente  
que á Simancas me traía,  
cuando oí confusamente  
voces en la cercanía.

«¿Qué es eso?» le pregunté  
al que marchaba delante,  
y con asombro noté  
que recataba el semblante  
y que hablaba no sé qué.

Sin comprender la razón  
vuelvo y pregunto al de atrás:

«¿Qué es eso?» «¡La ejecución!

»¡Siga y calle la traición

»y no me pregunte más!»

Dijo; ¡y el rostro esquivando  
huyó con la lengua muda!

Iba la escolta trotando  
y mi razón zozobrando  
entre el asombro y la duda.

En esto, rápidamente,  
de la falda de una sierra,  
sale un escuadrón de gente  
que avanzando diligente  
paso y camino nos cierra.

«¿Quién va?» gritan al chocar  
ambos grupos con furor,

y responden al pasar,  
«¡la víctima á Villalar!»

—¡De Villalar y el traidor!

¡Partieron, y en las montañas  
zumbando el eco perdido

de aquellas frases extrañas,  
como plomo derretido  
fué cayendo en mis entrañas!

¡Luego un río nos paró;  
torcimos por la derecha;

toda la escolta pasó  
sin riesgo la puente estrecha;

toda, toda, menos yo!

Pues al tocarla, estridente  
crugió en sus altos pretiles,

y hundiéndose en la corriente  
me gritó: «yo no soy puente  
»de traidores ni de viles!»  
¡Retrocedo... y no hay camino,  
busco oriente y no le hallo!  
Negra noche sobrevino,  
y en alas de un torbellino  
dió en Villalar mi caballo.  
¡Todo en la sombra yacía,  
y solo de cuando en cuando  
el silencio interrumpía  
una campana doblando...  
triste... como el alma mía!  
¡Lleno de angustia mortal  
entro en la plaza... y me nombra  
fatídico y sepulcral  
un espectro, allá en la sombra  
de aquella noche fatal!  
¡Echando animoso á un lado  
el terror que me embaraza,  
convulso y desesperado  
prosigo... y veo un tablado  
en la mitad de la plaza!  
Nunca lo viera, ¡ay de mí!  
Inconsolables tristezas  
que estáis rebosando aquí, (Al corazón.)  
¿será verdad lo que ví?  
¡La picota!... ¡Tres cabezas!  
¡La de Juan Padilla estaba  
en el garfio superior;  
Bravo, el segundo ocupaba,  
y el tercero... acaba... acaba...  
pesadilla de mi horror!  
¿Por qué tu luz no difundes  
en las quimeras del sueño?  
¿Por qué en el abismo te hundes  
y otra y otras mil me infundes  
con tan diabólico empeño?  
(Transición )  
¡Sacudido blandamente  
abro los ojos despues...  
y aun tengo el cadalso enfrente!  
¡Benavente! ¡Benavente!  
¿Quién es el otro?... ¡Quién es!  
(Rumor y vocerío de gente que se aproxima al castillo.)

VOZ ¡Alerta! (Fuera.)  
ISABEL ¡Jesús!  
BENAV. (Estamos  
en pleno motín.)  
D. PEDRO (Asomándose al balcón.) Arrecia  
y crece el rumor.  
ISABEL ¡Oh! (Idem.)  
BENAV. ¡Vamos!...  
D. PEDRO ¡Alguna chusma!...  
BENAV. ¡Salgamos!  
No tal; eso se desprecia.

### ESCENA X

DICHOS, TÉLLEZ precipitadamente

TÉLLEZ ¡Señor!  
BENAV. ¿Qué hay?  
TÉLLEZ Sencillamente,  
y á juzgar por lo presente  
sin rodeos la cuestión,  
poco muro y mucha gente  
para tanta rebelión.  
Oid. (Se oye rumor y estrépito de armas.)  
D. PEDRO ¡Ya suben la cuesta!  
¡Ya se aproximan! (Desde el balcón.)  
TÉLLEZ (¡Cordel!) (Con sarcasmo.)  
D. PEDRO ¡La cruz roja! (Con alegría.)  
BENAV. ¡Hierro apresta! (A Téllez.)  
TÉLLEZ (Me parece que en la fiesta  
no hace el cañamo papel.)  
BENAV. Ya verán cómo les hablo  
antes de darme á partido.  
TÉLLEZ Eso nunca, ¡voto al diablo!  
mientras nos quede un venablo  
y un arcabuz encendido. (Váase.)  
BENAV. ¡Oh! Ven, muchedumbre altiva;  
ya mis cañones esperan  
tu arrogante comitiva. (En el balcón.)  
D.<sup>a</sup> MAR. ¡Viva Juan Padilla!  
VOCES ¡Viva!  
UNO ¡Mueran los traidores!  
VOCES ¡Mueran!  
D. PEDRO ¡Traidores! (Con asombro.)  
ISABEL ¡Padre! (Llena de terror.)

- BENAV. Aquí están.  
Dejadme: ¡Simancas alto! (Desde el balcón.)
- MONTAL. ¡Muera el Conde! (Desde afuera.)
- BENAV. Montalbán,  
si en vuestro torpe desmán...  
¡Al asalto!
- UNO ¿Qué?...  
D. PEDRO ¡Al asalto!
- TODOS
- BENAV. ¡Quien se atreva... que lo intente  
y aprenderá... ¡por mi vida!  
cómo trata Benavente  
á la canalla insolente  
y á la turba envilecida!  
¡Al muro! ¡Al muro!
- VOCES
- BENAV. ¡No tal;  
al foso! ¡Lo vais á ver;  
á una voz, á una señal,  
os puedo al punto barrer  
como barre el vendabal!
- VOCES ¡Arriba! ¡Arriba!
- (Se oye estruendo dentro del castillo.—Sale Téllez precipitadamente.)
- TÉLLEZ ¡Traición!
- BENAV. ¡Téllez!
- TÉLLEZ ¡Estamos vendidos!
- BENAV. ¿Qué dices?
- TÉLLEZ ¡El portalón  
abierto!
- BENAV. ¡Oh, fementidos!
- TÉLLEZ Ya se acercan.
- BENAV. ¡Maldición! (Gran confusión.)
- MONTAL. Por aquí. (Fuera.)  
¡Seguidme, entrad!
- D.<sup>a</sup> MAR. (Entrando al frente del pueblo y seguida de Montalbán.)  
¡Ellos... él! ¡Tú los condenas!  
(Mirando al cielo.)  
¡Viva la comunidad! (Al grupo.)  
¡La cruz roja en las almenas!  
(Bajando hasta la batería.)  
¡Temblad, malvados, temblad!  
(Asombro general.)

## ACTO SEGUNDO

La misma decoración

### ESCENA PRIMERA

DOÑA MARÍA, DON PEDRO y BENAVENTE

Grupos del pueblo al fondo y á la izquierda, en primer término. Sale Doña María por la izquierda. Don Pedro y Benavente confusos y aterrados

D.<sup>a</sup> MAR. Que nadie falte á su deber ni un punto.

(A los del fondo).

Orden, mesura, juicio y gran cautela.

Vosotros custodiad á esas mujeres

(A los de la izquierda.)

con el mayor respeto y diligencia.

(Entran por la puerta izquierda. Vuelve los ojos á D. Pedro y exclama adelantándose furiosa y sarcástica )

¡Oh! á mis plantas, la traición y el crimen deben morder el polvo.

VOCES

(Fuera del castillo.)

¡Muera! ¡Muera!

D.<sup>a</sup> MAR.

¿Escuchas ese grito?

¡Dios clemente!

D. PEDRO

D.<sup>a</sup> MAR.

¡Es el pregón que anuncia tu sentencia!

¡Es el fallo terrible de Simancas,  
que pide alborotado tu cabeza!

D. PEDRO

Un momento no más, solo un instante,  
para mostrar al mundo mi inocencia.

(Desconcertado.)

D.<sup>a</sup> MAR.

¿Tú inocente?

BENAV.

¡Dios mio!

D.<sup>a</sup> MAR.

(Apoyado sobre la mesa )

Esfuerzo inútil.

¡Ni una sola palabra, ni una letra!

Sorda fué siempre la venganza al ruego;  
implacable el instinto de la hiena.

Nada quiero escuchar, ni digas nada  
á este insensible corazón de piedra.

El clamor de esa turba irresistible

es el fúnebre canto que te espera.  
Prepárate á morir, no retrocede  
el rayo que despide la tormenta.

¡Por aquí, Montalbán! (Desde el balcón.)

D. PEDRO

¿Estoy soñando?

D.<sup>a</sup> MAR.

¡Te estremeces de horror!... escucha y tiembla.

(Desde el balcón á los amotinados.)

¡El cadalso en la plaza de la villa!

¡Sin retardar ni un punto la sentencia!

BENAV.

¡Maldición!

D. PEDRO

¡Por piedad!... ¡Solo un instante,  
un momento no más!

D.<sup>a</sup> MAR.

¡Alma perversa!

¿Tú invocas la piedad? ¿Tú solicitas  
esa noble virtud de la clemencia?

Tienes razón: tu súplica comprendo;

¿qué malvado en el mundo no se aterra

al sentirse el cuchillo á la garganta,

si sabe que no muere la conciencia?

¡Oh! Si el alma se hundiese con la vida,

si fuese nuestro término la tierra,

¡qué dichosos serían los perversos,

qué desgraciada la virtud austera!

Por eso gimes tú, por eso clamas,

al tropezar sobre la tumba abierta,

pidiendo compasión inútilmente.

¿Olvidaste quizá la noche negra

del triste Villalar?

D. PEDRO

¡Por Dios, señora!

D.<sup>a</sup> MAR.

¿Olvidaste la rota que aún resuena

fatídica en los campos de batalla,

testigos de tus ínclitas proezas,

y cuya sangre hierve todavía,

enrojeciendo la pisada arena? (Transición.)

¡Ni espacio, ni piedad; tú lo quisiste,

tú inflamaste esas masas turbulentas

que rugen, como el mar alborotadas,

y al pie del muro con furor revientan;

tú rompiste las fibras de mi pecho,

trocando en hierro el corazón de cera;

tú erizaste de abrojos mi camino;

por tí renuncio á mi ventura eterna;

tú me arrancas el alma, y tú me haces

odiosa para siempre la existencia!

¿Y aún mi piedad reclamas? ¡Mal me juzgas,

mal conoces el odio de las hembras!  
¡Suplica al huracán que se refrene,  
manda que apague su volcán el Etna;  
mas nunca á la mujer desesperada  
que en su fatal venganza retroceda,  
porque se arraigan en su blando pecho  
el odio y el amor de igual manera!  
Testigo es Dios de que la culpa es mía.

BENAV. Yo libérté en el rollo su existencia,  
yo le traje después á este castillo...

D.<sup>a</sup> MAR. Donde debió morirse de vergüenza,  
al saber que su indulto fementido  
le costaba á su primo la cabeza.

D. PEDRO ¡Dios mío! ¡Benavente... no es posible!  
¡No es posible, Dios mío!

D.<sup>a</sup> MAR. ¡Tu sorpresa  
redobra mi furor! ¿Pues no se atreve,  
miserable, á fingir en mi presencia  
que ignora lo que sabe todo el mundo?  
¡Me pasma á la verdad tanta miseria!  
Mas ¡qué mucho que escape por la boca  
el lodo que no cabe en la conciencia!

D. PEDRO ¡La horrible pesadilla, aquel cadalso,  
maldición sobre mí!

D.<sup>a</sup> MAR. ¿Ya no recuerdas  
de Salamanca y de su pobre gente,  
la virtud, la honradez y la grandeza?  
¿Tan pronto se borró de tu memoria  
el nombre del caudillo que eligieran  
por jefe y capitán de Salamanca,  
los que ganosos de victorias nuevas  
volaron al socorro de Padilla,  
sin advertir que la traición los lleva,  
para embotar el hacha del verdugo,  
á morir en el rollo como ovejas?

D. PEDRO ¡La vida de mi primo!

D.<sup>a</sup> MAR. ¡Sí, malvado!  
la vida de tu primo, que aun alienta  
en este corazón inquebrantable,  
donde su amor eterno se refleja  
como la luz del moribundo día  
en el limpio fulgor de las estrellas.

D. PEDRO ¿Que por mí sucumbió? ¿Quién lo asegura?  
¿Quién se atreve á lanzar tan vil ofensa?  
Y vos que así con temerario arrojó

la demanda tomáis en la revuelta...  
¿Quién sois? ¿Qué me queréis? ¡Hablad en suma,  
pues tan amarga confusión me aterra!  
Hablad, ó creeré que estoy soñando,  
ó que esto lo produce la demencia.

D.<sup>a</sup> MAR. ¡Demente! ¡Miserable! ¡Que me asombra!  
Juzga si quieres mi razón enferma;  
repíte tus insultos, no refrenes  
el único desahogo que te queda.  
¿Me preguntas quién soy? ¡Me lo preguntas!  
¿Tan espantosa ha sido la tormenta  
que por los restos de la pobre nave  
no es posible ¡gran Dios! reconocerla?  
¡Mucho he sufrido, sí, mucho he sufrido!  
Mi pesadumbre y mi dolor contempla  
en los estragos de mi faz sombría,  
en estos manantiales de mis penas,  
cuya corriente al reventar en llanto  
á pedazos el alma se me lleva.  
¿No conoces mi rostro? ¿Qué sería  
si retratase mi aflicción eterna!  
¡Para espesar mi espíritu doliente,  
el de la muerte mi semblante fuera!  
¡Mírame bien, consulta tu memoria,  
recoge tu atención!

D. PEDRO (¡Duda funesta!  
Que no es la viuda de Padilla pienso...  
Mas entonces, ¿quién es?)

D.<sup>a</sup> MAR. ¿Nada sospechas?  
¿No te remuerde el crimen?

D. PEDRO ¡Vuestro nombre,  
vuestro nombre, por Dios!

D.<sup>a</sup> MAR. Lo presintieras  
á no llevar por corazón un risco  
y por alma el instinto de la hiena.

D. PEDRO ¿Que yo os conozco?

D.<sup>a</sup> MAR. ¡Ni aun recuerdos tiene!...

¿Y tú la vida miserable aprecias?  
¿Por qué temes morir si no te alcanza  
la justicia de Dios, si tu existencia  
es un soplo vital irresponsable  
como la impura cárcel que te encierra?

D. PEDRO ¡Señora, por piedad!

D.<sup>a</sup> MAR. ¿Pero es posible  
que á tales mónstruos su favor concedan

los pueblos y naciones? ¿Qué me extraña,  
si yo misma también, en mi torpeza,  
le confié la suerte de un esposo  
sin sospechar de semejante fiera?...

D. PEDRO

D.<sup>a</sup> MAR.

¡Qué es esto, Dios clemente!  
¡Dí, responde,  
verdugo de mi amor, alma perversa,  
Caín abominable!

D. PEDRO

(Delirante.) ¡Atrás, infierno!  
¡Degollado por mí! ¡Su sangre aquella!  
¡Aquel cadalso el suyo! ¡Benavente,  
Benavente, por Dios, una respuesta!  
¡Bravo á Padilla sigue! ¿Y quién á Bravo?  
¡Su nombre!

BENAV.

D.<sup>a</sup> MAR.

¡Eterno Dios!  
¿Quieres más prueba?  
¿No te dice el silencio lo bastante?

D. PEDRO

(Por Benavente.)  
(¡Oh, Providencia!)  
¿Escuchais, Benavente? ¡Por el cielo,  
por Isabel, por mi honra, por la vuestra!...  
¿Quién murió en Villalar?

BENAV.

D. PEDRO

(¡Dios poderoso!)  
¿No respondeis? ¿Qué es esto? ¿Será cierta  
tan horrible desgracia? ¡Oh, vilipendio!  
¡Oh, padrón de ignominia y de vergüenza!  
¿Y pudo consentir vuestro delirio  
en tal aberración y en tanta mengua?  
¿Y pudisteis soñar que un Maldonado  
á tan cobarde crimen se rindiera  
por gozar de esta vida miserable  
como un reptil envuelto en su miseria?  
¿Y es esto vida acaso? ¿Acaso el mundo  
no arroja de su seno y su conciencia  
las honras que se pudren, como lanza  
el borrascoso mar á la ribera  
los míseros despojos del cadaver  
que se pudrè en las olas turbulentas?  
¡La libertad, la salvación, la vida,  
todo os lo debo, sí; más me valiera  
deberos la corona del martirio,  
que esta vana merced de mi existencia!  
¡Más me valiera estar en el sepulcro  
que vivir sepultado en tanta mengua!  
¡Mejor hubiese sido que el Consejo

no revocara la fatal sentencia!  
¡Mejor hubiese sido que el verdugo  
sobre el tajo mi cuello dividiera!  
¡Que si la honra es la vida, yo no vivo,  
ni es posible vivir sobre la tierra  
sufriendo día y noche los rigores  
de esa muerte civil que me condena  
á perpétuo baldón, cuya ignominia  
no cabe en el fosal; es más eterna  
que el miserable cuerpo á quien salvasteis  
y más firme que el polvo que lo encierra!...  
¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Quién resiste  
este volcán que mis sentidos quema,  
este espantoso infierno de mi vida  
y este mundo de horror y de vergüenza?  
Mas... ¡qué digo! ¡Imposible! ¡Ni un momento!  
¿Acaso como término á mi pena  
no tengo ese balcón y abajo un foso?  
¿Qué me detiene, pues? ¡Mi tumba sea!  
¡Despéñese la infamia en el abismo  
y que salte en pedazos mi cabeza!  
(Yendo á arrojarse por el balcón.)

D.<sup>a</sup> MAR. ¡Atrás! (Interponiéndose.)

D. PEDRO ¡María!

D.<sup>a</sup> MAR. ¡Atrás!

BENAV. ¡Don Pedro! (Sollozando.)

D. PEDRO ¡Basta!

¡Basta por Dios! ¡Si mi fatal estrella  
me arroja en el sendero desgraciado  
de ese maldito crimen que me aterra;  
si ves en mí la causa responsable  
de que tu esposo en Villalar muriera,  
y aparezco en el cielo de tu gloria  
como el negro crespón de una tormenta;  
si juzgas que la muerte de mi primo  
no me destroza el alma, y tú te aferras  
en negar á mi súplica ferviente  
el perdón que reclama la inocencia,  
no retardes ni un punto la venganza;  
que entre ese pueblo, que arrogante espera  
la funesta señal de mi exterminio;  
que me arrollen las turbas, que me tiendan  
al pie de ese cadalso, que tú misma  
mandaste levantar para mi afrenta,  
ó déjame, si á compasión te muevo

que ejecute en el foso mi sentencia,  
sirviéndome yo mismo de verdugo,  
para que menos mi deshonra sea!

D.<sup>a</sup> MAR. Vanos alardes, traza fementida,  
disimulo procaz de tu insolencia.  
Las nieves que coronan los volcanes,  
¿de qué sirven al monte que se quema?  
¡Lo que el torpe cinismo de tu labio  
á ese infierno de horror que tu alma incendia!

D. PEDRO ¡Oh, María!

D.<sup>a</sup> MAR. ¡Tu crimen te confunde!

D. PEDRO ¡Te juro por el cielo mi inocencia!

D.<sup>a</sup> MAR. ¿Que juras por el cielo? ¿Y qué le importa  
un juramento más á tu miseria,  
si amontonando infamia sobre infamia  
con un perjurio tu maldad comienza?

D. PEDRO Un recurso... ¡Dios mío!

D.<sup>a</sup> MAR. ¡No te esfuerces!

D. PEDRO ¡Un rayo de tu luz!

D.<sup>a</sup> MAR. La Providencia

no ilumina jamás á los perversos,  
pues la maldad se viste de tinieblas.

¿Pretendes encontrar una disculpa  
que justifique tu inmortal proeza?

Nada más fácil, busca en los afectos  
el copioso raudal de la elocuencia.

Háblame de un encanto irresistible,  
de una pasión, cuya indomable fuerza

remueve las montañas de su asiento  
y rinde la ambición y la soberbia;

háblame del amor, de sus encantos,  
de sus mágicos sueños y quimeras,

de ese bello ideal que nos seduce,  
de ese horizonte cuya luz nos ciega;

háblame... pero no, no digas nada,  
no me relates, si vivir deseas,

la historia de ese amor, no me recuerdes,  
como sarcasmo á mi desgracia fiera,

la tumba de mi esposo, porque entonces,  
en lugar de arrancarte la existencia,

te puedo arrebatár el sér que adoras,  
¡que es el mayor tormento de la tierra!

D. PEDRO No puedo más, mi corazón desmaya;  
ordena, manda, dí, haz lo que quieras;  
cuanto te inspire tu venganza injusta,

cuanto sueña el error que así te ciega.  
Hiere, mata, extermina, no te pares,  
no refrenes tu cólera sangrienta;  
pero pronto, muy pronto, porque quiero  
que al verme en el cadalso, te convenzas  
de si muero cual mueren los culpables  
ó me sobra el valor de la inocencia.

D.<sup>a</sup> MAR. ¿Y persiste en negar?

D. PEDRO ¡Oh, Benavente!

D.<sup>a</sup> MAR. ¡Hasta finge valor! De tu entereza  
guardará Villalar eternamente  
un vivo testimonio y clara muestra.  
Tu arrogancia falaz y tus alardes  
en este fiero corazón se estrellan.

D. PEDRO Ni espacio, ni piedad, tú lo quisiste;  
¡la hora fatal de mi venganza llega!  
¡Revelación de la verdad... el sueño!  
¡La triste pesadilla... la evidencia!  
¡Aquel cadalso... el suyo; aquella sangre...  
la sangre de mi primo!...

D.<sup>a</sup> MAR. Ser debiera  
la tuya miserable y corrompida,  
que hoy clama por salir de sus arterias.  
La terrible injusticia del Consejo,  
el cambio inesperado de sentencia,  
la arbitraria reforma de los fallos,  
la singular mudanza de las penas,  
todo, todo denuncia claramente  
tu negro crimen, tu traición perversa.  
Tres capitanes fueron condenados  
á morir sobre el rollo; tres cabezas  
que en Segovia, Toledo y Salamanca  
el popular tumulto representan.  
¡Bravo, Padilla y tú!

D. PEDRO ¡Virgen piadosa!

D.<sup>a</sup> MAR. ¡Bravo, Padilla y tú!... ¿No lo recuerdas?

D. PEDRO Mátame, mátame, pero suspende  
este infernal suplicio de tu lengua.

D.<sup>a</sup> MAR. Por Segovia y Toledo...

D. PEDRO ¡Basta! ¡Basta!

D.<sup>a</sup> MAR. ¡Bravo y Padilla en el cadalso ruedan!  
Mas ¿quién por Salamanca? dí, responde.  
¿Necesitas acaso mayor prueba  
de tu aleve traición? Tu cobardía,  
tu afrentosa maldad, ¿no se revelan

en la torpe mudanza del Consejo,  
en el súbito cambio de condena,  
y en esa atrocidad de la injusticia  
que le arrancó á mi esposo la existencia?...  
¡Segundo capitán por Salamanca,  
el primero en virtud y nobles prendas,  
martir glorioso de la patria mía,  
víctima ilustre de tu infamia negra!  
¡Oh, pobre esposo mío! (Trans. n) Cuando pienso  
que cargado de hierro y de cadenas  
caminabas gozoso á Tordesillas  
á cumplir la prisión de tu sentencia;  
cuando imagino verte resignado  
lejos de Villalar y sus tristezas,  
esperando el momento venturoso  
de quebrantar á tu prisión las puertas;  
cuando creo mirarte en mi regazo  
libre y feliz, y en su crespón envuelta,  
me dibuja la muerte ante mis ojos  
el horrible vacío de la ausencia,  
el espantoso cuadro del suplicio,  
tu ensangrentado cuerpo y tu cabeza  
clavada en la picota!... ¡oh!... entonces...  
es tal mi indignación... que ser quisiera  
el huracán que barre las montañas  
ó el rayo que despide la tormenta,  
para lanzar mi furia sobre el mundo  
y remover y exterminar la tierra!  
¿Escuchas? ¡Ellos son!

(Se oye un rumor lejano, María se acerca al balcón.)

D. PEDRO

¡Oh, Benavente!

¿Qué habéis hecho de mi honra? ¿Qué defensa  
me puede vindicar, ni qué argumento  
torcer esa opinión que me condena,  
tras de arrojar mi cuerpo en un cadalso,  
á perpetuo baldón y á infamia eterna?  
Yo rechazo ese crimen espantoso,  
yo no puedo arrostrar la torpe mengua  
de ese inhumano proceder inicuo  
que mancilla mi honor en la apariencia,  
pues á la voz terrible de Simancas  
va á responder la sangre de mis venas,  
y al temerario juicio de Castilla  
esta vida cruel que me atormenta.  
(Rumor cercano.)

- BENAV. ¡Oh! las turbas. (Con alegría )  
D. PEDRO ¡Señor! ¡Gracias, Dios mío!  
Ni espacio, ni piedad, no te detengas,  
no demores ni un punto mi suplicio,  
que si es verdad que los malvados tiemblan  
al hundirse en la noche del sepulcro,  
yo ambiciono morir... para que veas  
si puede más el hacha enrojecida  
que el tribunal de Dios y mi conciencia.
- BENAV. (Suplicando á María.)  
D. PEDRO ¡Mirad bien lo que hacéis!  
¡Oh, Benavente!  
Segunda vez la causa de mi afrenta.  
¿Olvidais á quién debo mi deshonra?  
BENAV. ¡Don Pedro, por piedad!  
D. PEDRO ¡Desgracia fiera!  
¿Os arroja quizás el negro abismo  
como una maldición de mi existencia?  
¿Acaso no es bastante la ignominia  
que me cubre de oprobio y de miseria,  
que aún quereis prolongar este tormento  
robándole á Simancas mi cabeza?  
¡Oh! ¡Dejadme por Dios! ¡Tumba por tumba,  
cuán distinta á mis ojos se presenta!  
¡En Villalar la libertad, la gloria!...  
¡En Simancas la duda, la vergüenza!  
(Aparecen las turbas en el fondo.)  
¡Ellos ya! ¡Vamos pues! guía si quieres...  
ni espacio, ni piedad... cumple tu oferta.  
(A María.)

## ESCENA II

### DICHOS, MONTALBÁN, AMOTINADOS

- D.<sup>a</sup> MAR. (¡Dios santo, no puede ser!  
¡Oh, vacila mi razón!) (Pausa.)  
D. PEDRO ¿No hiere en tu corazón  
el odio de la mujer?  
Pues qué, ¿se espanta tu juicio  
cuando á su término toca,  
ó piensas dejar la roca  
al borde del precipicio?  
¿Acaso á temblar empieza  
tu injusticia? ¡Sí... á temblar!

¿Yo traidor en Villalar?... (A los grupos.)  
¡Pueblo... al rollo mi cabeza!  
¡Húndeme bajo tu planta  
en esta batalla ruda,  
y caiga sobre tu duda (A María.)  
la sangre de mi garganta!

(Sale frenético por el fondo, seguido de los amotinados, que desaparecen, menos dos que quedan guardando la puerta y que impiden y resisten la salida de María, que se abalanza tras ellos en medio de la mayor ansiedad y confusión.)

D.<sup>a</sup> MAR. ¡Oh, qué horror! ¡Atrás... atrás!...

(A los de la puerta.)

¿Me cerrais el paso?

TURBA (Saliendo del castillo.) ¡Muera!

D.<sup>a</sup> MAR. ¡Alto, muchedumbre fiera! (Gritando.)

ISABEL ¡Pedro!... ¡Pedro! (Saliendo izquierda, jadeante.)

¿Dónde estás?

D.<sup>a</sup> MAR. ¿Es, para tratarlo así, (A los de la puerta.)

legítimo vuestro encono?

¡Yo soy su juez... yo perdono!

¡Oh... apartad!... (Insistiendo y forcejeando por salir.)

ISABEL

¡Ay de mí!

Padre, padre, ¡por piedad! (Espantada.)

¿No véis mi doliente pena?

BENAV.

¡Que te responda esa hiena (Indicando a María.)

en su furia y su maldad!

ISABEL

¡Oh, gran Dios!... Yo me confundo...

D.<sup>a</sup> MAR.

¡La sangre de un inocente! (Aterrada.)

ISABEL

¡Sangre!... ¡Sangre!... (Despavorida.)

D.<sup>a</sup> MAR.

(Aquí en mi frente,

con la execración del mundo.)

ISABEL

¡La ermita!

D.<sup>a</sup> MAR.

¡Perdón! ¡Perdón!

(Al cielo, cayendo de rodillas.)

ISABEL

¡La gitana!... (Desfallecida y convulsa.)

BENAV.

¡No, hija mía!

ISABEL

Las hojas... La profecía..

¡Pedro! ¡Pedro!

(Cayendo desmayada en los brazos del Conde.)

BENAV.

(Horrorizado.) ¡Maldición!

## ACTO TERCERO

La misma decoración

### ESCENA PRIMERA

BENAVENTE y FRAY MANUEL

BENAV. Inútiles arrebatos,  
ya lo estais viendo; tres días  
han pasado, y Salamanca  
no responde.

FR. MAN. ¡Por mi vida!...  
que á no presenciarse los hechos,  
de la verdad dudaría.  
Jamás hubiese pensado  
que en esta tierra maldita,  
tal estrago hacer pudiese  
vuestra infame apostasía.

BENAV. Ni apóstatas ni traidores  
tienen culpa; ya es antigua,  
si consultamos la historia,  
la enfermedad de Castilla.  
El esfuerzo de Simancas  
y su loca tentativa,  
de la situación presente  
os pueden dar la medida.  
¿No presenciasteis vos mismo  
la tempestad de la villa?  
¿No visteis con qué presteza  
las turbas enfurecidas  
se aplacaron, al saber  
que de la ciudad vecina  
se aproximaba esa tropa  
que aún mora en las cercanías?

FR. MAN. ¡Es verdad!

BENAV. ¡Gracias al cielo  
que dispuso la venida  
de esa gente! De otro modo  
¿quién nos salva? ¡Ya estaría  
ejecutado Don Pedro  
y nosotros hechos trizas!

- FR. MAN. ¡Eso nunca!
- BENAV. ¿Lo dudais?
- FR. MAN. Lo dudo.
- BENAV. Sin la milicia,  
¿no hubiese intentado el pueblo  
la segunda acometida?
- FR. MAN. ¿Qué importa? Segunda vez  
y ciento lo arrancaría  
de los brazos de la muerte  
quien lo arrancó hace tres días.
- BENAV. ¡Qué obstinación! ¡Qué delirio!  
¿Tal confianza os inspira  
la turba desenfrenada?
- FR. MAN. Mucha.
- BENAV. Pues á mí... maldita.
- FR. MAN. Eso consiste en que yo  
nada le debo en justicia,  
y vos teneis... largas cuentas  
de cosas que no se olvidan.
- BENAV. ¡Fray Manuel!
- FR. MAN. Y esta es la causa  
del ódio ó la simpatía;  
y como yo nada debo,  
nada temo de sus iras.
- BENAV. ¿A pesar de lo ocurrido  
sois capaz de tal porfía?  
¿No recordais con espanto  
la terrible comitiva,  
saliendo por el rastrillo  
como una ola embravecida...  
y entre el furor y la saña  
y la ronca gritería,  
no veis fluctuando á Don Pedro  
entre la muerte y la vida?
- FR. MAN. Sí; mas recuerdo también,  
en el colmo de mi dicha,  
que para aplacar las turbas  
bastó una palabra mía.
- BENAV. Bien, dejemos... y á otro asunto.
- FR. MAN. ¡Oh, desdichada Castilla!
- BENAV. No tanto como pensais.
- FR. MAN. ¡Qué postración, qué atonía!
- BENAV. ¡Vos lo habeis dicho; postrada!  
Y cuando dócil se inclina  
una nación á los piés

de extranjera dinastía...  
¿sabeis lo que pide? ¡Un yugo.  
Y todo aquel que se obstina  
en remitir á las armas  
la idea de redimirla...  
¿sabeis qué logra? ¡Un cadalso!  
Testimonio, Juan Padilla.

FR. MAN.

Vuestra es la culpa.

BENAV.

De todos:

lo mismo abajo... que arriba.  
¡Y no hay que hacerse ilusiones;  
donde el fuego patrio brilla  
no há menester combustible...  
hasta las piedras se animan!

FR. MAN.

¿Y el arrojó de Toledo?

¿Y el ejemplo de Medina?

BENAV.

Fuego fátuo.

FR. MAN.

¿Fuego fátuo

llamais al que volcaniza  
los campos y las montañas,  
las ciudades y las villas,  
mostrando al mundo un ejército  
de mártires y heroínas?

Decid mejor que en España

hay una clase maldita,

terrible muro de hielo

ante las virtudes cívicas,

y ese muro sois vosotros,

la nobleza corrompida...

¡Cuerpo sin piés ni cabeza

que volteando camina,

sin ver que tarde ó temprano

tiene que dar la caída!

BENAV.

¡Bah! Pronóstico ilusorio.

FR. MAN.

¡Oh, mísera patria mía!

¡Sí yo pudiera salvarte

con mi existencia!...

BENAV.

¿Qué hariais?

¿Olvidais que á un Redentor

la Judea crucifica,

y en tanto se embriaga el pueblo

allá... en su pascua florida?

FR. MAN.

¡Dios mío, qué alma tan seca!

BENAV.

¡Qué candidez... tan sencilla!

FR. MAN.

Acabemos de una vez

esta enojosa entrevista.

BENAV. ¿Qué me queréis? Despachad.  
Más templanza y menos prisa,  
que es harto grave el asunto  
y de vos se necesita.

FR. MAN. ¿De mí?..

BENAV. ¡De vos! Mas primero  
permitidme que os exija  
reposo, calma, prudencia,  
reflexión y sangre fría.

FR. MAN. Hablad.

BENAV. Pues bien; yo sustento  
la fe y convicción más íntimas,  
de que no es tan malo el rey

(Marcando las palabras.)

como la gente lo pinta.

Además, yo os garantizo,  
si acaso el monarca olvida  
la solicitud de toda  
la nobleza de Castilla,  
que para esquivar el golpe  
y escapar á su injusticia  
hay caballos en Simancas  
y á nuestros piés una mina.

FR. MAN. Guardad allá para vos  
semejantes garantías,  
con esa opinión bizarra  
que de tal rey tanto fia.

BENAV. ¡Qué ingratitud, Maldonado!

FR. MAN. ¿Ingratitud? ¡Dios me asista!  
¡Ingratitud! ¿Y por qué?  
¿Porque arrancais una víctima  
de las manos del verdugo,  
condenándola enseguida  
á perpétuo deshonor?  
¡Vil merced! ¡Gracia maldita!  
¿Acaso no le usurpásteis  
en aquel solemne día,  
fiscal de tantos traidores,  
pregón de tanta perfidia,  
la gloria de perecer  
por la causa más querida,  
por la libertad de España,  
por la suerte de Castilla...  
cosa que vos no entendéis, (Rápido)

- BENAV. porque es poco productiva?  
¡Pero, Fray Manuel, pensad  
que no es la ocasión propicia  
para tales desahogos,  
pensad que urge en demasía  
lo presente!... Lo pasado  
poco ó nada significa.
- FR. MAN. Eso será para vos,  
que no teneis muy tranquila  
la conciencia, y os disgusta  
volver hacia atrás la vista.
- BENAV. Puede ser, mas por ahora  
ni duendes ni pesadillas  
vienen á turbar mis sueños  
ni nada la paz me quita.  
¡Dije mal! ¡Sola una cosa  
me desvela y me fatiga;  
una cosa ineludible,  
profunda, latente, viva!...  
¡La salvación de Don Pedro,  
que es la salvación de mi hija!
- FR. MAN. ¡Dios de Dios!
- BENAV. Sí, Fray Manuel.
- FR. MAN. ¡Cómo! ¿Pensais todavía  
en ese funesto enlace,  
cuya idea me horroriza?
- BENAV. ¿Que si pienso?... ¿Pues por qué  
lo salvé de la cuchilla  
y lo libérté del rollo?
- FR. MAN. ¡Nunca, nunca! ¿Y la vindicta?  
¿Y el escándalo?
- BENAV. ¡Me pasma!  
¿Preferís que el vulgo siga  
creyendo que hubo en la rota  
traiciones y villanías,  
ó que se persuada el vulgo  
de la verdad monda y lisa,  
al ver ese desposorio  
que á todos nos justifica?  
¿Hallais más noble disculpa  
que el amor?
- FR. MAN. ¡No sé qué diga!  
Pero la duda está en pié  
y eso jamás se disipa.  
Un casamiento supone

interés y unión de miras;  
la gente dirá: «¡Hé ahí  
»la razón de su perfidia;  
»por servir á Benavente  
»fué desleal á Padilla!»  
Y esto, como veis, en su honra  
le abre más ancha la herida.  
BENAV. Vos juzgareis...

BENAV.

FR. MAN.

¡Imposible!  
¡No será... mientras yo viva!  
Conque entregadme á Don Pedro  
sin más demora, que el día  
va entrando y pudiera ser  
que la majestad invicta,  
por no desmentir al vulgo,  
fuese tal como la pintan.

BENAV.

FR. MAN.

¡Siempre nos queda un recurso  
infalible, el de la mina!

BENAV.

FR. MAN.

¿Y si se conjura el diablo  
y nos cierra la salida?  
Pues... ¿para qué está San Telmo?  
¡El cañón! ¿Y si descuidan  
ó retrasan la señal?

BENAV.

FR. MAN.

BENAV.

Aún nos queda la noticia  
por medio del Almirante.  
¿Y si el pliego se extravía?  
Téllez en Valladolid  
desde ayer tarde vigila,  
y es Téllez soldado viejo  
que ni duerme ni se olvida...  
Pero silencio, alguien llega.

FR. MAN.

¡Mi hermano... Virgen Maria!

## ESCENA II

DICHOS, DON PEDRO, enajenado

D. PEDRO

¡Eh! Decidme, buena gente,  
¿á qué hora es la ejecución?

BENAV.

D. PEDRO

¡Don Pedro!  
¿Tal dilación?...  
¿Tanto esperar?

FR. MAN.

BENAV.

¡Dios clemente!  
¡De nuevo turba su mente  
ese fatal extravío!

D. PEDRO Pasos... rumor... vocerío... (Como escuchando.)  
¡Ahí están! ¡Hermosa palma!  
¡Señor, te encomiendo mi alma!

(Dirigiéndose al foro.)  
FR. MAN. ¿Dónde vas, hermano mío? (Deteniéndole.)

D. PEDRO ¡Ah! ¡Sois vos! ¡Qué ceguedad!  
¡Y yo que sólo partía!...  
¡Dónde mejor compañía  
para ir á la eternidad!  
¡Volemos pues! ¡Escuchad!... (Delirando.)  
¡Ya baja por la escalera  
Padilla! ¡Ya nos espera!...  
¡Vedle firme y sin asombros,  
por más que lleve en sus hombros  
el peso de España entera!  
¡Ese que sigue á Padilla,  
entre cadenas esclavo,  
ese es Brabo!... sí... el más bravo  
comunero de Castilla.  
¡Ni se abate, ni se humilla  
corazón de tal jaez!  
A mí me toca la vez:  
¡ya en el tajo me contemplo!  
Corramos á dar ejemplo  
de virtud y de altivez.  
Brote en copioso raudal  
esta sangre que se enciende,  
al sentir cómo se vende  
el decoro nacional.  
¡Quede la traición fatal  
en su vil polvo y escoria,  
goce el César su victoria,  
y vea Cárlos de Gante  
si tiene poder bastante  
para usurparnos la gloria!  
¡Padre... guiad! (Medio mutis.)

FR. MAN. No tan presto:  
calma, calma.

D. PEDRO ¡Justo Dios!  
¿No veis por allí á los dos (Señala por el balcón.)  
y que yo falto en mi puesto?  
Pero ¿qué miro?... ¡Qué es esto!  
¡Padilla... Brabo... después  
otro! ¡No hay duda, sí... tres  
uno... dos! ¡A qué contar!

¿Quién ocupa mi lugar?  
¡Quién es el otro... quién es!  
¡Para... mira... ya me vió...  
Clava los ojos en mí...  
y yo le conozco... Sí...  
Francisco... mi primo... ¡No,  
no, imposible!... Ya partió,  
ya no se ve... Mi cabeza  
se abrasa... mi vista empieza  
á turbarse... ¡Dios eterno!  
¿Será capaz el infierno  
de semejante vileza?  
¡Él por mí; Virgen Sagrada!  
¡Atrás, infamia cobarde!  
Alto, alto... ¡Oh, ya es tarde!...  
¡Muerto!... ¡Muerto! ¡Nada! ¡Nada!  
¡La picota ensangrentada!  
¡Su cabeza!... ¡Maldición!  
¡Oh! ¡Por allí... la visión. (Por la izquierda.)  
¡Sepúltame, suelo impío!  
(Entran Doña María é Isabel.)  
Ella... su mujer... Dios mío...  
¡Misericordia... perdón!  
(Cae apoyándose sobre la mesa.)

### ESCENA III

DICHOS, DOÑA MARÍA é ISABEL

D.<sup>a</sup> MAR. ¡Oh! ¿Qué es esto?  
FR. MAN. ¡Benavente!  
D.<sup>a</sup> MAR. ¡Pedro, Pedro!  
FR. MAN. (A María.) ¡Ya lo ves!  
¡Contempla tu obra... esta es!  
ISABEL ¡Loco! ¡Loco!  
BENAV. ¡Dios clemente!  
FR. MAN. ¡Tu gracia, Virgen María!  
¡Un milagro!  
BENAV. ¡Justo cielo!...  
¿Cómo disipar el velo  
de su negra fantasía?...  
FR. MAN. ¡Oh, se me ocurre una idea!  
BENAV. ¿Cuál?  
ISABEL ¡Decid!  
FR. MAN. ¡Quedad con él!

Vuestra presencia, Isabel,  
quizás un remedio sea.  
Salgamos.

BENAV.

FR. MAN.

ISABEL

D.<sup>a</sup> MAR.

FR. MAN.

¡Quizás... quizás!...  
¡El cielo os oiga propicio!  
¡Señor, devolvedle el juicio!  
¡No sé qué conviene más!  
(Mutis por la derecha.)

#### ESCENA IV

ISABEL y DON PEDRO

Isabel arrodillada junto á D. Pedro

D. PEDRO

¡Dios mío!

ISABEL

Respira, si...

D. PEDRO

¡Qué angustia! ¡Qué confusión!

¡Oh, cuánto tarda!... ¡Ay de mí!

ISABEL

¡Pedro!... ¡Pedro!

D. PEDRO

¡Ya está aquí!

ISABEL

¡Pedro de mi corazón!

D. PEDRO

Qué tardanza tan cruel...

Toda la noche esperando...

Temí no verte, Isabel,

pues va el crepúsculo entrando

y he de partirme con él.

Así tus manos lucientes

deposita cariñosa

entre las mias ardientes,

y clava en mi vista ansiosa

tus ojos resplandecientes.

ISABEL

(¡Oh, se refiere quizá

á su postrer despedida

en Salamanca!...)

D. PEDRO

Habla ya.

¡Ven, acércate, mi vida!

¡Sol que abrasándome va!

Dí, paraíso encantado,

gloria de mi poesía,

espíritu idolatrado

que vive aquí... desposado (Al corazón.)

con la fe del alma mía;

dulce y mágica ilusión

que hasta los cielos me encumbra,

sublime fascinación

que me ciega y me deslumbra  
y me abrasa el corazón;  
dime, dí, sol hechicero,  
alma de mi alma... ¿es verdad  
que me quieres cual te quiero,  
y que es un muro de acero  
tu jurada lealtad?

¿No es verdad que yo me agito  
también sobre tu alma pura?...

ISABEL  
D. PEDRO

Pedro!... (Llorando.)  
¿Lloras? ¡Dios bendito,  
qué más prueba necesito  
de tu amor y mi ventura?  
Deja que trémulo y ciego  
se temple en tan dulce riego,  
si ya no está hecho ceniza  
este corazón de fuego  
que el pecho me volcaniza.  
Deja el llanto bienhechor  
tranquilamente correr:  
llora... llora sin rubor...

ISABEL

¡que no es buena la mujer  
que no ha llorado de amor!  
(Ya en su mente se ha borrado  
ese delirio tenaz...  
¡Gracias, Señor! ¡Se ha salvado!)  
¡Pedro, Pedro!

D. PEDRO

¡Dueño amado:  
Isabel!... ¡Ángel de paz!  
refrena el pecho un instante,  
luce en tu puro arrebol,  
y trás esa lluvia amante,  
vuelva á brillar... como el sol,  
tu peregrino semblante.  
Tú eres mi bien, mi alegría,  
sin tí todo palidece,  
pues hasta el naciente día,  
al ver tu melancolía,  
melancólico amanece. (Transición.)

ISABEL

Mas ¡oh!... ¡Cómo va pasando,  
mecida en su arrullo blando,  
nuestra plática, Isabel;  
pues va el crepúsculo entrando  
y he de partirme con él!  
¡Partir! ¡Dios mío, Dios mío...

- otra vez, triste de mí! (Llorando.)  
D. PEDRO ¿Qué quieres? ¡Tormento impío!  
¡El honor y el albedrío  
no caben juntos aquí! (Señalando al corazón)  
Tu irresistible beldad  
mis sentidos enajena:  
tú tienes mi voluntad,  
mas hoy la patria me ordena  
seguir la Comunidad.  
El corazón placentero  
me dice: «¡Castilla á un lado!»  
Y el honor de caballero  
me grita: «¡Cumpla el soldado  
con el bando comunero!»  
«Quieto aquí,» dice medrosa  
la pasión que mi alma esconde,  
¡Isabel... ella!... «no hay cosa  
como el amor de una esposa...»  
Y la patria me responde:  
«¡Tú no eres más que un montón  
de tierra, que yo animé,  
para evitarme el baldón  
de que extranjera nación  
ponga en mi regazo el pie!»  
¡Y ambas con igual grandeza  
vivís en mi alma fecundas  
sin desdoro ni flaqueza,  
tú mi corazón inundas  
y la patria mi cabeza!
- ISABEL Vana ilusión... ¡ay de mí!  
¡Pedro, mitiga por Dios,  
ese ardiente frenesí!  
¿No estamos juntos los dos?  
¿No tienes memoria... di?  
¿Y no ves la realidad  
de la situación presente?  
¿No disipa la verdad  
esa negra tempestad  
con que se nubla tu mente?
- D. PEDRO ¡Oh! ¿Qué dices?... ¡El dolor  
le va trastornando el juicio!
- ISABEL ¡Jesús! (Espantada )
- D. PEDRO ¡Isabel, valor!...
- ISABEL ¡Me cree loca, Señor!  
¡Dónde habrá mayor suplicio!

- D. PEDRO Mas ¡oh!... ya viene fundiendo  
el sol la parda neblina.  
(Dirigiendo la mirada al horizonte.)  
¿Oyes... oyes el estruendo? (Como escuchando.)  
Es que se va reuniendo  
la nobleza salmantina.  
Ya el comunero marcial  
con el arnés se embaraza:  
ya suena el ronco metal,  
y ya el pueblo liberal  
se agolpa y hierve en la plaza.  
Ya tiernas y cariñosas,  
y altivas y valerosas,  
repasan los escuadrones  
las madres y las esposas,  
despidiendo á sus varones.  
Y ya el castellano fiero,  
bríos tomando en su saña,  
va á mostrar al mundo entero  
¡que aún hay vergüenza en España  
para echar á un extranjero! (Pausa breve.)  
Llegó, pues, el duro instante  
de separarnos los dos:  
Recibe un abrazo amante  
en mi pecho palpitante,  
y adios, Isabel, adios. (Abrazándola convulsivamente.)
- ISABEL ¿Es posible... ¡cielo santo!  
que me atormentes así? (Llorando.)
- D. PEDRO ¡Enjuga... Isabel, el llanto!
- ISABEL Si yo nunca te ofendí,  
¿por qué me castigas tanto? (Al cielo!)
- D. PEDRO ¿Castigar? Tu amarga pena  
la razón te desvanece.  
¿Quién de orgullo no se llena  
si va á romper la cadena  
que á todos nos envilece?
- ISABEL ¡Ilusión, yo te abandono!  
¡Suerte infeliz! ¡Necio afán!
- D. PEDRO ¡Y qué más suerte en mi encono,  
que aplastar bajo su trono  
á ese déspota alemán!
- ISABEL ¡Desdichado! ¡Desdichado!
- D. PEDRO ¡La gloria, Isabel, la gloria!
- ISABEL Mal recuerdas lo pasado.  
Dí, Pedro, dí... ¿se ha borrado

Villalar de tu memoria?  
D. PEDRO ¡Oh, Villalar... Villalar!  
(Como abrumado por los recuerdos.)  
¡Campo de luto y horror!  
¡Aún me aturde el resonar  
y el estrépito y clamor  
del terrible batallar! (Pausa y transición.)  
—¡Día triste!—El suelo blando,  
copiosa y tenaz la lluvia,  
húmedo el aire silbando,  
y las nubes eclipsando  
del sol la madeja rubia...  
Firme y dispuesta la gente  
llega al barranco fatal...  
busca paso... y diligente  
el ejército imperial  
nos cierra barranco y puente.  
Entonces, embravecido,  
en ambas partes estalla  
el rencor mal comprimido...  
y entre el pavoroso ruido  
da comienzo la batalla.  
¿Quién puede el odio atajar  
de aquellos pechos febriles  
que llevaban al chocar  
ese furor... peculiar  
de las discordias civiles?  
Aquel feroz embestir,  
aquel duro arremeter,  
aquel tenaz resistir,  
la manera de caer  
y hasta el modo de morir.  
No hay ejemplo, no hay trasunto  
de tanta furia y extrago,  
ni más horrible conjunto,  
ni en la historia de Sagunto  
ni en los tiempos de Cartago.  
Una infernal herrería  
todo el campo semejaba,  
y al tronar la artillería  
la tierra se estremecía  
y el espacio retemblaba.  
Y desde la puente al cerro,  
provocada por el hierro,  
la sangre, en su curso franco,

roto su caliente encierro,  
enrojecía el barranco.  
«¡Arriba!» clama potente  
el animoso Padilla,  
y arriba sube la gente  
y á la traición aportilla  
y echa á la traición del puente.  
¡Mas todo, todo se allana  
de la fuerza á la presión!  
Desde una altura cercana  
iba mermando el cañón  
la lealtad castellana.  
Y ante la muerte y su imperio,  
quedó al fin tanto coraje  
en fúnebre cautiverio,  
y aquel tétrico paraje  
convertido en cementerio.  
Padilla fué acribillado;  
Brabo, en su inmortal fatiga,  
como fiera acorralado;  
y yo caí ensangrentado  
entre la turba enemiga... (Transición.)  
¡Mas quede en pie la traición,  
la patria sin restaurar,  
Castilla sin corazón!...  
¡Y en su funeral crespón  
el cadalso en Villalar!  
(Como herido por un recuerdo.)  
¡El cadalso! ¡Virgen santa!  
¡Qué horror! ¡La vista se espanta;  
siempre delante... delante!  
¡Este es el tajo humeante!  
¡Mira... mira su garganta!  
¡No hay nada que tranquilice  
su espíritu!

ISABEL

D. PEDRO

¡Justo Dios!  
¿Oyes, oyes lo que dice?  
Nos maldice... nos maldice...  
¡á los dos, siempre á los dos!  
¿Maldecir? Tu fantasía...

ISABEL

Desde allí... tranquilamente  
(Señala al cielo.)  
ve tu inocencia y la mía,  
más clara y más refulgente  
que la luz del medio día.

D. PEDRO Pero ¿y María?

ISABEL Deplora  
su injusticia y sinrazón:  
todo lo conoce ahora,  
y con lágrimas implora  
tu generoso perdón.

D. PEDRO ¿Ella también? ¡Dios propicio!  
¡Gracias... gracias!

ISABEL (¡Oh! parece,  
á juzgar por este indicio,  
que su razón se esclarece.  
¡Señor, que recobre el juicio!)

D. PEDRO Mas ¿qué es esto? ¿Qué ha pasado  
en torno mío, Isabel?  
Yo he dormido... yo he soñado...  
¡Aquel pueblo desbordado,  
la presencia de Manuel!

ISABEL ¡Padre... padre!... ¡Pronto... aquí!  
(Gozosa y frenética, llamando. —Salen Benavente, María y  
Fray Manuel.)

D. PEDRO ¡Ellos! ¡Ellos! ¡Ay de mí!  
(Viéndolos, se arroja en brazos de María y Fray Manuel.)

ISABEL ¡Oh, Dios mío!... Él se salvó,  
y ahora la loca soy yo;  
¡loca de alegría... sí! (En el colmo de la felicidad.)

## ESCENA V

DON PEDRO, BENAVENTE, FR. MANUEL, ISABEL y D.<sup>a</sup> MARÍA

D. PEDRO ¡Hermano... María!  
FR. MAN. Pedro,  
vamos... calma, calma.  
(Suenan clarines á lo lejos.)

BENAV. Tropa  
se acerca. ¡Bah! debe ser (Asomado al balcón.)  
la que estos parajes ronda,  
que á la ciudad se dirige.

D. PEDRO ¡Oh! María ¿por qué lloras?  
¿No merezco tu perdón?

D.<sup>a</sup> MAR. ¡Perdón tú! La que lo implora  
á tus piés, sin merecerlo,  
soy yo...

D. PEDRO ¡Qué pena tan honda (Señala al corazón.)  
me arrancan de aquí, María,

tus palabras bienhechoras!  
Yo te juro por el cielo,  
por mi salvación, por mi honra,  
si aún de mi inocencia dudas...

D.<sup>a</sup> MAR.

¡Pedro... por Dios!

D. PEDRO

Que me impongas

el sacrificio más grande,  
la prueba más horrorosa,  
y me verás resignado  
si tu recelo se borra.

D.<sup>a</sup> MAR.

Pues... que tú lo quieres... sea.

(Aparentando emoción.)

FR. MAN.

¡Cómo! (Asombrado.)

ISABEL

¡Qué! (Idem)

D. PEDRO

¡Habla! (Con ansiedad.)

D.<sup>a</sup> MAR.

(Con solemnidad.) ¿Me otorga

una gracia tu bondad?

D. PEDRO

¿Cuál?

D.<sup>a</sup> MAR.

Asistir á tu boda.

Tejer yo misma las flores  
de vuestra nupcial corona.

D. PEDRO

¡Oh, María!

ISABEL

¡Sois un angel!

FR. MAN.

(¡Situación difícil!)

BENAV.

(Desde el balcón.) ¡Hola!

me parece que tenemos...

No hay duda. Veo una escolta  
que cruza por la vereda,  
y cuesta y pendiente toma.

(Se acerca Isabel al balcón y mira.)

ISABEL

(¡Gran Dios!) (Sorprendida.)

BENAV.

Alguna avanzada

de esa gente. Nada importa;  
pues su estancia en el castillo  
será breve y presurosa.

ISABEL

(¡No es ilusión de mi mente!

¡Mi vista no se equivoca!)

¡Padre... padre! ¡La gitana... (A Benavente aparte.)

la gitana... allí... en las rocas! (Mirando estática.)

BENAV.

(Aparte á Isabel, reconviniéndola dulcemente.)

(Isabel, tal persistencia

es por demás enojosa.)

ISABEL

¡Oh, sí!... ¡La escolta me indica

con una mano... con la otra

el cielo... el cielo! ¡Lo véis? (A Benavente.)

- ¡Padre mío, en esa escolta  
se va acercando la muerte,  
sangrienta y aterradora!
- BENAV. ¡Isabel! (Con súplica.)  
(Suena un cañonazo á lo lejos. Asombro general.)
- ISABEL ¡Dios mío! (Con júbilo.)
- BENAV. ¡Cielos! (Idem.)
- FR. MAN. ¡La señal!
- ISABEL (Suplicante.) ¡Virgen piadosa!
- FR. MAN. ¡Un cañonazo!... (Pausa breve.)
- BENAV. (Aterrado.) ¡Gran Dios! (Pausa.)  
¡Oh! ¡Pronto, dinero... joyas...  
(Convulsivamente y como yendo á buscar lo que dice.)  
á la mina, á Portugal!  
(Suena el segundo cañonazo.)  
¡Victoria, señor, victoria!  
(Retrocede lleno de alegría al oír el disparo.)
- PAJE ¡Un Procurador del Rey! (Al foro.)
- BENAV. ¡El perdón!... que entre en buen hora.

## ESCENA VI

DICHOS, PROCURADOR, OFICIALES y SOLDADOS; Después  
la guarnición del Castillo

El Procurador al tiempo de entrar y como si hablara con alguien

- PROCUR. Que suba la guarnición  
del castillo. Dios os guarde. (Saludando á todos.)  
Señor Conde... (Saludando á Benavente.)
- ISABEL ¡Tarde! Tarde!  
me lo dice el corazón.)  
(Se adelanta el Procurador y entrega un pliego á Benavente.)
- PROCUR. Con este pliego real  
del César Carlos primero,  
acredita el mensajero  
su carácter oficial.
- BENAV. Vuestro mensaje es la cima (Lo toma.)  
de la más bella esperanza,  
y misión que á tanto alcanza  
en lo que vale se estima.  
(Entran los soldados de la guarnición, que se quedan los  
últimos al fondo.)
- PROCUR. (¿Qué dice?) (Con extrañeza.)  
(Benavente lee para sí el pliego.)

- D. PEDRO (¡Yo me confundo!) (Absorto.)  
FR. MAN. (¡Misericordia... el tirano!) (Con extrañeza.)  
D. PEDRO (¿Aún pende del soberano  
mi vida?... ) (Con asombro )  
ISABEL (¡Dolor profundo!)  
(Deja de leer Benavente, cierra el pliego y dice al Procurador en voz alta.)
- BENAV. Que os entregue, el rey me encarga,  
al recibir este pliego,  
la fortaleza... Os entrego  
con gusto tan dura carga.  
Al mismo tiempo me advierte  
que sois el comisionado  
de otro, para... Maldonado.  
(Señalándole con el dedo.)
- PROCUR. (Sacando otro pliego.)  
Si... ¡su sentencia de muerte!  
(Grito general de horror.)
- ISABEL ¡Gran Dios! (Cayendo en brazos de María.)  
FR. MAN. (Espantado.) ¡Oh!  
BENAV. (Con terror y desconcertado.) ¡Muerte!  
PROCUR. (Al auditorio.) Escuchad.  
D.<sup>a</sup> MAR. ¡Su muerte! (Aterrada.)  
D. PEDRO (Con entusiasmo.) ¡Gracias, Dios mío!  
¡Alto!... un favor... (Al Procurador.)  
BENAV. (¡Trance impio!)  
D. PEDRO ¿No manda la majestad  
ese pliego para mí?  
¡Vos sois su procurador,  
pero no mi relator!  
(Le quita el pliego de la mano al Procurador.)
- PROCUR. ¡Me asombráis! ¿Vos mismo?  
D. PEDRO (Con naturalidad.) Sí.  
PROCUR. ¿Qué vais á hacer?...  
D. PEDRO (Con desdén.) Necio afán.  
PROCUR. ¡Y no tiembla! (Asombrado.)  
D. PEDRO ¡Mal repara;  
mire bien! ¿Tengo yo cara  
de traidor ni de alemán?  
¡Ved, observad!... Y en seguida  
le contais á ese extranjero,  
cómo lee un comunero  
la última vez en su vida.  
(Lee la sentencia con la mayor fortaleza de ánimo.)

«Yo, Carlos primero de España y quinto de  
»Alemania, Rey y Emperador, ordeno y mando,  
»en virtud de esta sentencia, degollar sin  
»dilación sobre el rollo de Simancas á Don Pedro  
»Maldonado Pimentel, para que sirva de  
»escarmiento á los traidores.»

(D. Pedro se queda absorto.)

FR. MAN. (A Benavente.)  
(¿Tenéis opinión distinta  
del Rey?)

PROCUR. (A su comitiva.) ¡Cúmplase la ley!

FR. MAN. (A Benavente.)  
(¿Conque no es tan malo el Rey  
(Marcando las palabras.)  
como la gente lo pinta?)

D. PEDRO (Leyendo el final de la sentencia.)  
«¡De escarmiento á los traidores!»  
¡Traidor! La sangre me hierve...  
¡Que el Rey tal mote reserve (Al Procurador.)  
para él y sus servidores!  
Pues tan infame baldón  
ostenta en su frente impura,  
el que falta á lo que jura  
ó el que vende á su nación.  
¡Rey tirano, ¡pese á mí!  
piensa que con hierro doma,  
y no ve, que hasta el idioma  
le grita «¡fuera de aquí!» (Transición.)  
¡Miseria de los humanos  
y ceguedad de la vista!  
¿Dónde hay hueso que resista  
al roer de los gusanos?  
¿Dónde corona imperial  
que ante la muerte no se hunda?

(Mirando al cielo, y llevándose la mano al pecho.)

¡Polvo! El polvo te confunda.

¡Ea, al seno maternal! (Medio mutis.)

PROCUR. Que anuncien la ejecución  
con otros dos cañonazos. (A la comitiva.)

D. PEDRO ¡Oh, Manuel! (Extendiendo los brazos.)

FR. MAN. (Le abraza.) ¡Pedro, en mis brazos!

BENAV. ¡No hay clemencia!

(Cayendo sin sentido y apoyándose sobre la mesa)

¡No hay perdón!

D. PEDRO (A Fray Manuel.) Vamos.

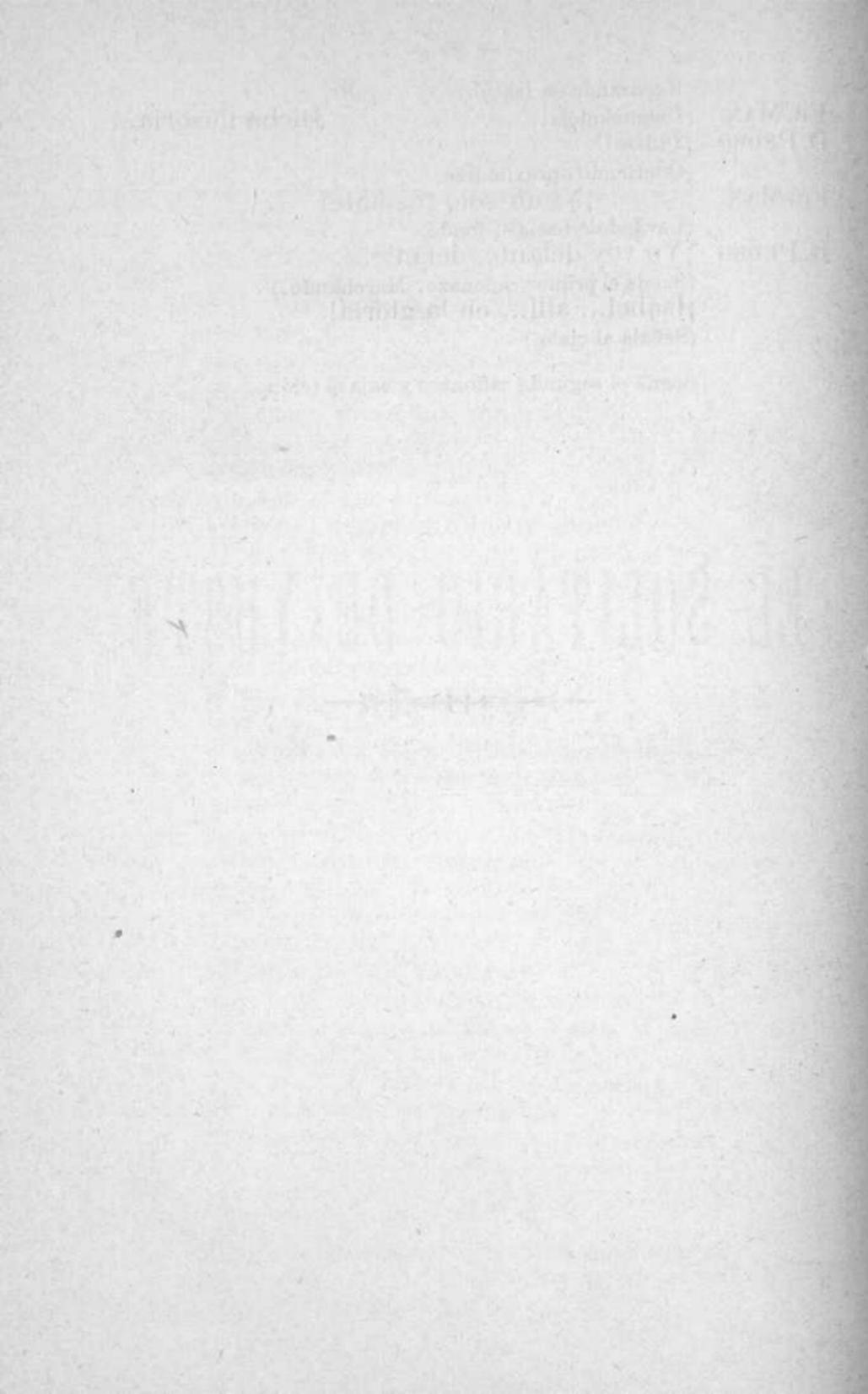
FR. MAN. (Reparando en Isabel.) ¡Oh!  
(Deteniéndola.) Dicha ilusoria...  
D. PEDRO ¡Isabel!

FR. MAN. (Queriendo aproximarse.)  
¡Ni un solo instante!

(Levándole hacia el fondo.)  
D. PEDRO ¡Yo voy delante, delante!...  
(Suena el primer cañonazo. Marchando.)  
¡Isabel... allí... en la gloria!  
(Señala al cielo.)

Suena el segundo cañonazo y baja el telón.





# EL SOLITARIO DE YUSTE

---

POEMA HISTÓRICO EN DOS ACTOS Y EN VERSO

**PERSONAJES**

*El Emperador Carlos V*.....  
*Francisco de Borja*, Duque de  
Gandía.....  
*Juan de la Vega*, Presidente del  
Gobierno de Castilla.....  
*Quijada*, mayordomo del Em-  
perador.....  
*Fr. Martín*, Prior del Monaste-  
rio de Yuste.....  
*Nicolás*, criado del Emperador.  
*Sancho*, lego del Monasterio...

**ACTORES**

D. Antonio Vico  
Miguel Cepillo  
Manuel Calvo  
N. Rubio  
Pedro Moreno  
Antonio Riquelme  
Julian Romea

*Acompañamiento de frailes*

---

Esta obra fué representada por primera vez el 1.º de  
Abril de 1877, en Madrid, en el Teatro Español.

---

---

# El Solitario de Yuste

---

## ACTO PRIMERO

---

Salón de ricos tapices, con rompimiento de columnas al foro, en el monasterio de Yuste; á la izquierda, en primer término, un ancho balcón practicable, que figura dar á la nave mayor del templo; delante del balcón un reclinatorio y sobre el reclinatorio un libro abierto; á la derecha una puerta, que comunica con el dormitorio y cámara del Emperador; un sillón y taburetes de época.

### ESCENA PRIMERA

NICOLÁS y SANCHO

SANCHO ¡Hola, maese Nicolás!... (Desde el foro.)

NICOLÁS ¡Hola, Sancho! (Reparando en él.)

SANCHO ¿Entro?...

NICOLÁS (Encogiéndose de hombros.) Entra.

SANCHO ¡Algo sucede, algo pasa,

(Examinando á Nicolás, que revela profundo disgusto y abatimiento.)

algo y aun algo revela

el color de vuestra faz!

¿Estais enfermo?... ¿Os aqueja

alguna pasión del ánimo?...

¿Pasásteis ya las viruelas?...

¿Echásteis todos los dientes?...

¿Os va cansando la celda?

¿Estáis como yo... sin blanca,

ó mejor dicho... sin cera?

NICOLÁS ¡Nulla est redentio!

(Saliendo de su postración y alzando las manos con dolor.)

- SANCHO ¡Zambomba! (Dando un salto.)
- NICOLÁS ¿De qué te asustas, babieca?
- SANCHO ¡Sabe latín... y es barbero!...
- NICOLÁS ¡Brujería!...
- SANCHO Manifiesta.  
Seis años, más de seis años  
llevo yo de aula y palmeta,  
y no he podido pasar  
del *musa musæ* siquiera.
- NICOLÁS Mejor para tí.
- SANCHO ¿Mejor?... (Con extrañeza.)
- NICOLÁS Ya tienes franca la puerta  
para ser obispo y papa  
y todo cuanto tú quieras.
- SANCHO Que aproveche.
- NICOLÁS ¡Cómo... qué!...
- SANCHO Que no me tira la Iglesia,  
que estoy en el monasterio  
como quien está en galeras;  
que no quiero profesar;  
que mi padre es una fiera,  
que me encerró en esta jaula  
para matarme de pena;  
que no soy aficionado  
á cosas tan reverendas,  
ni á comer la sopa boba,  
ni á vestir por la cabeza;  
que cuando veo unos ojos  
de esos que dicen ¡canela!  
brillando como luceros  
entre las pestañas negras  
del atezado semblante  
de una zagala morena,  
me acomete de rondón  
tan espantosa tristeza,  
que por menos de un comino  
me escaparía con ella.
- NICOLÁS Lo creo: ¡valiente fraile  
le entró contigo á la regla!
- SANCHO ¿Qué queréis, maese? ¡Es tan debil  
la pobre naturaleza!...  
¡Le gusta tanto al demonio  
meterse en las almas tiernas!...  
¡Tiene la mujer tal gancho!...  
¡Hay aquí tal abstinencia!...

- Recordad el paraíso... (Transición.)
- NICOLÁS ¡Dejadme en paz! (Volviéndole la espalda.)  
SANGHO (Sin hacer caso.) Adán y Eva.  
Un árbol y una manzana...  
Adán durmiendo la siesta,  
y entre el espeso follaje  
la tentación encubierta.  
El reptil: ¿á que no comes?  
Ellos: ¿á que sí? Y descuelgan  
la manzana, se la engullen,  
y al fin se les indigesta.
- NICOLÁS ¡Callarás... con cuatrocientos  
de á caballo!
- SANGHO No hay manera  
de solazarse con vos,  
cuando ponéis esa jeta  
tan avinagrada y tan...  
Mas, cómo ha de ser, paciencia;  
hablaremos de otra cosa;  
voy á fijaros el tema.  
¿No sabéis lo que se dice? (Con marcada intención.)  
¿No sabéis lo que se cuenta?  
¿No conocéis todavía  
las cántigas estupendas  
de ese joven trovador,  
que al compás de sus endechas  
trae como fascinadas  
las gentes de las aldeas?  
NICOLÁS Pues ni lo sé, ni me importa.  
SANGHO Cuidadito... y no eche frescas...  
que á ser lo dicho verdad  
á todos nos interesa.
- NICOLÁS Alguna patraña.  
SANGHO (Con misterio.) Dicen,  
que ayer mismo, estando en Vera,  
cantó un romance alusivo  
no sé á qué pueblo y qué guerra  
en que se elogiaba á un conde  
y se hablaba mal de un César.
- NICOLÁS Y eso... ¿qué tiene de extraño?  
SANGHO ¿Que si tiene? ¡Friolera!  
¡Porque mientras el rapaz  
iba soltando la lengua  
y recorriendo el romance  
y rasgando la vigüela,

la mujer que lo acompaña,  
que además de pobre es vieja,  
y además de vieja imbecil,  
y además de imbecil ciega,  
vomitaba mil diatribas  
con estúpida demencia,  
llamando á Carlos de Gante  
el azote de la tierra!

NICOLÁS Figuraciones del vulgo  
y hablillas de gente necia...  
Mas, por si acaso algún duende,  
(Con tono de reconvención.)  
amigo Sancho, te tienta  
á que relates de nuevo  
tan peregrinas consejas,  
resiste á la tentación,  
sé cauto y el pico cierra,  
no haga el diablo que te cuelguen  
en premio de tales nuevas.

SANCHO Muchas gracias. (Con sorna.)

NICOLÁS Oigo pasos.

(Se abre la puerta de la derecha y aparece Fray Martín )

SANCHO ¡El Prior!... ¡Santa Quiteria!

(Saliendo precipitadamente por el fondo izquierda.)

## ESCENA II

NICOLÁS y FRAY MARTIN

NICOLÁS ¿Hay novedad?

PRIOR No te alarmes.

NICOLÁS ¿Duerme?

PRIOR Duerme.

NICOLÁS ¿Y si despierta?...

PRIOR El mayordomo Quijada  
dentro de la estancia queda.

NICOLÁS Dios haga que se disipen  
mis temores.

PRIOR ¿Tan extrema  
juzgas ya la posición  
del enfermo?

NICOLÁS Bien quisiera,  
padre Martín, no abrigar  
tan pavorosas ideas.  
¡Quisiera engañarme!... Pero,

¿cómo engañar á la ciencia  
que determina en su libros  
los males y las dolencias?

El corazón es un órgano  
esencial; tiene dos puertas,  
una recibe la sangre,  
y otra la impulsa á las venas.

Decid, padre, ¿qué sucede  
cuando una de ambas se cierra?

PRIOR ¿Acaso el Emperador  
en tal situación se encuentra?

NICOLÁS Los últimos arrebatos  
lo han postrado de manera,  
que si repite el acceso  
me temo que dél no vuelva.

PRIOR Terrible es el fallo.

NICOLÁS ¡Mucho!

PRIOR ¡Tus pronósticos me aterran!...

¡Oh! quizá tu propio celo  
y tu adhesión manifiesta,  
los riesgos y los peligros  
á tus ojos exajeran.

NICOLÁS ¡Ojalá, padre Martín!

PRIOR Yo tengo en la Providencia  
y en vuestro santo patrón  
toda mi esperanza puesta.  
Además, cuando la muerte  
tan próxima á herir se encuentra,  
aunque venga disfrazada  
y aunque de improviso venga,  
siempre da fijas señales  
de su terrible presencia.

NICOLÁS No lo creáis: muchas veces  
tan rápidamente llega  
y obra con tal prontitud  
que no hay lince que la vea.  
Vos en el caso presente  
juzgais por las apariencias.  
Don Carlos, mi amo y señor,  
lejos de mostrar flaqueza  
y abatimiento de espíritu,  
más parece que revela  
síntomas de una tranquila  
y facil convalecencia,  
que ese fatal retroceso

que yo imagino tan cerca.

¿No es verdad?...

PRIOR

Así parece.

NICOLÁS

Ilusiones pasajeras:

otro ataque al corazón

y nos quedamos sin César.

PRIOR

Dios tendrá misericordia.

NICOLÁS

Solo la mano suprema

de ese Dios, que con un soplo

anima mundos y estrellas,

de nuestro augusto monarca

puede salvar la existencia.

¡Y la salvará!

PRIOR

NICOLÁS

¡Oh, cuán frágil (Con solemnidad.)

es este barro que encierra

nuestro espíritu... cuán pobres

las mundanales grandezas!

Todavía ante mis ojos (Transición.)

van pasando en nube densa

las glorias y las batallas

dél vencedor de la tierra.

Todavía en mis oídos (Con creciente entusiasmo.)

con estrépito resuenan

los cañonazos de Argel

y las campanas de Viena.

Todavía estoy mirando

á las hordas agarenas

retroceder espantadas

del Danubio en la ribera,

ó en la apartada región

de las candentes arenas.

Oyendo estoy todavía

á las águilas francesas

suplicar arteramente

aquella paz embustera.

Y todavía recuerdo,

con patriótica soberbia,

aquel escuadrón de príncipes

y de coronadas testas

que iban por do quier besando

del Emperador las huellas...

¡Y pensar que tal coloso

y tan formidable atleta,

que el rey de todos los reyes

y el señor de mar y tierra...

no puede alargar su vida  
ni un solo instante siquiera!...  
PRIOR La guadaña de la muerte  
todo por igual lo siega,  
lo mismo el cedro arrogante  
que la más humilde yerba.  
NICOLÁS ¡Ley fatal!

PRIOR ¡Poder de Dios!  
Pero, silencio; alguien llega.  
(Entra Vega por el foro derecha.)

### ESCENA III

DICHOS y VEGA

VEGA Dios os guarde. (Entrando.)  
NICOLÁS (¡El presidente!) (Con alegría.)  
PRIOR Seais, Don Juan, bien venido.  
(Con respeto y satisfacción.)

VEGA ¿Qué pasa... qué ha sucedido...  
qué es del César?... (Ansioso y agitado.)

PRIOR Al presente  
nada: y os podéis calmar  
sabiendo que ya pasó  
todo el riesgo: recayó,  
y os hice al punto llamar.

VEGA ¿Otro ataque?  
NICOLÁS Y tan violento  
que yo mortal lo creí.

VEGA Mas ¿dónde se encuentra?  
PRIOR Aquí,

(Señalando á la Cámara.)  
descansando en su aposento.

VEGA ¿Quién vela á su majestad?  
PRIOR El mayordomo Quijada.  
Vos, de tan dura jornada,  
mientras tanto, reposad.

VEGA ¡Oh!... gracias; no hé menester  
de más reposo y cuidado  
que el consuelo inesperado  
de lo que llevo á saber.  
¿Y está brioso?...

PRIOR Lo está.

VEGA Mas si repite el acceso... (Con desconfianza y dolor.)  
NICOLÁS ¡Lo que es, señor, en cuanto á eso,  
si repite... morirá! (Con amargura.)

PRIOR  
VEGA

¿Quién sabe?...  
¿Morir?... ¡Qué horror!...  
¡Qué pesadumbre!... ¡Dios mío!...  
(Lleno de angustia.)  
¿Cómo llenar el vacío  
que deja el Emperador?  
¿Qué va á ser de las naciones  
que en sus límites encierra  
Europa, cuando su tierra  
preñada está de ambiciones?  
¿Quién sujeta á Solimán  
en su ciudad constantina?  
¿Quién en la playa vecina  
las naves del Alcorán?  
¿Quién enfrena la arrogancia  
de esos fieros alemanes?  
¿Quién á Italia en sus desmanes?  
¿Quién en sus odios á Francia?  
Nadie, nadie; pues las glorias  
del César tan altas fueron  
que emparejadas corrieron  
las batallas y victorias.  
Y sin poder que lo estorbe  
ni ejército que lo ataje,  
desde este oscuro paraje  
dicta aún sus leyes al orbe.  
¡Su muerte es la perdición  
del sosiego universal!...  
¡La fatídica señal  
de horrenda conflagración!  
Su vida, germen fecundo  
de concordia y sumo bien,  
apoyo, clave, sostén  
del equilibrio del mundo.  
Todo sin él es fugaz,  
todo ruín: su nombre solo  
mantiene de polo á polo  
el concierto de la paz.  
Por esto clama el dolor  
que desgarrá el pecho mío:  
¿cómo llenar el vacío  
que deja el Emperador? (Pausa breve.)  
¡Triste verdad!... Mas es ley  
que venga á término todo,  
pues la muerte de igual modo

PRIOR

se lleva al siervo que al rey.  
Pero hablando en puridad  
diré, porque así lo creo,  
que yo ni noto ni veo  
tal riesgo en su majestad.

NICOLÁS

De opinión distinta soy...

(Se abre la puerta de la cámara y aparece Quijada.)

¡El mayordomo Quijada! (A Vega.)

QUIJADA

¡Entrad! (Desde la puerta á Fray Martín.)

PRIOR

(¿Qué le digo?) (Aparte á Vega.)

VEGA

(Nada.) (Id. á Fray Martín.)

Aquí os espero, aquí estoy.

### ESCENA IV

VEGA, NICOLÁS y QUIJADA

QUIJADA

¡Ah... perdonad! Dios os guarde.

(Reparando en Vega.)

VEGA

¿Y el César?... (Con ansiedad.)

QUIJADA

Va mejorando.

VEGA

¿Y su valor?

QUIJADA

Campeando.

No hay miedo que se acobarde.

¿Qué golpe puede abatir  
á ese coloso de hierro,  
que desea ver su entierro  
antes de verse morir?

VEGA

¿Su entierro dices?

QUIJADA

Cabal:

y persiste todavía.

NICOLÁS

Hoy mismo hacerse debía  
tan extraño funeral.

VEGA

¡Me llenais de confusión  
y no acierto á comprender!...

NICOLÁS

Pronto os vais á convencer  
sin salir de esta mansión.

(Se aproxima al balcón, lo abre, y le dice á Vega, que también se acerca, señalando al exterior:)

¡Mirad!... ¡Con la tibia luz  
de la iglesia, en la mitad  
de la nave reparad! (Pausa brevísima.)

VEGA

¡Una tumba y una cruz! (Con solemnidad.)

NICOLÁS

¿Y no veis nada notorio,  
ni hallais más claras señales?...

- VEGA ¡Sí, las armas imperiales (Confundido.)  
sobre el túmulo mortuorio!
- NICOLÁS ¿Dudais? (Cerrando el balcón. Otra pausa conveniente.)
- VEGA Corazón tan fuerte (Con asombro.)  
¿cuándo en la tierra se vió?  
¿Cuándo nadie imaginó  
adelantarse á la muerte? (Transición.)  
¡Después de llevar su aliento  
triunfante de zona en zona,  
deja la imperial corona  
á la puerta de un convento!  
¡Tras de hollar la redondez  
de este orbe, que aún lo proclama,  
sepulta su nombre y fama  
de una celda en la estrechez!  
¡Y buscando en su entereza  
mayor arranque y más brío,  
quiere ver su poderío  
y su colosal grandeza  
entre los negros crespones  
de ese túmulo ejemplar,  
donde vienen á parar  
todas las generaciones!  
¡Y en tan sagrado recinco (Señalando al templo.)  
y ante esa tumba sencilla,  
quiere doblar la rodilla  
el gran César Carlos quinto!  
¡Y quiere animoso y fuerte,  
en su propio funeral,  
tender el manto imperial  
en el lecho de la muerte!  
¡Oh, César! Grande es tu vida,  
inmensa tu excelsitud;  
pero es mayor la virtud  
de tu postrer despedida!  
¡Grandes fueron tus victorias,  
pero es más grande, á mi ver,  
la manera de caer  
del pedestal de tus glorias!
- QUIJADA Es mucha verdad, señor:  
¿quién al ver tanta llaneza  
podrá medir la grandeza  
de tan alto Emperador?
- NICOLÁS Aquí están los esplendores  
y aquí su solio y su imperio:

el rincón de un monasterio  
y dos ó tres servidores.

QUIJADA ¡Oigo pasos! (Se abre la puerta de la cámara.)

NICOLÁS ¡Oh!... él es. (Mirando á la cámara.)

VEGA ¿Viene hacia aquí?...

QUIJADA (Desde la puerta.) Y aquí llega.

(Entra el Emperador apoyado en el brazo de Fray Martín, pálido y demacrado, pero firme.)

VEGA ¡Gran señor! (Echándose á los piés del César.)

D. CARL. Levanta, Vega. (Tendiéndole la mano.)

En mis brazos, no á mis piés.

(Vega se deja abrazar, dando señales de confusión por la honra que recibe. D. Carlos queda apoyado con un brazo en los hombros de Vega y le dice al Prior:)

Padre, pasad al convento

por si en la iglesia se ofrece

disponer algo, y que empiece

la ceremonia al momento. (Váse Fray Martín por el

fondo izquierda. El Emperador se sienta en el sillón.)

## ESCENA V

DON CARLOS y DICHOS, menos FRAY MARTÍN

D. CARL. Mucho me place en verdad (A Vega.)

tu visita, noble amigo,  
si no es que también contigo  
viene alguna novedad.

VEGA Ninguna, señor, ninguna.

La paz en el mundo brilla,  
y la suerte de Castilla  
va de fortuna en fortuna.

D. CARL. ¿Y en Italia?

VEGA No hay temor;

docil al pacto se allana;  
hasta la sede romana (Con intención.)  
disimula su rencor.

D. CARL. ¿Disimula?... Bien está...

Esa es la palabra, sí;  
porque en el fondo, de mí  
nunca olvidarse podrá.

No hay grandeza ni poder,  
ni cetro, ni soberano,  
que no intente el Vaticano  
esclavizar ó romper.

Y... ¡jay de la altiva corona

que al pontífice resista!...  
nunca la pierde de vista,  
nunca jamás la perdona.  
Pues dios y rey en el suelo,  
y entre excomunión y guerra,  
se cuida más de la tierra  
que de las cosas del cielo.  
¿Y los moros africanos?  
En su desierto.

VEGA

D. CARL.

¿Y en Flandes?

VEGA

Dicen que no son tan grandes  
los disturbios luteranos.

D. CARL.

¿Y cómo de hazañas van  
los turcos?

VEGA

Todo acabó:  
con Barbaroja murió  
la audacia de Solimán.

D. CARL.

¿Y en las Indias?

VEGA

Viento en popa  
nuestro pendón navegando,  
y más tierra conquistando  
que miden Asia y Europa.

D. CARL.

Grande alborozo recibo  
con tales noticias, Vega,  
que nada del mundo llega  
á este sepulcro en que vivo.  
Las olas del mar violento  
que agitan la humanidad,  
no turban la santidad  
ni la calma del convento.  
Solo á mi Dios le tributo  
los restos de mi existencia,  
y solo su Providencia  
me da la paz que disfruto.  
¡Y ojalá que al ser llevado  
al augusto tribunal,  
el rico cetro imperial  
fuese un rústico cayado!  
¡Ojalá que el alto brillo  
del egregio Emperador,  
fuese allí como un pastor  
oscuro, pobre y sencillo!

(Transición.—Señalando hacia el templo.)

¿No escuchais?... Llegó el instante.

Abrid el balcón del templo. (Se levanta del sillón.)

(¡Sea de humildad ejemplo (Nicolás abre el balcón.)  
el que pecó de arrogante!) (Se aproxima y se asoma.)  
¡Ya esparcen su roja llama  
(Señalando fuera. Con solemnidad y amargura.)  
los amarillos hachones!  
¡Adios muertas ilusiones!  
¡Adios imperio, adios fama!  
¡Ya la fatídica luz  
en mi tumba resplandece;  
todo, todo palidece,  
sí, todo... ¡menos la cruz!  
Ya pronto del funeral  
subirá por la ancha nave  
el eco pausado y grave  
con la voz penitencial.  
Cetros, coronas, poder, (Transición.)  
fantasmas del mundo vano,  
¿por qué retirais la mano,  
por qué me dejais caer?  
¿Por qué, cuando al borde estoy  
del negro abismo, no venzo?...  
¿Por qué, por qué me avergüenzo  
de lo pequeño que soy?  
¿De qué me sirve la suerte  
de hacer al mundo temblar,  
si no le puedo ganar  
esta batalla á la muerte?

Apoya la cabeza sobre la mano derecha, y el pecho sobre el balcón. Pausa conveniente. Aparece por el fondo (izquierda) el Prior, seguido de la comunidad, que trae bandones encendidos y que se irá colocando en los intercolumnios del foro: el Prior se adelanta á la mitad del proscenio.

## ESCENA VI

DICHOS y FRAY MARTÍN

PRIOR ¡Señor! (A D. Carlos.)  
D. CARL. ¿Estamos ya? (Saliendo de su abatimiento.)  
PRIOR Todos estamos.  
D. CARL. Pues empezad: mas antes  
es bien que con valor nos despedamos.  
Oid en dulce calma (A todos.)  
de este apagado corazón deshecho  
los últimos latidos de su alma  
y el último desahogo de mi pecho.  
(Pausa y transición.)

Por voluntad suprema del destino  
que dispone á su antojo de las cosas  
y les traza á los hombres su camino,  
hijo de reyes, en dorada cuna  
desdichado nací; más me valiera  
haber nacido pobre y sin fortuna,  
que harto más firme hacia el sepulcro fuera.  
Mi vida esclavizada  
desde su albor más tierno  
á la cadena rígida y pesada  
del cetro y del gobierno,  
sofocó sus instintos naturales  
en el molde acerado  
de guerrera armadura,  
haciéndose como ella tosca y dura.  
Que así como la planta  
que perezosa medra  
pegada al lomo de encorvado risco,  
y en el cóncavo lecho de una piedra  
toma vida, color y proporciones  
de la norma fatal de sus prisiones,  
así también la condición humana,  
sumisa y obediente se doblega  
desde su edad temprana  
á la costumbre caprichosa y ciega,  
que es en el mundo la mayor tirana,  
tomando cuerpo y ser en cuanto toca,  
semejante á la planta y á la roca.  
Si alguna vez, como feroz soldado,  
desmanes cometí con la milicia,  
si soberbio y cruel en mi reinado  
olvidé la piedad y la justicia,  
culpa mía no fué: las tempestades  
sacudieron mi cuna,  
la guerra se llevó mis mocedades,  
y de choque en asalto,  
y de hazaña en hazaña, la victoria  
mi regio nombre colocó tan alto,  
que no pudiendo resistir mi gloria  
los demás soberanos y magnates,  
me arrojaron á un tiempo y frente á frente,  
como las olas de la mar hirviente,  
las armas y el fragor de cien combates.  
¡Mi azarosa existencia no ha podido  
burlar á Marte en su fatal encierro;

selvas agrestes mi palacio han sido,  
mi trono y mi dosel el alto cerro;  
macerado me tiene tanto hierro  
y el humo de la pólvora curtido!  
Juventud, robusted, edad madura,  
todo mi ser se consumió en la guerra:  
perdóneme la tierra  
si llevado por tanta desventura  
olvidé la piedad y la ternura.  
Mas Dios, que pesa y mide  
las acciones humanas,  
que al rey y al siervo por igual preside  
y arroja al viento las grandezas vanas,  
ha dicho en mi conciencia resonando:  
¡Lo mismo muere la robusta encina  
que el debil tallo que á su pié se inclina!  
¿Qué granítica torre no zozobra?  
¿Qué poder colosal no se derrumba?  
¡Once palmos de tierra... y aún te sobra  
para que labren tu soberbia tumba!  
Confuso y humillado  
por tan santa verdad, dejo el imperio  
y la funesta carga del Estado,  
y abandono mi vida de soldado  
por la vida y la paz del monasterio.  
Gran pecador, aunque me veis contrito,  
para enfrenar las iras celestiales  
de todas vuestras preces necesito.  
¡Id al templo, volad, mis funerales  
harán menos pesado mi delito,  
y quizá vuestros cantos sepulcrales,  
al subir á la bóveda serena,  
apacarán al Juez que me condena!

(Hace una señal con la mano y salen los frailes, precedidos del Prior, por el fondo izquierda.)

Nosotros desde aquí, mudos testigos,  
(A Vega, Nicolás y Quijada.)

presenciamos la triste ceremonia.  
¡Dios otorgue la paz á mis despojos  
y el eterno perdón á mis agravios!  
¡Lágrimas mías, arrasad mis ojos;  
plegaria de dolor, ven á mis labios!

(Se arrodilla sobre el reclinatorio. Nicolás, Quijada y Vega permanecen de pié. Pausa conveniente.)

ESCENA VII

DICHOS y EL DUQUE DE GANDÍA

- DUQUE Necio sois, tengo de entrar.  
(Fuera y como disputando.)
- D. CARL. ¿Quién da voces? (Sorprendido y con disgusto.)
- DUQUE ¡Mucho tiento,  
(También fuera, pero más cerca.)  
que os puede el lance pesar!
- D. CARL. ¿Quién se atreve á profanar  
la majestad del convento?  
(De mal talante. Quijada se habrá ido aproximando al toro derecha, para reconocer al que llega.)
- DUQUE ¡Caballero, por favor! (A Quijada en el foro.)  
¿Dónde está el Emperador?...
- D. CARL. ¿Borja aquí?... ¡Dios me lo envía! (Reconociéndole  
con profundo júbilo y levantándose del reclinatorio.)  
¡Entre el Duque de Gandía!  
(Con entusiasmo, dando un grito y saliendo á su encuentro.)
- DUQUE ¡Señor! (Cayendo en brazos del Emperador.)
- D. CARL. ¡Francisco!
- DUQUE ¡Señor!  
(Permanecen abrazados un buen espacio.)
- D. CARL. ¡Ah! no sabes el consuelo  
que me infunde tu presencia.  
¿Cómo no, si eres modelo  
en quien juntar quiso el cielo  
virtud, saber y prudencia?
- DUQUE Vuestra infinita bondad  
me llena de confusión.  
(Doblan en lontananza las campanas del monasterio )  
Mas ¿qué triste novedad?  
¿Doblan á muerto?... ¡En verdad  
que vine en mala ocasión!
- D. CARL. No digas tal, no es así;  
y más del finado siendo  
tan buen amigo.
- DUQUE ¿Yo?
- D. CARL. Sí.  
¡Están doblando por mí!
- DUQUE Por vos, señor; no comprendo.
- D. CARL. Ese tétrico clamor (Con solemnidad creciente )  
de la campana mortuoria

dice con sordo rumor:

«Reza... reza... por la gloria  
del romano Emperador.»

Aquella tumba sencilla  
que en mitad del templo brilla,  
dice con fúnebre calma:

«Reza... reza... por el alma  
del noble rey de Castilla.»

Y el que hizo al mundo temblar  
y el que á la tierra domó,

hoy tiene que suplicar  
que se abran para rezar  
labios que él quizá selló!

¡Mira!... ¡Contempla!...

(Señalando al exterior del templo.)

DUQUE ¡Dios fuerte!

D. CARL. ¡En eso pára la suerte!

DUQUE ¡Testigo en su propio luto!

Ved, señor...

D. CARL. Es un tributo

que le anticipo á la muerte.

Acércate, ven aquí; (Suena el órgano del templo.)  
no te separes de mí.

¡Los salmos!... Apenas puedo  
sostenerme; tengo miedo,  
más miedo del que creí.

¡Ya comienza el funeral!

¡Ya se disipa mi sér

en la sombra sepulcral!

¡Oh, vanidad del poder!

¡Oh, miseria terrenal! (Queda apoyado sobre el reclinatorio. En este momento se arrodillan todos los personajes.)

## ACTO SEGUNDO

~~~~~

Cámara ochavada. Al fondo una ancha puerta ó rompimiento, cubierto por un cortinaje, que comunica con el dormitorio del Emperador. A la derecha, en segundo término y apoyado en la pared, un reclinatorio, y sobre el reclinatorio un Crucifijo y un libro; en primer término una ventana de vidrios de colores con hojas practicables. A la izquierda, en primer término, una puerta con tapiz ó cortina; sillón y mesa con las armas imperiales, y sobre la mesa recado de escribir. Taburetes en los ángulos de la estancia. Comienza á despuntar el alba.

ESCENA PRIMERA

SANCHO y NICOLÁS

Sancho durmiendo sobre un taburete, con la cabeza recostada en la pared. Nicolás sale del dormitorio y se aproxima á la ventana, sin reparar en Sancho

- NICOLÁS Despunta el alba. Soberbio.
 Buena señal, buen auspicio.
 (Suena un toque de campana.)
 La Oración de la mañana:
 (Se descubre y reza un instante.)
 recemos por Cárlos quinto.
 ¡Amén! (Terminando la oración y cubriéndose.)
 ¿Aquí un reverendo? (Reparando en Sancho.)
 ¿Mas calle? ¿Qué es lo que miro?
 ¿Sancho en la cámara?... ¡Sancho! (Despertándole.)
 ¡Diantre! ¿Pues no se ha dormido?
 ¡Eh! ¡Seor galopo... arriba!
 (Sacudiéndole bruscamente.)
 ¿Quién vá? (Medio despertando.)
SANCHO Arriba le digo,
NICOLÁS ó le descoyunto un hombro
 como dos y tres son cinco.
SANCHO ¡Hola... maese! (Levantándose torpemente.)
NICOLÁS ¡Pues me gusta
 la aprensión!... ¿Con qué permiso
 entró su paternidad?
SANCHO ¡Pues claro está... con el mio!
NICOLÁS ¿Habrá mayor desvergüenza?

SANCHO

No se amontone el amigo
y sepa cómo y por qué
à la cámara he venido.
El muy alto y poderoso
señor Fray Martín, me dijo,
sacándome de mi celda
con grave disgusto mío,
mucho antes de amanecer:
«¡Vístase y venga conmigo!»
Me vestí, salí temblando
al claustro de los novicios,
echó á andar, yo le seguí,
la escalera descendimos,
atrasamos la huerta,
entramos en este sitio,
y el Prior me dijo entonces
con acento imperativo:
«¡Hermano, espéreme aquí!»
Entróse en ese recinto,
yo me cansé de esperar,
él no salió por lo visto,
hasta que presa del sueño
y doblado de fastidio,
caí sobre el taburete
en que me hallásteis dormido.

NICOLÁS

Vamos Sancho, ménos música,
punto en boca y ande listo,
porque si Quijada os topa
os hace salir de un brinco.

SANCHO

¿Y el mandato del Prior?
¿Cómo sin él me retiro?
¿Quereis que por daros gusto
me quede yo sin principio
lo que de setiembre resta,
ó me apliquen el castigo
de hacerme lector perpétuo
del refectorio bendito?
¡*Necquamcuam!* No puede ser,
me infunden horror los libros,
y en lo de cerrar el buche
se subleva mi apetito.
Sin el Prior, ¡Dios de Dios!
antes me vea molido
por ese fiero Quijada
que abandonar este sitio.

- NICOLÁS Pero oye, piel de demonio,
tortura de los sentidos,
si yo te hiciera saber...
- SANCHO ¡No me voy! ¡Lo dicho, dicho!
- NICOLÁS Hace dos horas lo ménos
que Fray Martín ha salido;
mas ¡ya se vé! como tú
eres dechado y prodigio
de mansa docilidad,
de tal manera has cumplido
el mandato del Prior,
que cuidadoso y solícito
y esclavo de tu deber,
poco á poco te has dormido,
pensando quizá en alguna
rapazuela de ojos lindos
ó soñando con juglares
que hablan mal de Cárlos quinto.
- SANCHO ¡Pues si me pesca... me luzco! (Rascándose la oreja.)
- NICOLÁS Aún es tiempo...
- SANCHO Vaya, amigo,
á la paz de Dios. (Medio mutis.)
- NICOLÁS El diablo
tiene en el cuerpo metido.
- SANCHO ¡Ah, diantre! se me olvidaba.
(Volviendo desde la puerta.)
- NICOLÁS ¡Acabará por San Crispulo! (De mal talante.)
- SANCHO Un momento de paciencia,
maese Nicolás
- NICOLÁS ¡Pues vivo!
- SANCHO ¿No sabeis que el trovador?...
- NICOLÁS ¡Y dale! Vuelta á lo mismo.
- SANCHO Lo sé de muy buena tinta.
- NICOLÁS ¡Qué empeño tan decidido
en que lo ahorquen!
- SANCHO Eso nunca:
no me gusta ser racimo.
Mas yo no tengo reservas,
ni secretos, ni postizos
para un hombre como vos.
¡Como vos!... ¡Vaya! Prosigo:
pues bien, en la misma tarde
en que con gran pompa hicimos
los funerales del...
- NICOLÁS ¡Calla!

- SANCHO Bueno, hablaré más bajito.
Los funerales del César,
el hortelano Domingo
le oyó cantar un romance
tan estupendo y maligno,
con tan viles alusiones
que... ¡válganos Jesucristo!
Decía ese lenguaraz,
entre diabólico estilo:
»que por muchas penitencias
»que haga en su celda escondido
»el Emperador que en Gante
»afiló el mortal cuchillo,
»no podrá nunca borrar
»la sangre de los suplicios...»
- NICOLÁS Quítate de mi presencia, (Interrumpiéndole.)
ó por el Dios uno y trino...
(Cerrando contra él con los puños crispados.)
- SANCHO Despacio, maese, despacio; (Retrocede espantado.)
yo nada sé, nada digo.
¡Soy inocente!... ¡De todo
tiene la culpa Domingo!

(Sale precipitadamente por la izquierda. Al terminar esta escena, la claridad de la mañana sucede á los albores del crepúsculo.)

ESCENA II

NICOLÁS

A ser menos zarramplín,
diría que este maldito
lego... pero ¡bah! imposible,
no tiene pizca de juicio.
(Se aproxima al dormitorio del Emperador como observan-
do, y vuelve.)
Todavía, todavía
en sueño blando sumido... (Con alegría.)
¡Renace en mí la esperanza!
Vamos bien: me tranquilizo.
(Aparece Vega por la izquierda.)

ESCENA III

NICOLÁS y DON JUAN VEGA

VEGA Buenos días, Nicolás.

NICOLÁS Muy buenos días, señor.

VEGA No pregunto... está mejor;
lo sé con verte no más.

NICOLÁS Bien, Don Juan; se os alcanza
la verdad; que en este instante
brillar debe mi semblante
con la luz de la esperanza.
De la noche en el promedio,
tras de un insomnio tenaz,
quedó descansando en paz.

VEGA Descansa... ¡el mejor remedio!

NICOLÁS Muchas veces origina
el sueño apacible y manso
la salvación...

VEGA El descanso
es la mejor medicina.

NICOLÁS Mas importa no olvidar
que tan difíciles son
los males del corazón,
que es milagroso escapar.

VEGA Según eso, ¡poco á fe!
tu extraño cálculo fía
en esa tal mejoría...
¿Tiemblas de nuevo?

NICOLÁS ¡No sé!

VEGA ¿Es quizás incontrastable
el peligro? En tu sentir,
¿no puede sobrevenir
una crisis favorable?

(Suena un grito desgarrador en el dormitorio, producido por el acento de Don Carlos: Nicolás y Vega quedan abortos.)

ESCENA IV

DON CARLOS y DICHOS

D. CARL. ¡Socorro, favor!... (Dentro.)

VEGA ¡Dios santo!

¿Oísteis? (A Nicolás.)

NICOLÁS ¡Virgen sagrada!

Veamos...

(Se dirigen al dormitorio y retroceden al ver que sale Don Carlos, apoyado en Quijada.)

VEGA ¡Señor!...

D. CARL. No es nada,

(Con aparente serenidad.)

ya pasó... (¡noche de espanto!)

(Sientan al Emperador en el sillón.)

Dejadme un momento á solas

y al de Gandía avisad. (Salen todos por la izquierda.)

ESCENA V

D. CARLOS

¡Qué noche! ¡Qué tempestad!

¡Qué viento, qué mar, qué olas!

¡Días de insomnio y demencia!...

¡Oh, qué pacto tan estrecho

para vencer tienen hecho

la memoria y la conciencia!

¡Yo he dormido, yo he soñado,

yo he visto en la sombra muda

aquel espectro; no hay duda,

el espectro ensangrentado!

Once años, once años van,

transcurridos lentamente,

y todavía presente

tengo al conde Don Beltrán.

Todavía ante mis ojos

lucen con siniestro brillo

el acerado cuchillo

y los sangrientos despojos.

Y aun suena en mi corazón

con penetrante agonía

aquella voz que pedía

¡misericordia, perdón!

Espantosa ceguedad,

venganza torpe y cruel;

¿tendrá Dios piedad de aquel

que no ha tenido piedad?...

¿De aquel que airado y furioso,

en su palacio de Gante,

se olvidó por un instante

de ser misericordioso?

¿De aquel que necio y febril,

en su estúpida fiereza,

hizo rodar la cabeza

de un tronco tan varonil?

¿Qué me dijo en su furor

y á través de mi plegaria

la maldición funeraria

del espectro aterrador?
No se me olvida ¡ay de mí!
Aborto fué de la sombra;
se acerca, llega, me nombra,
y exclama con frenesí:
«¡Dios no quiere perdonar,
en su justicia severa,
al rey que con saña fiera
me mandó decapitar!»
¡Oh, maldición; oh, tormento!
¡Oh, furias, aquí clavadas
con las uñas aceradas
de un vivo remordimiento!
¡Oh, pesadilla; oh, torrente;
oh, fatal y triste idea!...
¡Mazo tenaz que golpea
contra mi abatida frente!
(Queda como rendido.—Pausa breve.—Aparece Quijada.)

ESCENA VI

DON CARLOS, QUIJADA, luego el DUQUE DE GANDÍA

- QUIJADA ¡Señor!... (Desde la puerta.)
D. CARL. ¿Quién es?...
(Con algún sobresalto y como saliendo de un éxtasis.)
QUIJADA El Duque de Gandía.
D. CARL. Que pase (A Quijada.) (Necesito (Se retira Quijada.)
confesarme con él... ¡No! ¡Me odiaría
si á conocer llegase mi delito!)
DUQUE Dios os guarde, señor. (Desde la puerta)
D. CARL. Ven y perdona
que un amigo impaciente, que un hermano,
te solicite y busque tan temprano.
DUQUE Mi voluntad, señor, y mi persona (Aproximándose.)
siempre están á los piés del soberano.
D. CARL. Aquí no hay más corona
que esa que ven tus ojos. (Señalando al Crucifijo.)
¡Pues quiso Dios que fuera
de espinas y de abrojos
la única gloriosa y duradera!
DUQUE Me confunde, señor, el alto ejemplo
de vuestra fe cristiana, semejante
al fabuloso Anteo, cuando hería
con su planta la tierra y más gigante
de nuevo en el espacio aparecía;

- así vuestra figura se levanta
al noble impulso de modestia tanta.
- D. CARL. Ya es tiempo de humillarse.
¡Cansado está Luzbel de revelarse!
Mas... vamos á otro asunto.
¿Leíste el manuscrito?
- DUQUE Por entero.
- D. CARL. ¿Te puedo consultar?
- DUQUE Punto por punto.
- D. CARL. Pues que me jures quiero
que has de serme leal, franco y sincero.
- DUQUE ¡Os lo juro!
- D. CARL. Me basta, estoy tranquilo.
(Le hace una indicación para que se siente. Borja obedece.)
Aunque extremada vanidad parezca
que uno mismo refiera sus anales,
con tal que la verdad quede en su puesto
no me duele pasar por inmodesto.
Además, que hacinar los materiales,
¿no es levantar pirámides?... ¿No es esto?
- DUQUE Mucha verdad, señor; mas es tan fragil
la condición humana;
nos ciega tanto el interés á veces
para ver y fallar en causa propia,
que somos á menudo malos jueces.
- D. CARL. Pues por esa razón no le remito
ni un solo comentario al manuscrito.
- DUQUE ¿Y el prefacio, señor?
- D. CARL. ¡Qué!... ¿No te place?...
- DUQUE Hay tres puntos en él tan escabrosos,
que bien pudiera tropezar la fama
y caer con sus timbres más gloriosos.
- D. CARL. Ya te escucho.
- DUQUE ¡Señor!... (Vacilando y sin atreverse.)
- D. CARL. Tu fe reclama
un moribundo, en tu amistad fiado,
no el magnate, ni el rey, ni el potentado.
- DUQUE Obedezco. Pues bien: importa mucho
que al referir los hechos
que tienen relación con la existencia
de vuestra augusta madre,
corra mansa la pluma
en dulce calma y apacible estilo,
como el lago tranquilo
que no mancha sus bordes ni de espuma.

D. CARL. Mal puede, ilustre Borja,
ser manso y apacible y ser prudente
quien apuró tan recias tempestades.
¡Épocas hay, que son la mar hirviente,
retrato de fatídicos colores!

DUQUE. ¿Cómo pintar un lago transparente
entre revueltas, confusión y horrores?
¡Ved, señor, que la reina Doña Juana
aparece alentando á los traidores,
siendo notoria la humildad cristiana
con que supo en su triste apartamiento
renunciar á la pompa soberana,
sierva no más de un solo pensamiento!

D. CARL. Pues borra diligente:
no fué mi ánimo herir el nombre augusto
de aquella, para mí resplandeciente
antorcha maternal; el bando injusto
que incesante á su sombra se movía,
manejando con traza miserable
su incapaz y turbada fantasía,
es de todo, á mi juicio, responsable.
Glorifica á la reina idolatrada,
mas de ese bando vil no quites nada.
Pasemos al segundo.

DUQUE Se trata de la Iglesia y sus varones.
¡Si hay algo en este mundo
que enlace y fortifique las naciones;
si subsiste en la tierra
un código divino y generoso
que predique la paz contra la guerra
y el amor contra el odio proceloso,
es la Iglesia de Dios!

D. CARL. ¡Nombre sagrado!

DUQUE Y con ella el pontífice.

D. CARL. Un instante:
¡la Iglesia, sí, mas no el pontificado;
mas no un Julio de Médicis airado!

DUQUE ¡Aparición funesta
que el cielo castigó con mano dura!
Mas ved, señor, que un príncipe cristiano
no puede confundir la investidura
del egregio pontífice romano
con el hombre que ha sido
rival de nuestras armas...

D. CARL. Concedido. —

Acato y obedezco
de la Iglesia las sabias decisiones
y el nombre de católico apetezco.
Campeón en distintas ocasiones
he sido de la fe; no hay cosa alguna
que con gusto no le haya tributado;
diezmos, poder, ejército, fortuna,
hasta el mismo sosiego del Estado.
Pero, Borja, no puedo,
¡no puedo acostumbrarme á ver que un papa,
que es la imagen de Dios, turbe la tierra
vistiendo y embrazando
la dura lanza y el pesado almete,
como hizo contra mí Clemente siete!
Piensa, medita, en mi razón penetra;
ahí tienes el prefacio, añade ó quita...
mas del papa Clemente... ¡ni una letra!
DUQUE (¿Cómo hablarle del Conde?...
¡Infeliz trovador!)

D. CARL. Punto tercero.

DUQUE

Del edicto de Bormes y Lutero.
En semejante punto
más parece que el texto del prefacio
intente discutir tan grave asunto,
que disculpar el proceder reacio
y el fatal miramiento y ceremonia
que usásteis con el fraile de Sajonia.

D. CARL.

DUQUE

¿Disculpar?... ¿Y por qué?...

Porque teniendo

al maldito reptil bajo la planta,
usásteis de blandura y de tibieza
en lugar de aplastarle la cabeza.

D. CARL.

Entró en Bormes fiado en el seguro
de mi real palabra.

DUQUE

¿Y quién guarda la fe al hombre impuro
que cien veces traidor, y cien perjuro,
hondas desdichas en la Iglesia labra?

D. CARL.

DUQUE

¡Yo!

¡Señor!... (Con asombro.)

D. CARL.

No te espante:

yo, que, á ser más ligero,
hubiese con la sangre de Lutero
irritado al partido protestante,
perdiendo la Sajonia y el Brabante.

DUQUE

Vano temor... (Con respetuosa incredulidad.)

D. CARL.

Gandía, el mundo entero
ha visto al resplandor de las hogueras
crecer con más empuje la herejía,
inflamando en las llamas su delirio,
tomando consistencia en su martirio,
y en su mismo tormento su porfía.
¿Y por qué? Porque el soplo de la idea
es más fuerte que el peso de las armas.
Porque ¡ay del necio! que en su orgullo crea
ahogar un pensamiento que germina,
entre sus férreos brazos,
porque pudiera reventar la mina
y escupir al soberbio en mil pedazos.
¡La espada con la espada,
el libro con el libro!
Mas no te pongo límites á nada:
piensa, estudia, medita:
tacha, borra, corrige, añade, quita...
Descanso en tu amistad acrisolada.

DUQUE

Fiad, señor, fiad tranquilamente,
que es mi amistad como el sepulcro, muda,
y como sierva vuestra, diligente. (Levantándose.)
¿Si tuviese valor?... ¡Terrible duda!

D. CARL.

DUQUE

¡Ni un recuerdo de Gante!...
¡Pobre Beltran y pobre descendencia,
condenada al dolor y á la inclemencia!

D. CARL.

DUQUE

¡No me atrevo... la mancha es repugnante!
¿Cómo llevar la luz á su conciencia?)

D. CARL.

DUQUE

¡Borja!... (Con cierta solemnidad y vacilante resolución.)
¡Señor!... (Con manifiesta curiosidad.)

D. CARL.

(¡No puedo!)
(Sin determinarse y apoyando la cabeza entre las manos)
(Siento vergüenza, y confusión y miedo!)

(Pausa conveniente.)

¿Qué pensaba decir? Ya se me alcanza:
una pregunta acerca de tu vida
y el secreto y razón de tal mudanza,
si no hay grave motivo que lo impida.

DUQUE

(¡Qué rayo de esperanza!)
(Con alegría, como quien halla un recurso salvador.)
Vais á tener satisfacción cumplida;
que á la voz del cariño y del respeto
no me es dable ocultar ningún secreto.
¡Fiera es la causa, triste la memoria
y espantoso el relato de la historia! (Pausa.)

Era una tarde de Abril
de mil quinientos cincuenta:
soplaba el viento sutil
y el cielo con nubes mil
presagiaba la tormenta.

Caballero en mi corcel
daba la vuelta á Milán
ciñendo el verde laurel
de las victorias de Argel
y de los triunfos de Orán.

Vibró el fugaz resplandor
de un relámpago... y violento
el caballo volador,
alas le pidió á mi amor,
y á la tempestad su aliento.

¡Alas, sí! ¡Pues al volver
á tan hermoso ducado,
tenía que recoger
de manos de una mujer
un corazón encantado!

De amor, de esperanza lleno,
caminaba en mi ilusión...
cuando... de súbito un trueno
le puso al caballo freno
y grillos á mi pasión!

El crepúsculo apagaba
su ténue y dudosa luz:
la noche se avecinaba;
quise saber dónde estaba...
y estaba al pié de una cruz!

Alejarme no podía:
en vano al corcel incito,
porque delante tenía
el murallón de granito
de una montaña bravía!

Vueltas dando al pensamiento,
al cabo reconocí,
con hondo remordimiento,

aquel paraje sangriento
y aquella cruz: ¡ay de mí!

¡Y febril y presuroso
y con el pecho medroso,
la rienda al caballo eché,
y trémulo y angustioso
caí de la cruz al pié!

¡Que al pié de la cruz bendita,
en noche también oscura
y en duelo y en negra cuita,
abrió mi espada maldita
una fatal sepultura!

¡Triste comienzo á rezar:
mas de pronto, atribulado,
oigo gemir y llorar,
miro, y encuentro al mirar
un pobre niño á mi lado!

Miseramente vestido,
blanca faz, rubia guedeja,
bello como el sol, lucido
como paloma que deja
por vez primera su nido.

Tal á mi vista surgió
aquel tierno adolescente.
¡Angel que el vuelo tendió
por la bóveda luciente
y á mi lado se posó!

¿Qué buscas? le pregunté
con inefable cariño.
Y me responde:—No sé;
¡busco lo que no hallaré!—
Y rompe á llorar el niño.

Y sigue el turbióon cayendo
y la tempestad tronando,
y entre el pavoroso estruendo,
el niño al padre llamando
y mi corazón muriendo!

(Transición.)

¡Oh, Providencia; oh, Señor!
¿Cómo no ví con horror
que al matar, en mi demencia,
iba legando una herencia
de lágrimas y dolor?

¿Y cómo, tras de matar,
no me pude imaginar,
que aquel rival que caía,
quizá en el mundo tenía
hijuelos que alimentar?

¡Con amante frenesí
tomé al niño entre mis brazos:
llegué al caballo... subí...
le asesté dos espalazos...
y como el rayo partí!

Por abril, y en mi corcel,
daba la vuelta á Milán,
ciñendo el verde laurel
de las victorias de Argel
y de los triunfos de Orán:

¡Y en mayo, con firme intento,
mudando de pensamiento,
grave, solemne, profundo,
le daba un ¡adios! al mundo
en el claustro de un convento!

¡Mas la prenda recogida
al pié de la santa cruz,
mi propia madre la cuida!...
¡Y esta, señor, es la luz
del secreto de mi vida!
(El Emperador le tiende los brazos.)

D. CARL. ¡Ven á mis brazos, Borja; tu franqueza,
tu noble proceder te abren mi pecho
y tu santa virtud á dar empieza
valor á mi memoria!
¡Secreto por secreto,
historia por historia!
¡Aunque el dolor en mi conciencia arguya
que es la mía más triste que la tuya! (Pausa.)

En el africano mar
con Doria me hallaba yo,
cuando en Flandes estalló
la discordia popular.
Tuve á Cádiz que arribar,
y apenas la espalda dí
al piélago, recibí
secreto aviso de Gante
de que partiese al instante,
y sin demora partí.

El territorio francés
crucé con noble arrogancia,
sintiendo crujir la Francia
de rencor bajo mis piés.
Que allá en la forma cortés,
velando negras traiciones,
con dañadas intenciones
ganar cobarde quería
¡lo que yo gané en Pavía
al tronar de los cañones!

De mis tercios al abrigo,
tascando su rabia fiera,
me despidió en su frontera
ese país enemigo.
Llegué á Flandes, y testigo
del terror y desaliento
de aquel fatal alzamiento,
con un general indulto
puse término al tumulto.
¿General he dicho? ¡Miento!

Miento, sí, porque llevado
de sanguinaria torpeza,
hice segar la cabeza
de aquel conde infortunado.
Viéndolo estoy: no ha pasado
todavía de mi mente
ni aquella ráfaga ardiente
de mi espantosa locura,
ni aquella noble figura,
tan noble como valiente!

Con franco y bizarro porte,

rostro á rostro y pecho á pecho,
me mantuvo su derecho
en presencia de mi corte.
Confuso, ciego, sin norte,
falto de razón y fe,
en mi cólera estallé,
y orgulloso y arrogante,
sobre el cadalso de Gante
á Don Beltrán arrojé.

Volando de la ciudad
la nueva de mi furor,
llenó á Flandes de terror
y al mundo de hostilidad.
Mas la torpe iniquidad,
á todo estrago propicia
para sellar la injusticia,
sus bienes le confiscó;
¿y qué más? hasta expulsó
sus deudos de la milicia.

Las tempestades airadas
que sobre Italia á caer
vinieron, y á remover
cenizas mal apagadas
con empresas y jornadas
belicosas, distracción
dieron á mi corazón,
entibiando poco á poco
el recuerdo torpe y loco
de mi sangrienta pasión.

Entre el turco y el francés
pasé dos años ausente
de Flandes, mas de repente
un asunto de interés
me llevó á Malinas, que es
residencia del Senado
y capital del Estado;
¡ojalá nunca volviera!
¡ojalá!... que no tuviera
el pecho tan desgarrado!

(Transición y gran viveza en el relato.)

Oye, Borja; en una fria

mañana del mes de Enero
dispuse con mi montero
visitar la serranía;
la agreste selva bravía
á la gente dispersó,
á solas quedéme yo,
y con misterioso afán
la idea de Don Beltrán
en mi mente se clavó.

¡No sé qué pasó por mí!
Luego con incierto pié
en la selva me interné
y á un ancho valle salí;
busco oriente y desde allí,
por entre pardas neblinas
veo en el fondo á Malinas,
y allá indeciso, á lo lejos,
vibrar sus blancos reflejos
el sol sobre las colinas.

Lleno de dolor y pena,
de un prado en la muelle falda
me senté, cuando á mi espalda
melancólico resuena
un laud; dulce sirena
con voz vibrante y sonora
gime, rie, canta, llora...
¡Todavía, todavía
penetra en el alma mía
aquella voz seductora!

Camino, vago al azar,
veo una llanura escasa,
luego una rústica casa
en la cerca de un pinar.
Aquella voz singular
se apaga en doliente ruego;
sigo, avanzo, paso, llego;
cerca franca, casa abierta,
hallo un labriego á la puerta
y le pregunto al labriego:

Buen hombre, ¿quién mora aquí?
¿Qué misterio aquí se esconde?—

Es una loca, responde.—
¡Loca la que canta!...—Sí.—
¿Qué golpe la tiene así?—
El más fiero y el mayor
que hay en el mundo, señor—
(me replica con afán).
Su esposo, el conde Beltrán...—
No prosigas, ¡por favor!

Y como si hubiera sido
por un vértigo arrastrado,
ó como piedra lanzado
ó como flecha escupido,
sin voluntad ni sentido
partí de aquella mansión,
llevando en mi corazón
vivos, profundos, latentes,
de aquellos ayes dolientes,
¡los ecos de maldición!

Con el torbellino fiero
de mi negra desventura,
de la silvestre espesura
tomé el angosto sendero.
Mi pié corría ligero
luchando con la aspereza;
mas de pronto, en la maleza,
mi cuerpo se desplomó
y al duro golpe quedó
atronada la cabeza.

Al despertar, me encontré
sobre un lecho; llamo al punto,
entran, inquiero, pregunto,
nada saben, nada sé.
Si verdad ó sueño fué
lo dice en triste lamento
el hondo remordimiento
que devora mi existencia,
y lo dice la conciencia,
¡martillo del pensamiento!

Diera cuanto valgo y soy;
diera fama, nombre, historia,
cuanto le gané á la gloria,

cuanto á la muerte le doy;
todo á dar propicio estoy
al que me otorgue el poder
de aplacar y contener,
en medio de mi quebranto,
esa ola de sangre y llanto
que flota sobre mi sér!...

¡Diz que la parca traidora (Transición.)
que huella con pié robusto
lo mismo al malo que al justo,
tremenda y devastadora,
cuando muere un justo llora
y con respeto lo besa!
Y diz que cuando hace presa
en un malo, suelta airada
una horrible carcajada.

(Suenan una carcajada fuera y á la parte de la ventana.—Horrorizado: momento de confusión.)

¡Como esa, Borja, como esa!

DUQUE ¡Señor, tranquilizáos!

D. CARL. No puedo, Borja.

DUQUE ¡Por piedad!

D. CARL. ¿No oíste

estallar en el viento
la carcajada pavorosa y triste?...
¡Voces, rumor!...

(Borja se aproxima á la ventana y mira por ella.)

DUQUE (¡El es!) Antojos... nada.

(Al César, disimulando.)

(El juglar y la loca infortunada.)

D. CARL. ¡Vengativa pasión!... Ya no hay remedio.

DUQUE No olvidéis, gran señor, que en toda culpa
puede haber reparación cumplida.

D. CARL. ¿Acaso está en mi mano
resucitar los muertos? ¿Quién la vida
consigue devolver al tronco humano
que despedaza el hacha enrojecida?

DUQUE Cuando es fatal el golpe y en su origen
reparación no cabe,
se atajan sus efectos
y el estrago, señor, es menos grave.
¡Mi historia recordad! La noche oscura,
la tempestad, la cruz, la sepultura,

aquel niño inocente,
llorando su orfandad...

D. CARL. Escucha, tente.

¡La sospecha es horrible!
Si el conde Don Beltrán tuviera un hijo...
¡Mas ¡oh! no, no, imposible!

DUQUE ¡Pues le tiene, señor!

D. CARL. ¿Quién te lo dijo?

DUQUE La sabia Providencia
que guía la orfandad y la inocencia.

D. CARL. ¡Explicate, por Dios!... Sangre inflamada
entra zumbando en mi doliente pecho...
¡No puedo respirar!... (Desfallecido.)

DUQUE (¡Virgen sagrada!

¡Qué fatal palidez!) (Con sorpresa y ansiedad.)

D. CARL. Sigue, no es nada.

(Repuesto algún tanto.)

DUQUE Pero, señor...

D. CARL. ¡De mi terrible historia
quiero saber, aunque me ves temblando,
la página más negra!

Habla, refiere... cuenta, te lo mando.

DUQUE Obedezco, señor. La pobre loca
que habitaba en el bosque de Malinas...

D. CARL. ¿Ha muerto?...

DUQUE ¡Vive!

D. CARL. ¿Vive? ¡Dios clemente!

DUQUE Las aldeas vecinas
la contemplan errando tristemente
del brazo de un juglar adolescente.

D. CARL. ¿Y ese juglar?...

DUQUE ¡Es su hijo!

D. CARL. ¡Cielo santo!

¿Dónde se ocultan, dónde? (Con emoción creciente.)

Pluma, papel... Yo anulo, yo levanto
de los bienes del conde

la vil confiscación: yo les devuelvo
feudos, honores, preeminencias, todo...

Escribe, Borja, escribe.

(Borja se aproxima á la mesa y escribe mientras habla el
Emperador.)

Y en memoria del conde infortunado
les otorgo de Brisna y de la Marca
los ricos señoríos... (Transición.) ¡Oh, malvado
y mísero monarca!

¡Qué sarcástica ofrenda! ¡Cuán estéril
para aplacar el llanto de una esposa
y el tormento de un niño!
¿Pagarás con tesoros?... ¡Brava cosa!
Con tesoros... ¡Oh, Dios! ¿Y aquel cariño
que arrojaste, protervo, en la ancha fosa?
¿Y aquel amor profundo
que abrasó tu venganza en este mundo?
¡Aunque gastes tu pompa y poderío,
no lograrás, en tu fatal quimera,
ni un átomo llevar á ese vacío,
ni enjugar una lágrima siquiera!

DUQUE Firmad, señor. (Le presenta la pluma y el papel.)
D. CARL. ¡Oh, sí. (Firma.) ¡Merced bien pobre!

(Le devuelve papel y pluma, y le entrega un anillo.)

Toma, sella. (Borja sella el papel sobre la mesa.)

DUQUE ¡Ya está! (Le devuelve el anillo.)

D. CARL. Que indagues quiero

sin tregua ni demora
de la desgracia el triste paradero;
y humilde y lastimero,
y con frases sencillas,
mi perdón le supliques de rodillas.

(Suena otra carcajada.)

¡Otra vez!... (Espantado.)

DUQUE (¡Pobre loca!)

D. CARL. ¡Suerte airada!...

¿Otra vez la maldita carcajada?...

(Se levanta y va hacia la ventana: Borja trata de impedirlo.)

DUQUE ¿Adónde vais, señor?... (Suplicante.)

D. CARL. Aparta... deja...

(Abre la vidriera de la ventana, mira y exclama con angustia y temor.)

Nada veo... ¡La sombra de la muerte
nubla mis ojos con su aliento impuro!

(Vuelve á mirar.)

Mas... ¡oh, ya veo, sí! Al pié del muro
se divisa una anciana... y á su lado
un joven trovador... ¡Dios poderoso!

(Como herido por una sospecha.)

¿No es trovador el hijo desdichado (A Borja.)
del conde Don Beltrán? ¿No me dijiste
que la mísera loca de Malinas
recorre tristemente
las aldeas vecinas,

- y con ella un juglar adolescente?
DUQUE ¡Es verdad!
D. CARL. Ven... repara...
(Indicando fuera de la ventana.)
No temas mi quebranto:
rompe el misterio, la sospecha aclara...
¿Son ellos?
DUQUE ¡Ellon son!
D. CARL. ¡Ellos! ¡Dios santo!
¡Dios justo! ¡Dios clemente!
(Se arrodilla conservando las manos apoyadas en la ventana: queda aterrado y mudo. Borja se aproxima.)
DUQUE No os espante,
no os arredre, señor, que es la inocencia
que viene desde Gante
á implorar, sin rencor, vuestra clemencia.
D. CARL. ¡Yo me siento morir!... acude... llama...
DUQUE ¡Por piedad, gran señor! (Profundamente alarmado.)
D. CARL. (¡Me estoy ahogando!)
DUQUE Quijada, Vega, entrad, ¡pronto, volando!
(Entran todos.)

ESCENA VII

DON CARLOS, DUQUE, VEGA, NICOLÁS, QUIJADA y FRAY
MARTIN

- VEGA ¡Dios santo! (Aterrado.)
NICOLÁS ¡Virgen sagrada! (Idem.)
D. CARL. Quiero rezar... ¡Maldición!
(Al tiempo de moverse le llama la atención la gente que se supone al pié del muro, y exclama con amargura.)
¡Allí están, allí! clavada
la fulgurante mirada
en esta triste mansión.
Si pudiera el alma mía
llevar á la tumba fría
vuestro suplicio fatal...
¡con qué placer se hundiría
en el lecho sepulcral!
(Puesto de rodillas en el reclinatorio.)
¡Señor, á tus plantas llega
este barro carcomido
y polvo que se disgrega
con el último latido

de su vida torpe y ciega!
¡Y entre rudas convulsiones
busca el alma sin descanso,
al quebrantar sus prisiones,
aquel Dios sublime y manso
que perdonó á sus sayones!
¡Y al rendir la carga impura
de su frágil vestidura,
busca con creciente pena
aquella mirada llena
de compasión y dulzura!

(Pausa momentánea.—Suena el preludeo de un laud.)

¡Un laud!... ¡Memoria impía;
tortura del corazón!

¿Quién turba así mi agonía?

¡Don Beltrán!...

DUQUE

D. CARL.

¡Virgen María!

DUQUE

¡Don Beltrán... y su perdón!

D. CARL.

¡Perdón... perdón!... ¡Ay de mí!

Los brazos... alzadme... así...

(Borja y el Prior le sostienen y le ayudan á andar.)

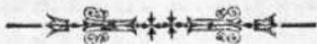
¡Quiero por última vez
postrar mi régia altivez
ante esas víctimas... sí!

(Se aproxima á la ventana.)

¡Orgullosa Emperador
y señor de las Castillas,
sarcástico resplandor
de la pompa y del honor,
dobla, dobla las rodillas!
Montaña de vanidad
en la soberbia mundana;
átomo en la eternidad;
aire, sombra, liviandad,
miseria, flaqueza humana!
Al compás de ese laud
implora con fé contrita
al Dios de la excelsitud
que ejerza en tí la virtud
de su piedad infinita!

(Pausa conveniente. Borja y el Prior lo levantan trabajosamente, llevándolo suspendido hasta el sillón, donde cae muerto al terminar la quintilla.)

¡Sombra... espanto... confusión...
la muerte, la muerte airada
en su fúnebre crespón!
¡Dios mío!... ¡Virgen sagrada!...
¡Misericordia!... ¡Perdón!



EL ANILLO DE HIERRO

DRAMA LÍRICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO

Música del Maestro D. Miguel Marqués

La acción de la fábula se supone en las costas de Noruega, á fines del siglo XVIII

PERSONAJES

ACTORES

<i>Margarita</i> , hija del Conde William Berfort.....	D. ^a Dolores Franco de Salas.
<i>Ledia</i> , aya de Margarita.....	Concepción Baeza.
<i>Rodolfo</i> , pescador.....	D. Rosendo Dalmau.
<i>El Ermitaño Ramón</i>	Enrique Ferrer
<i>El Conde William Belfort</i>	Daniel Banquels
<i>Rutilio Gualter</i> , barón de San Marcial.....	José Sala Julien
<i>Tiburón</i> , compañero de Rodolfo	Miguel Tormo
<i>Un notario</i>	N. N.
<i>Servidumbre del castillo de William Belfort, pescadores y gente de la aldea</i>	

Esta obra se representó por primera vez el 7 de Noviembre de 1878, en Madrid, en el Teatro de Jovellanos.

El Anillo de Hierro

ACTO PRIMERO

Una aldea en las costas de Noruega.—A la derecha del espectador horizonte de mar y los límites de la playa en el espacio próximo á los bastidores; á la izquierda rompientes de rocas; al fondo, primer término, sobre una costa elevada, y con una de sus fachadas frontera al mar, un hermoso castillo del Renacimiento, almenado, pero sin fosos ni defensas militares, con puerta de frente y camino en declive que baja hasta la escena; en segundo término la iglesia de la aldea y algunas casas de modestísima apariencia que ocupan todo el fondo izquierdo, donde también puede figurarse alguna vejección lejana.—Al levantarse el telón aparece junto á la playa un grupo compacto de hombres, mujeres y niños de la aldea, mirando al mar y esperando con ansia la llegada de los pescadores.

ESCENA PRIMERA

PESCADORES y GENTE DE LA ALDEA

Coro de pescadores en lontananza :

Tranquilo está el cielo,
serena la mar,
y rotos los brazos
de tanto remar.

Salid, salid,
volad, volad,
que henchidas de pesca
las redes están.

Coro en la escena :

El cielo tranquilo,
serena la mar,

y henchidas de pesca
las redes están.

Venid, venid,
bogad, bogad,
y brille el tesoro
de la inmensidad.

(Saltan los pescadores en tierra.)

Coro general :

¡Hurra! ¡hurra! boguemos, boguemos,
la plácida costa nos brinda su amor,
y al sonoro compás de los remos
entonen los labios plegarias á Dios.

Dios clemente, Dios bendito,
tu poder es infinito,
tú nos colmas de alegría
con el pan de cada día.

Gloria al Señor,
gloria al Eterno,
¡Gloria, gloria á Dios!

Venid, venid,
volad, volad,
que ya está en las playas
el fruto del mar.

Con vivos acentos
y puro fervor
entonen los labios
plegarias á Dios.
Venid á la costa
que os brinda solaz,
y salte en las playas
el fruto del mar.

Venid, venid,
bogad, bogad,
que ya está en las playas
el fruto del mar.

Tranquilo está el cielo,
serena la mar,
y rotos los brazos
de tanto remar.

Venid, venid,
mirad, mirad,
el rico tesoro
que el golfo nos da.

Henchidas de pesca
las redes están,
bendito mil veces
el pródigo mar.
Clemente sus dones
nos brinda el Señor,
bendita por siempre
la gracia de Dios.

(Comienzan á distribuir el pescado de á bordo entre la gente de la aldea. Gran animación, pero sin alboroto ni exageraciones. Durante este juego escénico bajan del castillo Margarita y Ledia, llegando silenciosas hasta el primer término izquierdo.)

ESCENA II

MARGARITA y LEDIA

(HABLADO)

- MARG. Acerquémonos; ya saltan
los pescadores en tierra.
- LEDIA Pero, señora, por todos
los ángeles... por aquellas
once mil... por los tres clavos...
- MARG. ¡Calla! (A Ledia, con enojo.)
LEDIA Por Santa Prudencia...
por San Teodorico el Godo...
por San...
- MARG. Que me aturdes, Ledia.
LEDIA ¡Por el San Juan *Ante portam
latinam!* que es á mi cuenta
el Santo más portugués
que santificó la Iglesia.
Ved, reparad, discurrid...
MARG. ¡Vanamente te molestas!

ESCENA III

LEDIA y TIBURÓN

TIBURÓN Si por cada mentira (Tarareando.)
que me regalas
te arrancasen un pelo,
serías calva.

LEDIA ¡Eh! Buen mozo... (Al pasar Tiburón.)
TIBURÓN ¡Quién va allá!

(Parándose con sorpresa cómica.)

¡Hola! ¿Sois vos?

(Reconociendo á Ledia y tomando cierto aire jovial.)

LEDIA ¡Ten la lengua! (Con rapidez.)
Oye, Tiburón.

TIBURÓN Escucho:

(Aseguran que esta vieja
tiene muy buenos doblones;
apechuguemos con ella.)

LEDIA ¿Dónde está Rodolfo?

TIBURÓN Allá

sobre la mar turbulenta,
sobre las hinchadas ondas,
como dicen los poetas.

LEDIA ¿Quieres responder?

TIBURÓN Primero

es necesario que sepas
la historia de un desdichado,
por si te hace alguna mella...

LEDIA ¿La tuya?

TIBURÓN Precisamente.

LEDIA Y á mí, ¿qué me importa?

TIBURÓN Ledia,

¿no conoces que te estoy
queriendo... á la marinera?

LEDIA Déjate de bromas.

TIBURÓN ¿Bromas?

LEDIA ¡Qué pesadez!

TIBURÓN Oye, prenda.

(Con solemnidad cómica.)

Nací en Cádiz, una noche
entre parda y entre negra;
hijo de padres honrados...
pero... sin una peseta.
No fué preciso llevarme

por la mañana á la iglesia,
pues sin salir de mi casa...
me bautizó una gotera.
Fuí creciendo y fuí creciendo
con una vida resuelta,
y esto lo digo, porque
cuando yo pedía teta,
á falta de mi mamá,
pues la pobre estaba seca,
me colocaba mi padre
el pulgar de la derecha
entre mis labios, diciendo:
«Aprieta, Perico, aprieta...»

LEDIA

Un día se descuidó
y me le comi la yema.
Pero, Tiburón del diablo,
¿quieres callar?

TIBURÓN

Ten paciencia,
que aunque no muy divertida,
es una historia muy cierta.
Desde mis primeros años
aborrecí las escuelas,
y entré á remar en un bote
á las quince primaveras.
A los diez y ocho, en la playa
me llamaban el *Gatera*,
á los veinte, *Poco Miedo*,
y á los veintiuno, *Tremendas*.
A los veintidos y pico
armé una marimorena
con un matón de Chiclaná...
y le rompí la cabeza.

LEDIA

TIBURÓN

Escapé de la justicia,
que tiene bromas muy serias...
me acogió el patrón de un barco
y me trajo á la Noruega.
¡Qué tormento, qué castigo!
Conque... finalmente, prenda:
cuento treinta y dos abriles,
tengo regular presencia,
de un *volapié* mato un buey
y de un trancazo á cualquiera,
y nuestro amigo Rodolfo,
que tiene lanchas soberbias,
me ha prometido que el día

que me case, la más nueva
será para mí... ¿estás tú?
con que dí: ¿qué hacemos, Ledia?

(Con intención burlesca.)

LEDIA (Este se ha sorbido el seso.
¡Diantre! ¿Si hablará de veras?)..

TIBURÓN ¿Qué hacemos? (Con insistencia.)

LEDIA ¡Chit, mi señora!

(Indicándole al fondo.)

TIBURÓN A propósito, para ella.

(Saca una carta y se la entrega á Ledia.)

LEDIA ¿De Rodolfo?

TIBURÓN ¿Pues de quién?

LEDIA ¡Se habrá visto mayor flema!

Déjame sola.

TIBURÓN ¿Y qué hacemos?

(Con mayor insistencia.)

LEDIA Anda pronto... lo que quieras.

TIBURÓN (Como negocio... tal cual.

¡Pero, señor, si es tan vieja!) (Váse por la derecha.)

ESCENA IV

LEDIA y MARGARITA, que viene por la izquierda

MARG. ¡Oh! ¿Qué te ha dicho? (Con ansiedad.)

LEDIA Una carta. (Entregándosela.)

MARG. ¿Una carta? ¿Qué funesta
desventura me predice
en sus rigores mi estrella?

LEDIA Volvámonos al castillo,
(Con miedo, mirando al fondo.)
no haga Luzbel...

MARG. ¡Oh, me tiemblan
la mano y el corazón!

LEDIA ¡Y á mí de terror las piernas!

(Margarita desdobra la carta y la lee con creciente ansiedad y paulatina entonación; Ledia, durante la lectura permanece indiferente, yendo á sentarse después sobre una de las rocas de la izquierda, en cuyo punto se queda profundamente dormida.)

MARG. «Margarita idolatrada: (Leyendo.)

Un poderoso deber
y una obligación sagrada

me condenan á no ver
el fuego de tu mirada.

El ermitaño Ramón,
que entre las peñas habita,
á solas en su mansión,
para una revelación
mi presencia solicita.

Dice que el asunto es grave
y que me importa el asunto,
pues, ¡por causa que Dios sabe,
tiene en su mano la llave
del secreto de un difunto!

¡Cuando en mi triste orfandad, (Transición.)
llena de fieros enojos
y de negra soledad,
vuelvo los dolientes ojos
á otro tiempo y á otra edad,

Me parece que el vacío
que se agita en torno mío
se ilumina de repente,
por un sol resplandeciente
de pompa y de poderío!

¡Creo también vislumbrar,
como una antorcha á lo lejos,
una mujer singular,
con esos dulces reflejos
que presta la luna al mar!

Y más cerca, y á mi lado,
un caballero bretón
con cien timbres laureado,
y luego... ¡luego un malvado
que me arranca el corazón!

Si es vanidad pasajera
que engendra la pena mía,
si visión tan hechicera
no es más que sueño y quimera
de mi ardiente fantasía,

Corro en alas de mi afán
hacia ese islote desierto,
donde llamándome están
la esperanza con su imán
¡y quizá el alma del muerto!

Perdóname, Margarita,
si á través del ancho golfo
mi ambición me precipita

contra esa peña en que habita
la suerte de tu—Rodolfo.»

(Queda un momento pensativa: Ledia se sienta sobre la roca
y se duerme.)

(CANTADO)

MARG.

Pasión del alma mía,
expléndida pasión,
que llenas de alegría
mi pobre corazón;
no turbes de mi anhelo
la dicha sin igual,
ni empañes de mi cielo
el límpido cristal.

—
¿Tú me aseguras

(Al corazón, como preguntando.)

placeres mil?

¿Y tú me auguras

suerte feliz?

Responde...

¡Sí!

—
Es la flor de los amores
el encanto de la vida,
y no hay alma endurecida
á su mágico poder;
en sus tintas y colores
la embriaguez su cuerpo toma,
y en la esencia de su aroma
su delirio nuestro ser.

Amor mío,
dulce amor,
en tí cifro
mi ambición:
ven, Rodolfo,
ven, por Dios,
no desdeñes
mi pasión.

—
Es la ausencia de un momento
¡oh, Rodolfo idolatrado!
un suplicio envenenado

por un loco frenesí;
no desoigas el acento
y la voz de mi ternura,
¡no me niegues la ventura
que me puso el cielo en tí!

Amor mío,
dulce amor,
en tí cifro
mi ambición:
ven, Rodolfo,
ven, por Dios,
no desdeñes
mi pasión.

ESCENA V

DICHAS, WILLIAM y luego RUTILIO

Margarita queda como sumida en amorosas reflexiones. Ledia permanece durmiendo. Willam entra por el fondo izquierda y al ver á Margarita se para de improviso. Margarita fija de nuevo su mirada en la carta, leyendo el primer renglón y besándola luego, completamente distraída y sin echar de ver á William; éste avanza rápidamente, deseoso de arrebatara la carta de manos de Margarita; ésta no le da tiempo, arrugándola entre la mano, y la arroja disimuladamente por la espalda. Ledia despierta, y al ver á William se levanta sobresaltada. Durante este juego escénico se oye la voz de Rutilio, fuera y al fondo izquierda, llamando á William con precipitación y vehemencia. William, al oír la voz, manifiesta disgusto y sobresalto. Todo esto muy rápido.

(HABLADO)

RUTILIO ¡William!... ¡Belfort!... (Llamando fuera.)

MARG. (Confundida.) ¡Oh, Dios mío!

WILL. (¡Maldita casualidad!) (Como contrariado.)

¡Dame ese papel! (Con rapidez á Margarita.)

MARG. (Desconcertada.) ¡Ah!

WILL. ¡Presto:

no me desesperes más! (Con energía y decisión.)

(Entra Rutilio precipitadamente por el foro izquierda; William, al ver á Rutilio, disimula su ansiedad y desiste de su empeño por tomar la carta.)

RUTILIO ¡Gracias á todos los duendes
que te encuentro!.. Perdonad,

(A Margarita, reparando en ella.)

bella y gentil Margarita,
visita tan singular.

WILL. (Disimulemos.)

- MARG. (¡Dios justo,
estalló la tempestad!)
- WILL. (¿Qué pasa?) (A Rutilio.)
RUTILIO (Pues mucho y malo.) (A William.)
LEDIA (¡Santo Cristo de la paz, (Persignándose.)
un cirio de media libra
si escapo sin azotar!)
- WILL. (Luego hablaremos, espera.) (A Rutilio.)
RUTILIO (¿En dónde?) (A William.)
WILL. (¡Aqui!) (A Rutilio.)
RUTILIO (Bien está.) (A William.)
WILL. ¡Loados sean los cielos, (Alto.)
Rutilio, que así nos dan
nueva ocasión de servirte
en aquesta soledad!
Esta visita nos honra,
y como siempre, será
por todos correspondida
con agrado; ¿no es verdad? (A Margarita.)
¡Verdad! (Maquinalmente)
RUTILIO ¡Cómo! ¿También vos?... (Con ironía.)
WILL. ¿Qué cosa más natural?
¿No es mi hija? Pues entonces,
à nadie debe extrañar
que tenga mis propios gustos.
LEDIA (Al revés y acertarás.)
RUTILIO ¡Tal merced, y honor tan grande,
colman de felicidad!... (Con el mismo tono irónico.)
WILL. Te dejo un momento à solas; (A Rutilio.)
necesito acompañar
à Margarita: hasta luego.
(Toma el brazo de Margarita, y ambos, seguidos de Ledia,
suben al castillo.)
RUTILIO ¡Señora! (Inclinándose al pasar y saludando à Margarita.)
WILL. (¿Qué pasará?) (Al salir de la escena.)

ESCENA VI

RUTILIO, siguiendo con la mirada à MARGARITA

¿Con que tu pecho de roca
y tu corazón glacial
se han rendido à los embates
de un amor tosco y vulgar?
¿Con que un pobre marinero,

lleno de rusticidad,
puede vencer ¡vive Cristo!
al Barón de San Marcial?
¡Oh, Margarita, despacio,
muy despacio... pues quizá
el tálamo con que sueñas
se convierta en funeral! (Transición.)
Parece ¡voto al infierno!
que me arrastra sin cesar,
entre sus férreos brazos,
una maldición tenaz.
Soy rico, soy poderoso,
logro cuanto quiero y más.
¡Los prohombres de Noruega
envidian mi calidad;
las más ilustres mujeres,
todo lo más principal
de la corte, se honraría
con mi alianza... y pensar
que un mísero pescador,
que un oscuro menestral,
me arrebatara ese tesoro
de juventud y beldad...
es cosa que nunca pude
ni prever, ni imaginar!
Mas, ¿qué temo? ¿No está el Conde
preso en mis manos? ¡Lo está!
¿No milita de mi parte
la influencia paternal?
¡Ah, Margarita, veremos,
veremos quién puede más!
(Baja William del castillo.)
¡Aquí está William! Oigamos
la respuesta que nos da. (Pausa breve.)

ESCENA VII

WILLIAM y RUTILIO

WILL. Habla, Rutilio. (Con aire sombrío.)
RUTILIO Hablaré.

Mas antes de comenzar,
te suplico que me escuches
con paciencia.

WILL. (¿Qué será?) (Con extrañeza.)

- RUTILIO Se trata de Margarita.
WILL. ¿De Margarita?...
- RUTILIO Sí tal.
WILL. ¡No te comprendo, Rutilio!
RUTILIO Pues oye, y comprenderás.
Hará como cuatro meses
que estando en la capital,
me prometiste la mano
de Margarita...
- WILL. Es verdad.
RUTILIO Fijado sin discusión
el pacto matrimonial,
convinimos en la boda,
día menos, día más,
para mediados de Octubre.
¿No es esto cierto?...
- WILL. ¡Caball!
RUTILIO Pues bien: ¡vengo á que me cumplas
tu palabra!
- WILL. ¿Tanto afán
tienes por casarte?
- RUTILIO ¡Tanto,
que espero de tu amistad
que no retardes, si estimas
mi bienandanza y tu paz,
ni un solo punto mi enlace.
- WILL. ¿Por qué razón cercenar
el plazo que convinimos?
Rutilio, ¿temes quizás
que se quiebre mi palabra
como se quiebra el cristal?
- RUTILIO Eso nunca.
WILL. Pues entonces,
¿de qué nace tu ansiedad?
¡Yo te ofrecí á Margarita,
y yo no me vuelvo atrás!
- RUTILIO Lo sé; pero no se trata
de tí, sino de ella.
- WILL. ¡Bah!
por ese lado tampoco
tendremos dificultad;
es dócil como la cera
y cándida por demás.
- RUTILIO ¡No tanto como imaginas! (Con intención.)
WILL. ¡Rutilio! (Con tono de reconvención.)

- RUTILIO Déjame hablar:
¡Tú, como padre, eres ciego!
- WILL. ¡Y tú, amante, mucho más!
- RUTILIO Vamos á cuentas: ¿qué asombro,
pobre William, no será
el tuyo cuando te diga
que el Barón de San Marcial,
este sublime dechado
de pompa y de vanidad,
tiene, sin andar muy lejos,
un poderoso rival?
- WILL. Pues me asombraré, Rutilio,
de tanta credulidad.
- RUTILIO ¿Y si te digo también
que ese incógnito galán,
que consigue, por lo visto,
la fortuna de agradar
á la bella Margarita...
- WILL. ¡Loco rematado estás!
- (Interrumpiendo con sonrisa burlona.)
- RUTILIO Es un pobre pescador
de esta playa y de este mar?
- WILL. ¿Un pescador? ¡Buenas tardes!
- (En actitud de retirarse de escena.)
- RUTILIO ¿Lo tomas á broma?
- WILL. ¡Quiá! (Con burla.)
Hasta mañana, Rutilio;
te conviene descansar.
- (Da algunos pasos hacia el foro.)
- RUTILIO Hombre, ¡por todos los santos,
que hablo con formalidad!
- (William, al andar, se fija maquinalmente en la carta que en la escena IV arroja Margarita: la toma del suelo, la desdobra y la lee: á las primeras palabras se pára lleno de asombro; Rutilio se pasea azoradamente de izquierda á derecha y de derecha á izquierda, sin parar mientes en la situación de William.)
- WILL. «¡Margarita idolatrada!» (Leyendo.)
¿Qué papel es este? ¡Ah! (Como petrificado.)
¡Rutilio! (Bajando hacia él precipitadamente.)
- RUTILIO ¡Anda con Dios!
- (Sin hacerle caso y sin dejar de pasear.)
- WILL. ¡Rutilio! (Con creciente ansiedad.)
- RUTILIO ¡Déjame en paz! (Prosigue sin hacerle caso.)
- WILL. ¡Escucha! ¿Cómo se llama

ese maldito rival?

(Poniéndose delante de Rutilio con la carta en la mano.)

RUTILIO ¡Rodolfo!

WILL.

¿Con que era cierto?

(Leyendo y comprobándolo en el papel.)

RUTILIO

Si es una broma...

WILL.

¿Qué más,

qué más prueba necesito? (Furioso.)

¡Basta: la voy á matar!

(Intenta subir al castillo, pero Rutilio le detiene por un brazo.)

RUTILIO

¡Chit! ¡Despacio y mucho tiento!

La noche y la soledad

son dos buenas consejeras:

¡paciencia y reflexionar!

(Suenan golpes de remo hacia la playa.)

Gente se acerca á la playa,

¡vamos á urdir nuestro plan!

(Toma del brazo á William y se lo lleva por el fondo izquierda.)

WILL.

¿Para qué? ¡si lo mejor

es un castigo ejemplar! (Al tiempo de partir.)

(Pausa breve: entran por la derecha, primero Rodolfo, luego el Ermitaño y después Tiburón.)

ESCENA VIII

RODOLFO, ERMITAÑO y TIBURÓN

RODOLFO No desatraques, y espera (A Tiburón.)
vigilando en el lanchón.

(¿Y la carta, Tiburón?)

TIBURÓN (Haciendo ya su carrera.)

(Tiburón desaparece en la playa.)

RODOLFO A vos os toca mandar, (Al Ermitaño.)

y alma y corazón os fio:

¡dispuesto estoy, padre mío,

á obedecer y á callar!

ERMIT.

¡Rodolfo, no desesperes

de Dios ni un solo momento!

Un vivo presentimiento

(Con entusiasmo creciente, avanzando hasta la mitad del proscenio.)

me está diciendo... ¡quién eres!

¡Cuanto más y más te miro,

más se aferra mi esperanza!
¡Hay en tí tal semejanza,
tal copia de Don Ramiro,
que á falta de otra señal,
fuera para mí bastante
el sello que en tu semblante
imprimió el original!

RODOLFO ¡Que Dios os pague en su gloria
tan cristiano proceder!

Mas ¡oh! yo quiero leer
la página de esa historia,
que encierra en su abismo fiero
el origen de mi cuna!...

ERMIT. No es ocasión oportuna.
Espera, Rodolfo.

RODOLFO Espero (Resignándose.)

¡Tiende tus alas, amor; (Con entusiasmo amoroso.)
corre, ambición poderosa;
ella es rica, noble, hermosa,
y tú un pobre pescador!...
¡Por ella, solo por ella
se desborda el alma mía!

¡Oh! ¡Qué bien, qué bien hacia
en confiar en mi estrella!

ERMIT. Un crimen se consumó

(Asiendo de la mano á Rodolfo y con gran entonación y lúgubre misterio.)

una noche en alta mar;
nadie lo supo explicar
y en el misterio quedó.
¡Mas el hado riguroso
todo lo vence!... y ¡quién sabe
si alguno tiene la llave
de crimen tan espantoso!

RODOLFO ¿De noche y á bordo?... (Como recordando.)

ERMIT. ¡Sí!

RODOLFO ¿Un camarote pequeño?...

ERMIT. ¡Cabal!

(Con ansiedad, alentando á Rodolfo.)

RODOLFO ¡Me parece un sueño;
pero algo, algo hay aquí!

(Llevándose la mano á la frente.)

ERMIT. Adelante ¡por la cruz!

prosigue... (Con vivísimo deseo.)

RODOLFO ¡Vana esperanza! (Como desmayando.)

ERMIT. y al punto le vengaré!
¡Espera, Rodolfo, espera, (Aplacando su ira.)
que no tardará en brillar
de una manera ejemplar
de Dios la venganza fiera!
Mas ya declina la tarde (Señalando al horizonte.)
y el sol toca á su poniente:
sé reservado y prudente,
y hasta luego! (Váse por el fondo izquierda.)
RODOLFO ¡Dios os guarde!
(Inclinándose con respeto.)

ESCENA IX

RODOLFO, y luego MARGARITA

RODOLFO ¡Por tí, consuelo profundo
(Dirigiendo una mirada al castillo)
de mi pobre corazón;
por tí la noble ambición
de ser algo en este mundo!

(CANTADO)

¡Negra noche es mi pasado,
mi destino la orfandad,
y mi vida y mi cuidado
la gigante inmensidad!

¡Rompe misterio impio,
tu fiera lobreguez,
y dile al pecho mío,
dile, por Dios, quién es!

(Baja Margarita del castillo y se queda al fondo para oír á Rodolfo.)

(Duo)

MARG. ¿Rodolfo? (Entrando.)
RODOLFO ¿Margarita?
(Con sorpresa placentera y saliendo á su encuentro.)
MARG. ¿Qué sueña tu ambición?
(Con amarga reconvención.)
¿Qué premio necesita

tu ingrato corazón?
RODOLFO ¡Ingrato, qué motivo!
MARG. ¡Que no piensas en mí!
RODOLFO ¿Qué dices?... ¡Cuando vivo
de amor loco por tí!

MARG. ¡Amor profundo,
si no es traidor,
ve que su mundo
todo es amor;
y en él no cabe
más ambición,
que ser la llave
del corazón!

RODOLFO ¡Margarita, vida mía,
no me mates, por piedad!
MARG. ¡Yo, que amada me creía!
¡Oh, qué torpe ceguedad!

RODOLFO ¡Arden los celos
dentro de tí
porque en los cielos,
con frenesí,
busqué de un padre
el resplandor
ó de una madre
el santo amor?...

MARG. ¡Enferma tengo el alma (Confusa y doliente.)
de tanto padecer!

RODOLFO Escucha en dulce calma
(Rodolfo con gran solemnidad.)
la historia de mi sér.

En la vida,
noche extraña
me acompaña
sin cesar,
y en el fondo

de un nublado
mi pasado
envuelto va.

Todo es misterio, todo es enigma,
rudo tormento del frenesi;
mas ¡Tú eres hijo de noble stirpe!
grita la sangre dentro de mí!

Y á su grito
generoso,
misterioso
el corazón,
dá consuelo
dulce y puro
á este oscuro
pescador.

¡Ayes de muerte, montes de espuma,
rugientes olas del fiero mar,
luego una playa de la Noruega,
y un risco luego para llorar!

¡Esta es mi vida,
esta es la suerte del pescador,
dime si temes, prenda querida,
que tu Rodolfo sea traidor!

El misterio
más profundo
en el mundo
me lanzó,
y se agita
en torno mío
el vacío
aterrador.

MARG .

¡Rodolfo mío, (Con entusiasmo amoroso)
ven á mis brazos,
ven y perdona
tanta pasión!

RODOLFO

¡Oh, Margarita,
luz de mis ojos,
bálsamo dulce
de mi dolor!

(A duo)

En la senda
de la vida
no hay más bello
resplandor
que los rayos
fulgurantes
de la estrella
del amor.

(HABLADO)

RODOLFO

¡Oh, mi gentil Margarita!
¿Cómo pudiste soñar
que una esperanza bendita
llegase un punto á mermar
el fuego que en mí palpita?
¡Antes faltará en el mundo
el astro germinador;
antes el seno fecundo
de ese mar ancho y profundo,
que yo faltar á mi amor!

MARG.

Te creo, Rodolfo mío.
¡Soy tan feliz, tan dichosa,
que alma y corazón te fío!
Perdóname si angustiada
pude soñar un desvío.

RODOLFO

¡Oh, Margarita! (Acariciando su mano.)

MARG.

Dejemos (Transición.)
los arrebatos, y hablemos
en santa calma los dos.

RODOLFO

¿Hay novedad?... (Alarmado)

MARG.

Sí.

RODOLFO

¡Gran Dios! (Con dolor.)

MARG.

¿Qué importa? La venceremos. (Con resolución.)
¡El Barón de San Marcial
ha venido!

RODOLFO

¡Pues te juro (En son de amenaza.)

- MARG. que si empieza, acaba mal!
¡Hay un medio más seguro
y de más alcance!
- RODOLFO ¿Cuál?
- MARG. ¡Mi constante negativa,
mi decisión!
- RODOLFO ¡Buen remedio!...
¿Y qué es la fiereza esquiva
de la mujer más altiva
cuando hay un padre por medio?
- MARG. ¡Mi padre me romperá,
(Con resolución y tono vigoroso.)
pero no me doblará!
- RODOLFO ¡Quiéralo Dios! (Con duda.)
- MARG. ¡Soy constante! (Con altivez.)
- RODOLFO ¡No lo dudo ni un instante,
pero el tiempo lo dirá! (Con nueva duda.)
- MARG. ¡Rodolfo! (Con sequedad y reconvención. Pausa breve.)
- RODOLFO ¡Maldita estrella, (Con desesperación.)
que así tuerce mi camino
y así mi vida atropella!
- MARG. ¿Y qué hacer?... Nuestro destino
(Con tono de resignación.)
viene trazado por ella.
Mas la firme voluntad (Con entusiasmo y confianza.)
todo lo vence en el mundo:
yo te amo con lealtad,
tú con cariño profundo;
nadas temas en verdad!
¡Pues antes que un casamiento
que no sea por amor,
sierva de mi juramento,
en la celda de un convento
sepultaré mi dolor! (Pausa breve.)
- RODOLFO Si por caprichoso azar
(Con dolor y vehemencia crecientes.)
de la mudable fortuna,
se llegase á disipar
esa nube singular
en que va envuelta mi cuna;
si este pescador villano
fuese un día caballero,
¡con qué aliento sobrehumano
no disputára tu mano,
Margarita, al mundo entero!

Mas si torba y despiadada
me dice la suerte esquivada:
«¡No esperes, no esperes nada!»
y tú, triste y desolada,
dejas que te encierren viva;
Rodolfo, en cambio, te jura,
por lo mucho que te amó,
morir en la linfa pura
de ese ancho mar, ¡sepultura

(Señalando á la playa.)

del padre que me engendró!

MARG.

¡Oh, tu razón desvaria! (Acariciándole con ternura.)

¡Calma, mi Rodolfo, calma!

¿Qué importa tu villanía?

¡La verdadera hidalguía (En un arrebato heroico.)
la escribe Dios en el alma!

Y esa ejecutoria va
donde la virtud está;

no hay ley que otorgarla pueda;

ni se compra ni se hereda, (Rápido.)

ni se quita ni se da!

RODOLFO

¡Hermosa doctrina!

MARG.

¡Oh, sí!

¡Mitiga tu pecho triste,

pon tu confianza en mí!

RODOLFO

¿Por qué tan alta naciste?... (Desesperado.)

¿Por qué tan bajo nací?...

MARG.

¡Cuanto más alta, mayor

la gloria del vencedor!

RODOLFO

¡Pero es tan gigante el vuelo!... (Desmayando.)

MARG.

¡Pues alas tiene el amor (Con entusiasmo.)

para encumbrarse hasta el cielo!

RODOLFO

¡Margarita! (Confuso.)

MARG.

Desistir

equivale á no luchar.

¡Arriba sin desmayar! (Dándole aliento y confianza.)

RODOLFO

¿Y si no puedo subir?... (Dudando.)

MARG.

¡Yo en cambio puedo bajar! (Sonriendo con amor.)

RODOLFO

¡Alma de mi alma querida! (Besándole una mano.)

Suena á lo lejos el toque de la oración.)

MARG.

¡El toque de la oración!

RODOLFO

¿Y mañana?

MARG.

En la Florida.

(Separándose de Rodolfo y en actitud de subir al castillo.)

¡Adiós!

- RODOLFO ¿Sin más despedida? (Abriendo los brazos.)
MARG. ¡Con todo mi corazón!
(Precipitándose en los brazos de Rodolfo.)
(William y Rutilio aparecen al fondo izquierda sorprendien-
do á los amantes.)
- RUTILIO ¡Mira!...
(A William, y señalando á los amantes que permanecen
abrazados)
- WILL. ¿Qué veo?...
(Queriendo precipitarse sobre los amantes.)
- RUTILIO ¡Detente!
(Tratando de impedir su entrada.)
- WILL. ¡Oh, déjame, vive Dios!
(Desasiéndose de Rutilio y entrando furioso.)
- MARG. ¡Mi padre! (Sorprendida y espantada.)
RODOLFO (¡Cielo clemente!) (Como aterrado.)
- WILL. ¡Venganza, venganza ardiente
con la sangre de los dos!
(En el colmo de la ira, y en ademán de sacar la espada.)
(Rodolfo queda á la derecha del escenario.—Rutilio á la iz-
quierda.—Margarita se arroja á los piés de William.)

ESCENA X

DICHOS, WILLIAM y RUTILIO

(CANTADO)

- WILL. ¿Tal infamia, tal deshonra
y traición tan criminal?...
(A Margarita con acento duro.)
- MARG. ¡Padre mío! (Suplicante.)
- WILL. ¿Yo tu padre?
Imposible; no, jamás! (Con dureza.)
- MARG. Aquí tienes franco un pecho
y aquí un pobre corazón;
¡vengarás un ciego impulso, (Con altivez.)
pero nunca un deshonor!
- RUTILIO (Da treguas á tu furia) (A William.)
- WILL. ¡Aparta! (A Rutilio, sin oírle y ciego de furor.)
- RUTILIO (No; ¡pardiez! (Insistiendo, á William.)
¿Olvidas el proyecto
que há poco te conté?)
- RODOLFO ¡Señor Conde!...
(A William con humildad y tono suplicante.)
- WILL. (Con desprecio.) ¿Quién me nombra?

- RODOLFO ¡Por el cielo! (Suplicando con angustia.)
WILL. ¡Basta ya!
(Con desdén, interrumpiéndole.)
RODOLFO ¡Perdonad á Margarita
y mi sangre derramad!
MARG. ¡Oh, Rodolfo idolatrado,
huye, sálvate, por Dios!
(Con ansiedad y rapidez á Rodolfo.)
RODOLFO ¡Una espada... aquí... la vuestra!)
(A William, señalando al corazón.)
¡Mas la de ese infame, no!
(Por Rutilio, con furor y enojo.)
RUTILIO ¿Insulto semejante?... (Asombrado.)
¿audacia sin igual?...
¡Villano! (Yéndose hacia Rodolfo con la espada desnuda.)
RODOLFO ¡Con las uñas (Esperándole con bravura.)
le voy á desgarrar!
(En el momento de reñir, entra precipitadamente por el fondo el Ermitaño y se interpone entre Rodolfo y Rutilio.)

ESCENA XI

DICHOS y el ERMITAÑO

- ERMIT. ¿A un hombre desarmado
quereis asesinar?...
(A Rutilio, que retrocede unos pasos.)
¡Dios justo!... ¡Dios potente!...
(Contemplando á Rutilio con asombro y como recordando
su fisonomía.)
¿Qué miro?... ¿Qué pensar?...
-
- RODOLFO Hay volcanes (Con exaltación y pena.)
y montañas
que se queman las entrañas
con un fuego abrasador.
¡Mas ninguno
tan ardiente,
tan horrible, tan rugiente
como el fuego de mi amor!
-
- MARG. ¡Virgen santa, (Al cielo con angustia.)
Madre pura

de esperanza y de ventura,
que contemplas mi dolor;
no me niegues,
milagrosa,
de tu mano generosa
la esperanza de mi amor!

WILL. ¡Negra suerte,
vil destino
que así enludas mi camino
con infamia y deshonor;
no me dejes
una vida
empañada y deslucida
por la mano del amor!

ERMIT. ¡Me parece,
(Aparte y contemplando á Rutilio.
si lo miro,
ver del pobre don Ramiro
al infame matador;
pues ni cabe,
ni se alcanza,
mas completa semejanza
con la faz de aquel traidor!

RUTILIO ¡Me parece, (Mirando de soslayo al Ermitaño.)
no me engaño,
conocer á este ermitaño,
que me mira con furor,
pues con sola
su presencia
se estremece mi conciencia
y me llena de terror!

ERMIT. Decidme, señor Conde, (A William.)
decid, por caridad,
¿qué ofensa en este sitio
se quiere castigar?...

WILL. ¡Pretendo dar la muerte (Lleno de rabia.)
sin tregua ni piedad,

- al vil que me deshonra,
cobarde y criminal! (Señalando á Rodolfo.)
- ERMIT. ¡Un crimen!... ¿Desde cuándo
(Como sorprendido y con desdén.)
es crimen... el amar? (Transición.)
(¿Sabéis lo que es un crimen,
(A William con acento terrible.)
y un crimen infernal?
¡Urdir un regicidio!...)
- WILL. ¡Por Dios, por Dios, callad!
(Retrocediendo espantado.)
- ERMIT. ¡O bien traidoramente,
bogando en alta mar,
(A Rutilio con intención y mucho brío.)
hacer que muera un niño
entre las ondas!...)
- RUTILIO (¡Ah!) (Como petrificado.)
-
- RODOLFO No es posible,
cielo santo,
que descargue
tu rigor
más tremenda
pesadumbre
en mi pobre
corazón.
-
- MARG. Condenada
para siempre
la ventura
de mi amor,
no prolongues (Al cielo.)
la existencia
de este pobre
corazón.
-
- WILL. (¡Un secreto
misterioso
de mi vida
sorprendió,
y mi pecho
se ha llenado

de espantosa
confusión!

RUTILIO

(Es el eco
de aquel crimen
que en las ondas
resbaló,
y el fatídico
presagio
de mi eterna
perdición.)

ERMIT.

(¡Soy el rayo
justiciero
de la cólera
de Dios,
y el escudo
milagroso
de un amante
corazón!)

(Rutilio queda á la izquierda como aterrado. Rodolfo huye por la derecha y en dirección á la playa. Margarita cae de rodillas á los piés de William. El Ermitaño sigue á Rodolfo.)

Cae el telón.

ACTO SEGUNDO

~~~~~

Salón del Renacimiento en el castillo de Belfort; mobiliario de época; mesa con recado de escribir; dos sillones á entrambos lados de la mesa; á la izquierda, primer término, puerta con un tapiz suspendido, que la cerrará cuando lo determine la fábula; otra mayor al fondo; á la derecha, segundo término, un ancho balcón con barandilla de piedra.—Suntuosidad, lujo y magnificencia.—Los criados y demás servidumbre del castillo, formando corro alrededor de TIBURÓN; éste con los brazos cruzados y en actitud imperturbable.

### ESCENA PRIMERA

TIBURÓN y CORO

(CANTADO)

CORO

Habla presto, nada temas,  
sueñe el eco de tu voz,  
y escuchemos y sepamos  
lo que pasa, Tiburón.  
Que hubo gresca y alboroto,  
y un encuentro original,  
y sorpresas y desmayos  
no se puede ni dudar.

¡Habla, pues!...

¡Habla, ya!...

Dinos tú...

la verdad.

TIBURÓN

¡La verdad es muy terrible!  
No sé cómo decir... (Aparentando confusión.)  
(¿Andaluz y á mí con estas?...  
Se van á divertir.)  
El sol se despedía  
muy rubio y muy cortés.  
tan guapo, y como siempre,



TIBURÓN

Gracias, amigos,  
por honra tal,  
y se agradece  
la voluntad.

(Tiburón acompaña al coro hasta la salida del fondo.)

## ESCENA II

TIBURÓN

(HABLADO)

¡Qué familia, qué montón  
de avispas desenfrenadas!  
¡Qué lenguas tan afiladas  
para la murmuración!  
¡Qué servidores, Dios justo!  
¡Me parecen sabandijas  
que brotan de las rendijas  
de este castillo vetusto!  
Si logran averiguar  
la verdad de lo ocurrido,  
estaba el Conde lucido...  
Gran señor... ¿se puede entrar?

LEDIA

(Por la izquierda, interrumpiendo á Tiburón y equivocándose -  
le al pronto con el Conde.)

## ESCENA III

TIBURÓN y LEDIA

TIBURÓN

(Mí futura.) Vuesarcé  
(Con cierto énfasis y ahuecando la voz.)  
entre y salga á su sabor.

LEDIA

¿Qué escucho?... ¿Tú aquí?...  
(Con júbilo y saliendo de su error.)

TIBURÓN

(¡Valor!)

LEDIA

¡Soberbio chasco llevé!

-(CANTADO)

TIBURÓN

¿Eres tú, Ledia mía? (Fingiendo ternura.)

LEDIA

La misma, Tiburón.

TIBURÓN

(¡Si no tiene dinero,  
me luzco como hay Dios!)

LEDIA (¡Si busca mi dinero,  
se luce como hay Dios!)  
TIBURÓN ¡Ledia, Ledia!  
LEDIA ¡Tiburón!  
TIBURÓN Cerca, cerca...  
(Abrazándola con placer exagerado y burlesco)  
LEDIA ¡Picarón!

(A duo)

Con dulces palabras,  
con mágica voz,  
unidos por siempre  
nos tenga el amor.

---

TIBURÓN Escucha, Ledia mía,  
cómo te quiero yo.

---

¿No ves, cuando amanece,  
los tiernos pajarillos  
batir sus limpias alas,  
trinár con sus piquillos,  
y luego remontarse  
buscando el nuevo sol?...

¡Ay, ay!

¡Qué gusto, qué primor!

¡Ay, ay!

Así te quiero yo.

¡Paloma!

¡Pichón!

LEDIA  
TIBURÓN (Si no tiene dinero (Aparte).  
le pego un coscorrón.)

---

LEDIA Pues á tu vez escucha  
cómo te quiero yo.

---

¿No ves la mariposa  
cómo revolotea  
buscando con las alas  
la luz que la recrea,  
y al fin halla su muerte  
donde su gusto halló?...

TIBURÓN            ¡Ay, ay!  
LEDIA                ¡Qué gusto, qué primor!  
                         ¡Ay, ay!  
                         Así te quiero yo.  
                         ¡Paloma!  
                         ¡Pichón!  
(Si busca mi dinero  
valiente desazón.)

(A duo)

(Esperemos, ya veremos,  
y sabremos ¡vive Dios!  
quién pelea, quién resiste  
y quién vence de los dos.  
Pues si juzgas, { pobrecita  
                         { pobrecito  
que me puedes atrapar,  
ó { me sueltas } los ochavos  
   { renuncias }  
ó { me vuelvo yo } á la mar.)  
   { te vuelves } )

(HABLADO)

TIBURÓN            ¡Oh, Ledia, bendito amor,  
                         que así tan fuerte nos liga!  
LEDIA                ¿Qué quieres que yo te diga,  
                         picarillo seductor? (Dándole una palmadita en la cara.)  
                         ¿Y el Conde? (Transición.)  
TIBURÓN            Partió ligero  
                         del castillo, y no sé más.  
                         «Aquí, dijo, esperarás;»  
                         y el otro dijo: «aquí espero.»  
LEDIA                ¿Y se amansa?  
TIBURÓN            Puede ser... (Dudando y con sorna.)  
LEDIA                ¿No tiene mejor cariz?  
TIBURÓN            ¡Pone la misma nariz  
                         y el mismo gesto de ayer!  
LEDIA                ¡Cáscaras!... (Asustada.)  
TIBURÓN            Sí, ¡voto á tal!  
                         Pero qué gesto, qué gesto,  
                         como quien dice: ¡Todo esto,  
                         todo esto, me huele mal!  
LEDIA                ¡Es duro!...

- TIBURÓN                                    ¡Como una roca! (Transición )  
Mas, dime, ¿cómo has logrado  
el hacer de mí un criado  
de esta casa?
- LEDIA                                    Punto en boca.  
¡Cuando el amor nos penetra  
(Con ternura y vehemencia.)  
el alma!...
- TIBURÓN                                    ¡Cielos divinos!  
LEDIA                                    ¡Hace milagros supinos!  
¿Entiendes?
- TIBURÓN                                    ¡Sí! (Ni una letra.)  
LEDIA                                    Antiayer se despidió  
el montero...
- TIBURÓN                                    Bien. (Con indiferencia )  
LEDIA                                    ¡Y como  
yo influyó en el mayordomo!  
¿Vas entendiendo?
- TIBURÓN                                    ¡Sí! (No.)  
LEDIA                                    El Conde pretende hallar  
un muchacho diligente,  
un buen montero.
- TIBURÓN                                    Corriente;  
pues que lo vaya á buscar.  
LEDIA                                    Pero hombre de Dios, ¿no ves  
que ese muchacho eres tú?
- TIBURÓN                                    ¿Yo?... ¡No enreda Belcebú  
más diabólico entremés!  
¿Tanto me quieres, paloma? (Con aparente ternura.)  
LEDIA                                    Tanto, que ya me figuro  
que puedes dar por seguro  
nuestro enlace.
- TIBURÓN                                    (¡Toma, toma!)  
(Sacudiéndose los dedos de la mano derecha )  
LEDIA                                    Sólo pende el matrimonio  
de la respuesta que dé  
mi buen padre.
- TIBURÓN                                    ¿Cómo... qué...  
tu padre?
- LEDIA                                    Justo.  
TIBURÓN                                    ¡Demonio!  
¡No haya miedo que me pierda  
por ninguna de tu raza!  
¡Este reloj, por la traza,  
tiene dos siglos de cuerda! (Queda pensativo.)



ESCENA V

TIBURÓN y RUTILIO

- RUTILIO ¿Y el Conde? (Entrando por el foro.)  
TIBURÓN No sé deciros.  
Há poco salió, y no ha vuelto.
- RUTILIO Esperaré.  
(Pausa breve. Rutilio queda profundamente abstraído.)
- TIBURÓN (Me revienta  
este fantasmón.)
- RUTILIO (¡No quiero  
(Revelando desasosiego y temor.)  
prolongar ni un solo día  
tan espantoso tormento!  
Hoy mismo se han de firmar  
los contratos... ¡Oh, sí!... ¡Luego,  
mucho mar y mucha tierra!...  
¡Londres, París... el infierno!)  
(Queda pensativo de nuevo.)
- TIBURÓN (¡Diantre, cómo gesticula, (Observándole.)  
qué modales, qué aspavientos!...  
¡Me parece que este bicho  
es ave de mal agüero!)
- RUTILIO (¡En cuanto al feroz enigma  
de ese ermitaño seberbio,  
no cabe más solución  
que la punta del acero!)  
(Mira fijamente á Tiburón, manifestando curiosidad.)
- TIBURÓN (¡Canastas, cómo me mira!)
- RUTILIO Oye: si mal no recuerdo,  
yo te he visto en otra parte...
- TIBURÓN Puede ser... (Vamos mintiendo.)  
Siuviéseis la bondad  
de nombraros... (Algún necio.)
- RUTILIO El Barón de San Marcial.
- TIBURÓN (¡Este es el pilló!... Me alegro.)  
Señor Barón, permitidme  
(Aparentando gran cortesía.)  
que con el mayor respeto  
bese humilde vuestras plantas...  
(Yendo á postrarse.)
- RUTILIO Déjate de cumplimientos  
(Rutilio le impide arrodilarse.)  
y responde á mis preguntas.

- TIBURÓN ¡Oh, preguntad!
- RUTILIO ¿Cuánto tiempo llevas aquí de criado?
- TIBURÓN Pues hace que estoy sirviendo al Conde William Belfort, unas seis horas... ¡lo menos!
- RUTILIO ¿Te burlas? (De mal talante.)
- TIBURÓN Digo verdad, y es fácil probar los hechos. Ayer era pescador de estas playas, y hoy montero del castillo.
- RUTILIO Dí, ¿conoces á un tal Rodolfo?
- TIBURÓN (Herido súbitamente por la idea de Rodolfo.)  
(¡Sondemos!)  
(Con mucha intención.)  
¿Quién no conoce en la costa  
(Con gran intención y disimulo.)  
á ese babiaca, á ese necio,  
que porque tiene seis lanchas  
no cabe ya en el pellejo?
- RUTILIO ¡Mal le quieres!...
- TIBURÓN ¡Mal, muy mal!  
(Creciente rapidez hasta la terminación de la escena.)
- RUTILIO ¿Le detestas?...
- TIBURÓN ¡Le detesto!
- RUTILIO ¿Serías capaz?...
- TIBURÓN ¡De todo!  
(Con resolución falsa y aparente.)
- RUTILIO Dos mil libras te prometo si consigues... (Con mucha viveza.)
- TIBURÓN ¡Chit... más bajo!
- RUTILIO Que ese pescador...
- TIBURÓN Entiendo.  
(Simulando con el puño un golpe de cuchillo.)
- RUTILIO Mas, ¡imposible!
- TIBURÓN ¿Por qué?
- RUTILIO ¡Porque el penitente negro, como la gente lo llama, vela por él!
- TIBURÓN ¡Poco es eso; cuestión de dos golpes!
- RUTILIO ¡Bravo!
- TIBURÓN ¿Os parece bien?



RUTILIO

¡Te obedezco!

(Sonriendo con satisfacción.)

WILL.

¡Ah, Rutilio, cuántas veces  
acuden á mi cerebro,  
como punzantes abrojos,  
aquellos tristes recuerdos!  
Un príncipe, ¡Dios lo sabe!  
febril, injusto, violento,  
puso la mano en mi rostro  
delante de su Consejo.

¡Ira, desesperación,  
odio y vergüenza sintiendo,  
juré vengarme! El puñal  
compré de un aventurero:  
¡erró el golpe, y con la vida  
hubo de pagar su yerro!...

RUTILIO

¡Mas yo, que por dicha tuya (Interrumpiendo.)  
intervine en el proceso,  
me apoderé de una prueba  
que te condenaba!...

WILL.

Es cierto.

RUTILIO

Pues bien: tasa aquel servicio.

WILL.

¡Es que vale más el precio  
que me exiges!... ¡Oh, Rutilio!

(Con ferviente súplica y profundo dolor.)

Oyeme, por si te muevo  
á compasión. Tú no sabes  
lo que es el duro y horrendo  
sacrificio de una hija:

no ves el remordimiento,

que se clava poco á poco

en la mitad de mi pecho,

gritando incesantemente:

«¡Mal padre, mal caballero!

¿por qué diste vida á un angel

para sepultarlo luego

en un fatídico mar

de lágrimas y tormentos?»

¡Toma, Rutilio, mi hacienda,

toma la sangre que tengo

en mis venas, todo es tuyo,

y todo y aún más te debo!

Mas, ¡por la gloria divina,

humildemente te ruego

que me vuelvas la palabra

que un día, liviano y ciego,  
te empeñé, sí... y que desistas  
de nuestro fatal proyecto!  
¡Gozas de inmensa fortuna,  
eres noble, y no eres viejo,  
y sobran en la Noruega  
damas de ilustre abolengo,  
para que logres hacer  
un hermoso casamiento,  
por voluntad, no por fuerza,  
por amor... y no por miedo! (Pausa brevísima.)

RUTILIO Ayer me digiste airado:  
«Lo que una vez yo prometo  
se cumple...»

WILL. ¡Pero Rutilio! (Jadeante.)

RUTILIO ¡Pero William, eso quiero! (Con resolución.)  
Ni te vuelvo la palabra,  
ni renuncio á mi proyecto.

WILL. ¡Oh, cruel tenacidad! (Desesperado.)

RUTILIO ¡Hoy mismo ha de ser, ó entrego  
en manos de la justicia  
tan precioso documento!

WILL. ¡Pues bien, tigre sanguinario,  
(Fuera de sí y en ademán de sacar la espada.)

antes de que llegue á término  
tu infame denuncia... (Yendo hacia Rutilio.)

RUTILIO ¡Imbecil!  
(Con precipitación.)

¿Piensas que conmigo llevo  
el autógrafa?... ¡No falta  
quien te denuncie si muero!

WILL. ¡Maldición! (Cayendo anonadado en el sillón.)

RUTILIO Escucha, William.

¡Estamos perdiendo el tiempo  
lastimosamente: el plazo  
brevísimamente te concedo  
de media hora, para que  
te resuelvas! Hasta luego.

(Dirigiéndose á la puerta del fondo.)

WILL. ¡Antes morir! (Desesperado y resuelto.)

RUTILIO ¡Si es tu gusto!... (Con indiferencia.)  
¡Pasada media hora, vuelvo!

(Con entonación y dureza.)

(Se va Rutilio por el fondo izquierda, y William permanece desesperado en el sillón, con la cabeza apoyada sobre las manos y sollozando amargamente. Entra Margarita por la puerta izquierda, y al ver el desconuelo de su padre cae de rodillas á sus piés.)

## ESCENA VII

WILLIAM y MARGARITA

(CANTADO)

- MARG. ¡Llorando, y por culpa mía!  
(Desde la puerta observando á su padre.)  
¡Padre de mi corazón! (Echándose á los piés.)
- WILL. Aparta. (Con blandura.)
- MARG. ¡Perdón, perdón!  
¡Qué tormento, qué agonía! (Con doliente frenesí.)

---

¡A tus plantas,  
padre mío,  
palpitando  
de dolor,  
con el alma  
te suplico  
generosa  
compasión.  
Por aquella  
que en su seno  
nueve meses  
me llevó,  
por aquella  
santa madre,  
no me niegues  
tu perdón!

---

- WILL. Aplaca los rigores  
(Se levanta William y abraza á Margarita prodigán-  
dola tiernas caricias.)  
de tus enojos,  
mitiga tus dolores,  
seca tus ojos.  
Calla, hija mía,  
no preguntes la causa

de mi agonía.  
Un misterio que viene  
de mi pasado,  
el corazón me tiene  
despedazado.  
Calla, hija mía,  
y respeta el silencio  
de mi agonía.

---

- MARG. ¡Jesús! (Asustada.)  
WILL. ¡Piedad! (Elevando la vista al cielo.)  
MARG. ¡Tú invocas  
del cielo la piedad?  
(Con extrañeza y creciente confusión.)  
¡Qué es esto? Habla... (Suplicante y ansiosa.)  
WILL. ¡Nunca! (Con dolor.)  
MARG. ¡Por Dios! (Con ruego vehemente.)  
WILL. ¡Jamás, jamás! (Con decisión y pena.)
- 

Respeto, Margarita,  
respeto mi dolor,  
y deja que agonice  
mi pobre corazón.  
Al fondo del abismo  
desesperado voy,  
cual piedra que derrumba  
la cólera de Dios!

---

- MARG. (Su acento misterioso  
me llena de terror,  
y estremecido late  
mi pobre corazón.  
En brazos de la suerte  
desesperada voy,  
llenando de amargura  
la vida de mi amor.)
- 

(HABLADO)

- WILL. ¡Hija mía! (Abrazándola con angustia y cariño.)  
MARG. Padre amado,

¡cuánto diera por saber  
tus penas!

WILL.

¡No puede ser! (Con tristeza.)

¡Quédese aquí sepultado (Señala al corazón.)  
entre sus fibras dolientes  
el rudo tormento impío!

MARG.

¡Habla, habla, padre mío! (Con creciente solicitud.)

WILL.

¡Margarita, no lo intentes!

¡Oh, adiós! (Con resolución y en actitud de salir.)

MARG.

¿Y así te vas?...

WILL.

¡Soy una planta maldita,  
cuyo fruto, Margarita,  
muy pronto recogerás!

(Sale por la puerta izquierda. Margarita queda como consternada.)

## ESCENA VIII

MARGARITA

¿Qué es esto, ¡Dios soberano!  
qué terrible desconuelo  
oculta en su triste velo  
la oscuridad del arcano?

¿Qué me augura misteriosa  
la desdicha paternal  
sobre el destino fatal  
de mi pasión amorosa?

¿Por qué, por qué si nací

(Levantando los ojos al cielo.)

sujeta á tan triste vida,  
¡madre del alma querida!  
no me llevas hacia tí?

(Queda sollozando. Ledia entra precipitadamente por el fondo izquierda.)

## ESCENA IX

MARGARITA y LEDIA

LEDIA

¡Gracias á Dios!... ¡Oh, qué entrar,  
qué subir y qué bajar!...

Y Rodolfo, el pobrecillo,  
que no cesa de rondar  
toda la tarde el castillo!

¡Desde la alta galería,

sobre las rocas peladas,  
se le ve, ¡Virgen María!  
echando aquí unas miradas  
como chispas de herrería!  
Quizá desde este balcón  
ver consigais al doncel.

(Se aproxima Ledia al balcón y luego Margarita.)  
(Entra Tiburón andando de puntillas por el fondo derecha,  
mirando cautelosamente á un lado y á otro; se para en el  
foro, y al ver á Margarita, exclama):

TIBURÓN ¡Ajaja! Buena ocasión.  
¡Chit!... (Haciendo una seña con la mano á Rodolfo. Luego  
dirigiéndose á Margarita desde el foro.)  
¡Señora!... (Margarita y Ledia vuelven la vista  
á la voz de Tiburón. Rodolfo aparece al fondo derecha.)

LEDIA ¡Tiburón! (Viéndole.)

MARG. ¡Jesús! (Sorprendida al ver á Rodolfo.)

LEDIA ¡Y el otro con él! (Por Rodolfo.)

(Avanza Rodolfo, se aproxima á Margarita, le toma una ma-  
no, que ella le abandona llena de confusión, y la cubre de  
besos. Ledia, pasando por detrás de los amantes, se pone  
como en actitud de vigilar la entrada de la izquierda.)

## ESCENA X

MARGARITA, RODOLFO, TIBURÓN y LEDIA

RODOLFO ¡Margarita, prenda amada! (Con frenesí amoroso.)

MARG. ¿Sabes á lo que te expones? (Con vivísimo recelo.)

RODOLFO ¡A morir!... (Con indiferencia.)

MARG. ¡Virgen sagrada!

(Aterrada. Pausa breve.)

TIBURÓN Mucho ojo con esa entrada.

(A Ledia, indicando la puerta izquierda.)

LEDIA No necesito lecciones.

(De mal talante y con desdén, desapareciendo por la izquier-  
da. Tiburón se coloca al foro como para vigilar.)

MARG. ¡Oh, qué locura!...

RODOLFO Es verdad.

¡Locura, temeridad!

Mas, ¿quién osa resistir  
cuando éste comienza á hervir

(Señalando al corazón.)

con ciega impetuosidad?

¡Al mar tempestuoso y lleno  
podrás alzarle una valla;

mas no hay quien le ponga freno  
cuando en la mitad del seno  
de amor el volcán estalla!

MARG. ¡Oh, Rodolfo, huye, vete,  
salva, por Dios, tu existencia!

(Con vehemencia y terror.)

RODOLFO ¿Mi vida?... ¡Bah! No te inquiete...

(Con desprecio de sí mismo.)

MARG. ¿Y no ves que tu presencia  
también mi honor compromete?

RODOLFO ¿Y el Barón de San Marcial? (Con enojo y desdén.)

¿Y ese maldito rival  
que en este castillo mora,  
acaso no te desdora?...

MARG. ¡Calla, calla!.. (Temiendo no le oigan desde fuera.)

RODOLFO ¡Voto á tall!...

(Con profunda y amarga ironía.)

Ya comprendo la razón,  
sí; como noble se llama  
y se titula barón,  
¡no puede echar un borrón  
sobre el cielo de tu fama!

MARG. ¡Rodolfo! (Suplicante.)

RODOLFO ¡Llegó el instante (Con decisión y firmeza.)

de probar la ardiente fe  
que encierra tu pecho amante!

MARG. ¿Qué intentas? (Asustada.)

RODOLFO Te lo diré.

¿Me quieres?...

(Tomándola una mano y con frenética pasión.)

MARG. ¡Más que á mi vida!

(Con resolución y firmeza.)

RODOLFO ¿Lo juras?

MARG. ¡Sin vacilar! (Mirando al cielo.)

RODOLFO Pues volemós en seguida  
por esa franca salida  
hacia la costa del mar.

Hermosa nave ligera  
para salvarnos espera  
anclada en el ancho golfo...

MARG. ¡Oh, no prosigas, Rodolfo...

(Interrumpiéndole con dignidad y rapidez.)

no sueñes con tal quimera!

¡Antes mil veces morir  
que tan fiero deshonor!

¡La pasión, en mi sentir,  
que no sabe resistir,  
es liviandad, no es amor!

RODOLFO

¡Margarita! (Confundido.)

MARG.

El mundo entero

tal proceder motejara.

¿Qué digo? ¡Dios justiciero!

¡Tú serías el primero (Por Rodolfo.)  
en arrojármelo en cara!

RODOLFO

No sé qué extraña elocuencia  
puso en tí la Providencia  
que avasalla mi razón.

MARG.

Pues me puso la conciencia  
por norma del corazón.

¡Y dióme en su alta piedad,

(Con tono digno y seguro.)

aunque me veas mujer,  
constancia en la voluntad,  
gran firmeza en el querer  
y poca fragilidad!

Conque así, Rodolfo mío,

¿por qué al dolor entregarnos?

¿Por qué temer un desvío  
cuando ni el sepulcro frío  
ha de lograr separarnos?

RODOLFO

¿Y tu padre? (Con recelo y temor.)

MARG.

¡Ruido sientto!

(Como si oyese rumor al foro.)

¡Huye, sal! (Con súplica, impaciencia y temor.)

RODOLFO

¡Mía has de ser!...

¿No es verdad?

(Con locura y como recordándole su juramento.)

¡O de un convento!

MARG.

TIBURÓN

El Barón (Tiburón desde el foro con viveza.)

RODOLFO

¡Oh, qué tormento!

(Poniendo mano á la daga.)

MARG.

Rodolfo, ¿qué vas á hacer?

RODOLFO

¡A matarlo! (Resuelto.)

MARG.

En pleno día... (Indignada.)

en mi casa... ¡entre los dos!...

RODOLFO

¡Es verdad! (Confundido.)

MARG.

¡Qué se diría!

RODOLFO

¡Adiós, Margarita mía! (Estrechando con ternura una  
de sus manos entre las suyas.)

MARG.

¡Adiós, mi Rodolfo, adiós! (Con entusiasmo.)

(Desaparecen Rodolfo y Tiburón por el fondo derecha. Margarita se aproxima al balcón, como para convencerse de la salida de Rodolfo, dirigiendo la mirada al exterior. Silencio y pausa conveniente. Rutilio aparece en la puerta del fondo, penetra en escena y se aproxima lentamente al balcón, colocándose detrás de Margarita. Otra pausa breve.)

## ESCENA XI

MARGARITA y RUTILIO

- MARG. En la playa... en libertad...  
(Como viendo á Rodolfo fuera del castillo, y secándose los ojos con el pañuelo.)  
¡Descansa ya, corazón! (Al tiempo de volverse queda sorprendida por la mirada de Rutilio.)
- RUTILIO ¿Os gusta la inmensidad? (Con profunda ironía.)
- MARG. ¿Oh, vos aquí? ¡Maldición!  
(Tratando de huir á la violenta mirada de Rutilio.)
- RUTILIO ¿No hay un saludo?  
(Indicando al balcón con profundo despecho.)
- MARG. ¡Esperad!  
(Extiende el pañuelo y saluda á Rodolfo desde el balcón. Dirige después una mirada altiva á Rutilio y desaparece rápidamente por la izquierda; Rutilio la sigue con la vista hasta que desaparece de la escena, soltando después una seca y diabólica carcajada.)

## ESCENA XII

RUTILIO

Está bien: así te quiero; (Con la mirada fija en la puerta por donde ha desaparecido Margarita.)  
no desperdicies el día.  
¡Esta noche serás mía,  
mal que pese al mundo entero!  
¡Gaviota del pescador,  
luce tus brillantes galas;  
yo te cortaré las alas,  
para amansar tu rigor!  
¡Me parece más hermosa (Transición.)  
porque sé que me detesta:  
cuanto más trabajo cuesta,  
más se apetece una cosa!  
¡Pero este William, será  
tan confiado ó tan necio,

que estime en tan poco precio  
mi posición? (¡Aquí está!) (Viéndole llegar.)

(Entra William por la izquierda, entorna la puerta y deja caer después el tapiz para mayor precaución; atraviesa el escenario, cierra la del foro y toma luego asiento en uno de los sillones de la mesa. Rutilio permanece en pie visiblemente preocupado. Pausa breve. Margarita se asoma á la vista del público, como en actitud de escuchar, por entre el tapiz y la puerta.)

### ESCENA XIII

WILLIAM, RUTILIO y MARGARITA, desde la puerta

- MARG. (¡Oh, yo quiero averiguar  
si aquí un misterio se esconde!)
- RUTILIO ¿Qué me dice el señor Conde?  
¿Me puede ya contestar? (Pausa breve.)
- WILL. ¡Aunque la venganza aprestes,  
poco lograrás de mí!
- RUTILIO Eso depende de tí,  
según lo que me contestes.
- WILL. ¡Nada, nada me intimida!...  
cumple tu oficio, ¿á qué esperas?
- RUTILIO ¿De veras, William?
- WILL. ¡De veras!
- RUTILIO ¿Y tu deshonra y tu vida?...
- MARG. (¡Santo Dios!) (Al paño)
- WILL. ¡Cómo ha de ser!
- RUTILIO Yo en tu lugar...
- WILL. ¡Loco empeño!  
¿Serías acaso dueño  
del alma de esa mujer?
- RUTILIO ¿Y qué importa? La diría...  
con claridad y llaneza...
- WILL. ¡O tu mano ó mi cabeza! (Interrumpiendo.)
- RUTILIO Pues justo.
- MARG. (¡Virgen María!) (Apoyándose contra el  
marco de la puerta, aterrada y convulsa.)
- WILL. Y cobarde y criminal,  
escuchando á mi egoísmo...
- RUTILIO Se la entregaría hoy mismo (Interrumpiendo.)  
al Barón de San Marcial.
- WILL. Y la pobre Margarita...
- RUTILIO Si á mis planes se acomoda... (Interrumpiendo.)
- WILL. Como regalo de boda... (Interrumpiendo.)
- RUTILIO ¡Le doy la carta maldita! (Interrumpiendo.)

- WILL. ¿El autógrafo terrible  
que al patíbulo me lle va?
- RUTILIO ¡Sí, la fatídica prueba!
- WILL. ¡Pues no, Rutilio, imposible!  
¡Antes el verdugo insano!
- RUTILIO ¿Eso quieres?
- WILL. Eso quiero.
- RUTILIO ¡Pues vas á morir!  
(Dirigiéndose apresurada y resueltamente hacia la puerta  
del fondo.)
- WILL. ¡Primero  
mi cabeza! (Con exaltación.)  
(Margarita descorre el tapiz y entra visiblemente conmo-  
vida.)
- MARG. ¡No... mi mano!  
(A Rutilio con rapidez y resolución. Rutilio retrocede.)
- WILL. Ella aquí... ¡Dios poderoso!  
(Cae como anonadado sobre el sillón.)
- MARG. ¡Bendita casualidad!  
¡Oh, padre mío, piedad!  
(Arrodillándose á los piés de William y tomándole una  
mano.)  
¡Calma tu pecho angustioso  
y tu amargo frenesí!  
¿No soy de tu sangre parte?  
¡Pues yo vengo á rescatarte!  
¿Qué honra mayor para mí?
- WILL. ¡No consiento, no consiento  
tan horrible sacrificio!
- MARG. (¿Y la pena del suplicio?  
(Con viveza y emoción creciente.)  
¿Y la infamia del tormento?...)
- WILL. (¿Y la amorosa pasión  
que en tu pecho se dilata?...)
- MARG. (¡Cuando de la honra se trata  
se retuerce el corazón!) (Con decisión y heroísmo.)  
Rutilio, ya conocéis (Alto y aparentando serenidad.)  
mi voluntad.
- RUTILIO (¡Oh, sorpresa!)
- MARG. ¡Irrevocable promesa!
- RUTILIO ¿Y cuándo?... (Sonriendo friamente )
- MARG. ¡Cuando gustéis!
- RUTILIO Mil gracias. Dispuse ya  
todo lo más necesario:  
los testigos, el notario... (Con tono de incredulidad.)

MARG. ¡Pues ahora! (Con rapidez y resolución.)  
RUTILIO Bien está.

(Haciendo una cortesía respetuosa á Margarita.)  
(Sale Rutilio por el fondo izquierda. William queda perplejo y anonadado. Margarita se retira á un lado de la escena, sollozando y cubriéndose los ojos con el pañuelo.)

## ESCENA XIV

WILLIAM y MARGARITA

MARG. (En cuanto arranque al Barón  
(Con voz reconcentrada y casi llorando.)  
esa carta maldecida,  
ven, Rodolfo, por la vida  
de mi pobre corazón!  
¡Ven sin demora al castillo,  
y en desquite á tus agravios,  
clava el perjurio en mis labios  
con la punta del cuchillo! (Pausa breve.)  
(Hace un poderoso esfuerzo para dominar su amarga y difícil situación. William levanta la cabeza y fija los ojos en Margarita con asombro y pena.)

WILL. ¡Oh, qué has hecho desdichada!

MARG. Padre, cumplir mi deber.

WILL. ¿Y vas, hija mía, á ser  
á tal monstruo condenada?

(Levantándose del sillón.—Rumor de voces al foro.)

MARG. ¡Comienza la gente á entrar;  
disimulemos, por Dios!  
¡Quédense para los dos  
el disgusto y el pesar!

(William se retira á un extremo del escenario. Margarita hace un poderoso esfuerzo para dominarse. Entra Rutilio por el foro izquierda acompañado del Notario y dos testigos que aparentan por sus trajes ser personas principales; siguen después Ledia y el coro. El Notario se queda de pié junto á la mesa, extiende un rollo de papel y comienza la ceremonia por el orden que determina el diálogo.)

## ESCENA XV

MARGARITA, LEDIA, WILLIAM, RUTILIO, NOTARIO  
y coro general

(CANTADO)

CORO

(Yo no salgo  
de mi asombro,

ni me puedo  
convencer,  
que se case  
Margarita  
si recuerdo  
lo de ayer.  
Ella es joven  
y se casa  
con un gallo  
solterón;  
de seguro  
le sucede  
lo que á todos  
al barón.)

---

(¡Algo aquí pasa, de fijo!  
¿Qué será, qué no será?...  
Pero, ¡bah,  
haya boda y regocijo,  
pues al fin lo mismo da!)

---

NOTARIO El conde William Belfort,  
(Llamando con solemnidad.)  
padre de la contrayente...

WILL. (¡Oh, justo cielo!) Presente.  
(Aproximándose al Notario.)

NOTARIO ¡Firmad! (Le presenta la pluma.)

WILL. (¡Dios mío!) (Lleno de angustia y vacilando.)

MARG. (¡Valor!)

(A William, inspirándole decisión.)

(Firma William y vuelve á su puesto maquinalmente. El Notario hace como que escribe algunos renglones debajo de la firma de William y continúa después llamando á los contrayentes y testigos.)

NOTARIO El Barón de San Marcial...

(Rutilio se aproxima á la mesa.)

Rutilio Guálter... Aquí.

(Señalando el sitio en que ha de firmar. Rutilio firma.)

Ahora la novia.

MARG. (¡Ay de mí!)

(Aterrada, pero disimulando su agonía.)

WILL. (¡Dios santo! ¡Dios eternal!) (Anonadado )

(Hace Margarita un poderoso esfuerzo, y sobreponiéndose á los impulsos de su corazón y dominando su angustia, se aproxima á la mesa y toma la pluma de mano del Notario; pero al ir á firmar suena la voz de Rodolfo y cae arrodillada al pié de la mesa. Ledia se habrá colocado cerca de Margarita. Asombro general.)

---

RODOLFO Las aguas de los mares, (Fuera á la derecha.)  
cuando resbalan,  
reflejan en sus ondas  
mis esperanzas.  
¡Ay, mi fortuna,  
si también son, como ellas,  
viento y espuma!

---

¡No haya temor,  
no lo serán,  
firme es su amor,  
tierno su afán:  
antes que hacer  
negra traición,  
se ha de romper  
su corazón!

---

MARG. (¡Piedad, Rodolfo mío!)  
Me matas... ¡Oh! (Cayendo desmayada contra la mesa.)  
WILL. ¡Gran Dios! (Espantado.)  
RUTILIO (¡Que el fiero mar te trague,  
maldito pescador!) (Con rabia desde el balcón )  
Ledia levanta del suelo á Margarita. Asombro general.

---

RODOLFO ¡Antes que hacer (Más próxima la voz.)  
negra traición,  
se ha de romper  
su corazón!  
WILL. (¡Castigo de mi culpa, (Margarita vuelve en sí.)  
castigo celestial!)  
RUTILIO Hermosa Margarita,  
(Cerca y con aparente solicitud.)  
en tanto os recobráis,

yo juzgo que el contrato,  
debemos aplazar.  
(¡Entrego á vuestro padre,  
(Con rapidez y entereza.)  
si al punto no firmáis!)

(Margarita se hiergue como impelida por un resorte, toma la pluma de mano del Notario, pero vacila de nuevo.)

---

CORO

¡Se turba su cara,  
(Contemplando los movimientos de Margarita.)  
no está muy tranquila;  
de nuevo se pára,  
de nuevo vacila:  
ocúltase en vano  
su pena cruel,  
retira la mano,  
no firma el papel!

---

RUTILIO

Está mejor la novia,  
podemos continuar. (A todos.)  
(Margarita hace un esfuerzo supremo y firma.)

---

NOTARIO

Ahora los testigos. (Llamando.)  
(Destácanse del fondo cinco personas, los dos testigos que han entrado con Rutilio, otros dos de la servidumbre del castillo, pero de la más alta, y Rodolfo que avanza resuelto por delante de los cuatro hasta la mesa. Al verlo, retrocede espantada Margarita. Asombro general.)

MARG.

¡Gran Dios!

RODOLFO

¿Por qué temblar? (A Margarita )  
¿Acaso no contabas  
con un testigo más?

## ESCENA XVI

DICHOS y RODOLFO

RUTILIO

¡Prended al insensato (Al coro.)  
que así viene á turbar  
la calma y el reposo  
de tal solemnidad!  
(Movimiento en el grupo de coristas hacia Rodolfo.)

RODOLFO ¡Cobarde, miserable! (A Rutilio.)  
¡Atrás, canalla, atrás!  
(Al coro con desesperación: el coro retrocede.)  
¡Si dáis un solo paso  
os mato sin piedad!

---

(CONCERTANTE)

RODOLFO En las flores más hermosas  
el reptil duerme traidor,  
y en las frases cariñosas  
la perfidia del amor.  
¡Yo, que ciego la quería,  
ver no pude, por mi mal,  
la ponzoña que escondía  
en sus labios de coral!

---

MARG. Ilusiones amorosas  
de mi sueño encantador,  
sois fugaces y engañosas  
como nubes de vapor.  
Yo, que ciega lo quería,  
ver no pude, por mi mal,  
el arcano que escondía  
la desgracia paternal.

---

RUTILIO Exigencias vergonzosas  
y humillantes del amor,  
me someten, caprichosas,  
á los piés de un pescador.  
Deslumbrada el alma mía,  
ver no quiso, por su mal,  
lo muy poco que valía  
el Barón de San Marcial.

---

WILL. ¡Amenazas pavorosas  
que me llenan de terror,  
ó torpezas amorosas  
que empañar pueden mi honor!  
¡Yo, que en santa paz vivía,

ver no pude, por mi mal,  
la desgracia que escondía  
mi cariño paternal!

---

LEDIA        ¡De estas farsas peligrosas  
es mi culpa la mayor;  
si averiguan estas cosas  
Dios me preste su favor!  
¡Yo, que el riesgo conocía,  
ver no quise, por mi mal,  
que el enredo al fin se haría  
un enredo general!

---

CORO        Las palabras dolorosas  
de este pobre pescador,  
son terribles, son furiosas,  
y me llenan de estupor.  
¡Yo, que en vano discurría,  
ver no pude, por mi mal,  
que la boda causaría  
un disgusto general!

---

WILL.        ¡Atad á ese villano, (Por Rodolfo al coro )  
y no haya compasión!

RODOLFO    ¡Yo reto á ese cobarde, (A Rutilio.)  
si tiene corazón!

(Da algunos pasos atrás y se pone en guardia, de espalda al coro y esperando á Rutilio. El coro lo sujeta, pero al descomponerse el grupo de coristas aparece el Ermitaño al fondo.)

## ESCENA XVII

### DICHOS y EL ERMITAÑO

ERMIT.        ¡En nombre de los cielos,  
(Al coro con entereza y autoridad religiosa. Asombro general.)  
dejadle en libertad!

WILL.        ¡Mis órdenes cumplid!  
(Con severidad y decisión al coro.)

- ERMIT. ¡Atrás, William, atrás!  
(Bajando hasta colocarse en medio de William y Rutilio.)  
(¡O entrego al regicida  
al príncipe real!)  
(Con viveza y terrible amenaza. William retrocede con dis-  
gusto.)
- MARG. ¡Por Dios, Rodolfo mío! (Suplicante á Rodolfo.)
- RODOLFO ¡Deja, déjame en paz!  
(Con desdén y altivez á Margarita.)
- MARG. ¡Perdón, misericordia!
- RODOLFO ¡Perdón, perdón... jamás! (Con locura y fiereza.)

---

¡Desprecio  
tan solo  
merece  
tu amor;  
infamia,  
desprecio  
tu negra  
traición!  
¡Imbecil  
del hombre  
que empeña  
su fe;  
maldito  
por siempre,  
maldito  
también!

(Margarita, asida de las manos de Rodolfo, pugna por rete-  
nerlo, y éste por desasirse.)

TODOS

La mala  
ventura  
de pronto  
cayó,  
sembrando  
desdichas  
y fiero  
rigor.  
¡Qué pasa,  
Dios mío,  
qué pasa,  
no sé;  
parece

del cielo  
castigo  
cruel!

MARG.

¡Rodolfo! (Casi al foro.)

¡Bien mío!

RODOLFO

¡Aparta!

MARG.

¡¡Perdón!!

RODOLFO

¡¡Maldita  
por siempre  
tu infame  
tración!!

(Rodolfo rechaza á Margarita, que cae desmayada en brazos de Ledia, y desaparece por el fondo derecha entre el asombro general. El Ermitaño contiene con su actitud á William y Rutilio que permanecen aterrados.)

Cae el telón.

ESCENA PRIMERA



## ACTO TERCERO

~~~~~

Cámara ochavada.—A la derecha, en segundo término, dos grandes ventanas de vidrieras, la del segundo término practicable, y ambas de primorosa ornamentación bizantina.—A la izquierda dos puertas que comunican con el interior del castillo.—Al fondo otra puerta; mesa y sillón á la izquierda; taburetes en diferentes puntos de la escena; una gran lámpara sobre un zócalo, en el ángulo de una ochava, dispuesta de modo que pueda apagarse cuando lo determine la acción de la fábula.—Preludio en la orquesta á telón corrido.—Al terminar el preludio aparece Rutilio por la segunda puerta izquierda, visiblemente preocupado.—Pausa conveniente.

ESCENA PRIMERA

RUTILIO

¡Oh, qué ansiedad y qué noche!
¡Qué noche tan larga! El tiempo,
que es para el goce un relámpago,
es para el dolor eterno.

(Suenan las tres en el reloj del castillo.)

Las tres: aún faltan dos horas.

¡Dos horas de sufrimiento!

Mientras no despunte el alba,
no descanso, no sosiego.

¿Dónde iré con Margarita?

¿Dónde, que ponga á cubierto
mi seguridad? ¡No sé!

Londres, París... no, más lejos,
mucho más lejos... América,

el Polo Antártico... creo
que hasta en el Polo he de hallar
á ese aborto del infierno!

Mas ¡oh, Dios! ¿Quién es, quién es
ese penitente austero
que aparece ante mi vista
como un castigo del cielo?

¿Qué quiere de mí? ¿Qué quiere
ese fantasma siniestro,
negro como mi conciencia,
y como mis culpas negro?
Imposible adivinar,
no doy con él, no recuerdo.

(Suena el oleaje del mar.)

¡Hola, parece que el golfo
también se agita soberbio!

¿Habrá tempestad?... quién sabe:
todo, todo me lo temo.

(Se asoma á la ventana.)

Mucha bruma, gran marea,
y algunas rachas de viento. (Cierra la ventana.)

(Tiburón desde la puerta del fondo.)

ESCENA II

RUTILIO y TIBURÓN

TIBURÓN Señor Barón...
RUTILIO Adelante.
¿Está ya todo dispuesto?
TIBURÓN Lo está.
RUTILIO ¿La silla de postas?...
TIBURÓN En el patio grande.
RUTILIO Bueno.
¿Saben que hemos de partir
después de la boda?
TIBURÓN ¿Que hemos?...
RUTILIO Nosotros, se entiende.
TIBURÓN ¡Ah! vamos.
RUTILIO Tú haces falta aquí.
TIBURÓN Convengo.
RUTILIO Mientras no consigas...
TIBURÓN ¡Justo,
los dos golpes!
RUTILIO No hables recio.
(Indicando al cuarto próximo.)
¿Y has concertado tu plan?
TIBURÓN Mañana los escábecho.
RUTILIO ¡Chit!... más bajo.
TIBURÓN ¡Pues mañana
los despabilo!
RUTILIO ¡Silencio!

- (Este zarramplín del diablo
ó es muy ladino ó muy necio.)
- TIBURÓN (Se me pasan unas ganas
de retorcerle el pescuezo)...
- RUTILIO ¿Y de Rodolfo, qué sabes?
- TIBURÓN ¡Que está en capilla!
- RUTILIO No es eso.
¿No te llama la atención
que un pescador liso y neto
haya podido lograr
fortuna en tan poco tiempo?
- TIBURÓN Se dice que en un naufragio
salvó un rico cargamento,
por cuyo hermoso rescate,
según también me dijeron,
le dió el armador del buque
seiscientas libras de premio.
- RUTILIO Y trabaja con sus lanchas
y multiplica el dinero,
¡mas siempre será un palurdo!...
- TIBURÓN ¿Un palurdo?... ¡Ni por pienso!
pues aunque viste de lana
tiene poco de borrego.
Sabe leer y escribir,
compone fáciles versos,
se produce como un lord (Marcando las palabras.)
y discurre como un viejo.
- RUTILIO ¿Le estás burlando?
- TIBURÓN Es la pura
verdad. Y lo más soberbio
del caso es, que nadie sabe
de dónde vino el mochuelo.
En un puerto de la Suecia
lo recogió un marinero,
lo empaquetó en su brik-barca
y se lo trajo á este pueblo.
- RUTILIO ¿Le daría educación?...
- TIBURÓN Sí, la educación del remo.
- RUTILIO Es particular. Entonces,
¿cómo diantre?...
- TIBURÓN Por su mérito.
Porque en lugar de trasnoches,
tabernas y jubileos,
él se pasaba en la escuela
las horas con el maestro.

RUTILIO ¿Hablas de él con entusiasmo?... (Medio receloso.)
TIBURÓN La justicia lo primero.
Mas esto no quita para...
que yo le quite de en medio.
¡Chit... la vieja!
(Asoma Ledia por la primera puerta izquierda.)
RUTILIO ¡Bien! (Sepamos
lo que ocurre por ahí dentro.)

ESCENA III

DICHOS y LEDIA, que entra por la puerta del fondo

RUTILIO ¿Sigue mejor?
LEDIA No parece (Con alguna tristeza.)
que adelanta mucho.
RUTILIO ¿Pero
se encuentra más sosegada?...
LEDIA Lo mismo.
RUTILIO ¡Qué contratiempo!
Y es necesario partir
con el alba...
TIBURÓN (¡Lo veremos!)
RUTILIO ¿Y el Conde?...
LEDIA A la cabecera.
TIBURÓN (¡Pobre Margarita!)
RUTILIO (Tiemblo
como si tuviera azogue.
¡Oh, qué noche, qué tormento!)
(Quédase abstraído y silencioso. Pausa brevisima.)
TIBURÓN (¿Con que se la lleva al fin?...) (A Ledia.)
LEDIA (¡Se la lleva!) (A Tiburón.)
TIBURÓN (¡Pues protesto!) (A Ledia.)
LEDIA (¿No es ya su esposa?)
TIBURÓN (¿Su esposa?...
Falta mi consentimiento.
Y á mí no me da la gana
que se diga por el pueblo
si el Conde William echó...)
LEDIA (¿Qué?)...
TIBURÓN (¡Margaritas á puercos!)
(Señalando á Rutilio con disimulo. Rutilio de mal talante.)
RUTILIO (¡La idea de ese Ermitaño
pesa sobre mi cerebro
como una losa de plomo!..)

¿Quién será?... No lo recuerdo.
Necesito descansar
un breve espacio... no puedo
tenerme en pie.) Tiburón, (Alto.)
por si hay novedad, te dejo
de centinela; no olvides
que apenas quiebre reflejos
el albor...

TIBURÓN

Id descuidado.

RUTILIO

Ya sabes, en mi aposento.

(Váse sombrío y lentamente por la segunda puerta izquierda.)

TIBURÓN

¡Anda con Dios, y ojalá (Desde la puerta á Rutilio.)
goces de tan largo sueño,
que si despiertas, despiertes
en el mismísimo infierno!

ESCENA IV

TIBURÓN y LEDIA

TIBURÓN

¿Con que se la lleva al fin, (Paseando por la escena.)
con que por fin se la lleva,
con que se chupa la breva
ese pícaro mastín?...

¿Con que van á la ciudad,
con que abandonan el golfo,
con que al mísero Rodolfo
se le mata sin piedad?...

LEDIA

¡Ay, Tiburón, ay de mí!

(Llorando y siguiendo á Tiburón en su paseo.)

TIBURÓN

¡Nunca, voto á una legión!

(Sin parar mientes en lo que habla Ledia.)

LEDIA

¡Ay, Tiburón, Tiburón, (Idem.)

qué desdichada nací!

TIBURÓN

¡Inventar es necesario
una diabólica trama!

(Sin hacer caso de Ledia, pero parándose como pensativo.)

LEDIA

¡Ay, Tiburón, cuando se ama!...

TIBURÓN

No se la lleva ¡canario!

(Como si hubiese dado con una idea.)

LEDIA

¡Cuando en el pecho se encierra
un amor profundo, y cuando...

TIBURÓN

¿Pero de qué estás hablando?...

(Interrumpiéndola con disgusto.)

- LEDIA ¡De los patos de tu tierra! (Indignada.)
TIBURÓN ¡Pues mira que el horno está (De mal talante.)
para bollos!
- LEDIA ¿Y á mí qué?
TIBURÓN ¡Ni á mí!
LEDIA ¡Yo te lo diré!
TIBURÓN ¡Ledia!... (Furioso.)
LEDIA ¡Lo mismo me da! (Con desprecio y burla.)
TIBURÓN ¡Pero oye, mujer, escucha, (Mostrándose razonable.)
y basta ya de quimeras!
LEDIA ¡Valiente pez!
TIBURÓN Como quieras.
¡Tú si que estás buena trucha!
LEDIA ¡Te haré del castillo echar
por lo ingrato y lo cerril!
TIBURÓN ¡Oh, venganza mujeril!
Adios, me va á destronar.
LEDIA ¡No me engañas, soy un lince!
TIBURÓN Y eso á los cuarenta y pico...
¡diantre, para el diablo chico
que te atrapara á los quince!
LEDIA ¡Pillo, canalla, bribón! (Yendo hacia él furiosa.)
TIBURÓN Oye, nieta del infierno, (Encolerizado y rabioso.)
sobrina del Padre Eterno,
tía de la creación,
con ese rostro de agraz
me tienes ya frito y harto;
sé que no tienes un cuarto:
¿me quieres dejar en paz?
LEDIA ¡El interés, cosa rara,
cosa rara, ya salió;
todos lo mismo!
TIBURÓN ¡Pues no,
te iba á querer por tu cara!
¿Olvidas en tus enojos
que una pildora purgante
se la dora lo bastante
para que engañe los ojos?
Pasión que á las viejas urge,
si á jóvenes se acomoda,
hay que dorarles la boda
para que traguen la purga.
LEDIA ¡El negocio, el interés,
(Subiendo el tono, despechada é hiriendo el tabladodo con
el pié.)

qué peste, señor, qué peste!

(Aparece William por la primera puerta de la izquierda con Margarita del brazo, que se manifiesta sumamente abatida.)

WILL. ¿Hola... qué alboroto es este?

(Con dureza y severidad desde la puerta.)

¡Despejad!

LEDIA (¡Hasta después!)

(A Tiburón con tono amenazante y tirándole un pellizco.)

(Tiburón se va por la segunda puerta de la izquierda. Ledia por la del fondo. Margarita se sienta en un taburete. El Conde en un sillón y cerca de Margarita; ésta apoya un brazo en las rodillas de William.)

ESCENA V

WILLIAM y MARGARITA

WILL. Margarita, pues que ya (Con gran ternura.)
te encuentro más sosegada;
pues que la nueva alborada
en lucir no tardará;

pues que el sacerdote va
con su santa bendición
á hacer perpetua tu unión
y tu desgracia infinita,
¡Margarita, Margarita,
muéstrame tu corazón!

MARG. ¡Oh, jamás, padre querido, (Con dulce reconvención.)
que es temeraria locura
despertar la calentura
del león que está dormido! (Señalando al corazón.)

Duerma en paz, y su latido
ninguna pasión denote:
el recuerdo es un azote
que pudiera despertarlo,
y entonces, ¿cómo llevarlo
á los pies del sacerdote?

WILL. ¡Verdad, hija mía, sí!
Comprendo el triste suplicio
y el amargo sacrificio
que te has impuesto por mí.
Mas dí, Margarita, dí,
¿no tienes, á la verdad,
entre tan fiera ansiedad
y entre tan infausta suerte,

como el condenado á muerte,
tu postrera voluntad?

MARG. Una tengo. (Como quien se alivia de un peso.)

WILL. ¡Pues te juro

como á sagrado mirarla,
y cumplirla y respetarla
ciegamente!

MARG. ¡De seguro
te enoja, me lo figuro!

WILL. Vamos, habla sin temor. (Suplicando cariñosamente.)

MARG. Es una prenda de amor,
¡un tiempo tan lisonjera!
que hoy devolverla quisiera
á Rodolfo el pescador.

(Transición. Pausa conveniente y con entonación narrativa.)

Con ansia esperando un día

¡á qué negarlo! á Rodolfo

en la margen de ese golfo

que el Poniente sol hería,

llena de melancolía,

mitad gusto, mitad duelo,

vino en su amoroso anhelo,

sin poderla contener,

una lágrima á caer

silenciosa en mi pañuelo.

Un brazo se adelantó

blandamente por mi espalda,

y rápido de la falda

el pañuelo arrebató.

En él un beso crugió,

y apenas su labio toca

mi lágrima, triste y loca,

se disipa de repente

en la llamarada ardiente (Con deleite amoroso.)

del beso de aquella boca.

Confusa un punto quedé,

bajé los ojos, y luego

de aquella boca de fuego

estas frases escuché:

«Margarita, si es tu fe

»tan inmensa, tan profunda

»como el amor que me inunda,

»como el volcán que me quema,

»esté ha de ser el emblema

»que nos ate y nos confunda.»

Dijo, y el lienzo rasgando
con pasión y ceguedad,
me dejó con la mitad
y huyó con la otra volando.
Quedéme absorta mirando
aquel emblema y tesoro
del bien que perdido lloro,
cuando de su blanco encierro, (Con misterio.)
cayó un anillo de hierro
con unas cifras en oro.
¡Dulce prenda, fiel testigo
(Sacando el anillo y contemplándolo con arrobamiento.)
de mi ventura pasada,
que hallaste aquí tu morada
(Señalando al corazón.)
de un juramento al abrigo:
al dejar el seno amigo
que darte supo calor,
á Rodolfo el pescador
lleva con ansia infinita
de la pobre Margarita,
otra lágrima de amor!

(Besa la sortija con apasionado frenesí. Pausa conveniente.)
¿De hiero y oro?...

WILL.

(Como herido por una idea repentina.)
Cabal.

MARG.

Parece cosa de hechizo.

WILL.

MARG.

¿Por qué?

WILL.

Porque en tu bautizo
dí á Don Ramiro otro igual,
con la promesa formal
de unirte á su tiempo y día
con un hijo que él tenía...
¡Mas poco el trato duró,
pues que con su hijo murió
cuando de la India volvía!
Prosigue...

MARG.

Las cifras son
varias letras, coronadas
por dos manos enlazadas. (Mostrando la sortija.)

WILL.

¡El anillo... maldición!

(Levantándose del asiento. Reconociéndolo y lleno de asombro.)

MARG.

¡Oh! (Entregando el anillo á William.)

WILL.

¡El mismo, el mismo, sí...

un pescador!...

MARG.
WILL.

¡Ay de mí! (Desconcertada.)

Aunque se halle en un destierro,

(En el colmo de la desesperación)

no me paro, no me aterro;

yo necesito saber

cómo llegó á su poder

esta sortija de hierro!

(Váse rápidamente por el fondo izquierda.)

ESCENA VI

MARGARITA queda como anonadada

(CANTADO)

Lágrimas mías,

¿en dónde estais

que de mis ojos

ya no brotais?

El fuego ardiente

de una pasión,

seco ha dejado

mi corazón.

¡Ay de mí,

que triste y desolada,

para llorar nací!

Como cayendo

las hojas van

á los impulsos

del huracán,

así han caído

con mi dolor

las ilusiones

de tanto amor.

¡Ay de mí,

que triste y desolada,

para llorar nací!

La vista se me nubla,

sufrir no puedo más;

yo vacilo, yo me ahogo,

favor... socorro .. ¡ah!

(Cae desmayada sobre el sillón. Pausa breve. Empieza la tempestad poco á poco. Entra Ledia por el fondo.)

ESCENA VII

MARGARITA y LEDIA. Aquella permanece desmayada hasta que lo determina el diálogo

LEDIA Me pareció haber oído pedir favor... ¿Qué estoy viendo?
(Repara en Margarita.)
¡Desmayada! Lo comprendo: y pegará un estallido.
¡Señora... señora! (Llamándola) ¿Y cómo me las compongo yo ahora?
¡Señora! (Vuelve á llamarla.) Nada. ¡Señora!... Está lo mismo que un plomo. Quizá la brisa del mar...
(Se dirige hacia la ventana, la abre, y en el mismo punto penetra un relámpago y retumba el trueno.)
¡Santa Bárbara bendita, (Santiguándose.) que en el cielo estás escrita, vaya una noche! A cerrar.
(Ledia hace esfuerzos por cerrar las hojas de la ventana, que resisten entornadas.)
¡Caracoles! A no ser porque oigo el viento, creyera que alguien empuja por fuera.
(Insistiendo por cerrar.)
¡Que si quieres, no hay poder!
(Se abren de par en par las hojas de la ventana, se ve á Rodolfo á horcajadas en el alféizar, y una ráfaga de viento apaga la lámpara.)
¡Jesús, Virgen soberana! (Espantada.)
¡Qué miedo, qué horror, qué frío, sin luz... á oscuras... Dios mío!...
(Reparando en Rodolfo.)
y el diablo por la ventana!
(Váse fondo, aturdida y tropezando. Pausa conveniente: se apacigua la tempestad.)

ESCENA VIII

MARGARITA y RODOLFO

RODOLFO ¡Llegué: Rodolfo, valor! (Saltando á escena.)
Sombra... quietud... soledad...
¡Para matarla, señor,

cuanta más sombra, mejor;
mucho, mucha oscuridad!
¡Que no mire, que no vea
su hermosura peregrina,
luz que al alba centellea,
paraíso que recrea,
ilusión que me fascina!
¡Pues si llego á vislumbrar
el sol que en sus ojos arde,
de mi despecho á pesar,
temblaré como un cobarde (Casi sollozando.)
y no la podré matar!

(Desde la ventana al golfo.)

Golfo que ruges violento,
si como tienes poder
tuvieras mi pensamiento,
¡oh, mar, podrías barrer
las estrellas con tu aliento!
Podrías, rotos los lazos
de las frágiles arenas,
hacer al mundo pedazos
entre el vigor de tus brazos
ó bajo tus hondas llenas.
Para ahogar el mundo en tí
ó para escalar los cielos,
mónstruo de agua, ¡ven á mí,
entra y arranca de aquí (Señalando al corazón.)
la tempestad de los celos!

(Con exaltación y brío. Un trueno lejano. Pausa brevísima.)

MARG. ¿Dónde estoy?... (Como despertando.)
RODOLFO (¡Ella, Dios fuerte!) (Con emoción.)

MARG. ¡Qué oscuridad!...
(Levantándose y dando algunos pasos como para salir.)

RODOLFO (¡Decisión!)

MARG. ¡Ledia!... (Llamando asustada.)

RODOLFO ¡Calla! (Próximo á Margarita.)

MARG. ¡Maldición!

(Retrocediendo espantada.)

¿Quién entra, quién va?...

RODOLFO ¡Tu muerte!

MARG. ¡Rodolfo! (Reconociéndolo.)

RODOLFO ¡Tu expiación! (Tomándole una mano.)

(Levanta el brazo Rodolfo para descargar el golpe. Margarita cae de rodillas, y un brillante relámpago, entrando por la ventana, ilumina la estancia. El puñal se cae de la mano)

de Rodolfo y queda como alucinado contemplando á Margarita arrodillada.)

RODOLFO ¡Oh, Jesús!... (Rodolfo mira estático á Margarita.)

MARG. ¡Hiere! (Con decisión.)

RODOLFO Traidor

(Como apostrofando á la tempestad y mirando á la ventana.)

relámpago brillador,
¿te envía la nube fiera,
ó eres lumbre mensajera
de la gloria de mi amor?

Vivo destello fugaz
de su hermosura galana,
limpio reflejo de paz,
¿entraste por la ventana,
ó brotaste de su faz? (Señalando á Margarita.)

MARG. ¡Morir, morir apetezco;
de un solo golpe desata
mi existencia, lo merezco;
no vaciles... hiere... mata...

(Con rapidez y desesperación.)
si no matas te aborrezco!

ESCENA IX

DICHOS, WILLIAM, ERMITAÑO y PAJES con hachas; luego RUTILIO y TIBURÓN

WILL. ¡Alumbrad! (Fuera fondo izquierda.)

MARG. ¡Ay de los dos!

(Margarita con horror, replegándose con Rodolfo á la derecha.)

WILL. ¡Aquí las hachas! (Desde la puerta.)

(Entran delante de William dos pajes con hachas.)

¡Entrad,

(Al Ermitaño que le sigue.)

entrad padre, y perdonad!

¡Qué es lo que miro, gran Dios!

(Estupefacto al ver á Rodolfo y Margarita.)

ERMIT. (¡Ah, Rodolfo!) (Con alegría.)

WILL. ¿Y aún se atreve
en el día de la boda?

¡A mi honor tu sangre toda
no ha de bastar, hombre aleve!

¡Voy á espantar el castillo
con la venganza que hoy tomo!
Mas antes, sepa yo... el cómo
llegó á tu mano este anillo! (Mostrándosele.)

RODOLFO No lo sé. (Con indiferencia y sequedad)

WILL. Lo robaria.

RODOLFO ¡Tal insulto!

(En actitud de lanzarse sobre William.)

ERMIT. Calla, calla.

(Conteniéndole y con autoridad.)

¡Yo os lo diré! ¿Dónde se halla
Rutilio? (A William.)

WILL. No sé, á fe mia. (Con disgusto.)

ERMIT. ¡Pues que se le busque haced
sin espacio ni demora,
porque ha sonado la hora
de la justicia!

WILL. ¿Sí? ¡Ved!

(Dirigiendo la vista á la izquierda, por donde entra Rutilio
seguido de Tiburón.)

ERMIT. Llega á tiempo.

RUTILIO (¡Oh!)

(Sorprendido al ver al Ermitaño, con gran confusión y pa-
rándose en la puerta.)

ERMIT. Adelante,
señor barón. (Con familiaridad irónica.)

RUTILIO ¡No os comprendo!

(De mal talante, al Ermitaño.)

¡Qué pretendéis! (Con altivez.)

ERMIT. ¿Qué pretendo?

¡Tened paciencia un instante!

RUTILIO (¡Estoy perdido!) (Confuso.)

ERMIT. (¡Ay de tí!) (Con tono amenazante.)

¡Para cumplir con la ley,
William, y en nombre del rey,
nadie se mueva de aquí!

WILL. (¿Qué será?) (Preocupado y con asombro.)

ERMIT. ¡Mucha atención! (A todos)

(¡Tú sobre todo, Gaspar!)

(A Rutilio con sonrisa amarga y profundísima intención.)

RUTILIO (¡Justo Dios!) (Aterrado.)

ERMIT. ¡Voy á contar (A todos.)

una historia! (Se coloca al lado de Rutilio.)

RUTILIO (¡Maldición!

(Con espanto. Pausa conveniente.)

ERMIT. Nace y arranca mi historia,
si no es infiel mi memoria,
del año sesenta y tres,
entre la ensenada Gloria
y el cabo de San Andrés.

RUTILIO (¡Oh, callad!) (Al Ermitaño.)

ERMIT. (¡Pasas mal rato?) (A Rutilio.)

A bordo de un bergantín
fletado en la India... (¡Insensato,
(Hace Rutilio un movimiento de impaciencia.)
has de tragar el relato (A Rutilio con fuerza.)
desde el principio hasta el fin!)

Un caballero bretón
partió con alma angustiosa
de aquella indiana región,
dejando allí el corazón
en la tumba de su esposa.

(Comienza á brillar el día gradual y paulatinamente durante
el relato de esta historia.)

El caballero llevaba
un hijo á quien adoraba,
y en calidad de criado
un dinamarqués, ¡malvado! (Mirando á Rutilio.)
en quien ciego confiaba.

Tenia el tal caballero,
cuando de la India volvía,
muchas joyas y dinero...
Dí, ¿como cuánto tendría?... (A Rutilio.)

¿Tú no lo sabes? (Con punzante sorna.)

RUTILIO ¡Ni quiero!

(Con dureza y desesperación.)

ERMIT. Pues bien; sucedió una tarde,
ya casi al anochecer,
que aquel servidor cobarde,
en un hipócrita alarde,
dejando el llanto correr,
subió á cubierta diciendo:

«¡Todo para mí acabó!

»¡El amo se está muriendo!

»¡Socorro, bajad corriendo!...»

Toda la gente bajó.

¡Sobre la litera, inerte
el caballero se advierte;
pero se advierte en su faz
ese síntoma tenaz

mezcla de crimen y muerte!
En la sospecha horrorosa
envuelto el criado fué...

RUTILIO ¡Miente quien diga tal cosa;

(En un arrebato de indignación.)
se murió, no le maté!

ERMIT. ¡Qué confesión tan hermosa!

RUTILIO ¡Basta!

ERMIT. ¡Sí, tu confesión
desnudo te ha presentado!

¡Saludemos al baron,
(A todos, con énfasis irónico.)

en otro tiempo criado
del caballero bretón!

RUTILIO Pero, ¿quién eres?... ¿Quién eres...
engendro de Satanás?...

ERMIT. ¡Calma, no te desesperes! (Con naturalidad.)

¡Si saber mi nombre quieres,
muy pronto á saberlo vas!

RUTILIO ¡Paso!

(Queriendo escapar. Tiburón le cierra la salida.)

ERMIT. ¿Tratas de escaparte?...

Lo siento, no puede ser.

¡Sufre y aprende á domarte!

RUTILIO ¡Acabad, con Lucifer! (Desesperado.)

(Se retiran los pajes á una seña de Tiburón, cierra éste la
puerta del fondo; recoge el puñal que habrá tirado Rodolfo
en la escena anterior y se vuelve á colocar como de centi-
nela en la segunda puerta izquierda.)

ERMIT. Vaya la segunda parte.

El muerto, en el mar quedó,

(Con naturalidad y haciendo una pausa conveniente.)

y á bordo del bergantín

que el caballero fletó

en el indiano confin,

otra escena aconteció.

¡Noche de espeso celaje,

(Acompañando la descripción con la acción, el tono y el
gesto.)

hora las diez, el paraje

junto á las costas de Suecia,

tiempo duro, la mar recia,

gran viento, mucho oleaje!

¡La tripulación dormía,

el contra maestre velaba,

el timonel dirigía,
el mar de proa azotaba
y el barco al andar crujía!
De pronto vieron llegar
cerca del palo mayor,
una sombra singular
que arrojó un objeto al mar
por la borda de estribor.
¡Sonó un grito lastimero!
Apareció un hombre fiero.
¿Sabéis quién era? ¡El criado!
Y aquel objeto arrojado
el hijo del caballero.
Vivo, veloz, de repente,
como un rayo diligente,
el contramaestre rudo
se lanzó á la mar hirviente
¡y alcanzar al niño pudo!
¡Oh, qué noche, con fe ciega
invoca el marino á Dios,
pero se rinde en la brega
y la salvación no llega
y van á morir los dos!... (Transición.)
Mas el final de la historia
relate para su gloria
la víctima. ¡Sí, Rodolfo;
cuenta, si tienes memoria,
cómo salimos del golfo! (Asombro general.)

RUTILIO
ERMIT.
RUTILIO

¿Quién, él? (Señalando á Rodolfo.)

¡El!

¡Por Belcebú!

¡Oh, deliráis!

¡No deliro!

ERMIT.
RUTILIO
ERMIT.

¿El hijo de Don Ramiro?

¡Y el criado infame tú!

RUTILIO
ERMIT.

¡Pruebas... pruebas!...

¡Necio afán!

RUTILIO
ERMIT.

¡Mostradlas!

¡Piensa el villano

que las borró el Oceano!...

¡Te equivocas... aquí están

(Saca del pecho un paquetito de papeles, mostrándolos á Rutilio.)

TODOS
RUTILIO

¡Oh! (Con asombro.)

¡Jesús! (Confundido y anonadado.)

- TIBURÓN ¡Por allí! (Señala á la ventana.)
RUTILIO ¡Favor, piedad! (Fuera y con desesperación)
TODOS ¡Oh! (Espantados)
TIBURÓN ¡Se cayó! (Va á la ventana.)
MARG. ¡Dios bendito!
TIBURÓN ¡En las rocas se aplastó! (Mirando fuera.)
RODOLFO ¿Y la escala?
ERMIT. ¡Se rompió
(Mirando al exterior de la ventana.)
al peso de su delito! (Destacando la frase)
RODOLFO ¡Cierra, cierra la ventana!
ERMIT. ¡Dios justo!
TIBURÓN ¡Muy bien, así...
(Indicando la caída de Rutilio.)
poco que me gusta á mi
tu justicia catalana!... (Señalando al cielo)
WILL. Corre, y que la gente toda (A Tiburón.)
baje á la capilla.
TIBURÓN Bien.
¿Y el sacerdote?
WILL. También.
TIBURÓN ¡Rodolfo, tenemos boda!
(Abraza á Rodolfo, y desaparece por el fondo saltando de
alegría.)
RODOLFO ¡Oh, Dios mio, me parece
que un sueño tenaz me agita!
¿Pero es verdad, Margarita,
cuanto de nuevo acontece? (Absorto.)
MARG. ¡Oh, sí!
RODOLFO Padre, y vos... y vos,
¿qué anheláis? (Al Ermitaño.)
ERMIT. ¿Yo?... ¡Cosa clara,
volver á mi islote... para
encomendaros á Dios!
RODOLFO Vuestra decisión respeto;
mas en pago de mi vida,
con el alma agradecida,
solemnemente os prometo
que Rodolfo el pescador
no ha de olvidar en el mundo
el beneficio profundo
que debe á su salvador.

(Comienza el órgano, que se supone en la capilla del casti-
llo, fondo izquierda, á preludiar los acordes de un *Te Deum*.
Trémolo en la orquesta. El Ermitaño se coloca en medio de

Rodolfo y Margarita, los abraza y exclama con solemnidad y paulatina entonación):

ERMIT.

¡Hijos míos, ya los sonos
del órgano religioso
llenán de dulce reposo
los amantes corazones!

(Mucha luz á la derecha del teatro.)

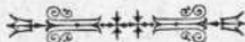
¡Ya el astro providencial (Señalando á la ventana.)
fundió la tormenta impura,
y á festejar se apresura
vuestra dicha conyugal!

Mas al tiempo de partir
á coronar tanto anhelo,
cuando un ministro del cielo
os va para siempre á unir...

(Se arrodillan Rodolfo y Margarita y les pone las manos
sobre la cabeza.)

¡El Ermitaño Ramón
suplica al Omnipotente
deposite en vuestra frente
la celestial bendición!

(Telón pausado.)



EL RELOJ DE LUCERNA

DRAMA LÍRICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DIVIDIDOS EN CINCO CUADROS

Música del Maestro D. Miguel Marqués

La acción del drama en Suiza á mediados del siglo XVII

PERSONAJES**ACTORES**

<i>Matilde</i> , viuda de Gésner.	D. ^a Elisa Zamacois de Ferrer.
<i>Fernando</i> , hijo de Matilde.	Almerinda Soler Di-Franco.
<i>Celia</i> , prima de Fernando.	Gabriela Roca.
<i>Réding</i> , veterano suizo.	D. Enrique Ferrer.
<i>Gualterio</i> , avóyer de Lucerna. .	Miguel Soler.
<i>Gastón</i> , constructor de relojes..	Ramón Guerra.

Patricios, soldados, pajes y gente del pueblo
Coro genral

Esta obra se representó por primera vez el 4.º de Marzo de 1884, en Madrid, en el Teatro de Apolo.

El Reloj de Lucerna

ACTO PRIMERO

Vestíbulo y planta baja de un castillo en el cantón de Lucerna. Dos puertas á la izquierda; otra mayor, con frontispicio gótico y cruz sobre el dintel, á la derecha en segundo término; más cerca del espectador una bandera clavada á la pared casi en sentido horizontal, y sobre la bandera una gran corona de laurel. Al foro tres arcos, dos de ellos con zócalo y verja hasta la mitad de su altura; el central también con verja, pero practicable. Al fondo una montaña abrupta con un pueblecillo al pie. El sol nascente ilumina el panorama. Mesa y sillones góticos á la derecha, en primer término, y taburetes en varios puntos de la escena. Al levantarse el telón aparece RÉDING sentado en un sillón, como en actitud reflexiva, y no sale de ella hasta que termina el Coro su primera estrofa.

ESCENA PRIMERA

RÉDING Y CORO GENERAL

Coro (dentro y á la izquierda).

El astro del día
nos baña de luz,
y el lago se tiñe
de rojo y azul.

Ya el monte refleja
los rayos del sol,
ya el toque ha sonado
de la obligación.

Dócil y sumiso
vuelve á trabajar,

para que Lucerna
te arrebate el pan.
Anda, campesino,
corre, pescador,
y medre el tirano
con nuestro sudor.

(Réding se levanta del sillón como impulsado por la voz popular y se aproxima al foro visiblemente conmovido.)

Coro.

¡Odiosa tiranía
nos tiene en la agonía,
nos mata sin piedad!...
Señor, por caridad,
¡Señor, que brille el día
de nuestra libertad!

RÉDING

¡Oh, mi pecho palpita
(Bajando hasta la batería.)
con fiero valor,
el pueblo necesita
un libertador!
¡Si naciste en la tierra
de Guillermo Tell,
inspirate en su ejemplo,
cumple tu deber! (Con solemnidad.)

(Réding vuelve á caer en su reflexiva actitud y se apoya sobre el respaldo del sillón.)

Coro (más cerca).

La tierra nos brinda
tesoros de amor
y el lago sus peces
de vario color.
Tesoros mentidos,
inútil merced,
pues todo Lucerna
lo envuelve en su red.

¡Odiosa tiranía
nos tiene en la agonía,
nos mata sin piedad!
¡Señor, por caridad,

Señor, que brille el día
de nuestra libertad!

- RÉDING ¡Oh, sí brillará, (Con decisión.)
brillará el sol hermoso
de la libertad!
- (Abre hácia afuera la verja del arco central y llama al Coro.)
- CORO Siervos del campo,
venid, llegad!
- CORO Réding nos llama,
(Cerca del foro, pero sin entrar todavía.)
vamos allá.

ESCENA II

RÉDING y el CORO GENERAL, que llega por la izquierda

- CORO Ya nos tiene en su presencia (Desde el foro.)
el soldado de Sursél.
¿Qué desea el más ilustre
veterano lucernés?
- RÉDING Probar muy pronto quiero
si corre ¡vive Dios!
parejas el acero
con vuestra indignación.
- CORO Dispuestos aquí estamos. (Avanzando.)
¿Qué piensas? ¿Habla? ¿Di?
¡La libertad ansiamos!
- RÉDING ¿Ser libres?
- CORO ¡O morir!
- RÉDING Mirad ese trofeo,
(Mostrando la bandera clavada á la pared.)
que un mártir nos legó!
- CORO ¡La bandera de Gésner!
- RÉDING ¡Lucerna lo mató!
- CORO ¡El crimen odioso
nos falta vengar!...
- RÉDING ¡De aquella jornada
la historia escuchad!
- (El Coro se aproxima á Réding, pero no tanto que embarace los movimientos del actor, cuya figura debe destacarse siempre.)

El hombre generoso,
que un día valeroso
la mano nos tendió,
buscaba en ansia eterna
los fueros que Lucerna
al siervo arrebató.
Más ciega en sus delirios,
doblando los martirios
la pérfida ciudad,
nos huella con su planta
y siega la garganta
que pide libertad.

Entónces la guerra
zumbando en el valle
retumba en la sierra
con rudo fragor,
y lanza reflejos
el hierro homicida,
y rueda á lo lejos
el ronco cañón!

CORO

Y lanza reflejos
el hierro homicida
y rueda á lo lejos
el ronco cañón!

RÉDING

Brillante armadura
se ciñe el patricio
y al siervo procura
furioso envestir;
y el siervo empuñando
la pica guerrera,
acude volando
al son del clarín!

CORO

Y el siervo empuñando
la pica guerrera

acude volando
al son del clarín!

(Procure el actor dar al siguiente pasaje el movimiento descriptivo que reclama la situación.)

RÉDING

Ocupa el campesino
el alto Surental,
y al pié del ventisquero
serpea la ciudad.
De pronto Gésner hace
del choque la señal,
y desciende del monte
como una tempestad.
Se cruzan los aceros
con rábía sin igual,
relinchan los corceles
ansiando pelear,
la pólvora difunde
su estrépito infernal,
se lucha cuerpo á cuerpo,
se mata sin piedad,
y saltando á torrentes
la sangre fraternal,
la alfombra de los valles
enrojeciendo vá.

Y bajo el fiero golpe iracundo
muerden la tierra siervo y señor,
y entre los ¡ayes! del moribundo
suenan los ¡hurras! del vencedor.

Y acrecientan los horrores
de este cuadro militar
redoblando los tambores
en continuo rataplán.

CORO

Y acrecientan los horrores, etc.

RÉDING

Y Gésner la gloria
del triunfo alcanzó.

CORO

¡Aquella victoria
cuán poco sirvió!

RÉDING

Los fueros devuelve
Lucerna al Cantón...

CORO

Cayendo á las plantas
de su vencedor.

RÉDING Mas luego perjura,
faltando á su honor,
apénas las armas
el siervo dejó.

CORO Con pérfido engaño,
con negra traición,
al jefe del pueblo
la vida arrancó.

¡Invocando terrible venganza
el siervo desea
su yugo romper:

Tiempo es ya de empuñar una lanza
y el mundo nos vea
morir ó vencer!

—

RÉDING Al fin en su caverna (Con júbilo.)
despierta el león.

CORO Marchemos á Lucerna

(En el colmo de entusiasmo.)
sin más dilación.

(Conteniendo la impetuosidad del Coro, con acento persuasivo y muy marcado.)

RÉDING La noche inmediata,
sin más esperar,
armada la diestra
de hierro mortal,
al desfiladero
del Vald acudid,
que para guiaros
alguno habrá allí.
Y en sombra y misterio,
con paso veloz,
rompiendo las puertas
del vil opresor,
despierte temblando
la infame ciudad
al grito triunfante
de la libertad!

—

CORO Despierte temblando
la infame ciudad

al grito triunfante
de la libertad!

(Acompaña Réding al Coro hasta la salida, que desaparece luego por la izquierda.) (Pausa conveniente.)

ESCENA III

RÉDING

(HABLADO)

Así me gustas, así, (Como si hablara con el pueblo.)
rencoroso, altivo, fuerte.

Yo te sigo hasta la muerte,
no me separo de tí.

Contra esa vil población,
no cansada todavía
de ejercer su tiranía
sobre el resto del Cantón,
va á estallar al fin y al cabo
el trueno de la venganza!...

Echemos en la balanza
las cadenas del esclavo.

¿Quién pesa más de los dos,

(Con amarga reflexión.)
el bien ó el mal? ¡Duda eterna!

¿La injusticia de Lucerna
ó la justicia de Dios?

(Entra Gastón por la derecha del foro, apoyado en un bastón suizo y llevando al hombro una de esas pequeñas alforjas, que pueden servir para trasportar herramientas de algún oficio mecánico)

ESCENA IV

RÉDING y GASTÓN

GASTÓN Buenos días, señor Réding.
(Dejando bastón y alforja á la derecha, sobre un taburete.)
RÉDING ¡Hola, Gastón! (Con sorpresa y alegría.)
GASTÓN Por supuesto,
¿sin novedad en la casa?...
RÉDING A Dios gracias.
GASTÓN Lo celebro.
RÉDING Y tú... siempre tan alegre.
GASTÓN ¡A ratos!
RÉDING Pues, ¿cómo es eso?

- GASTÓN ¡Cosas de la vida!
RÉDING ¡Diantre,
qué filósofo te has vuelto!
¿De dónde vienes?
- GASTÓN De Múnster.
¡Allí con los frailes dejo,
(Con entonación cómica y lleno de pesadumbre.)
quizá el último reloj
que atornillaron mis dedos!
- RÉDING ¿Tan cerca estás de la muerte
(Con tono humorístico.)
que haces ya tu testamento?
- GASTÓN ¡Puede ser!
(Cae sobre el sillón revelando la mayor angustia y queda silencioso un momento.)
- RÉDING (¡Este ha empinado!)
(Acompañando con la acción á la palabra)
- GASTÓN (¡No hay escape, no hay remedio,
(Reflexionando y con gran pena.)
tarde ó temprano se para,
y á mí me zurren el cuero!)
- RÉDING ¡Mal vino tienen los frailes!
GASTÓN ¡Una ráfaga de viento
(Levantándose del sillón, dirigiéndose á Réding y dando á los versos cierta entonación solemne.)
puede hacer saltar un muelle!
¿No es verdad?
- RÉDING ¡Pues ya lo creo!
(Como llevándole el humor.)
Y sepultar un navío
de tres puentes.
- GASTÓN ¿Todo aquello
que es obra de los humanos
se aniquila en breve tiempo?
- RÉDING ¡Todo!
- GASTÓN ¡Incluso los relojes!
- RÉDING Eso es lo que dura menos.
- GASTÓN Mil gracias por la lisonja (Picado en su amor propio.)
- RÉDING No hay de qué.
- GASTÓN Reloj eterno
el sol, y también se nubla.
Pero no cuesta dinero.
- RÉDING ¿Juzgais, Réding, tan sencillo
- GASTÓN (Con tono más apacible.)
dar impulso y movimiento

á unas piezas de madera
y á unos pedazos de hierro?
Y más hoy que se le exige
á un mediano relojero
que en punto á música sea
lo que se llama un maestro.
En iglesias y palacios
y castillos y conventos
no se admite ya un reloj
que dé las horas en *seco*.
¿Y la multitud de piezas
y diversidad de géneros
que á competencia te piden
nacionales y extranjeros?
¿Comprador inglés? Balada.
¿Es ruso? Canto guerrero.
¿Francés? Pues algo de baile.
¿Alemán? Pues algo serio.
¿Y qué diremos de España,
que no digamos jaleo,
si al que nace en esa tierra
es lo que le pide el cuerpo?
Los unos quieren campanas,
los otros marcial estrépito,
cosas alegres las niñas
y cosas tristes los viejos,
su barcarola el marino,
su brindis el cervecero,
el tambor los militares
y los frailes el *Te Deum*.

RÉDING Vamos, hombre, ya eres otro:
ya desarrugas el gesto.

GASTÓN ¡Un año, tan sólo un año (Con desaliento y tristeza.)
de vida le pido al cielo
para el reloj de Lucerna,
si he de librar el pellejo!

RÉDING ¿Un año? (Con extrañeza.)

GASTÓN Sí, para entonces
tendremos avóyer nuevo,
es decir, Gobernador,
en reemplazo de Gualterio.

RÉDING Habla con mil de á caballo (De mal talante.)
y basta ya de rodeos.

GASTÓN ¡Oid, pues, mi desventura,
y esta ansiedad y este miedo!

(CANTADO)

Ya sabéis que al dar la hora
de Lucerna en el reloj,
resonaban los clarines
con el himno del Cantón. (Tarareando el himno.)
¡Tararán, tararán, tararón!

Por hacer mudanza en todo
se dispuso en su lugar
toque marcha del avóyer
el reloj de la Ciudad.
(Tarareando la marcha del avóyer.)
¡Tararón, tararón, tarará!

—Doscientos florines
(Imitando una voz áspera y bronca.)
de premio te doy,
si llevas á cabo
la obra del reloj.—
Tal dijo el avóyer
fijándose en mí...
¡Y yo, desdichado,
me comprometí!

Hice el cambio prontamente
y cobré la cantidad
y hoy mi vida está pendiente
del reloj de la Ciudad.

RÉDING

No acierto el motivo.

GASTÓN

No veo el por qué.

¿No? Tened paciencia
que yo os lo diré.

Funcionaba el mecanismo
sin ninguna interrupción,
más un día, de repente,
dijo ¡paro! y se paró.
A presencia del avóyer
me llevaron sin tardar,
y en palacio y de este modo
se explicó su autoridad:

—«Doscientos florines
(Imitando la misma voz de la estrofa primera.)
por la obra te dí.
¡Mucho ojo, no cobre
con creces en tí!
— Si pára de nuevo,
te haré administrar
doscientos azotes,
y estamos en paz.»
¡Desde entonces noche y día
en mi pobre corazón
suena un toque de agonía
cada vez que dá el reloj!

(HABLADO)

RÉDING Tiene chiste la ocurrencia. (Riendo.)
GASTÓN Maldito el que yo le encuentro.
RÉDING ¡Y es muy capaz el avóyer (Con sorna.)
de cumplir su ofrecimiento!
GASTÓN ¿Quién lo duda?
RÉDING Y tú, ¿qué rumbo
piensas tomar?
GASTÓN Ya veremos.
Voy á imitar la conducta (Transición.)
del rapabarbas del cuento.
RÉDING ¿Y qué hizo ese rapabarbas?
GASTÓN Cuenta.
No pararse en pelos.
Entróse en la barbería
cierta mañana un sugeto
con un genio como el diablo
y una barba como el genio.
—¡Dios os guarde!—¡Bien venido!
Se aproxima, toma asiento,
saca á brillar un ducado
y á relucir el acero,
y encarándose al rapista
le dice sin cumplimientos:
—¡Este á la buena ventura,
y este otro al menor tropiezo!—
Quedóse el interpelado
meditabundo y perplejo
entre el temor de la espada
y el encanto del dinero.

De pronto responde,—¡Vamos!—

Y con ánimo resuelto
da principio á su tarea
y la despacha en un verbo.

—¡Válgate tu habilidad,
pues has corrido gran riesgo!—

Diz que le dijo al pagarle
el parroquiano al barbero.

—¿Quién, yo? replica, ninguno,
el peligro ha sido vuestro.

—¿Mío?—Sí. —¿Cómo se entiende?—

¡Porque al menor desacierto
os hago la última barba,
quiero decir, os degüello!

En cuanto el reloj se pare, (Transición.)

voy á palacio derecho,
subo y le aplico al avóyer
la moraleja del cuento.

RÉDING ¡No está mal, pero enseguida
te cuelgan!

GASTÓN ¿Y qué remedio?

RÉDING ¿Por qué no mudas de tierra?

GASTÓN ¿Ausentarme? ¿Acaso puedo?

¿No veis que mi pobre madre
se halla postrada en el lecho,
y abandonarla es un crimen
y hacerla viajar un riesgo?

RÉDING Eres buen hijo.

GASTÓN No tanto
como yo quisiera serlo.

RÉDING Bien, Gastón, así me place:

honras al noble guerrero
que cayó junto á mi lado
en el Surental, rindiendo
su espíritu valeroso
en beneficio del pueblo.

GASTÓN ¡Causa del odio implacable

que hácia los déspotas siento!

RÉDING ¿Y la ciudad, no se cansa
del patriciazgo soberbio?

(Gastón, distraído, y visiblemente preocupado, saca un reloj
antiguo de bolsillo y lo consulta con ansiedad.)

GASTÓN ¿Qué hora será?

RÉDING ¿Llevas prisa?

GASTÓN No, señor Réding, no es eso.

- ¡Cada sesenta minutos
tengo que rezar el Credo!
- RÉDING Pues reza, y en acabando
me respondes.
- GASTÓN Sí, voy presto. (Reza en voz baja.)
- ¡Amén! (Santiguándose.)
- RÉDING ¿Qué hace la ciudad?
- GASTÓN Sumida en pompa y festejos,
adulando á sus verdugos
mientras la quemén incienso.
Mas semejante á ese lago, (Señalando al fondo)
en lo tormentuosa, creo
que alzaría tempestades
al primer soplo de viento.
- RÉDING Y esa porción de familias
que vinculan el Gobierno...
- GASTÓN Como un castillo de naipes (Interrumpiendo.)
rodarían por el suelo.
- RÉDING ¡Aprieta, Gastón, aprieta!
(Abrazándole con entusiasmo.)
- GASTÓN ¡Señor Réding!
(Procurando desprenderse de los brazos de Réding.)
- RÉDING ¡Firme, recio!
(Sin soltar á Gastón y exagerando el abrazo.)
- GASTÓN ¡Basta, basta! que me ahogáis.
(Desprendiéndose de los brazos de Réding y con angustia.)
- RÉDING Tú no sabes el contento
que me infunden tus palabras.
- GASTÓN ¡Abrazáis de un modo!
- RÉDING ¡Tengo (Sin hacerle caso.)
resuelta y apercebida
la venganza! Ya hablaremos.
Pide para tu negocio
un día no más al cielo.
¡Veinticuatro horas de marcha
sin azar ni contratiempo
para el reloj de Lucerna,
y yo me encargo del resto!
- GASTÓN ¿Vos, Réding?... (Confuso y sin acertar.)
- RÉDING Y ahora, en albricias
de tu libertad, corriendo
á remojar la garganta
vamos, Gastón.
(Dirigiéndose á la segunda puerta de la izquierda.)

que me venza no es posible
el amor de una mujer.
En la senda misteriosa
de la vida que emprendí,
con tu sangre generosa
el bautismo recibí.

—
¡Oh, martir querido,
que alientas mi fe,
tu herencia no olvido,
vengarte sabré!
Su brazo potente
la patria alce ya,
y brille el Oriente
de la libertad!

—
¡En vano es que te agites

(Como hablando consigo mismo y oprimiéndose el pecho.)
cobarde corazón,
no sueñes, no palpites,
renuncia á tu pasión!

(Cae abrumado sobre el sillón; oculta el rostro entre las manos, revelando la mayor angustia. CELIA, desde la primera puerta de la izquierda, contempla un momento á Fernando con cariñoso interés; luego avanza algunos pasos, y comienza el diálogo musical.)

ESCENA VI

FERNANDO y CELIA

Duo

CELIA ¿Fernando? (Con amor y solicitud.)

FERN. ¿Celia mía?

(Sorprendido, alzándose del sillón, disimulando y abrazando á Celia.)

CELIA ¿Qué tienes, habla... dí? (Con súplica cariñosa.)

¡En mi pecho confía
la pena que hay en tí!

FERN. No, no es nada. (Esforzándose por encubrir su pena.)

CELIA Prefieres (Con amarga reconvención.)
matarme de ansiedad...

¡Pues dí que no me quieres
(Llevándose el pañuelo á los ojos.)
y dices la verdad!

FERN. ¡Oh, Celia de mi vida (Apasionado.)
mi dulce bien,
esperanza florida
de mi niñez.
Al mirar tu hechicero
rostro gentil,
el arranque primero
de amor senti!
Y hoy contempla delirante
para siempre el corazón,
en su pecho palpitante
arraigada tu pasión.
Y sumido en sueño blando
de ventura y de placer,
hoy confiesa tu Fernando
que te quiere más que ayer.

CELIA ¡Tu secreto me fía, (Insistiendo.)
dí la verdad!

FERN. ¡Infeliz prima mía,
no la sabrás!

A duo

A tí, mi bien, dueño querido,
por siempre al verse unido
va á ser mi corazón
feliz con su pasión.
en lazo estrecho y delirante
de amor puro y constante,
su ardiente frenesí
mitigue el alma en tí.

CELIA ¡Tu secreto me fía,
dí la verdad!

FERN. ¡Infeliz prima mía,
no la sabrás!

FERN.

Destierra el cuidado
de vana aprensión,
su triste nublado
disipe mi sol.

La dicha copiosa
te inunde de paz,
pues mi alma rebosa
de felicidad.

CELIA

Destierro el cuidado
de vana aprensión,
su triste nublado
mi ser disipó.

Si tu alma rebosa
de felicidad,
la mía, dichosa,
se inunda de paz.

—

(HABLADO)

FERN.

¡Oh, Celia del alma mía,
no dudes de tu Fernando!

CELIA

¡Piensa que me va engañando

(Con amarga sonrisa.)

con su aparente alegría!

FERN.

¿Insistes de nuevo?

CELIA

¡Sí!

FERN.

¿No me das crédito?

CELIA

¡No!

FERN.

¿Por qué causa?

CELIA

Porque yo,
Fernando, que adoro en tí,
adivino fácilmente
tu más recóndita idea.

FERN.

¿Qué dices? (Con sonrisa incrédula.)

CELIA

¡Que algo sombrea
la limpidez de tu frente!

FERN.

¡Celia mía!... (Con súplica y disgusto.)

CELIA

¿Tu dolor
pretendes disimular?

¡Qué alma se puede ocultar
à los ojos del amor!
El más ligero placer
ó la más profunda pena,
en misteriosa cadena

pasan del tuyo á mi ser.
¿Tan poco el instinto vale
de una pasión?

FERN. Yo te juro...

(Con súplica y resolución.)

CELIA ¡Al amor constante y puro (Sin hacer caso.)
no hay lince que se le iguale!
Para ver tu angustia clara
basta mi propia ansiedad;
no tengo necesidad
ni aún de mirarte á la cara.

FERN. ¡Oh, Celia!... ¿Qué te propones?

(Sintiéndose mortificado.)

CELIA ¿Del cariño en el crisol, (Con vehemencia.)
no funde un rayo de sol
dos almas, dos corazones?
¡Tus propias palabras!...

FERN. Sí.

CELIA ¡Pues no me abandones más!...

¡Siempre que á Lucerna vas,

(Enjugándose los ojos.)

vuelves otro para mí!

(MATILDE á la primera puerta, pero sin entrar.)

FERN. ¡Cielos! ¿Si habrá sospechado?)

ESCENA VII

DICHOS y MATILDE

MATILDE ¡Hola! (Entrando.)

FERN. ¡Ten juicio! (A Celia.)

MATILDE ¿Parece

que hoy el idilio amanece
tempranito? ¿Han madrugado
las tórtolas más que yo?...

(Besándolos con efusión y cariño.)

CELIA ¡Qué buena sois! (Devolviendo el beso.)

FERN. ¡Madre mía! (Idem.)

MATILDE Gocé de la luz del día

(Formando grupo y teniendo contra su seno á Fernando y Celia. Entusiasmo creciente hasta el final del parlamento.)

el ave que despertó.

Brille la flor hechicera

en su cuna de esmeralda,

protegida por la falda

de la alegre primavera.
Palpíte en la plenitud
de su entrañable pasión,
el dichoso corazón
que rebosa juventud.
Dé el alma su bienvenida
al fuego que la recrea,
porque es señal que alborea
la mañana de su vida.
¡Que el amor en cierta edad
es despertar halagüeño,
para dar en otro sueño
de mayor felicidad!

(Durante el parlamento, Fernando se muestra distraído y Celia triste. Matilde advierte la novedad, y exclama con tono irónico, después de una pausa):

¡Calle! ¿Qué es esto? ¿Hay rencilla
de por medio? Me parece
que hoy el idilio amanece
con alguna nubecilla.
¿Sepamos quién de los dos
tiene la culpa?

(Sentándose en el sillón. Hace una indicación á Fernando y Celia para que se aproximen.)

FERN.

(¡Ay de mí!)

MATILDE

Uno á cada lado. (Arrodillándolos.) Así.

CELIA

Si no merece la pena.

FERN.

Si no es cierto (¡Pobre madre!)

(Ambos miran á Matilde con ternura y amor.)

MATILDE

(¡El retrato de su padre!)

(Esta se recrea en la mirada de Fernando, y exclama aparte, besándole la cabeza con entusiasmo.)

(¡La imagen de Magdalena!)

(Oprimiendo á Celia contra su pecho.)

CELIA

(Debo ser franca por él,
pues quizá lllore algún día
mi silencio.) ¡Madre mía,

(Con resolución y sacando un papel del bolsillo.)
ved la causa, este papel! (Se lo entrega.)

FERN.

Celia, ¿qué has hecho? (Poniéndose en pié y con enojo.)

CELIA

Acudir

por el remedio volando.

FERN.

¡Justo Dios! (Confuso.)

CELIA

Perdón, Fernando, (Arrepentida.)

no lo pude resistir.

(Matilde lee rápidamente el papel y se levanta del sillón como herida por un golpe terrible y manifestando el mayor asombro.)

- MATILDE ¿Qué miro? ¡Cielo piadoso!
¿Un llamamiento á Lucerna?
- FERN. ¡Contra la injusticia eterna (Con resolución.)
y por el mártir glorioso!
- MATILDE ¡Alma y genio á no dudar (Con amargura.)
de su padre ha recibido!
- FERN. Pues si le soy parecido (Sonriendo con orgullo.)
os debe lisonjear.
- MATILDE ¡Corres á tu perdición! (Con severidad y pena.)
- FERN. En holocausto me ofrezco.
- MATILDE ¿Y yo, hijo, nada merezco?
(Reconviniéndole con ternura.)
- FERN. ¡Y la pátria! (Con solemnidad y firmeza.)
- MATILDE ¡Maldición!
(Estruja el papel entre sus dedos y lo arroja al suelo, cayendo después abrumada sobre el sillón. Fernando coge el papel y lo rompe.)

(CANTADO)

- MATILDE ¿Qué es esto, Dios clemente?
¡Piedad, Señor, piedad!
¡Aparta de mi frente
tu rayo celestial! (Transición.)
¡Engañosa cautela,
cual necia en tí fié...
la sangre se revela
ardiente y viva en él!
- FERN. ¡Mi pecho no ha sabido
su secreto guardar!
- CELIA ¡Y yo la causa he sido
del disgusto fatal!
- MATILDE ¿Fernando? (Con angustia.)
- FERN. ¡Madre mía!
¡Me espanta su dolor!
- MATILDE Contempla mi agonía...
- FERN. ¡Oh, sí, perdón, perdón!
(Arrojándose á los piés de Matilde con arrepentimiento y ternura.)
¡Madre adorada,
ser de mi ser,
ya un hijo humilde
besa tus piés.

FERN. Perdona, oh, madre,
la ingratitude,
tú eres mi vida
mi patria tú!

MATILDE (Levantándose.)
Oye mi tierna
solicitud,
tú eres mi vida
mi gloria tú!

FERN. ¡Las memorias del pasado (Transición.)
no se deben evocar!
¡La de un padre desdichado
me persigue sin cesar!

MATILDE Ya sabes, hijo mío, (Abrazándolo.)
el amargo y triste fin
y el infortunio impío
que pesa sobre mí.
Mostróse un día el cielo
clemente á mi dolor,
y un ángel de consuelo
en tí me puso Dios.

FERN. Hacerte, madre mía,
te juro más feliz,
gozar tu compañía,
pensar tan sólo en tí.
Desde hoy filial ternura
mitigue tu dolor,
pues toda la ventura
en tí me puso Dios.

CELIA (Si un miedo exagerado
tan lejos me llevó,
mi pecho enamorado
discúlpeme ante Dios.)

MATILDE ¿Qué más fortuna?
(Abrazando á Celia y á Fernando.)

¿Qué mayor bien?
¡En lazo estrecho
vivir los tres!
Toda mi suerte
se cifra en él.
¡Oh, qué felices
vamos á ser!

FERN.

CELIA

MATILDE, CELIA, FERNANDO

Y de vistosas ricas flores
su gentil corona nupcial
tejiendo vayan los amores
en el regazo maternal.
Y ya sin nubes en el cielo,
goce el alma tierno placer,
en las dulzuras del consuelo
y en las caricias de nuestro sér.

(HABLADO)

MATILDE Gracias mil, hijo adorado,
por tu amorosa ternura:
¿dónde hallarás más ventura
que en tu casa y á mi lado?
Calma el odio que te enciende,
y tu fiero instinto doma,
pues te arrulla una paloma (Señalando á Celia.)
y un águila te defiende.

(Oprimiéndole contra su pecho.)

Deja bendito de Dios
que luzca el amor sus galas,
y anidad bajo mis alas,
que hay sitio para los dos. (Abraza á entrambos.)

FERN. ¡Oh, madre mía, quizá (Con dolor y remordimiento.)
por mostrarnos obediencia,
sacrifique mi conciencia!

MATILDE No, Fernando.

FERN. Bien está. (Resignado.)

MATILDE Sigue docil y prudente
mi consejo cariñoso;
sosiégate, sé dichoso
y olvidarás fácilmente.

- FERN. ¡Ahogue pues la ingratitud
(Con profundo desconsuelo.)
de filial venganza el grito!
- MATILDE ¡La venganza es un delito
y el perdón una virtud!
(Después de un momento de pausa y con mal disimulado disgusto.)
- FERN. ¿Y el crimen de esa ciudad
recordais ya sin enojos?...
- MATILDE ¡La culpa tienen tus ojos,
dulces como la piedad!
¿No acierías? ¿No se te alcanza?
Cuando á tu padre perdí, (Con severidad y energía.)
dentro del alma sentí
un mar de odio y de venganza.
Quise en mi fiera altivez
castigar al asesino;
pero cerrando el camino
tu orfandad á mi viudez,
con voz amorosa y pía
así le dijo llorando:
«¿Qué va á ser de tu Fernando
sin tu apoyo, madre mía?»
Volví la angustiada faz
al impulso del cariño,
tomé en los brazos al niño,
le dí un ósculo de paz,
y amansé la furia loca
de mis terribles enojos
en el cielo de sus ojos
y en los besos de su boca!
¡Que no hay odio ni rencor, (Con entusiasmo.)
aunque rujan como el mar,
que no logre serenar
una mirada de amor!
- FERN. Perdona, madre querida, (Abrazando á Matilde.)
mi obcecación imprudente:
de hoy más seguiré obediente
tus mandatos.
- MATILDE Sí, mi vida;
grábalos en tu memoria,
pues lo que tu madre dice,
sabe, hijo, que lo bendice
un mártir desde la gloria. (Transición.)
(Dirigese á Celia y la toma del brazo.)

Vamos á rezar las dos
en la capilla por él.
¡Venganzas quiere Luzbel,
(Al tiempo de salir, á Fernando, con solemnidad.)
perdonar injurias, Dios!

(Da un beso á Fernando y desaparece del brazo de Celia por la puerta de la derecha, que figura ser la de la capilla. Apenas hecho el mütis, Celia, como aprovechando el momento y recatándose de Matilde, se asoma á la puerta y exclama con rapidez, dirigiéndose á Fernando.)

CELIA ¡Fernando! (Desde la puerta.)

FERN. ¿Qué?

CELIA Si es sincero

(Dando dos ó tres pasos.)
el amor de que blasonas,
¡dí pronto que me perdonas!

FERN. ¡Celia mía! (Abrazándola.)

CELIA Así te quiero.

(Con alegría y volviendo rápidamente al lado de Matilde.)

ESCENA VIII

FERNANDO, profundamente abstraído y como sosteniendo una lucha consigo mismo

Prometida la obediencia,
¿por qué no callas, fiscal,
que me aturdes la conciencia?

¿No es sagrada la influencia
del cariño maternal?

¿Debo seguir mi camino
ó debo retroceder?...

¡Ante una madre me inclino,

(Con resolución y entusiasmo.)

que ella es el lazo divino
que hay entre Dios y mi ser!

(Cae sobre el sillón, manifestando desfallecimiento y congoja. Réding sale por la segunda puerta de la izquierda, llevando en la mano un libro en cuarto, de poco cuerpo, y forrado en pergamino.)

ESCENA IX

FERNANDO y RÉDING

- RÉDING (¡Solo está! ¡Brava ocasión!)
(Cortando el paso y con alegría.)
- FERN. (¡Réding!... ¡Si yo le dijera!...)
(Volviendo un momento la cabeza al rumor de los pasos de Réding, viéndole entrar, y como herido repentinamente por una idea feliz.)
- RÉDING (Hay que darle una lección que le llegue al corazón, y esta es la mejor manera.) (Mostrando el libro.)
- FERN. (¡El fué de todo testigo!)
- RÉDING (Dios me ilumine, y andando.)
(Aproximándose á la batería.)
- FERN. (¿Dudaré de tal amigo?...)
- RÉDING ¡Muy buenos días, Fernando! (Con naturalidad.)
- FERN. ¡Felices!... (No se lo digo) (Abatido y triste.)
(Fernando permanece sentado, y Réding, ora rascándose la cabeza, ora dando vueltas al libro entre las manos, muéstrase algún tanto perplejo. Pausa conveniente.)
- RÉDING ¡Hermosa mañana! (Con indiferencia.)
- FERN. Sí, (Idem.)
muy hermosa.
- RÉDING (Pues señor, (Con resolución)
empiece el ataque.)
- FERN. Dí, (Fijándose en el libro.)
¿qué libro es ese?
- RÉDING (¡Valor!) (Con alegría.)
Un gran libro; no leí
obra más monumental
en mi vida.
- FERN. ¿De qué trata? (Con interés.)
- RÉDING Con estilo magistral,
en ella el autor retrata
una tragedia inmortal.
- FERN. ¿De poeta inglés?
(Lleno de curiosidad, como abrigando una repentina sospecha y alzándose del sillón.)
- RÉDING Inglés.
- FERN. ¡Bah! ¿Y el héroe, de fijo,
príncipe dinamarqués?
- RÉDING ¡Justo! (Con extrañeza.)

- FERN. ¿Se refiere á un hijo
que venga á su padre?
- RÉDING ¡Eso es! (Con asombro.)
- FERN. ¿Hamlet?...
- RÉDING (Interrumpiendo.) Sí, que en la callada
noche y allá en la esplanada
de Elsingór, que así se nombra...
- FERN. Ve, con la vista espantada,
surgir de un padre la sombra!
- RÉDING ¡Que á la venganza le incita, (Marcando las palabras.)
con acento funerario!
(Fernando, creyendo adivinar la intención de Réding, le
replica con rapidez y vehemencia):
- FERN. Por si es aviso, medita,
que el mío no necesita
despojarse del sudario,
ni ser fantasma en el viento
que negra noche evocó,
ni con fúnebre lamento
despertar el pensamiento
de quien nunca le olvidó!
(Queda Réding confuso y desconcertado, deja el libro sobre
un taburete, abre los brazos, se acerca á Fernando y lo es-
trecha con entusiasmo.)
- RÉDING ¡Fernando, hijo mío!
- FERN. ¡Sé
tu intención! (Sonriendo.)
- RÉDING ¡Por Belcebú,
soberbio chasco llevé!
Darte una lección pensé
pero me la has dado tú.
- FERN. ¿Tan ciego estabas?
- RÉDING Creía,
francamente, que dormía
tu corazón, entregado
al cariñoso cuidado
de una madre.
- FERN. ¡Pues rugía
con el fuego abrasador
de mi raza!
- RÉDING Así te quiero:
mas no extrañes mi temor,
porque es capaz el amor
de destemplan el acero, (Transición.)
- FERN. Mira, Réding, es preciso

- que me oigas, que te asegures
de lo inútil de tu aviso,
y que salvarme procures
de un terrible compromiso.
Bien, ya te escucho.
- RÉDING
FERN. Si tuve
que fingir, si en tan violenta
pendiente hasta hoy me contuve,
fué por culpa de una nube
que ya presagia tormenta.
Goza de felicidad (Transición.)
mi madre, soy su delirio;
ella reclama piedad
y venganza mi ansiedad...
¿Qué hacer? ¡Este es mi martirio!
- RÉDING
FERN. Acechar una ocasión;
no eres tan viejo.
- RÉDING
FERN. ¿Es que ignoras
todavía otra razón?
- RÉDING
FERN. ¿Cuál?
- RÉDING
FERN. ¡Que se halle ya el Cantón
revuelto por mí á estas horas!
- RÉDING
FERN. ¿Por qué causa?
- RÉDING
FERN. Hay un escrito
impreso...
¿Qué oigo? ¡Mil balas! (Contrariado.)
¡Y si corre!...
- RÉDING
FERN. ¡Dios bendito! (Interrumpiendo.)
¡No volaba el pobrecito
y hay que cortarle las alas!
¡Qué imprudencia! (Reconviniéndole.)
- RÉDING
FERN. Me valí
de una imprenta clandestina.
- RÉDING
FERN. ¿Y va firmado por tí?
- RÉDING
FERN. No, pero ya se adivina.
- RÉDING
FERN. ¿Hablas de tu padre?
- RÉDING
FERN. Sí.
- RÉDING
FERN. Él tan joven, yo tan viejo,
(Como hablando consigo mismo.)
ambos con el mismo afán!...
¿Quién á quién dará consejo?
¿Pero y si aborta mi plan (Con sobresalto.)
por culpa de este diablejo?
- RÉDING
FERN. ¿Tu plan? (Con alegría y sorpresa.)
- RÉDING
FERN. Sí, mejor hilado

que ese maldito papel
al azar encomendado.

FERN. Pues, Réding, hablemos de él, (Rápido.)
porque el mío ha fracasado.

Todo lo desbarató
una fatal imprudencia...

¡Mi pobre madre vertió
lágrimas en mi presencia!...

y... ¿qué quieres? me venció.

RÉDING Muy bien hecho. (Asombro en Fernando.)

FERN. ¿Y si esa gente

á quien yo vengo impulsando
me espera ya?

RÉDING ¡Dios clemente! (Con cierto énfasis.)

Mientras su Réding aliente
no necesita á Fernando.

FERN. Sí, pero...

RÉDING Escucha y verás

claramente la razón,

y al paso conocerás

que no han estado de más

el aviso y la lección.

En tu casa me crié, (Con alguna solemnidad.)

dióme su pan y su abrigo

tu abuelo, que en gloria esté;

le siguió tu padre y fué

no ya mi dueño, mi amigo.

¡Tú eres el amo postrero,

y cuadre que no te cuadre (Con llaneza y ternura.)

lograr á tu lado espero

mucho más!...

FERN. Te considero,

(Interrumpiendo y con gran respeto.)

casi casi como á un padre!

RÉDING ¡El, Fernando, así lo dijo

(Abrazándole y con mayor solemnidad.)

en trance amargo de suyo,

mostrándome un crucifijo!...

—«¡Réding, cuidarás de mi hijo

tal como si fuera tuyo!

Y en cuanto llegue, añadió,

á la pubertad, si ves

que en él mi sangre se heló

y que mi raza cayó

para extinguirse después,

prosigue tú la emprendida
tarea sin vacilar...

¡que hay una patria oprimida
y otra suerte y otra vida
y otro mundo que ganar!»

(Fernando exclama con entusiasmo, dirigiendo una mirada
al cielo):

FERN. ¡De la gloria en pos de tí
seguiré la senda hermosa!

¡Padre, no dudes de mí!

¡Tu cuerpo duerme en la fosa

pero tu alma vive aquí! (Señalando al corazón.)

RÉDING Fernando, con el intento

de probar tu gallardía

quise pulsarte un momento:

eres bravo, estoy contento,

lo demás es cuenta mía.

¡Remedio implora cercano

(Transición y marcando las palabras.)

la patria, que lucha y gime,

pues con satánica mano

le da vueltas el tirano

al tornillo que la oprime.

Y como ahogarla procura

y urge el tiempo y puede ser

que haya fácil conyuntura,

mañana pienso romper

los hierros de la tortura!

FERN. ¿Mañana? (Con júbilo.)

RÉDING Sí.

FERN. ¿Pero cómo? (Sin comprender.)

RÉDING Ese es mi secreto. (Sonriendo.)

FERN. ¡Qué! (Con enfado.)

¿Dudarás?...

Ni por asomo.

RÉDING ¡Habla ó desiste! (Con altivez.)

RÉDING No á fe. (En tono de seguridad.)

FERN. ¿Y licencia?

Me la tomo. (Con naturalidad.)

RÉDING ¡Réding! (Con acritud.)

¿Représento ó no

á la autoridad paterna?

FERN. ¡Tienes razón, se acabó! (Con humildad.)

RÉDING Oye, por si muero yo,

(Transición y con solemnidad.)

en la ciudad de Lucerna.

FERN.

¿Tú?

RÉDING

¿Quién sabe? (Con triste indiferencia.)

FERN.

¿Y desde cuándo

me puede nadie usurpar
esa gloria?

RÉDING

No, Fernando.

FERN.

¡Es qué!... (Insistiendo.)

RÉDING

¡O me escuchas callando

(Con sequedad.)

ó hemos dejado de hablar!

Once años há que tuvimos (Transición.)

por avóyer á Gualterio;

¿sabes por qué nos hicimos

tan dura guerra y perdimos

á tu padre?

FERN.

No es misterio.

RÉDING

Fué desdeñado rival

de Gésner, en el amor

de una dama principal.

FERN.

Sí, de mi madre.

RÉDING

Cabal.

¡De ahí proviene su rencor!

Apenas el ofendido

Gualterio logró encumbrarse,

puso todo su sentido...

FERN.

¡En la idea de vengarse (Interrumpiendo.)

como se venga un bandido!

RÉDING

¡La revuelta del Cantón

dió pretexto y ocasión

al criminal impudente!... (Transición.)

Más dejemos su traición
y hablemos de lo presente.

Segunda vez ha logrado

recibir la investidura

de avóyer ese malvado...

FERN.

Sí, de nuevo han deshonrado (Interrumpiendo.)

tan alta magistratura.

RÉDING

La absorbente oligarquía

lo quiso así.

FERN.

¡Infamia eterna!

RÉDING

¡Pues bien, ha llegado el día

(Con resolución y brío.)

de arrojar la tiranía

por los muros de Lucerna!

¿Qué es un déspota inhumano
ante su pueblo? Gusano
que de seda se vistió:
¡levanta el pueblo la mano,
lo desnuda y se acabó!

FERN. ¡Con tus palabras de fuego (Abrazando á Réding.)
se enciende el alma!

RÉDING Pardiez, (Calmándole.)

pues tenga el alma sosiego
y aguárde en su encono ciego
à que le llegue su vez.

Si acaso en esta jornada (Transición.)
muero yo...

FERN. ¡Réding!

RÉDING ¡Escucha! (Con solemnidad.)

en cuanto sea llegada
la edad de ceñir espada,
vuela entonces á la lucha.
Y si Dios, que mide y pesa
el bien y el mal, se interesa
por darte días de gloria,
ven á cantar tu victoria
sobre el polvo de mi huesa.

¡Y no te juzgues hablando
con los aires fugitivos,
porque los muertos, Fernando,
como están siempre callando
oyen mejor que los vivos!

FERN. No abrigues en tu conciencia
tan fatal presentimiento.

¿Dudar de la Providencia
hombre de tanta experiencia,
sabiduría y talento?

ESCENA X

DICHOS, MATILDE y CELIA

MATILDE ¡Réding! ¡Fernando! (Dentro)

RÉDING ¿Qué pasa?

MATILDE ¡Venid corriendo, mirad!
(Saliendo precipitadamente con Celia.)

¡Las tropas de la ciudad
están cercando la casa!

(Señalando por el arco central hacia el foro derecha. Ré-

ding y Fernando se aproximan también al foro y miran en el sentido que indica Matilde.)

FERN. ¡Maldición! (Desconcertado.)
MATILDE ¿Qué significa?...

(A Fernando con ansiedad.)

FERN. ¡Oh, madre mía; que he sido inicuamente vendido!

MATILDE ¡Vendido!... ¿Por quién? ¡Explica!

(Con gran confusión.)

RÉDING ¡Dios de Dios! ¿Veis al extremo

(Indicando hacia la derecha del fondo.)

de la ensenada un esquiife, que doblando el arrecife se aproxima á todo remo?

FERN. ¡El del avóyer!

(Después de mirar al exterior y con acento de rabia.)

MATILDE ¡Ah! (Con terror.)

RÉDING ¡Sí! (Lleno de confusión.)

MATILDE ¡Sal, huye, escapa volando!

(A Fernando con rapidez y miedo.)

RÉDING ¡No, ya es tarde! (Sin dejar de mirar al exterior.)

MATILDE ¿Qué?... ¡Fernando, hijo mío, por aquí!

(Empujándole por la segunda puerta de la izquierda y cerrándola luego.)

RÉDING ¡Siento que voy á estallar de Gualterio en la presencia.

(Con indignación y como hablando consigo mismo.)

MATILDE ¡Prudencia, Réding, prudencia!

(En tono suplicante.)

Tú, Celia... sin replicar.

(Indicándole con la mano que se retire por la primera puerta de la izquierda.)

CELIA ¡Dios santo! (Al entrar)

MATILDE ¡Dadme valor! (Al cielo.)

RÉDING ¡Que no se hundiera el bajel

y ese demonio con él! (Con ira reconcentrada.)

¡Ya amarran!

(Suena el ruido que produce una cadena al chocar contra un embarcadero.)

MATILDE ¡Piedad, Señor! (Al cielo, con dolor.)

(Suena la marcha del avóyer en la orquesta.)

RÉDING Pongamos la frente erguida

(Como haciendo un esfuerzo de disimulo y con cierto énfasis.)

y arreglemos el semblante.

¡Aquí está!

(Se ve pasar á Gualterio seguido de su guardia á través del enverjado de la derecha.)

MATILDE (¡Llegó el instante (Con terror profundo.)
más amargo de mi vida.)

ESCENA XI

DICHOS y GUALTERIO

GUALT. ¡Dios os guarde!
(Entrando por la derecha y quitándose el sombrero. Los soldados quedan cerrando la salida.)

MATILDE ¡Cómo! ¿Vos
por mi casa? (Aparentando extrañeza.)

GUALT. Despejad.
(A los soldados, que se retiran enseguida por la derecha.)

MATILDE ¿Qué manda la autoridad?
RÉDING De la que nos guarde Dios.

(Con tono irónico y santiguándose.)

MATILDE ¡Réding!... (Con enfado)

GUALT. Si estáis al abrigo

(A Réding, sonriendo y aparentando calma.)

de inmunidad protectora

¿qué teméis? (Oíd, señora;

(Pasando al lado de Matilde.)

¡si he de hablar sobra un testigo!) (Por Réding.)

MATILDE Retírate. (A Réding)

RÉDING (¡Por la cruz!... (Vacilando.)

¡A la menor ligereza (Al retirarse de la escena.)

le sepulto en la cabeza

la bala de un arcabúz!) (Váse foro izquierda.)

ESCENA XII

MATILDE y GUALTERIO

(Pausa.)

GUALT. (¡Mostrarse el alma procura
(Mirando á Matilde con interés y sonriendo amargamente.)
inflexible en sus enojos
y no se sacian mis ojos
de contemplar su hermosura!
¡Oh, misteriosa pasión,

que así en mi pecho despiertas,
cuán francas tiene sus puertas
para tí mi corazón!

MATILDE (¿Deberé tratarle altiva (Reflexionando.)
ó por el contrario humilde?)

GUALT. Ya estamos solos, Matilde.

MATILDE ¡Hablad! (En tono digno y severo)

GUALT. Siempre tan esquiva. (Con despecho.)

MATILDE Sed breve, yo os lo suplico. (Con disgusto.)

GUALT. ¡Paciencia! (Sonriendo con amargura.)

MATILDE ¡Cielos! (Con dolorosa resignación.)

GUALT. ¡Paciencia!

Qué, ¿os da espanto mi presencia?

Qué, ¿si os hablo os mortifico?...

¡Lo sé, Matilde, y quizás

á costa de mi dolor,

pues soy atormentador

de aquello que quiero más!

MATILDE ¡Oh, no insultéis la memoria

(Con repugnancia y altivez.)

de vuestra víctima!

GUALT. ¿Mía? (Con extrañeza y desdén.)

El juez le impuso en su día

la sentencia expiatoria.

MATILDE ¿Sentencia llama un rival (Con indignación.)

á su venganza? ¡Pardiez!

¿Pero se olvida ese juez

de que hay otro tribunal?

¡Y no le doy mal trabajo

(Entonación rápida y sonriendo sarcásticamente.)

si ha de engañar al de arriba,

que juzga en definitiva

todo lo que pasa abajo!

GUALT. ¿Temer la justicia eterna?

¡Eso vos!

MATILDE ¡Misericordia! (Con asombro y enojo)

GUALT. ¡Manzana de la discordia

entre el Cantón y Lucerna!

MATILDE ¿Por qué?

GUALT. ¡No seáis procaz!

MATILDE ¡Ah, sí! ¡Porque vida y fe (Sonrisa amarga.)

á otro hombre le consagré!

GUALT. ¡Dejadle dormir en paz! (Con mal talante.)

MATILDE Duerme en paz, no tengáis duda,

(Marcando las palabras.)

tranquilamente reposa,
viendo que el amor de esposa
no se ha extinguido en la viuda.
¡Ensanchar á su sabor (Con pasión y entusiasmo.)
pudo la muerte mi lecho,
mas no arrancarme del pecho
las raíces de su amor!
¡Alimentáis un delirio
insensato!

GUALT.

MATILDE

¡Llegará
día, en que el cielo os hará
responder de aquel martirio!

GUALT.

MATILDE

¡Bah! no me arredra. (Con indiferencia.)
¡Lo siento

por vos, por la fría calma
que reveláis!... ¿l'enéis alma?
¡pues tenéis remordimiento!

GUALT.

¡Alma tuve y la perdí!... (Con amarga sonrisa.)
¡Siempre que os encuentro á vos
doy con ella!

MATILDE

GUALT.

MATILDE

GUALT.

¡Justo Dios! (Con acento repulsivo.)
¿Lo dudáis acaso?

¡Sí!
¡Culpad al soi, que le plugo
(Con exaltación amorosa.)
negarme sus resplandores!

MATILDE

GUALT.

¡Ah! Qué mal sientan las flores (Con repugnancia.)
en el hacha del verdugo!
¡Y aún late aquí mi pasión!...
(Oprimiéndose el pecho.)

MATILDE

GUALT.

¡Y aún vibran aquí sus ecos! (Señalando sus labios.)
¡También hay árboles huecos
que viven sin corazón!
Señora, tened presente
(En tono amenazante y profundamente irritado.)
que hostilizáis á una liera
mal dormida, que pudiera
arrollaros fácilmente.

MATILDE

GUALT.

(¡Es verdad! ¡He cometido (Anonadada y confusa.)
quizá una imprudencia loca!...
¡Se subió el odio á la boca
y dí á Fernando al olvido!)
¡Matilde, para cumplir (Pausa breve y transición.)
con mi augusto ministerio
vine á esta casa!

- MATILDE Gualterio,
no adivino.
- GUALT. ¿A qué fingir?
Cuando tiene la milicia
una vivienda cercada,
será por algo.
- MATILDE O por nada.
- GUALT. Con justicia.
- MATILDE O sin justicia.
- GUALT. Y suele el reo... (Con intención aviesa.)
- MATILDE (¡Ay de mí!) (Acongojada.)
- GUALT. Ser de pena capital.
- MATILDE ¿Más dónde está el criminal? (Disimulando.)
- GUALT. ¿En dónde? En su casa, aquí.
(Sonriendo satánicamente.)
- MATILDE ¿Qué nueva trama inventó
vuestra perfidia cruel?
- GUALT. Hojead este papel, (Marcando las palabras.)
más elocuente que yo.
(Saca del pecho dos pliegos de papel amarillento, el uno impreso en recios caracteres, y el otro manuscrito. Toma Matilde el primero y lo recorre con la vista rápidamente.)
- MATILDE (¡La alocución de Fernando
impresa?... ¡Cielo bendito! (Confundida.)
- GUALT. Ved al autor de ese escrito.
(Mostrándole el segundo pliego, pero sin soltarlo.)
- MATILDE ¡Justo Dios!
(Anonadada al reconocer la letra de Fernando, y apoyándose en el sillón convulsa y sin aliento.)
- GUALT. Así, temblando.
(Sonriendo con aire de triunfo.)
- MATILDE ¡Ah, Gualterio, por piedad!
¿Dais valor á la imprudencia
de un niño? ¡Tened clemencia!
- GUALT. En llegando á cierta edad,
(Con cierta complacencia cruel.)
se delinque!
- MATILDE ¡Basta! Creo
(Con indignación y valentía.)
adivinar la infamante
vil intención!
- GUALT. Adelante. (Con indiferencia.)
- MATILDE ¡Vuestro impúdico deseo!
¿Pensáis que obligada voy

al sacrificio espantoso
de mi honra?...

FERN. ¡Dios poderoso!

(Lanzando un grito, abriendo la puerta y presentándose en escena.)

GUALT. ¡El!... (Al verle)

MATILDE ¡Hijo mío!

(Corriendo al encuentro de Fernando y estrechándole en sus brazos.)

FERN. ¡Aquí estoy!

(A Gualterio, con altanería y desprecio.)

MATILDE ¡Oh, Fernando de mi vida!

FERN. ¡Madre, valor! (Sube Gualterio hasta el foro.)

MATILDE ¡Fiera suerte!

(Con profunda desesperación.)

GUALT. ¡Soldados! (Llamando por el foro derecha.)

MATILDE ¡Mi honra ó su muerte!

(Horrorizada.)

GUALT. ¡Custodiad esta salida!

(A los soldados, que acuden precipitadamente á la voz de Gualterio, y que se colocan al foro.)

ESCENA XIII

DICHOS, FERNANDO y CELIA, que sale de la capilla al oír las voces de Gualterio

CELIA ¿Qué es esto? (Al salir y con gran espanto.)

¡Fernando! ¡Madre! (Abrazándolos.)

FERN. ¡Oh, Celia mía! (Estrechando con amor á su pecho.)

¡Tirano

(Encaránlose á Gualterio y en el colmo de la ira.)

del Cantón, ser inhumano

y verdugo de mi padre,

cumple el noble ministerio

de exterminar á mi raza;

¡báñate en mi sangre!

(Se oye un ligero rumor de voces al foro, izquierda. Gualterio se acerca á los soldados.)

RÉDING ¡Plaza! (Al foro.)

GUALT. ¡Resistid! (A los soldados.)

RÉDING ¡Atrás!

(Abriéndose paso por entre la guardia, que retrocede al ver que ostenta Réding el collar de representante del Cantón en la Asamblea general.)

ESCENA XIV

DICHOS y RÉDING

RÉDING

Gualterio,

(Con autoridad y energía.)
¿de este collar y blasón
te olvidas? ¡Justicia eterna!
Puede ordenar mi prisión
la Asamblea del Cantón,
no el avóyer de Lucerna!

GUALT.

¡Válgate tu inmunidad!

MATILDE

(Con rabia reconcentrada y sonrisa irónica.)

¡Piedad, Gualterio, piedad!

GUALT.

(Desalentada y convulsa.)

(¿Y vos la tendréis de mí?)

FERN.

(Sonriendo satánicamente.)

¡Ni perdón, ni caridad! (Con altivez á Gualterio.)

¡No quiero nada de tí!

(CANTADO)

FERN.

Yo trabajo sin calma
por undir tu poder,
soy de un Gésner el alma,
soy de un mártir la fe.
Ni á tus plantas me postro,
ni suplico piedad,
que se enciende mi rostro
de pensarlo no más!

GUALT.

(¡La suerte es decisiva,

(Con alegría y como hablando consigo mismo.)

ya están en mi poder!

Su odiosa negativa (Por Matilde.)

mañana venceré.)

RÉDING

(¡Si naciste en la tierra

(Con solemnidad y decisión.)

de Guillermo Tell,

lanza el grito de guerra

y á morir ó vencer!)

MATILDE

(¡Ni habrá mayor tormento

(Como hablando consigo misma)

ni pena más cruel!)

- CELIA (¡Amargo desaliento
 circula por mi sér!)
- MATILDE (Como la triste y rota nave
 (Al cielo, con ansiedad y dolor.)
 pide en su angustia al fiero mar
 la onda sañuda en que se acabe
 de su martirio la ansiedad,
 así una madre sin consuelo,
 despedazado el corazón,
 la dulce muerte pide al cielo
 y paz eterna á su dolor!)
- FERN. (Siento que impulsa mi venganza
 la noble sangre paternal,
 y soy de un pueblo la esperanza,
 que vive ansiando libertad.
 Si hoy el destino me abandona,
 si Dios me niega protección,
 ¡iré á ceñirme la corona
 sobre el cadalso con valor!)
- GUALT. (Con su desdén se anima el fuego (Por Matilde.)
 mal apagado del volcán,
 y á todo trance busco ciego
 la posesión de su beldad.
 Cuanto más honda y apretada
 queda la mina del amor,
 más impetuosa y más airada
 cuando revienta es su explosión!)
- RÉDING (Odio profundo me devora,
 ruge en mi pecho la ansiedad,
 mas no imprudente y á deshora
 debo el combate provocar.
 Ya, por fortuna, no está lejos
 de la venganza la ocasión;
 ¡caiga del alba á los reflejos
 en noche eterna el opresor!)
- CELIA (¡Adiós ensueños de alegría,
 bella esperanza y dulce paz,

ya la mudable suerte impía
hoy me atormenta sin piedad.
Mas al perderse dicha y calma
con los tesoros del amor,
en triste sombra queda el alma
y sin consuelo el corazón!

GUALT. ¡Soldados de Lucerna,
prended al criminal! (Por Fernando.)

(Avanzan dos soldados y se colocan cerca de Fernando.)

MATILDE ¡Los brazos de una madre
á defenderle van!

(Yendo valerosa hacia Fernando y estrechándole en sus brazos.)

FERN. ¡Mostremos ante todo

(A Matilde, con nobleza y valor.)
firmeza y altivez!

MATILDE ¡Gualterio, ve lo que haces!

(En tono amenazante.)

GUALT. ¡Yo cumplo con la ley! (Con dureza.)

MATILDE ¡Ah, tirano abominable (Con exaltación y rabia.)
y verdugo del amor,

que hoy me rompe, miserable,
fibra á fibra el corazón!

¡A la suerte no le pido
más venganza para tí,
que un tormento parecido
al que me haces tú sufrir!

FERN. ¡Pobre madre infortunada, (Abrazándolas.)

Celia hermosa de mi amor,
quede al cielo encomendada
tan cruel separación!

¡Ni me da Lucerna espanto,
ni me asusta el odio vil;
¡mas contemplo vuestro llanto
y comienzo ya á sufrir!

GUALT. (Ni su arrojo me sorprende,
ni me asombra su valor,
de la stirpe que desciende

las virtudes recibió.
Vaya el hijo hacia Lucerna
con aliento varonil,
que vencer el alma tierna
de una madre espero allí.)

RÉDING (¡Dios me tenga de su mano,
Dios enfrene mi furor,
que ya el día está cercano
de acabar con la opresión!
¡Alce el pueblo en su pujanza
para siempre la cerviz,
y persista en su venganza
y no ceje hasta morir!)

CELIA (Si negarme quiso el cielo
la ventura del amor,
aliviar el desconsuelo
de una madre debo yo.
Pues la mía, más dichosa,
desde mundo más feliz,
hoy me infunde cariñosa
el valor para sufrir!)

(Gualterio da la señal de marcha á su guardia, que desfila por el fondo derecha. Los dos soldados que tienen la comisión de prender á Fernando, se aproximan á él para sujetarlo.)

FERN. ¡Adiós, madre querida!
(Las besa tierna y apasionadamente.)

MATILDE ¡Adiós, mi Celia, adiós!
¡Fernando de mi vida!

(Abrazándolo estrechamente y pugnando con los soldados por retener á su hijo.)

GUALT. ¡En marcha!

(Desde el foro, á la voz del avóyer, los soldados arrancan á Fernando de los brazos de su madre.)

MATILDE ¡Maldición! (Desesperada.)

(Cae Matilde en brazos de Réding. Celia se apoya sollozando sobre el respaldo del sillón, como para sostenerse. El avóyer, Fernando y los soldados desaparecen por el foro derecha. Cae el telón.)

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Interior de una capilla bizantina, á dos cajas. Fuerta al fondo; otra más pequeña á la derecha, en primer término, practicable y con cerrojo. A la izquierda, en segundo término, un modesto retablo con dos lámparas encendidas á los costados, una Virgen, altar y berandilla. Frente al retablo una ventana ojival, por cuyo hueco penetra débilmente la claridad de la luna.— Al alzarse el telón aparece MATILDE arrodillada frente al altar y como sumida en profundo éxtasis. Pausa conveniente.

ESCENA PRIMERA

MATILDE, alzándose del suelo

(CANTADO)

¡Horas de angustia
y de aflicción!

¡Oh, cuán pesadas
para mí sois!

¡Noche terrible,

(Dirigiendo la vista á la ventana.)

corre veloz,
y de una madre
ten compasión!

—
¡Ni una palabra (Transición.)
de mi Fernando,

ni un solo aviso
de la ciudad!...

La incertidumbre
me va matando.

¡Cesen mis ansias (Al cielo.)
por caridad!

Presurosa en Lucerna
con el alba entraré;
¡que me vea el tirano
sollozando á sus piés!

(Con arranque dramático.)

Mas si persiste en su venganza
de ese verdugo el corazón,
en fiera guerra y sin tardanza,
yo su esterminio ¡juro á Dios!
Si de Lucerna el odio ciego
hiere mi pecho maternal,
pronto en un mar de sangre y fuego
caiga Lucerna sin piedad.

¡Noche terrible,
corre veloz,
y de una madre
ten compasión!

(Queda en actitud reflexiva. Celia aparece por el foro derecha, contempla un momento silenciosa á Matilde, y luego avanza á su encuentro.)

ESCENA II

MATILDE y CELIA

(HABLADO)

CELIA Madre, madre mía. (Con amante solicitud.)

MATILDE ¡Oh, Celia!

(Saliendo de su abatimiento y estrechándola en sus brazos.)

Celia de mi corazón,
compañera en mi tormento,
participe en mi dolor,
no acrescites mi agonía,
y ten firmeza, por Dios.

CELIA ¡Firmeza!... (Sonriendo amargamente.)

MATILDE ¡Sí... que en los cielos

(Tratando de sobreponerse á su desesperada situación y disimulando su angustia.)

reside la protección
de esa Virgen soberana, (Señalando al altar.)
que fué madre, como yo,
y como yo por un hijo
tuvo días de aflicción!

- CELIA A sufrir en este mundo (Con profunda melancolía.)
tan acostumbrada estoy,
que la desgracia en sus brazos
al nacer me recibió.
Mi vida costó otra vida,
digo mal, que fueron dos,
pues al romperse en la tierra
los vínculos de un amor,
pronto á la infeliz esposa
el triste esposo siguió.
- MATILDE Mas ¿no hallaste en tu orfandad
y fiera tribulación
ningún consuelo á tus penas?...
- CELIA ¡Oh, sí, el consuelo mayor!
¡El regazo de otra madre,
(Echándole los brazos al cuello.)
puerto de mi salvación!
- MATILDE Pues vive en él y mitiga
tu pesadumbre y rigor.
Sí, tesoro inapreciable
(Estrechándola contra el pecho.)
que una hermana me legó.
Angel, que al entrar un día
en esta pobre mansión,
el alma de mi Feruando
blandamente aprisionó.
¿No me ves? Yo estoy serena. (Transición.)
¡Y eso que su madre soy!
¿Si él corriese algún peligro,
Celia, lo estuviera yo?
- CELIA Aquí, en el pecho clavado, (Con insistencia.)
rebelde á tu reflexión,
se agita un presentimiento
que me llena de terror...
- MATILDE En cambio el mío asegura, (Interrumpiéndola.)
contra tu vana aprensión,
que ha de estar Fernando libre
antes de que brille el sol.
- CELIA ¡Plegue al cielo que así sea!
- MATILDE ¡Me lo dice el corazón!
Y ahora á descansar un rato (Transición.)
hasta que amanezca Dios. (Le da el brazo á Celia.)
- CELIA ¡Dormir!... (Moviendo tristemente la cabeza.)
- MATILDE Sí, Celia, es preciso
calmar la imaginación,

- y que restaure las fuerzas
el sueño reparador.
- CELIA Veré de cerrar los ojos.
- MATILDE Ya dormirás.
- CELIA ¡Eso no! (Con arranque apasionado.)
¡Que tengo por cabecera
los cuidados del amor!
- MATILDE Vamos, hija mía, vamos.
(¡De angustia muriendo estoy!)
(Da algunos pasos, vacila y se apoya en la barandilla.)
- CELIA ¡Oh, Jesús! ¡Madre! (Con sobresalto y sosteniéndola.)
- MATILDE No es nada. (Reponiéndose.)
Un vahido; ya pasó.
- CELIA ¡Quiere aparecer tranquila
y la vende su aflicción!
- MATILDE ¡La calle de la Amargura,
(A la Virgen con acento ferviente.)
como tú, cruzando voy;
socórreme, Virgen santa,
no me niegues tu favor!)
(Aparece Réding por el foro, entra y se coloca á la derecha.)
(Réding, calla. Pronto vuelvo.)
(Saliendo por el foro izquierda.)
- CELIA (Sí, volveremos las dos.)
(A Réding, con viveza, al salir también por el foro.)

ESCENA III

REDING, dirigiendo la mirada al foro izquierda

- ¡También ella!... Por lo visto
conoce nuestra intención,
y pretende acompañarnos
por esos valles de Dios... (Acercándose á la batería.)
¡Disparate! No debemos
consentirlo, no señor.
¡Digo, si la niña tiene
viveza y resolución!...
Qué mucho que tan temprano
despierte en ella el valor,
si se caldea su pecho
con la sangre del Tirol.
- GASTÓN ¡Señor Réding! (Desde la primera caja derecha.)

RÉDING

Juraría

que han llamado...

GASTÓN

¡Abrid! ¡Soy yo! (Golpeando en la puerta.)

(Descorre Réding el cerrojo, y entra Gastón limpiándose el sudor, descubriéndose la cabeza y muy fatigado.)

ESCENA IV

RÉDING y GASTÓN

RÉDING

¡Gastón! (Con alegría al verlo.)

GASTÓN

Buenas... noches

(Con sobrealiento de cansancio.)

RÉDING

¿Dí, (Con ansiedad.)

habla, cuenta, qué sucede?...

GASTÓN

¡Tengo una sed! ¿No se puede?

(Haciendo la señal de empinar.)

¿No hay cerveza por aquí?

RÉDING

¡Después! ¿Y el plan?

GASTÓN

¡Adelanta,

va viento en popa!

RÉDING

¿Sí?..

GASTÓN

Pero,

señor Réding, lo primero

es remojar la garganta.

RÉDING

Luego, más tarde.

GASTÓN

¡Si estoy

seco de tanto remar!

RÉDING

¡No bebas antes de hablar!

Conque, empieza.

GASTÓN

¡Bueno, voy!

(Con dolorosa resignación.)

Se supo rápidamente

la detención de Fernando,

y yo me puse volando

à trabajar à la gente.

Estudié la situación,

aprecié la novedad,

y ví que está la ciudad

casi à merced del Cantón.

RÉDING

Si no se hallase cercada

de muros.

GASTÓN

¿Y la poterna

del palacio de Lucerna,

no os parece buena entrada?

- RÉDING ¡Diantre! ¡Se burla de mí
ó está loco de remate!
- GASTÓN ¿He dicho algún disparate?
- RÉDING ¿Pero, hablas en serio?
- GASTÓN Sí.
- RÉDING ¿Y la guardia?
- GASTÓN ¡El jefe de ella
es esta noche Cristián!
- RÉDING ¿Quién? ¿Tu primo el capitán?
- GASTÓN El mismo.
- RÉDING ¡Bendita estrella! (Con alegría.)
¿Y le hablaste ya?
- GASTÓN Le hablé.
Hará lo que se le mande.
- RÉDING ¿Y los soldados?
- GASTÓN ¡Con que ande
vino en abundancia... qué!
- RÉDING No es mal recurso.
- GASTÓN El mejor,
sin que duda alguna os quepa. (Transición.)
Yo siempre que hallo una cepa,
saludo á un conquistador.
Pues sé que un vaso de tinto,
cuando dice ¡allá me subo!
tiene más fuerza que tuvo
en su tiempo Cárlos Quinto.
- RÉDING Dejemos bromas á un lado,
y hablemos de lo que importa,
que se hace la noche corta
y va creciendo el cuidado.
¿Y del Consejo, Gastón,
no se ha dicho cosa alguna?
- GASTÓN Que se halla entre doce y una
convocado.
- RÉDING ¡Maldición!
¡Ese Gualterio insensato
pretende de un fallo injusto
ampararse!..
- GASTÓN Si es su gusto...
- RÉDING ¡Sería un asesinato!
- GASTÓN ¿Y á él qué le importa?
- RÉDING ¡Verdad!
¡Su capricho es ley! Por eso
es necesario que el preso
quede hoy mismo en libertad.

- Y no demorar la lid
y en ella arriesgarlo todo...
Si hay novedad, ¿de qué modo (Transición.)
podrás avisarme?
- GASTÓN Oid. (Meditando un momento.)
¡Si lo sentencia el Consejo,
en la torre de Lucerna
pondré una luz! ¡Si hay poterna
franca!..
- RÉDING ¡Sigue! (Con ansiedad.)
GASTÓN ¡El himno viejo!
(Marcando mucho las palabras.)
RÉDING ¡Cómo! ¿En el reloj?
GASTÓN ¡Caball! (Sonriéndose.)
RÉDING ¿Lo conservaste?
GASTÓN ¡Pues no!
¿Pensáis que me olvido yo
(Con cierto orgullo patriótico.)
ni un día del Surental?
- RÉDING ¡Bien está! Vuelve enseguida
à Lucerna, y sin demora
ponte en acecho.
- GASTÓN En media hora
doy la vuelta.
- RÉDING Bueno. ¡Y cuida
sobre todo de evitar
un mal paso, una imprudencia!
Es inútil la advertencia.
- GASTÓN ¡Sé que me pueden ahorcar!
¿Conque una luz en la torre?..
RÉDING ¡Señal de condenación!
GASTÓN ¡Y el himno!..
RÉDING ¡Adentro!
¡Gastón, (Abriendo la puerta.)
aprieta esa mano y corre!
Voy, pero antes...
- GASTÓN Pronto. (Con impaciencia.)
RÉDING En suma,
GASTÓN no vendría mal un trago.
- RÉDING ¡No hay! (Empujándole para que se marche.)
GASTÓN Es que... (Suplicando.)
RÉDING ¡Bebe en el lago!
(Dándole un empujón.)
GASTÓN ¡Mil gracias! ¡Tengo reuma! Al salir.)
(Réding vuelve à cerrar la puerta.)

ESCENA V

RÉDING

¡Dios su inspiración nos dé
y la Virgen nos asista!
¡Cuánto tarda! (Mirando al foro.) ¿Deberé
referirle la entrevista
de Gastón? ¡No! ¿¡'ara qué?

(Haciendo un gesto de desconfianza.)

(Entra Matilde por el foro con un manto negro al brazo que
dejará sobre la barandilla del altar.)

ESCENA VI

RÉDING y MATILDE

MATILDE ¡Aquí estoy! (Desde el foro.)

RÉDING ¿Y Celia?

MATILDE Duerme

RÉDING ¿Duerme ó lo finge?...

MATILDE No hay duda:

he podido convencerme.

RÉDING Más vale así. (Pausa corta.)

MATILDE ¡Vas á hacerme

un favor!

RÉDING ¡Mandad!

MATILDE La viuda (Con solemnidad.)

del héroe, del caudillo

que hundió la frente serena

al estrago del cuchillo,

pide un relato sencillo

de aquella terrible escena!

RÉDING ¡Tal recuerdo!...

MATILDE Sí, ¡pardiez!

En esta noche sin calma,

da tortura á mi viudez,

aunque estallen á la vez

todas las fibras del alma!

RÉDING ¡Qué obstinación! (Con disgusto.)

MATILDE ¡Pero, dí!

¿No comprendes que soy madre?

¡Capaz en mi frenesí,

por salvar á un hijo...

RÉDING

¡Ah, sí!

(Como adivinando el sentido de las palabras de Matilde y con rapidez.)

MATILDE

¡Pucs háblame de su padre! (Pausa corta.)
Quiero el relato escuchar
de hinojos. (Se arrodilla cerca del altar.)

RÉDING

Voy á empezar.

(Con embarazo y tristeza.)

¡Dejó la impresión aquella
en mi cerebro tal huella,
que no se puede borrar!

¡Aún me asalta en fiera lidia
aquel cuadro, al resplandor
amarillo de la envidia,
hecho entre sombra y perfidia
por la mano de un traidor!

¡Aún oigo el grito marcial
de la patria, y sobre el eco
del clarín del Surental,
la campana funeral
y del hacha el golpe seco!

¡Aquellos tristes despojos
de humeante sangre rojos,
aquella faz noble y mística,
aquellas horas de angustia,
no se apartan de mis ojos! (Transición.)

Noche horrible, cárcel fiera;
dentro oración y agonía,
rumor y misterio fuera,
alta y redonda vidriera,
y en ella el albor del día.

Al irradiar mortecino
de lámpara misteriosa,
se ve un retablo mezquino,
y á un seglar y á un capuchino
en plática religiosa.

Sintiendo el martir cercana
la terrible ejecución,
pues vió entrar por la ventana
la muerte con la mañana,
quiso hablarme en su prisión.

Lo supe, llegué volando,
esperé, se alzó del suelo
y así me dijo:—«Te mando
»ser escudo de Fernando

»y de su madre consuelo.
»A la noble esposa advierte
»que me guarde en su memoria,
»que sea animosa y fuerte,
»y que perdone mi muerte
»y que la espero en la gloria!»

Dijo, la puerta se abrió,
sonó la hora infortunada,
la escolta lo arrebató,
y él al cadalso marchó
con la frente levantada!
Seguile ciego, anhelante,
corrí á la plaza, empujé,
avanzo, paso adelante...
¡era llegado el instante,
y en él mis ojos clavé!

Los suyos también senti
que se fijaban en mí,
como si en el trance amargo
repiteasen el encargo
que en la prisión recibí.
Y cuando el golpe sangriento
lo arrojó en la eternidad,
con desgarrador acento
resonó en mi pensamiento
la palabra lealtad.

Y cuando al ponerse el día
tomé de la enhiesta lanza
aquella cabeza fría,
parece que aún me decía:
¡Venganza, Réding, venganza!

(Matilde, herida en el corazón por las últimas palabras de Réding, se alza del suelo y exclama con resolución heroica.)

MATILDE

¡Sí, venganza, pronto, hoy mismo!
¡Pero tremenda, mortal!
¡Si olvidé tanto heroísmo, (Al cielo.)
discúlpeme el egoísmo
del cariño maternal!

(Suena una trompa en lontananza.)

¡Oyes? ¡Lejano rumor!

RÉDING

Gente que ya presurosa
acude al Vald, sin temor.

MATILDE

¡Venga la enseña gloriosa
del Surental vencedor!

(Réding se dirige por el foro izquierda, y vuelve luego con

la bandera de Gesner y ciñendo espada. Suena á lo lejos un canto popular. Matilde se aproxima á la ventana como atraída por el coro nocturno, y permanece silenciosa hasta que lo determina el diálogo.)

(CANTADO)

(Coro en lontananza)

Volemos al combate,
alcemos ya las manos,
la espada nos rescate
y caigan los tiranos.
Otorgue el Ser divino
su amparo redentor
al pobre campesino
y al triste pescador.

Con ánimo fuerte,
con ímpetu audaz,
busquemos la muerte
ó la libertad.
Amargas cadenas
sepamos romper,
y angustias y penas
se truequen en bien. (Cesa el canto.)

MATILDE ¡Ese canto querido
fortalece mi ser! (Réding aparece al foro.)
BÉDING ¡Sonó el primer rugido
del león lucernés!

(Deja la bandera contra el muro del fondo.)

MATILDE ¡Esposo idolatrado,
(Como dirigiéndose al cielo.)
mi fe, mi eterno amor,
de un hijo infortunado
á la defensa voy!
¡Si acaso en mi porfía
llegase á vacilar,
infunde al alma mía
tu aliento celestial!

RÉDING

¡Yo la victoria
conseguiré,
y al noble martir
vengar sabré!
Guerra al tirano
sin vacilar,
y resplandezca
la libertad.

MATILDE

¡Su airado espectro
lo pide así!

RÉDING

¡Todas las noches
surge ante mí!

¡Cuando en las sombras plácidas
de un sueño sin temor,
cerrándose los párpados,
descansa el corazón,
me asalta en tono lúgubre,
llamándome su voz,
y ensangrentada y lívida
contemplo su visión!

«¡Véngame, dice,
no haya piedad;
doma el orgullo
de la ciudad!
¡Libres los pueblos
vuelvan á ser,
libres los hizo
Guillermo Tell!»

MATILDE

A tu voz, la vida entera
de la patria siento aquí, (Señalando al corazón.)
y la sangre altiva y fiera
de la tierra en que nací!

Tu bélico acento
me infunde valor.

RÉDING

¡Ya llega el momento!

(Como escuchando voces á la parte exterior y cogiendo la bandera. Matilde toma el manto que ha colocado al salir sobre la barandilla del altar y se lo echa al brazo.)

¡Ya la hora sonó!

MAT. Y RÉD. ¡En esta hora suprema (A Réding.)
y al tiempo de partir...
juremos, por la Virgen,
(Extendiendo la mano y con gran solemnidad.)
vencer ó morir!

MATILDE

Ya la señal guerrera
los valles atronó,
ya el alma va ligera
á unirse con su amor.
Encuentre al hijo amado
mi pecho maternal,
y el siervo encadenado
justicia y libertad!

RÉDING

Ya la señal guerrera
los valles atronó,
ya brilla la bandera
que Gésner tremoló.
Encuentre al hijo amado
su pecho maternal, (Por Matilde.)
y el siervo encadenado
justicia y libertad!

(Matilde desaparece por la derecha, seguida de Réding quien al tiempo de salir deja entornada la puerta. Sigue la música en la orquesta acompañando los versos de la escena siguiente.—Pausa.)

ESCENA VII

CELIA, que aparece por el foro con manto puesto y presa de la mayor agitación

¡Dios santo! ¡Partieron ya! (Al foro.)
¡Sueño fatal!... ¡Llegué tarde! (Avanzando.)
¡Me juzgan debil, cobarde!...
¡Desconfían!... ¡Bien está!
¡Oh, qué hacer! ¡Pobre de mí!
Sola, triste, abandonada...
¿Ruido? (Escuchando á la izquierda.)
¡La puerta entornada! (Reparando.)

(Desde la ventana.)
¡Son ellos! (Mirando.) ¡Se embarcan! ¡Sí!
¡Madre! ¡Madre!... ¡Por favor!
(Llamando con ansiedad.)
¡Espera!... ¡Llego volando!...
¡No quiero que tu Fernando
dude nunca de mi amor!
(Desaparece rápidamente por la puerta derecha.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Salón á tres cajas ricamente ornamentado; puerta al fondo, otra más pequeña á la izquierda en primer término; á la derecha, también en primer término, balcón cerrado, pero practicable.— Dos candelabros encendidos y fijos en el muro central, á derecha é izquierda de la puerta.— Aparecen por el foro izquierda los consejeros de Lucerna y avanzan en dos filas precedidos del avóyer GUALTERIO.

ESCENA PRIMERA

GUALTERIO y coro de consejeros

(CANTADO)

GUALT. Patricios de Lucerna,
Gobierno del Cantón,
la salud de la patria
reclama nuestra unión.
Presagios de tormenta
vislumbro por do quier,
y en pos de un nuevo Gésner
la lucha renacer.

Una parte del CORO.

El arbol que retoña
debemos extirpar.

Otra parte.

Hacer necesitamos
un castigo ejemplar.

GUALT. ¡Ejemplar y terrible!
¡Perentorio y veloz!

TODOS Gualterio, ve que estamos
pendientes de tu voz.

GUALT. En el duelo á muerte
que entablado está,
nuestros enemigos
no duermen jamás.
Los pasados fueros
quieren recobrar
y odian por instinto
nuestra potestad.

TODOS Quieren los pasados
fueros recobrar,
y odian por instinto
nuestra potestad.

GUALT. Desde que triunfaron
en el Surental,
viven con el ansia
de la libertad.
¡Ellos ó nosotros,
no hay que vacilar!...
Este es el dilema
y esta es la verdad.
A vuestras nobles inclitas manos,
pido una pronta resolución,
ved que peligran los ciudadanos,
pues de Lucerna los jueces sois!

TODOS Puesto que pende de nuestras manos
dar una pronta resolución,
ya que peligran los ciudadanos,
cumplan los jueces su obligación.

GUALT. Y CORO ¡Mientras viva un Gésner,
tiemble la ciudad!
Vamos con urgencia
á deliberar.

¡Ellos ó nosotros!

Esta es la verdad.

¡Siervos ó patricios!

No hay que vacilar.

(Vase el coro por la puerta de la izquierda. Gualterio queda silencioso un momento, acompañando con la mirada la marcha de los consejeros.)

ESCENA II

GUALTERIO con sonrisa de triunfo

(HABLADO)

¡Bien, magnífico, adelante;

ni flaqueza, ni desmayo!

Corred á forjar el rayo,
armad mi diestra un instante!

Sea la gente patricia

mi cómplice sin tardanza

é instrumento á mi venganza

la espada de la justicia.

Conviértase el tribunal

en encubridor fatídico

que le dé al crimen jurídico

todo su aspecto legal.

Así, patricios, así;

docilidad, sumisión.

¡Reyezuelos del Cantón,

de rodillas ante mí!

(Aparece Gastón al fondo derecha.)

ESCENA III

GUALTERIO y GASTÓN

GASTÓN

¡Señor! (Desde la puerta).

GUALT.

¿Quién? ¡Hola! ¿Eres tú?

Gracias á todos los diablos (De mal talante.)
que te echó la vista encima.

GASTÓN

(Buen principio.)

GUALT.

Estoy tentado
por cuenta de aquella cuenta,

(Con intención y marcando las frases.)

de hacerte algún adelanto.

- GASTÓN (Buen postre.)
- GUALT. ¿Dónde te metes?
- GASTÓN ¡Qué espléndido y qué bizarro!
- GUALT. Hace dos horas y media lo menos que te he llamado.
- GASTÓN No, pues yo...
- GUALT. ¡Calla!
- GASTÓN (Da gusto rozarse con este cardo.)
- (Sigue aparentando gran humildad.)
- GUALT. No me pongas esa cara de hipócrita redomado, porque es inútil. Ya sabes que nos conocemos...
- GASTÓN ¡Malo!
- (Rascándose la cabeza y con desaliento.)
- Me parece que el avóyer ha debido saber algo.)
- GUALT. ¿Qué murmuras entre dientes?
- GASTÓN Señor, nada... Estoy rezando porque dé sin contratiempo la una el reloj de palacio.
- ¡No olvido ciertas promesas!
- GUALT. ¡Bah! Descuida, seré exacto.
- GASTÓN (Y yo, como aquel del cuento, en un verbo te despacho.) (Transición.)
- GUALT. Oye, Gastón, si deseas hacer méritos, si el plazo pretendes que se dilate del consabido regalo, á las siguientes preguntas respóndeme sin engaños.
- GASTÓN (Siempre que á mí no me importe lo que vayas preguntando.)
- GUALT. Quiero la verdad desnuda.
- GASTÓN ¿Desnuda, y á ti? ¡Con manto!
- GUALT. Sinceridad.
- GASTÓN Sí, señor.
- (Como tres y dos son cuatro.)
- GUALT. Tú, que por razón de oficio te has de hallar á cada paso en relación con las gentes de los pueblos comarcanos, en tus recientes salidas, ¿ningún síntoma has notado

- de malestar ó disgusto,
de impaciencia ó sobresalto?
- GASTÓN Ninguno. (Vayan verdades,
pero forradas de paño.)
- GUALT. ¿Tampoco en Múnster?
- GASTÓN Tampoco.
- GUALT. ¿Nada?
- GASTÓN Nada.
- GUALT. ¡Diantre! ¡Es raro!
- GASTÓN (¡Dudar y vivir á oscuras,
condición de los tiranos!) (Pausa.)
- GUALT. Dí, ¿visitas el castillo
de Gésner?
- GASTÓN De cuándo en cuándo.
- GUALT. ¿Y hace mucho?
- GASTÓN Unos seis meses.
- GUALT. ¡Buen reloj!
- GASTÓN ¡Mal parroquiano!
- GUALT. ¿Conocerás á la viuda?
- GASTÓN ¡Digo!
- GUALT. ¿Qué? (Con interés.)
- GASTÓN ¡Que es un bocado!...
- GUALT. ¡Cuidadito con la lengua!
- GASTÓN Basta, señor, me la trago. (Otra pausa.)
- GUALT. ¿Y qué me cuentas de Réding?
- GASTÓN (¡Ojo, que apuntan al blanco!)
(Eludiendo la respuesta y sacando el reloj de bolsillo lo
consulta rápidamente y con ansiedad.)
(¡Pero ese reloj maldito,
tres minutos retraso!)
- GUALT. ¿Estás sordo? (De mal gesto.)
- GASTÓN (¡Tres minutos!
¡Cielos! ¿si se habrá parado?)
Creo en Dios Padre... (Rezando por lo bajo.)
¡Gastón!
- GUALT. (Asiéndole por un brazo y con aspereza.—Suena la marcha
de avóyer en el reloj y luego dá la una.)
- GASTÓN ¡Ah! (Con alegría.)
- GUALT. ¿En qué estará pensando? (Con extrañeza.)
- GASTÓN En eso, señor, en eso. (Por el reloj.)
- GUALT. La una. (Oyendo la hora.)
- GASTÓN ¡Dios sea loado!
(Ya tiene cuerda esta máquina
(Tocándose el pecho.)
hasta las dos, con que andando.)

- GUALT. A propósito: supongo que ese engendro de tus manos, podrá sonar fácilmente fuera del tiempo marcado.
- GASTÓN ¿Quién lo duda? Hay un resorte dispuesto ya para el caso.
- GUALT. ¿Sí?
- GASTÓN Y en tocándole... ¡El himno suena de patria volando, y dá comienzo el jaleo y á tí te llevan los diablos!
- GUALT. Pues siendo cosa tan fácil, oye bien lo que te encargo. Debe, al despuntar el día, haber un ajusticiado.
- GASTÓN ¿Hoy? (Con curiosidad y terror.)
- GUALT. ¡Hoy! ¿Por qué palideces?
- GASTÓN ¡No sé, dé horror al cadalso!
- GUALT. Cuando una ley lo dispone prueba de que es necesario.
- GASTÓN No lo niego.
- GUALT. Pues, escucha. Apenas sea llegado el trance en que ha de cumplirse de la autoridad el fallo, te asomas á la ventana del reloj, pones cuidado en el hacha del verdugo, y al dar el golpe...
- GASTÓN ¡Dios santo!
- GUALT. (Con horror y angustia.) ¡Suelta en señal de victoria ese toque soberano, y oiga el Cantón la respuesta que da la ciudad al campo!
- GASTÓN (Si yo le arrancase ahora (Con furor reconcentrado.) la existencia á este malvado ¿sería virtud ó crimen?..) (Pausa brevísima.)
- GUALT. (Estoy con ansia esperando la decisión del Consejo.) (Dirigiendo una mirada á la izquierda.)
- GASTÓN ¡Dios me tenga de su mano! (Conteniéndose.)
- GUALT. Voy á ver... (Dando algunos pasos hacia la puerta de la izquierda.) ¡Con que lo dicho!

(A Gastón, y al tiempo de hacer el mutis.)

No te olvides de mi encargo.

(Pausa conveniente. Queda Gastón un momento como anodado.)

ESCENA IV

GASTÓN

¡Si se hundiera de repente
bajo mis plantas el suelo,
si desplomándose el cielo
cayera sobre mi frente,
la impresión, en mi sentir,
fuera menos dolorosa
que la noticia espantosa

que acabo de recibir! (Transición.)

¡Dios mío!... tengamos calma:

busca una idea, Gastón,

poniendo á contribución

las tres potencias del alma.

(Perplejo y como meditando.)

La hora avanza, el tiempo corre,

de guardia está en la poterna

mi primo, duerme Lucerna...

¿Qué falta? ¡Luz en la torre!

A cuatro millas de aquí

ya dispuesto debe hallarse

Réding. ¿Podrá divisarse

el resplandor desde allí?

(Abre el balcón y penetra débilmente la claridad de la luna.)

No es gran distancia en verdad.

Además no considero

que el alto desfiladero

dá de frente á la ciudad.

¿Pero esa luna indiscreta

(Con enojo y mirando al exterior.)

por qué tan diáfana brilla?

Nada, ni una nubecilla

que le sirva de careta.

¡Oh, Diana, deja la noche (Apostrofando á la luna)

cerrada en sombra, y procura

recoger tu vestidura

en el argentado broche!

¡Considera que á ser vas

causa de mil pesadumbres!...
Con que, lo dicho, no alumbres,
que mañana alumbrarás. (Cerrando el balcón.)
Y tú, sabio Constructor, (Mirando al cielo.)

—á cuya vista serena
soles y granos de arena
tienen el mismo valor,—
¿este mundo en que me humillo
ningún arreglo merece?

¿No es hora? ¿No te parece
que le falta algún tornillo?

Y si vale el suplicar,
yo te suplico ¡Dios santo!
que no nos aprietes tanto
porque nos puedes ahogar.

(Transición, pausa breve, dirigiendo la mirada por la izquierda y como apostrofando á Gualterio.)

¡Allí está, mudo, espantable!

¡Como un tigre se pasea
por la estancia!.. ¡Ya olfatea
su víctima!.. ¡Miserable!

(Queda apoyado contra el marco de la puerta, y en actitud reflexiva. Los pajes salen por la derecha del foro.)

ESCENA V

GASTÓN y coro de pajes

(CANTADO)

CORO ¡Aquí está Gastón! (Avanzando lentamente.)

¡Gastón aquí está!

Qué gran proporción,
él algo sabrá.

De tal duda, pues,
salgamos al fin.

¡Mucho ojo, porque es
un buen galopín!

¡Hola, Gastón! ¡buenas noches!

(Aproximándose á Gastón y sacándole de su éxtasis.)

¿Cómo aquí tan solitario?

GASTÓN (Pues señor, sólo faltaban

(Con disgusto y haciendo un esfuerzo para ocultar el estado de su ánimo.)

estas moscas en palacio.)

CORO ¿Qué se dice?.. ¿Qué se cuenta?

¿No has oído?.. ¿Sabes algo?

GASTÓN Sólo sé... que no sé nada,
ni me importa averiguarlo.

CORO Habla con franqueza,
dínos la verdad,
tú lo sabes todo,
no vale el callar.

GASTÓN Sé que vuestros amos
en consejo están:
y que... ¡Id al cuerno!
¡No os aguanto más!

(Tratando de escapar, pero el CORO le cierra el paso y lo sujeta.)

CORO Si acaso te resistes
á dar explicación,
si no eres complaciente,
si no hablas, por favor,
subimos á la torre,
paramos el reloj,
te zurren de lo lindo
y acaba la función.

GASTÓN ¡Señores pajes, (Con terror cómico.)
tengan en cuenta
que hay ciertas bromas
que me revientan!

CORO ¡Ay, Gastón,
qué placer
si el reloj
no anda bien!
¡Ay de tí,
buen Gastón,
si da mal
el reloj!

GASTÓN ¿Os empeñáis? (Con aparente resignación.)
¡Cómo ha de ser!

CORO ¡El caso oid!
Vamos á ver.

GASTÓN

¡Se agitan los patricios;
(Fingiendo un misterio grande y procurando exagerar un poco con objeto de infundir terror á los pajes.)

y tiembla la ciudad,
y acusan los indicios
cercana tempestad!

¡Quizá lleguen volando
los siervos en tropel,
pues ya están pregonando
la guerra sin cuartel!

Y como dicen
que esos salvajes
no tienen pizca
de educación,

¡ay! si os atrapan,
señores pajes, (Con sonrisa burlona.)
temo que os zurren
sin compasión.

Como den
en venir,
ya os podéis
prevenir.

¡Ay, gran Dios,
qué batán,
cuánto voy
á gozar!

(El coro se retira un poco á la derecha, y Gastón se acerca á la puerta izquierda como buscando con la vista á Gualterio.)

CORO

(¡Este bergante, (Murmurando.)

¡viven los cielos!
se está burlando
sin miramiento.

Pronto una felpa
todos le demos,
y que nos pague
su atrevimiento!) (Con misterio.)

(¡Cuatro á la salida

(Se apartan del grupo cuatro pajes que van al foro.)

y á las luces dos!) (Y dos á los candelabros.)

GASTÓN

(¡Algo aquí se trama;

(Por los pajes, y apercibiéndose.)

Veo la intención!)

CORO

(En la mano el cinto

(Desabrochándose los cinturones con disimulo.)

preparado esté, y al quedar á oscuras
y al quedar á oscuras
latigazo en él!)
GASTÓN ¡Escurrir el bulto
lo mejor será.) (Aproximándose á la puerta)
CORO ¡Atención! (Replegándose hacia el fondo.)
LOS DOS PAJES ¡Ahora! (Apagan los candelabros.)
GASTÓN ¡El avóyer!
(Ahuecando la voz y fingiendo ver á Gualterio.)
CORO ¡Ah!
(Huyendo atropelladamente por el foro, dando gritos de
terror.)

ESCENA VI

GASTÓN sólo

¡Anda, anda! ¡Voto á bríos,
y cómo esa chusma corre! (Riendo)
(Transición.)
¡Y ahora, Gastón, á la torre,
(Acercándose á la batería y con entusiasmo.)
y que nos ampare Dios!
(Váse por el foro.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Alto valle formando un desfiladero de rocas y árboles frondosos. A la derecha, en segundo término, una roca revestida de follaje, y sobre ella una cruz de piedra grosoramente labrada. Al fondo, y en forma de vistoso panorama, un lago y trás él descollando la ciudad de Lucerna, cuya gótica torre estará dispuesta de modo que pueda iluminarse á su debido tiempo.—Los resplandores de la luna llena, entrando por la derecha del escenario, bañan todo el panorama.—Al verificarse la mutación suena por la izquierda del escenario y á conveniente distancia el CORO de hombres, repitiendo la segunda estrofa del cuadro primero. MATILDE y CELIA, precedidas de RÉDINE, aparecen luego

lentamente y en silencio por la tercera caja del mismo lado; éste se coloca en mitad del proscenio como en actitud de esperar al CORO, y aquellas se dirigen á orar al pie de la cruz, subiendo sobre la peña, que deberá ser practicable. Pausa. Sale por la izquierda el CORO de hombres avanzando en tropel, luciendo espadas y picas y colocándose en escena convenientemente.

RÉDING ¡La patria os ve solícitos (Al coro.)
volar á su clamor!...

Palabras son inútiles
en trances de valor.

¡Con noble arrojo bélico,
sin tregua ni piedad,
caigamos sobre el déspota
y tiemble la ciudad!

CORO

¡Con noble arrojo bélico,
sin tregua ni piedad,
caigamos sobre el déspota
y tiemble la ciudad!

RÉDING

¡A la viuda de Gésner
os presento aquí! (Señalando á Matilde.)

CORO

¡La madre de Fernando! (Reparando en ella.)

MATILDE

¡La madre infeliz!

(Desde la peña, con profundo dolor. Luego desciende, se aproxima al coro y exclama):

A vosotros me dirijo
con ardiente corazón,
suplicando por un hijo
generosa protección.

¡En Lucerna prisionero
desde ayer gimiendo está,
y arrancarle hoy mismo quiero
del poder de la ciudad!

CORO

¡Si en Lucerna prisionero
desde ayer gimiendo está,
poderoso, audaz y fiero
á salvarlo el pueblo va!

MATILDE

¡En gracia del martir (Con súplica ferviente.)
que ve mi dolor,
de aquel que en defensa

del siervo murió,
juradme esta noche
luchar con valor!

CORO

¡Aquí lo juramos

(Con solemnidad, extendiendo la mano.)
en nombre de Dios!

MATILDE

Busquemos ahora
su eterna virtud
en la redentora
y bendita cruz.

(Matilde vuelve á colocarse al pié de la cruz. El coro se arrodilla.)

RÉDING

¡Allí está la torre!...

(Contemplando á Lucerna con ansiedad.)

¡Maldita inquietud!

Ningún riesgo corre,
no brilla la luz.

(Se aproxima á la peña y comienza la plegaria.)

MATILDE, CELIA Y RÉDING

¡Señor del Universo,
su artífice y sostén,
del réprobo y perverso
incorruptible juez,
proteje al oprimido
y abate al opresor,
y el triunfo apetecido
otórganos, Señor!

CORO

Ensalza al oprimido
y abate al opresor,
y el triunfo apetecido
otórganos, Señor.

TODOS

En su cadena,
con honda pena,
te pide el siervo
su libertad.
Al infortunio,
Dios soberano,

tiende una mano
por caridad.

(Aparece una luz rojiza en la ventana de la torre de Lucerna. Réding, al divisarla, exclama frenético):

RÉDING ¡Oh, Virgen santa! ¿Qué ven mis ojos?
¡Luz en la torre! ¡No hay duda, no!

(Espectación general.)
MATILDE ¿Qué significa? ¿Por qué te alarmas?

(A Réding con ansiedad.)
RÉDING ¡Pronto, á Lucerna sin dilación!

(Al coro, desnudando la espada y en el colmo de la rabia.)

MATILDE ¡Esa luz repentina
es terrible señal!
¡Mi dolor lo adivina,
lo dice tu ansiedad! (A Réding.)

(El coro repite los anteriores versos cambiando el *Mi* por *Su*.)

¡Alce el esclavo la humilde frente
(Empuñando la bandera)
y estalle su odio desolador,
y en impetuoso fiero torrente
rompa los diques de la opresión!
¡Sea esta noche noche de gloria
y la postrera del criminal;
ya miro escrita nuestra victoria
en la bandera del Surental!

CORO ¡El siervo lucernés
acabe de sufrir,
y caiga á nuestros piés
la tiranía vil!

TODOS Alce el esclavo la humilde frente
y estalle su odio desolador, etc.

(Parte Matilde por la derecha del fondo, seguida de Réding, que lleva á Celia de la mano, y del coro, que cierra la marcha.)

ACTO TERCERO

Salón gótico á dos cajas; una puerta á la derecha, en primer término, y dos á la izquierda; en la de segundo término una escalera de caracol, practicable. Al fondo un ancho balcón, también practicable, con dos peldaños de mármol y hojas con vidrios de colores. Mesa, sillón y taburetes góticos y de lujo. Al abrirse el balcón se verán algunos tejados y la parte superior de otros edificios de la ciudad de Lucerna.

PRELUDIO EN LA ORQUESTA

(A la terminación del preludio aparece Gualterio por la izquierda, seguido de un capitán: éste queda con el sombrero en la mano á poco trecho de la puerta, conservando una actitud marcial y respetuosa.)

ESCENA PRIMERA

GUALTERIO y el CAPITÁN

GUALT. Os recomiendo el encargo
y os agradezco el aviso.
Son ya las cuatro y ser debe
la ejecución á las cinco.
¡Nada de contemplaciones,
bote recio y tajo limpio!
Para barrer á esas turbas (Dándole una orden.)
de insolentes campesinos,
sobra con una veintena
de lanceros escogidos.
Ya he dispuesto que os franqueen
la puerta de San Mauricio.
Salid por ella, tomad (Marcando las palabras.)
á buen andar el camino
de Friburgo, y en llegando
al cerro de Capuchinos,
arremeted fieramente,
por la espalda y de improviso,
á ese puñado de locos
y que no quede uno vivo!
Como no será difícil (Transición)

que les sirva de caudillo
Réding, el representante
de Múnster, he de advertiros
que la inmunidad se pierde (Marcando más.)
cuando hay flagrante delito
de rebelión... por lo tanto,
no reparéis en distingos,
y si le topáis, matadle!

Pues lo tiene merecido.

CAPITÁN Voy á cumplir vuestras órdenes.

(Haciendo una profunda cortesía.)

GUALT. ¡Pero, enseguida!

CAPITÁN

Ahora mismo.

(Vase por la izquierda.)

(Queda Gualterio visiblemente preocupado. Pausa corta.)

ESCENA II

GUALTERIO

¡No sé qué extraña zozobra (Sentándose en el sillón.)
me tiene tan intranquilo!

¡Soy el juez... y me parece
que es para mí ese suplicio!

Este profundo y terrible
malestar en que me abismo...

¿Será compasión? ¡No sé!

¿Miedo? ¡Jamás lo he tenido!

¿Podrá ser de mi conducta
remordimiento tardío?

Romordimiento... ¿de qué?

La ley dispone el castigo,

el tribunal lo sentencia

y yo la sentencia aplico.

¿No es esto verdad?..

(Se levanta del sillón violentamente, oprimiéndose el corazón, sonriendo con amargura y como reconviniéndose al grito de la propia conciencia.)

¡Despacio,

despacio, sofista inicuo!

¡Ten el valor de tus obras

y no busques artificios

ni en leyes ni en tribunales

para engañarte á tí mismo!

Dí mejor que en la ansia loca

(Con tono reconcentrado.)

de tus ciegos apetitos,

sólo existen dos palabras:

¡satisfacción ó exterminio! (Transición brusca.)

¿Pero esa madre, en qué piensa?

¿Por qué no viene? ¡Dios mío!

¿Será infructuosa esta lucha?

¿Me vencerá su heroísmo?.. (Transición.)

¡La hora avanza, el trance llega,

y casi á piedad me inclino!..

Soy el juez y me parece

(Con horror y como si abrigara un terrible presentimiento.)

que es para mí ese suplicio.

(Queda reclinado sobre el respaldo del sillón. Pausa corta.)

ESCENA III

GUALTERIO y RÉDING

RÉDING ¿Dónde está? (Dentro á la derecha.)

(Aparece en la puerta.)

¡Réding! (Con indignación al verlo.)

¡Yo soy! (Con firmeza.)

GUALT.

RÉDING

GUALT.

¿Tal osadía?..

¡Sí á fé!

RÉDING

GUALT.

¿Lo has pensado?

RÉDING

GUALT.

¡Breve y pronto! ¡Lo pensé!

RÉDING

A serlo voy.

(Quitándose el sombrero y dejándolo sobre un taburete.)

No se me esconde ni un punto

el riesgo en que estoy metido;

pero, puesto que he venido,

no hablemos más del asunto.

¡Gualterio, por caridad!

(Con solemnidad y tono suplicante, pero digno)

¡Por amor de Dios, Gualterio,

no infames el ministerio

con que te honró la Ciudad!

¡Deja á esa pobre mujer,

da tregua á tu lucha impía,

y la clemencia del día

borre las culpas de ayer!
¡Suspende esa ejecución,
teme la justicia Eterna,
no mancilles á Lucerna
y no insultes al Cantón!

(Gualterio se encoge de hombros, sonriéndose desdeñosamente.)

Pues si torpe y criminal

(Al ver la actitud desdeñosa de Gualterio, y con gran energía.)

tus proyectos realizas,
no han de quedar ni cenizas
de esta infame capital!

GUALT. Aunque es tu crédito mucho

(Con sonrisa barlona y aparentando calma.)

en cosas de guerra, creo
que hoy tu abrasador deseo
se vá á convertir en humo...

RÉDING ¡Gualterio! (Con brío y sequedad.)

GUALT.

Sal, date prisa,

corre á ver la desvandada
de esa turba desastrada
que más que enojo dá risa.

Sal sin demora de aquí,

(Cambiando de tono y con dureza)

enemigo del infierno,
que está muy alto el gobierno
para ocuparse de tí.

RÉDING ¡Cuán equivocado estás! (Desdeñosamente.)

¡Cuán ilusa y torpemente

calificas á una gente

que ni conoces quizás!

(Transición y con acento amargo)

Puede en su arrogancia loca

formarse un tirano idea

de aquello que le rodea,

y aún á veces se equivoca!...

Pero jamás ha pensado

á dónde llega ni alcanza,

la piedra que ciego lanza

desde su alcázar dorado!

Que á entenderlo!...

GUALT.

¡Gran virtud!

(Interrumpiendo con burla).

RÉDING

Tuvieran, en mi opinión, (Con rapidez.)

los pueblos menos razón
y la tierra más quietud!

GUALT. Por eso yo, en la ceguera
(Con resignación sarcástica y desdenosa)
que mis sentidos conturba...

RÉDING ¡Llamas desastrada turba (Interrumpiendo)
lo que es muchiedumbre fiera!
Por eso la gravedad
no ves de tu situación...

¡Esa turba... es el Cantón,
que te pide libertad!

GUALT. ¿Acabaste ya?

RÉDING ¡Acabé!

GUALT. ¿No dirás que no he tenido
paciencia?

RÉDING ¡Por Dios te pido
reflexión!

GUALT. ¡Reflexioné!

Y en prueba de ello, te mando
que salgas sin vacilar
de Palácio, á preparar
la defensa de Fernando.

¡Pues es la ocasión urgente
y no hay tiempo que perder!...

Yo entre tanto... á disponer,
(Con gran mofa y marcando las palabras.)

para recibir tu gente,
cuando avance oronda y hueca,
un repique de campanas
y una guarnición de ancianas
que manejen bien la rueca.

(Con sonrisa amarga y tono severo.)

RÉDING Pide á la gracia divina
que ese sarcasmo violento
no venga á ser el sangriento
epitafio de tu ruina! (Como amenazando)
¿Persistes en tu maldad?

GUALT. ¡En mi justicia persisto! (Con sequedad.)

RÉDING Si conservas ¡voto á Cristo!

(Furioso y echando mano á la espada.)

un resto de dignidad,
acércate, ven aquí!...

Desnuda pronto ese acero,
que arrancarte el alma quiero
que puso el infierno en tí!

- GUALT. ¡Quien nunca ha sido cobarde,
(Con sonrisa desdeñosa)
no ha menester este día
para mostrar valentía!..
- RÉDING ¿Qué?... (Con rabia y contrariado en sus intentos.)
- GUALT. ¡Lo dicho, y Dios te guarde!
(Con sequedad, volviéndole la espalda y marchando por la izquierda. Réding se acerca apresuradamente á la puerta, y se contiene al llegar, después de lanzar un grito.)

ESCENA IV

RÉDING y luego MATILDE

- RÉDING ¡Gualterio!... (Yendo hácia la puerta.) ¡Cielo bendito!
(Parándose.)
¡Sordo, sordo á mi demanda!
¡Más facilmente se ablanda
una roca de granito!
(Transición. Envainando la espada.)
¿Y Gastón?... ¿Y la poterna?
¿Y el himno?...
- UNA VOZ ¡No puede ser! (Dentro.)
- MATILDE ¡Oh, dejadme! ¡Quiero ver (Dentro y con energía.)
al avóyer de Lucerna!
- RÉDING ¿Esa voz? (Con asombro y angustia.)
(Aparece Matilde envuelta en el manto, y al salir se descubre.)
¡Dios eternal! (Con disgusto y pena.)
¡Ah, señora! ¿qué habéis hecho?
- MATILDE Réding, seguir de mi pecho
el impulso maternal.
- RÉDING ¿Que os halle el tigre cautiva
no teméis?
- MATILDE ¡No! Corre al lado
de Celia, que en el estrado
queda más muerta que viva.
Yo conseguiré quizás,
á fuerza de llanto y ruego,
conmover á ese hombre ciego!
- RÉDING (¡Cuán equivocada estás!) (Al salir por la derecha.)

ESCENA V

MATILDE, después de una pausa, apoyándose en el respaldo del sillón y dirigiendo la mirada al cielo

¡Oh, tú, Señor, que hiciste Omnipotente
la clara luz y la tiniebla impura,
que á la abeja le diste su dulzura
y el veneno mortal á la serpiente;
que por raro contraste y frente á frente
colocas la desdicha y la ventura
y del verdugo bajo el hacha dura
el cuello de la víctima inocente;
si ha de ceder tu mano rigurosa,
si ha de calmar la tempestad bravía,
si llega á Ti mi súplica afanosa,
no me niegues tu amparo en este día...

(Casi sollozando.)

¡por aquella que fué madre amorosa
y asistió en el Calvario á tu agonía!

(Pausa corta)

ESCENA VI

MATILDE y GUALTERIO

GUALT. ¿Duda el Consejo de mí?

(Desde la puerta izquierda, y como hablando con alguien. Matilde se conmueve al oír la voz de Gualterio.)

Yo haré que muy pronto salga
de error tan injusto! ¡Si! (Saliendo.)

¡Matilde! (¡Cristo me valga!) (Con disgusto.)

MATILDE (¡Dios me socorra!)

GUALT. (¡Ella aquí!)

(Con alguna contriedad.)

MATILDE ¿Finge asombro? (Sonriendo amargamente.)

GUALT. No, á fé mía;

¡pero me causa dolor
tal encuentro!

MATILDE En este día (Con desdén y rapidéz)

de regateos de honor
sienta mal la hipocresía.
Hablemos con claridad
y sepamos la verdad

sin rodeo, ni tardanza:
ver quiero hasta dónde alcanza
tu monstruosa crueldad. (Transición.)
Sé que está mi vida entera
de tu capricho á merced,
y que el águila altanera
se retuerce prisionera
en las mallas de tu red!
¡Sé que vengo á tí impelida
para llenarme de lodo,
para ser escarnecida!...
¡Habla; tu boca es medida!
¡Pide; te obedezco en todo!
¡No repare tu fiereza
ni en los mayores agravios;
pero pronto, con franqueza:
brote, brote de tus labios
el raudal de la impureza!
¡Prepárate á recoger
el fruto de tus hazañas,
sacrifica á esta mujer (Con tierna amargura.)
en holocausto del sér
que ha llevado en sus entrañas!

Mas concédeme propicio
una tregua al sacrificio:
un plazo á otorgarme vas...
¡Que se demore el suplicio
algunas horas no más!

GUALT. ¡No puedo! (Sin aspereza.)

MATILDE ¡Dios soberano!

¿Qué has dicho? (Con angustia.)

GUALT. ¡Que es imposible!

MATILDE ¿Me negarás inhumano
en esta asechanza horrible
tal favor?

GUALT. ¡No está en mi mano!

MATILDE ¿Cómo no? (Con asombro increíble.)

GUALT. Fernando ha sido
al Consejo sometido...

MATILDE ¡No sigas! (Con enojo y desdén.)

GUALT. ¡Oyeme en calma!

MATILDE ¡Ese es un cuerpo podrido
(Sin hacerle caso y con el mayor desprecio.)
y tú de ese cuerpo el alma!

GUALT. ¿Su alma yo? ¡Medrado está

si alguno se lo imagina!
El Consejo ha roto ya
su freno, y no tardará
en labrar mi propia ruina.
Un consejero enemigo, (Marcando las palabras.)
influyente y poderoso,
en otro tiempo testigo
de mi desgracia contigo,
hoy me cela cuidadoso.
¡Y si incurro en la menor
debilidad ó torpeza,
y más haciendo favor
á un declarado traidor,
sé que pierdo la cabeza!

MATILDE ¡Bien; dejemos, por piedad,
(Como abrumada por la insistencia de Gualterio.)
ese mito á quien invocas,
sumido en la oscuridad:
no hay aquí más voluntad (Con decisión.)
que la tuya!

GUALT. ¡Te equivocas!

(Con sequedad pero sin dureza.)

MATILDE ¿A qué el desco obstinado
de fingir, cuando es ya cierta
tu victoria? ¡Dios sagrado!
¡Roba!... ¡Mata! ¡Sé malvado!...
pero á cara descubierta.
¿Que hay influencias extrañas?
¡Ni te creo, ni me engañas;
ten franqueza, ten cinismo,
sé digno de tus hazañas,
no reniegues de tí mismo!

GUALT. ¡Empeño difícil es
convencerte!
(Se sienta de mal talante, apoyándose sobre la mesa, y queda en actitud reflexiva.)

MATILDE ¡Y vana empresa!
¡Cuando me tiene á sus piés
el tirano lucernés,
calle y devore su presa! (Pausa conveniente.)
(Matilde se arrodilla junto á Gualterio, le toma por una
mano y le hace volver el rostro.)
¡Sobre mi faz dolorida
clava tus ojos!... ¡Y en fuerte
y terrible sacudida,

choquen la luz y la vida
(Por ella, oprimiéndose el corazón.)
con la tiniebla y la muerte! (Por Gualterio.)

¡Vengo arrastrada hácia tí,

(Con creciente entusiasmo.)

loca, deshecha, convulsa,
muriendo de frenesí!

¿Qué sentimiento me impulsa?

Gualterio, ¿qué ves en mí?

Una pasión celestial,
un puro y santo cariño.

¡El afecto maternal,
diáfano como el cristal

y puro como el armiño!

Esa virtud misteriosa,

que brilla sin merma alguna

siempre clara, siempre hermosa...

¡providencia de la cuna

y religión de la fosa!

Ese potente latido,

ciego, idólatra, febril,

que por igual han sentido

las fieras en su cubil

y las aves en su nido:

sed que bebe sin ardor,

y goce sin padecer

y delirio sin dolor...

¡En fin, Gualterio, el amor (Marcando las palabras.)
de aquella que te dió el sér!

(Gualterio, visiblemente emocionado, se levanta del sillón,
tendiendo una mano á Matilde, que se alza del suelo con
ansiedad y alegría.)

GUALT. ¡Matilde! (Con súplica y como exhalando un suspiro.)

MATILDE ¡Qué! ¿Le enternece?

(Con alegría y satisfacción.)

¿Seré tan afortunada?

(Como tomando una resolución suprema.)

GUALT. Oye bien lo que te ofrece (Con creciente pasión.)

quien ser blanco no merece

del rigor de tu mirada!

Fortuna, patria, Ciudad,

posición, autoridad...

todo, todo lo aventuro,

¡y en Dios y en mi ánima juro

que te digo la verdad!

Encerremos lo pasado (Transición.)
en prudentísimo velo
y de un odio inveterado
surja un amor sin cuidado
y un presente sin recelo.

(Transición y marcando las palabras.)

Doy á costa de mi ruina
el indulto, y en unión
de Fernando, y por la mina
de este alcazar, que termina
en el lago del Cantón,
salimos con guardia fiel,
y atrás dejando á Lucerna,
en un rápido bajél,
nos desposan en Sursél
y hallamos refugio en Bernal!

MATILDE ¡Jesús!

(Con horror y como recibiendo un golpe inesperado.)

GUALT. No es alarde vano (Con súplica apasionada.)

de una mancebía humilde

lo que hoy te exige el tirano...

¡Hoy solicita tu mano (Doblando una rodilla.)
por segunda vez, Matilde!

MATILDE ¿Mi mano?...

GUALT. ¡Tu mano, sí! (Se levanta.)

MATILDE ¿Fundir el alma de dos
con el odio que hay aquí? (Señala el corazón.)

¿Tal sacrificio de mí?

¿Pretender que engañe á Dios?

Pide en tu ciega porfía

esta carnal vestidura,

mas no un alma que nó es mía,

y que vela noche y día

de Gésner la sepultura!

¡Devora, si hambriento estás,

tu presa, no pidas más!

¿Quieres mi vida también?

¡á saciarte en ella ven!

¿Pero tu esposa?... ¡Jamás!

(Con resolución y rapidez.)

GUALT. ¡Alma, vida y pensamiento

(Con exaltación y sonrisa cruel.)

en indisoluble lazo!...

¿Lo entiendes bien? ¡O al momento

doy la señal del tormento!

- MATILDE ¡Un plazo!... ¡Siquiera un plazo! (Con agonía.)
GUALT. ¡Con la última campanada (Con fatídico acento)
de las cinco, rodará
su cabeza ensangrentada!
Reflexiona. ¡O todo ó nada!
- MATILDE ¡Miserable! (Con tono reconcentrado y desdeñoso.)
GUALT. ¡Basta ya!
(Con sequedad y altivez; dirígese hácia la puerta izquierda
y queda un momento en actitud reflexiva.)
(La presencia de Fernando
pudiera ser!...)
- MATILDE (¡Día triste!)
(Apoyándose en el sillón y mirando al cielo.)
GUALT. (Probemos.) (Como tomando una resolución.)
MATILDE (¡Me estoy ahogando!)
GUALT. ¡Resuelve, pero volando!
(Aproximándose algunos pasos hácia Matilde y con tono
amenazante.)
- MATILDE ¡No hay piedad! (Eleva los ojos al cielo.)
GUALT. ¿Y en quién consiste?
(Con sonrisa cruel y desapareciendo luego por la izquierda.
Cae Matilde sobre el sillón en actitud de suprema angustia.
Pausa conveniente.)

ESCENA VII

MATILDE y luego FERNANDO

¡Llegué con la confianza (Con desaliento.)
de obtener un plazo!... ¡Sí;
de ganar tiempo! ¡Ay de mí!
¡cuán engañosa esperanza!
Por demora del suplicio
y en espera de mi gente,
le puse como aliciente
de mi honor el sacrificio.
Y ese hombre, en quien Dios coloca
los gérmenes del amor,
como solitaria flor
en la aridez de una roca,
responde, en la ceguedad
de su insensata porfía:
¡Has de ser por siempre mía
con lazos de santidad! (Levantándose del sillón.)
¡Siempre suya! ¡En irritante

servidumbre! ¡En lazo eterno!
¿Puede inventar el infierno
un castigo semejante?
¿En coyunda tan monstruosa
verdugo y víctima unidos?.,.

(Con estremecimiento de invencible repulsión)

¡Más facil á los sentidos
fuera la unión prodiosa
de la tiniebla y la luz,
la demencia y la razón,
la blasfemia, la oración
y Satanás y la Cruz! (Queda en actitud reflexiva.)

(Pausa breve.)

¿Prometer y no cumplir?...

(Como siguiendo el hilo de un razonamiento.)

¿Escapar con mi Fernando
de Lucerna, y en llegando
al término resistir?

Mas, ¡cómo!... ¿haciendo el camino
entre su guardia y con él?...

¿Ha de faltarle en Sursél
el puñal de un asesino?

¿Quién lo duda?... ¡Dios clemente!

¿Por qué tan abandonada?

(Al cielo, con amarga reconvención.)

¡Y esa poterna cerrada!

¡Y sin acudir la gente!

¡Y va á sonar del suplicio

la hora fatal y terrible!

¡Y va á morir!... ¡Imposible!

¡Primero mi sacrificio!

Mil veces mi libertad,
antes mi honor por el suelo...

¿No es él acaso mi cielo...

mi gloria... mi eternidad?

(Aparece Fernando en la puerta izquierda, seguido de dos soldados que le custodian; al ver á Matilde, se para junto á la puerta y permanece allí hasta que lo exige el diálogo, expresando con la actitud y el gesto las impresiones diversas que le producen las ideas que expresa Matilde en el curso del monólogo.)

Venga, pues, la esclavitud, (Con resolución.)

venga el afrentoso yugo,

daré la mano al verdugo, (Extendiendo la derecha.)

fingiré solicitud;

y en llegando la ocasión
de exterminar al tirano,
¡bien puedo con la otra mano (Crispando la izq.^a)
arrancarle el corazón!

(Al terminar el monólogo, avanza Fernando al encuentro de Matilde, profundamente conmovido y revelando indignación y pena.)

(CANTADO)

FERN. ¡Oh, madre, madre mía!

MATILDE ¡Fernando! (Yendo á abrazarle.)

FERN. ¡Aparta! ¡Atrás!

(Rechazándola sin aspereza.)

¡Tus últimas palabras
aquí sonando están! (Llevándose la mano al corazón.)

Si de tu honor á costa,
desde hoy he de vivir,
¡maldito una y mil veces
el día en que nació!

MATILDE

Oye, Fernando,
mi dulce amor,
calma tus iras,
ten compasión.
Sé que en peligro
tu vida está
y yo tu vida
quiero salvar.

FERN.

Moriré con valor (Con exaltación y firmeza.)
y tendré dignidad;
sacrificios de honor
yo no quiero jamás!

MATILDE

¡Calma, Fernando,
tu frenesi!
¡Ten, hijo mío,
piedad de mí!

FERN.

¡Antes la muerte
que el deshonor!
¡Vida sin honra
no quiero yo!

¡Gualterio de mi padre (Con solemnidad.)
el asesino fué!

¿Tan ciega está su viuda,
que el crimen ya no ve?

¡Librarme del verdugo
tu infamia logrará! ..

Mas, ¿quién de mis furores
después me librará?

¡Antes mil veces
que el deshonor,
salte en pedazos
el corazón!

MATILDE

¡Le inspira acaso el cielo
su firme voluntad!

FERN.

¡Valor, madre querida,
(Con súplica tierna y fortaleza de ánimo.)
que Dios nos vengará!

¡Cuán dulce es saber
que acaba el sufrir!
¡Cuán noble el honrar
la patria al morir!

(Sale un capitán por la izquierda y se queda junto á la
puerta. Fernando, al verlo, abraza á Matilde con efusión.)

MATILDE

¡De separarnos
la hora llegó! (Por el capitán.)

¡No hay esperanza
de salvación! (A! cielo.)

FERN.

¡Oh, mi Fernando!... (Con Angustia.)

¡Madre, valor!

A DUO

¡Y adiós por siempre! (Besándose.)
¡Adiós! ¡Adiós!

(Se arranca Fernando de los brazos de Matilde, y huye por
la izquierda, seguido del capitán y soldados.)
(Apenas desaparece Fernando, se acerca Matilde á la puer-
ta, y con tono suplicante exclama):

- MATILDE ¿Y se lo llevan así?..
¡Fernando, hijo mío!.. ¡Quiero darte el abrazo postrero!
(Vuelve Fernando seguido del capitán, que se queda á la puerta. Matilde recibe á Fernando en los brazos, y éste, despues de una pausa conveniente, exclama):
- FERN. ¡Tú por Celia, ella por tí, vivid en calma las dos!
¡Y un beso, el último, madre!
¡Que lo reciba mi padre en la presencia de Dios!
(Matilde imprime un beso frenético sobre el rostro de Fernando, y éste desaparece por la izquierda con resolución y rapidez. Matilde cae de rodillas junto al marco de la puerta. Pausa conveniente. Gastón y Celia llegan por la derecha.)

ESCENA VIII

MATILDE, CELIA y GASTÓN

- GASTÓN ¡Allí está! (A Celia, desde la puerta.)
CELIA ¿Sola? (A Gastón idem.)
GASTÓN ¡Sí!
CELIA ¿Dónde?
GASTÓN Junto á la puerta, de hinojos. (Señalando á Matilde.)
MATILDE ¡Adiós, pues, sol de mis ojos,
(Alzándose del suelo y sin advertir la presencia de Celia y Gastón.)
que en la eternidad se esconde!
CELIA ¡Oh, ¿qué dice? madre mía!
(Comprendiendo lo terrible de la situación y abrazándose á Matilde.)
- MATILDE Celia ¿tú aquí? ¡Dios sagrado!
¿Por qué, por qué has penetrado en esta mansión impía?
¡Hoy acaba para mí todo consuelo!
- CELIA ¡Eso no, (Con exaltación y ternura.)
que aún vivo en el mundo yo para consagrarme á tí!
¡Oh, Gastón, por caridad, (Por Matilde.)
ven, disipa su tristeza,
inspirale fortaleza, (Se oye vocerío lejano.)
dile...

- GASTÓN ¡Silencio!.. ¡Escuchad!
(Interrumpiendo á Celia, y con júbilo.)
- MATILDE ¡Rumor lejano!
- GASTÓN ¡Hay combate,
no perdamos la esperanza!
- MATILDE ¡Si no acuden sin tardanza
será imposible el rescate! (Con desconsuelo.)
- GASTÓN ¡Con su mano celestial
Dios sin duda nos socorre! (Con entusiasmo.)
¡Subo corriendo á la torre
(Con resolución y acercándose á Matilde y Celia.)
á prevenir la señal!
- CELIA ¡Sí, la señal convenida! (Con ansiedad y rapidez.)
- MATILDE ¡La desventura ó la suerte! (Idem.)
- GASTÓN ¡Marcha de avóyer!..
- C. y M. ¡La muerte!
- GASTÓN ¡Himno de patria, la vida!
(Con gran entusiasmo y subiendo velozmente á la torre.)
- MATILDE ¡Con él sube mi fortuna!
- CELIA ¡Con él va mi dicha eterna!
(Se oye la voz de Gualterio por la izquierda.)
- GUALT. ¡Antes escombros Lucerna
que ceder en cosa alguna!
- MATILDE ¡Ya está aquí!
(Con terror al oír á Gualterio. Este aparece revelando enojo
y como sobresaltado. Celia cae á sus plantas, juntando las
manos y en actitud angustiosa.)

ESCENA IX

DICHAS y GUALTERIO, y al final RÉDING, FERNANDO
y GASTÓN

- CELIA ¡Piedad, favor!
- GUALT. ¿Celia también?.. (Con sonrisa amarga.)
- CELIA Suplicando
el indulto de Fernando
á vuestras plantas, señor.
- MATILDE ¡No te canses, hija mía!
(A Celia con amargura. Esta se levanta retirándose al fondo
para encubrir su llanto.)
- GUALT. ¡Muy bien! ¡Magnífico! Ahora
voy comprendiendo, traidora,
(Con gran enojo y tono sarcástico.)
la falsedad que encubría

- MATILDE aquel rogar insistente
á fin de obtener un plazo!
¿Querías tenderme un lazo
mientras llegaba tu gente?
¡Esa gente audaz y fiera
que asesina sin piedad
las tropas de la ciudad
alzando inícuo bandera;
esas hordas tornadizas
de campesinos feroces,
que anuncian en roncadas voces
convertirnos en cenizas!..
Pues bien; lo erraste, Matilde,
y contigo esa ralea,
que por salir forcejea
de su condición humilde! (Transición.)
Pude mostrarme quizás
piadoso á la voz del ruego,
pero al arrebatado ciego
de una amenaza, ¡jamás!
Y por si juzgas que estoy
temeroso del castigo
de esas turbas, ¡ven conmigo,
ó escucha la orden que doy!
- (Se dirige hacia el balcón, se para con la mano puesta en el pestillo, y vuelve los ojos á Matilde con sonrisa terrible y amarga.)
- MATILDE ¡Tu amparo, Dios de Israel!
¡Tu auxilio, Virgen María!
- CELIA ¡Abre el balcón! (A Matilde.)
(Abre Gualterio el balcón y se asoma.)
- MATILDE ¡Hija mía,
ruega á los cielos por él!
(Abrazándola y con amargura.)
- GUALT. ¡Ah, de la guardia! ¡El pregón,
(Desde el balcón con fuerza y rapidez.)
y á la plaza de Palacio:
mucho hierro, poco espacio
y aprisa la ejecución!
- MATILDE ¡Oh! (Apoyándose en la mesa con una mano.)
- CELIA ¡Jesús!
(Cubriéndose el rostro con las manos y cayendo de rodillas junto al sillón.)
- GUALT. ¡No hay dique ya,
reviente el volcán con ira!

(Desde las gradas del balcón.)
¡Acércate... sube... mira!
¡Ahí le tienes!.. ¡Allí está!
¡Que van á partir! (Refiriéndose al cortejo fúnebre.)
(¡Dios mío!)

MATILDE

GUALT. ¿No aprovechas los momentos?
¿O sientes remordimientos
por tu insensato desvío?..

MATH DE

¡Calla, calla, Lucifer!
(Con desprecio y voz reconcentrada, dando algunos pasos
hacia el balcón.)

GUALT.

Desde aquí se ve el cuadrante
(Aproximándose á la balaustrada del balcón y como si viera
el reloj en la torre de palacio.)
del reloj. ¡Falta un instante!...
(Volviendo á las gradas.)

MATILDE

¡Las cinco están al caer!
(¡De ese reloj suspendida
tengo el alma!...)

CELIA

(¡Virgen pura,
su salvación apresura,
suene el himno de la vida!)

GUALT.

¡Ya se alejan! (Pausa corta.)
(Señalando con la mano á la parte exterior y por la co-
mitiva.)

MATILDE

(¡Ah, Fernando!)

GUALT.

¿Esa estúpida canalla
que vocea en la muralla,
por qué no acude volando? (Con sonrisa irónica.)

MATILDE

¡Mata... destruye... estermina!...
(Con resolución y acento iracundo.)
que tu furia no se agote,
mas librame del azote
de tu lengua viperina.

(Gualterio se sonríe con desdén.)
¡No te sonrías, malvado,
porque también con presteza
puede rodar tu cabeza
sobre ese mismo tablado!

GUALT.

No es fácil, llevando yo
á prevención este acero. (Por el del cinto.)

MATILDE

¡Tigre inhumano!

GUALT.

¡Cordero
ser quise... y no te agradó!
¡Ya llegan! (Mirando al exterior.)

¡Hola, parece

(Se oye intenso vocerío, aunque lejano.)
que hay empeño decidido
por entrar; aumenta el ruido
y el fragor del muro crece!

(Pausa corta. Gualterio baja á la escena visiblemente preocupado.)

¡El toque de prevención!

(Suena el toque de prevención en el reloj.)

CELIA ¡Las cinco!

MATILDE (¡Virgen sagrada!)

GUALT. ¡Con la última campanada!... (A Matilde.)

MATILDE ¡Hijo mío! (Subiendo al balcón.)

¡Maldición!

(Marcha del avóyer en el reloj. Matilde cae sobre las gradas, como herida por un golpe terrible. Suenan cuatro campanadas. Gualterio finje contarlas en silencio.)

GUALT. ¡Ahora! (Al sonar la cuarta.)

(En lugar de la quinta campanada suena el himno de la patria. Matilde y Celia se levantan del suelo embargadas de emoción y Gualterio queda como petrificado.)

CELIA ¡Cielos! (Corriendo al balcón.)

MATILDE ¡Dios fuerte!

(Asomándose en compañía de Celia; vocerío fuera, pero sin estorbar el diálogo.)

GUALT. ¡Qué traición! ¡Qué iniquidad!

(Descompuesto y furioso.)

MATILDE ¡El himno, la libertad

(Volviendo los ojos á Gualterio y con exaltación.)
y mi venganza y tu muerte!

(Se oyen voces más fuertes, Gualterio exclama con desesperación.)

GUALT. ¡Ha entregado la poterna
esa guarnición cobarde!

¡Oh, corramos! (Aproximándose á la izquierda.)

MATILDE ¡No, ya es tarde!

¡Ya no mandas en Lucerna!

(Vuelve á juntarse con Celia y se asoma.)

GUALT. ¡Hola, soldados, á mí!

(Con energía desde la puerta. Queda en ella como esperando)

MATILDE ¿Será tiempo todavía? (A Celia.)

CELIA ¡Quiéralo Dios, madre mía! (A Matilde.)

(Pausa corta.)

GUALT. ¡Solo!... ¡Abandonado!... ¡Sí!

(Con amargura, y viendo que nadie viene á su voz.)

¡De la cúspide á la falda
y de la falda al abismo!...
¡Rodemos!... ¡Siempre lo mismo!
¡La ingratitud y la espalda!
(Cesa el himno del reloj.—Se oye la voz de Réding.)
¡Que muera el tirano!

RÉDING

(Fuera y no muy cerca, pero distintamente.)

VOCES

¡Muera!

CELIA

¡Réding!... ¡Réding!... (A Matilde, con júbilo.)

MATILDE

¡Dios eterno!

(También con alegría.)

GUALT.

¡Y tú, traidor del infierno,

(Señalando á la escalera de la torre, sacando el puñal y con terrible acento.)

vil Gastón, aguarda, espera!

(Sube precipitadamente á la torre.)

MATILDE

¡Ay, Celia, ya desconfío! (Con angustia.)

FERN.

¡Madre!

(Como si sonara la voz al pié del balcón y destacándose del rumor del pueblo.)

M. Y C.

¡Él! (Con grito de inmenso júbilo.)

MATILDE

¡No puedo más!

(Apoyándose sobre el marco del balcón, desfallecida y emocionada.—Otra pausa.)

CELIA

¡Valor, valor!... (Animándola.)

RÉDING

¡Paso! ¡Atrás!

(Cerca de la puerta derecha.)

FERN.

¡Madre!

(Saliendo seguido de Réding y acompañamiento.)

MATILDE

¡Fernando, hijo mío!

(Recibiendo á Fernando en los brazos.)

CELIA

¡Vive, sí! (Abrazándole también.)

MATILDE

¡Gracias, señor! (Al cielo.)

¡gracias por tanto consuelo!

FERN.

¡Piadoso ha escuchado el cielo
las plegarias del amor!

(Quedan acariciándose en silencio, y formando un grupo bien dispuesto.—Réding se acerca á la balaustrada del balcon, y exclama, como dirigiendo la voz á la multitud, que zumba sordamente en la calle.)

RÉDING

Campe sinos, ciudadanos,
oprimidos y opresores,
olvidad viejos rencores,
para ser desde hoy hermanos.
¡La tiranía cruel

rodó con su infamia eterna!...
¡Viva el Cantón de Lucerna,
y viva Guillermo Tell!

VOCES

(Fuera.)

¡Viva!... ¡Viva!

RÉDING

¡Llegó ya

(Apenas termina el himno, con gran solemnidad, elevando la mirada á los cielos, bajando del balcón á la escena y con el puñal en la mano.)

la venganza para tí,
sombra augusta!

FERN.

¡Vamos, sí!

(Adivinando el pensamiento de Réding.)

(Se oye ruido en la escalera de la torre.)

GUALT.

¡Misericordia! (Dentro, con angustia)

GASTÓN

¡Allá va!

(Dentro.—Todos los personajes miran con asombro á la escalera de la torre, por la que baja Gualterio mortalmente herido y como desplomándose, yendo á caer á los piés de Matilde. Esta retrocede espantada. Gastón baja pálido y descompuesto el traje hasta los primeros peldaños.)

TODOS

¡El! (Viendo á Gualterio.)

GUALT.

¡Perdón! (Cayendo muerto á los piés de Matilde.)

RÉDING

¿Cómo? (A Gastón, con curiosidad.)

GASTÓN

¡Lo siento;

(Avanzando algunos pasos y como tratando de excusarse, con tono cómico.)

no lo pude remediar!

¡Subió á matarme violento!..

y le tuve que aplicar (Con rapidez.)

la moraleja del cuento.

RÉDING

¡Ven á mis brazos y aprieta!

(A Gastón, abrazándole.)

FERN.

¡Gracias, Gastón! (Idem.)

GASTÓN

¿No hice bien?

(Transición, frotándose las manos con gran alegría.)

¡Ya ese reloj no me inquieta!

¡soy libre!.. ¡Dicha completa!..

(Mirando á Gualterio y desapareciendo por la izquierda.)

¡Requiescant in pace, amén!

FERN.

¡Oh, padre, ya estas vengado!

(Por Gualterio, con sonrisa cruel.)

RÉDING

¡Y á vuestras plantas cayó!

¡Mirad! (A Matilde, con intención profética.)

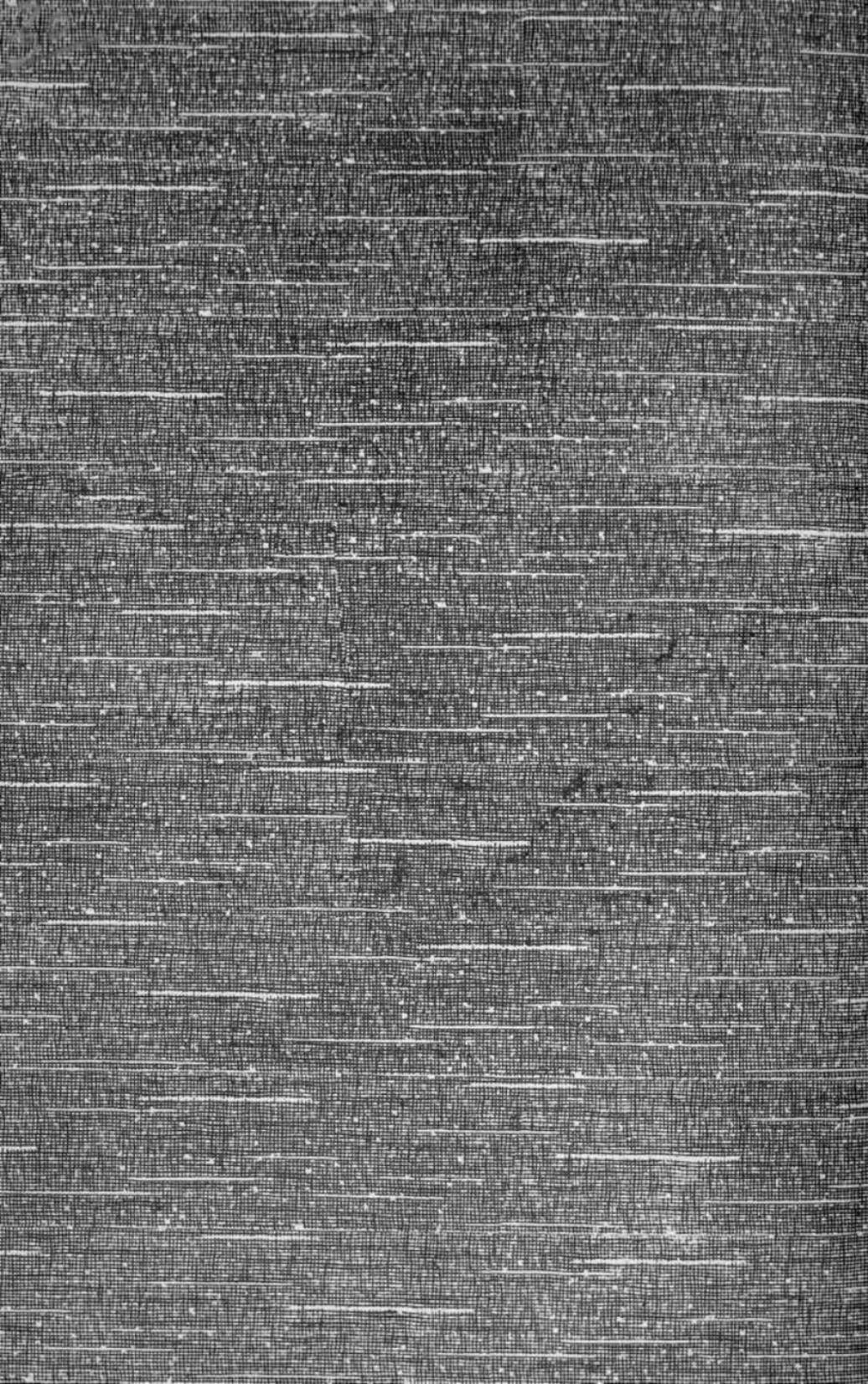
MATILDE

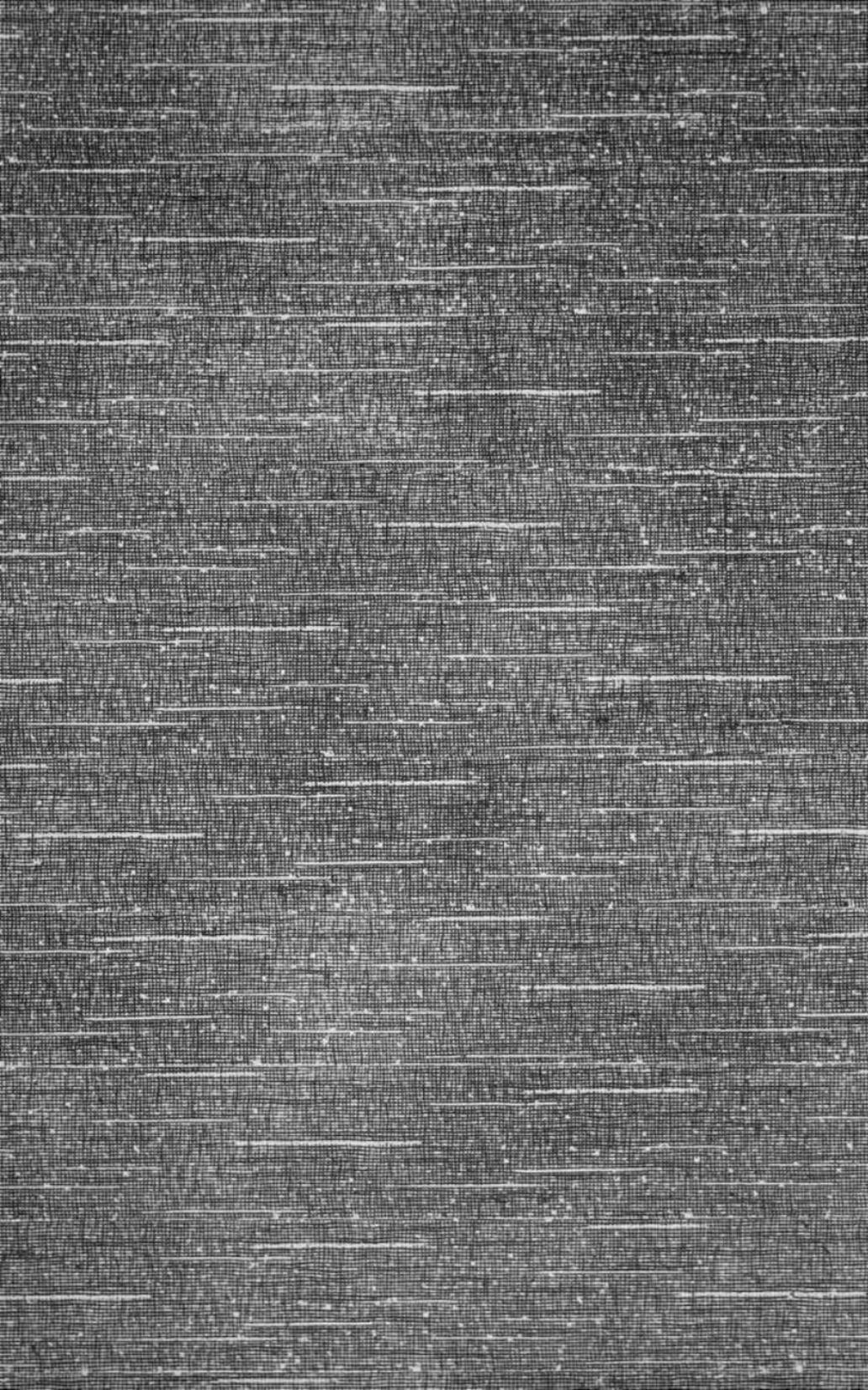
¡Oh, no! ¡Desdichado,
(Apartando la vista con horror.)
que Dios le haya perdonado,
como le perdono yo!

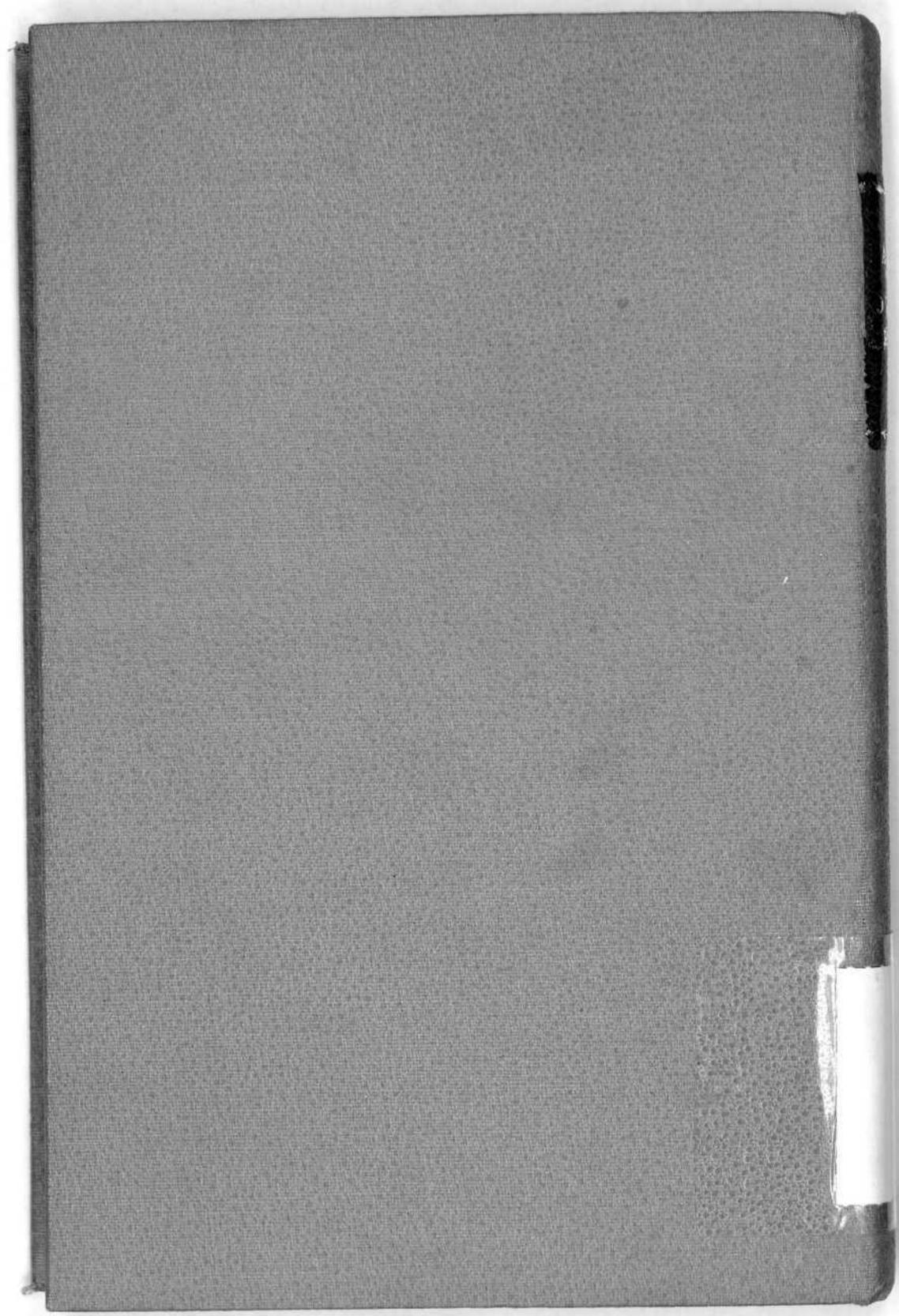
(Tomando á Fernando y Celia entre sus brazos, y dirigiendo los ojos al cielo con profunda piedad.)

(Telón rápido.)

FIN DEL TOMO PRIMERO







LA PAZ
BRAS
LAMA
TUCAN

G 32287